El corazón de Lily

Workhouse 2

Becca Kim

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.
Los personajes y hechos retratados en esta novela son completamente ficticios. Cualquier parecido con personas verdaderas, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

© Becca Kim, 2025

El corazón de Lily

Becca Kim

Marcar las distancias para no ser herido,
equivale a marcar las distancias para no ser amado
Y al final…de qué sirve morir ileso.
Malcolm T. Liepke

Prólogo:

En una noche sombría, arrancada de un cuadro siniestro, la lluvia caía sin piedad sobre los adoquines rotos del camino. El cielo, cargado de nubarrones negros, se iluminaba de vez en cuando por los relámpagos que dibujaban figuras grotescas en las paredes de East End. El aire húmedo y el olor a barro que se acumulaba en las calles permanecían impasibles a lo que allí sucedía.

En medio de la tormenta, una pareja caminaba apresurada. El hombre, de rostro endurecido, llevaba una capa raída que apenas lo protegía del aguacero. A su lado, su mujer, delgada y con la cabeza cubierta por un pañuelo empapado, cargaba en sus brazos a una pequeña niña. La criatura, de tan solo tres años, estaba envuelta en una manta que no lograba ocultar del todo su piernita torcida ni su mirada confusa y asustada.

Los dos se detuvieron al llegar a las puertas de la llamada St. Joseph: una estructura gris y opresiva que parecía un castillo de pesadillas, en vez de un refugio.

El portón chirrió al abrirse y un viento helado los atravesó, trayendo consigo voces y algunos llantos de niños en su interior.

La mujer apretó a la cría contra su pecho por un momento, como si dudara, pero el hombre la miró con dureza y le hizo un gesto para que continuara con la decisión que habían tomado.

Sin una palabra, ante su indecisión, el extraño arrebató a la niña de los brazos de su madre y la consignó en el umbral. La pequeña, ajena a la magnitud de lo que estaba ocurriendo, extendió los brazos hacia su madre, murmurando apenas un «mamá» que se perdió entre el estruendo de un trueno. La mujer retrocedió; sus ojos se llenaron de lágrimas que se confundieron con la lluvia, mientras el hombre tocaba la campana del portón. Antes de que la

segunda puerta se abriera y fueran vistos, tiró de ella y desaparecieron en la penumbra.

Tras la puerta, un hombre de rostro huraño se asomó, iluminado por la tenue luz de una lámpara de aceite. Miró a la niña sin asombro, como si ya estuviera acostumbrado a que algo así sucediera. Los sollozos quebrados de la chiquilla rebotaron en el cielo ennegrecido. El portón se cerró con un golpe seco y, con él, la última esperanza de la pequeña, que fue llevada al interior de aquel lugar que sería su nuevo hogar… o su prisión.

1.

—Este sigue sucio. Y este también. ¡Y este otro está completamente enredado! —espetó la señora Bramwell, lanzando un ovillo de lana a su rostro.

—¡No es verdad! —respondió Lily con el ceño fruncido.

Sus manos estaban cansadas. Llevaba toda la tarde limpiando esa lana. Para ella estaba limpia. ¿No era señal suficiente la rojez y la aspereza de sus manos para demostrar que no había estado holgazaneando?

—¡Este lo has frotado demasiado!, inútil. ¡Mira cómo has dejado las fibras!

Esa vez no fue un ovillo lo que voló sobre su cabeza, sino un huso de madera que usaban para hilar.

—¡Me hace daño!

—¡Por eso lo hago, niña! ¿Qué esperabas? ¿Una caricia?

La señora Bramwell estiró los labios hasta que su risita se transformó en una carcajada.

Lily la observó bien. Era asqueroso cómo trazos de saliva seca se posaban en esas comisuras llenas de arrugas.

—¡Si me sigue haciendo daño, dejaré de trabajar! —dijo tajante.

Se puso de pie y los ovillos que descansaban sobre su regazo cayeron al suelo.

El silencio se apoderó de ese lugar oscuro y poco ventilado cuando una bofetada golpeó su rostro. Los demás niños detuvieron su trabajo, pero ninguno se atrevió a ayudarla.

Era un mal día para Lily. Hacía una semana que su mejor amiga, Hope, se había marchado y apenas un día desde que Logan se había escapado. No paraba de pensar en ellos. ¡Los echaba tanto

de menos! Su rebeldía no hizo más que acrecentarse. ¿Por qué su vida tenía que ser así?

Tomó su pequeño bastón del suelo y, con una lágrima, miró a la señora Bramwell. El padre Marcus les había hablado de que el mal acechaba en cada esquina y, para Lily, esa desagradable mujer era el mal personificado.

—¡Sigue hilando! —gritó—. ¡Y vosotros! ¿Qué creéis que hacéis? ¿¡Os he dicho que paréis!?

—¡No! —respondió Lily tras limpiarse la lágrima.

Bramwell la tiró al suelo de un empujón, cogió su bastón y la golpeó una y otra vez sin piedad. Lily se convirtió en un ovillo más, frágil y apretado, como los que la rodeaban. Aferró sus brazos a la cabeza y lloró, lloró y gritó de rabia. Quería desaparecer, abandonar ese lugar, y si la única manera era dejar que Bramwell la siguiera golpeando hasta morir, lo haría.

—¡Señora Bramwell! ¡Detenga este disparate! ¡Va a matarla!

El padre Marcus, que pasaba por allí para dejar unas viandas compradas con las ofrendas de la parroquia, al escuchar los gritos y golpes no pudo evitar acercarse para averiguar lo que estaba sucediendo.

Le arrebató el bastón y la miró con inquina. En ese momento, incluso él, un hombre de fe, dudó de que toda la humanidad fuera digna del amor y el perdón. Incluso estuvo cerca de golpearla.

—¿Ha perdido el juicio? —dijo, tratando de buscar la calma en su respiración.

En el momento en que el padre Marcus vio que la niña era Lily, apretó la mandíbula. Fue inevitable ocultar la tristeza en sus ojos. ¿Es que no había tenido ya suficiente esa niña? La habían abandonado con toda seguridad por esa enfermedad rara que dejó su pie torcido, había enfermado varias veces por el polvo y los hilos que aspiraba continuamente en ese lugar… y esa señora la apaleaba de esa manera.

Se agachó donde se encontraba Lily. Cuando fue a tocarla, ella se apartó como si temiera que él también le pegara. Eso le dolió sobremanera.

—Soy yo, pequeña. El padre Marcus.

Lily alzó el rostro. Había algo en su mirada que había cambiado. Esa luz, esa llama que desprendía a pesar de su dura infancia, ahora estaba perdida en algún lugar del que sería difícil regresar.

Lily tomó las manos del párroco y este la alzó en sus brazos.

Con pasos firmes la alejó de ese lugar hasta llegar al despacho de la señora Quirk, la regenta del lugar. Se recompuso y, tras llamar a la puerta, la abrió de par en par.

—¿Se puede saber qué hacía Lily con las hilanderas?

—Buenos días le sean, padre. ¿Las buenas maneras las ha dejado tras esa puerta?

—¿Va a responderme? —Lily seguía acurrucada en su pecho.

—¿Con las hilanderas ha dicho? ¿Por qué haría tal cosa? Se podría enfermar de nuevo. Ya sabe, padre, que ahora se dedica solo a coser.

La regenta reordenó unos papeles sobre su mesa y los soltó de golpe ante la acusación de ese entrometido hombre.

—¡Esa mujer ha estado a punto de matarla!

—Algo habrá hecho para merecérselo, ¿no cree? Quiero decir... Matilda tiene un fuerte temperamento. Quizá esta vez se ha pasado de la raya. Hablaré con ella.

—Tiene que irse de aquí.

—Por supuesto, claro que… ¿Cómo dice? ¿Irse?

La señora Quirk se quedó hablando sola. Detestaba a ese cura tan inoportuno.

Marcus se llevó a Lily a la capilla, la misma donde todos sus compañeros habían despedido a su amigo Luke. La sentó sobre un banco y, con un suave movimiento, alzó su mentón.

—Ni mil advertencias te hubieran hecho callar, ¿verdad?

La niña asintió, con el rostro aún empapado en lágrimas y algunos hilillos pegados a sus mejillas y frente.

—Déjame que te vea eso.

Lily se descubrió los brazos doloridos y le señaló su espalda.

—Te saldrán unos buenos moretones.

El padre la miró con ternura y le pellizcó un cachete.

—Deja que vea cómo caminas.

Lily se levantó y, con la ayuda del bastón, avanzó unos cinco pasos.

—Bien, parece que no te ha roto nada —suspiró aliviado.

La niña volvió a sentarse y abrió los ojos como platos al ver que Marcus sacaba una fresa tras su oreja.

—Cómetela, corre. Es una fresa milagrosa —sonrió—; en cuanto te la tomes, tu dolor disminuirá.

Lily la tomó con ansia y se la llevó a la boca. Masticó y se dejó unos churretes rosas en la barbilla. No era tan inocente como el padre pensaba: sabía que esa fresa no quitaría su dolor, pero sí apagaría un poco su hambre.

—¿A que estás mejor?

Lily asintió, aunque no fuera cierto.

—¿Es usted un ángel? Quizá me he muerto ya.

El halo de esperanza que vio en sus ojos lo entristeció, aunque no le extrañó que lo deseara.

—No soy un ángel, Lily.

—Pero yo quiero que lo sea. Aunque solo un momento.

—Lily, lo siento. Lo siento de veras.

La niña lloró de nuevo, pero antes de que Marcus pudiera consolarla, una voz sombría los interrumpió.

—Pero dónde se... Ah, aquí estás, niña. Tú, como te llames, no estás cosiendo. Se te están acumulando tareas. Vamos, vamos.

El señor Finch —o *el Lagarto*, como lo llamaban— se aproximó y la enganchó de la oreja.

—Vamos, vamos.

Marcus quiso detenerlo, pero sabía que no había nada que pudiera hacer. El arcediano de Londres era el mayor benefactor de ese sitio; sabía lo que allí sucedía, y si Marcus se pusiera en su contra, no le dejaría visitar más a esas pobres almas. Lo único que podía ofrecerles era su consuelo en momentos de angustia.

Lily llegó al lugar de costura. Sus compañeras la miraron y se preguntaron qué demonios le había sucedido.

Ese fue uno de tantos días de angustia, donde poco a poco consiguió perfeccionar su habilidad con la aguja, hasta que, años después, una modista llamada Hester Harper puso precio a su

habilidad y la sacó de allí a cambio de una suma de dinero en concepto de una supuesta donación. A partir de ese momento, sería su ayudante.

2. Lily

El calor acariciaba mis mejillas y se extendía por todo mi cuerpo. La sensación era maravillosa y a la vez amarga. Alguna vez me había preguntado: ¿qué pasaría si lo tocaba? ¿Y si dejaba que el fuego fulminara mis manos? Esas que me daban de comer y, a la vez, me esclavizaban. Juraría que las llamas se reflejaron en mis pupilas mientras mi mente volaba a tiempos lejanos, cuando ese calor reconfortante era mi mayor premio por acabar mis tareas a tiempo. No quería comida, tampoco zapatos nuevos, ni un día libre para pensar en mi miserable vida. Lo único que pedía era calor. Un poco de calor que me hiciera sentir en el seno de un hogar acogedor.

—...las jóvenes tan delgadas son como mariposas secas, y de ancianas parecen arañas. ¿Cuál es la satisfacción en vestirlas? Sin embargo, unas buenas curvas, unos huesos anchos…

La señora Harper seguía despotricando como hacía siempre, pero interrumpió su discurso al verme mover la leña para avivar el fuego. «Esa ingrata, de nuevo me estaba ignorando». «Encima que la había sacado de ese horrendo lugar, era una malagradecida», imaginé sus palabras. Estaba segura de que eso es lo que Hester estaría pensando. No sería la primera vez que me dijera algo así. Creo que esa mujer nunca me había visto sonreír. Aunque si algo había dicho en mi favor, al menos una vez, era que hacía bien mi trabajo. Más que bien.

Me tiró el huevo de zurcir a la cabeza y, a pesar de que era de madera maciza, no emití ni una queja. Cerré los ojos llorosos y apreté los puños.

—Lo siento, me he distraído.

—¿Has oído siquiera algo de lo que te he dicho?

—Se estaba quejando. De nuevo —giré la cabeza sin pestañear, y una pequeña caja de madera llena de alfileres salió volando hacia mí—. Insolente, ¿icómo te atreves!?

Me agaché y, como otras veces, me coloqué en una postura que me diera seguridad. Ya sabía lo que venía a continuación. La señora Harper tomó la cinta de cuero que usaba como castigo y arremetió contra mi espalda.

—¿Cuántas… —primer golpe— veces… —el segundo— tengo que darte… —otro más— para que me trates… —el último, siempre el peor— con respeto?

Podría defenderme, sí. A veces sufría solo de pensar en derribarla y ahorcarla con sus hilos. Ideas fugaces que pasaban por mi mente y me hacían sentir más miserable de lo que ya era. Pero nunca movía un dedo. El padre Marcus también me había dicho que la gente así, la que maltrata a los demás, estaba sufriendo. Tanto había interiorizado aquello, que había llegado a sentir verdadera compasión por ella.

—Lo siento —dije una vez más, cuando la mujer, exhausta, cayó rendida en su silla de costura. Me levanté y le acerqué un vaso de agua.

—No te entiendo. Nunca lo he hecho. Y tu comportamiento solo hace que te odie más.

—El odio es un sentimiento muy pesado —Me atreví a decir.

—De ser así, yacería aplastada sobre mi tumba... No sabes lo que he deseado que suceda a todos esos dueños de las fábricas textiles.

Nunca lo había dicho, pero lo intuía. Una noche la encontré con una botella de jerez en la mano, con unos ojos que habían pasado del llanto al odio. Entre gritos, y después de tirar la botella vacía al suelo, me confesó que su marido y sus dos hijos habían fallecido por culpa de esa gente con dinero. Habían sido los primeros en protestar contra las nuevas fábricas y los despidos masivos. Un accidente, le dijeron. Pero ella nunca lo creyó.

—Hemos perdido clientela, y estoy harta de ajustar y modificar las prendas para que se ciñan mejor a su comprador. Todo esto hará que la moda deje de apreciarse. ¡Siento asco! Cada vez

tenemos menos clientes. Está claro que la gente prefiere el material más barato. ¡Me causa pavor tocar estos tejidos!

La señora Harper comenzó a toser. Parecía que el agua se le había ido por otro lado y casi se ahoga. Me puse tras ella y le di unas palmadas en la espalda, algo muy tentador para dársela más fuerte por lo que me acababa de hacer. Pude controlarme, aunque no evité la repugnancia hacia mí misma solo por pensarlo. Como siguiera así, no habría nada que me diferenciara de esa mujer.

—La clase alta sigue prefiriendo la mano artesanal y las telas cuidadas. Está claro que el toque y el diseño de una buena modista están muy por encima de lo que esas fábricas logran hacer.

—Sabes que vivíamos por la clase media. Lo que me falta es ponerme a trabajar para la misma gente que quiere arrebatarnos todo.

La señora Harper volvió a toser. Esta vez escupió un poco de sangre. La miré con preocupación. Era la tercera vez en esa semana que le sucedía, pero se negaba a contactar con el médico. No quería gastarse ni un penique en que un galeno la visitara. Si tuviera mi propio dinero, yo misma lo habría llamado. La señora Harper no era agradable, pero nadie se merecía sufrir.

Ella continuó con su costura y, antes de que yo prosiguiera con los pantalones que estaba por terminar, recogí los alfileres desperdigados por la alfombra uno a uno.

Después de que la señora Harper se acostara, decidí salir a tomar aire fresco. La noche se presentaba preciosa. A pesar de las nubes que amenazaban con acercarse cada vez más, la luna había salido a saludarme. Lo mínimo que podía hacer era saludarla de vuelta en un agradable paseo.

Borley era un pequeño poblado en Suffolk. Lo único que lo conectaba con el exterior eran unos caminos de tierra apisonada que no eran muy transitados, salvo por comerciantes o los mismos ganaderos y agricultores del lugar. Era cierto que, estar con Harper no era lo mejor que me podía haber pasado, pero poder ver los amplios campos de cultivo, donde mi vista se perdía en el horizonte y toparme con alguna vaca escapista, era más de lo que podía pedir. El aire era agradable, y la brisa, aunque helada debido al inminente

invierno, era dolorosa y vigorizante al mismo tiempo. En cualquier caso, no echaba de menos el aire asfixiante de St. Joseph, donde me enfermaba día sí y día también.

Me aferré a mi bastón y caminé con cuidado. Si no fuera por la luna que me acompañaba, no habría salido. Lo que menos necesitaba era una caída en la penumbra, después de la paliza que había recibido.

Aceleré el paso cuando vi salir a la señora Cavendish, la mujer del reverendo. Su familia era la más acomodada de ese pequeño lugar, por lo que le gustaba estar al tanto de todo y, cómo no, disfrutaba de ser la mejor vestida. Lamentablemente, mi pie no me dejó avanzar tan rápido y su voz áspera me alcanzó.

—Señorita Adams, señorita, deténgase, por favor.

No me quedó más remedio que hacerlo.

—Qué bien que la encuentro, aunque no sé qué hace usted sola a estas horas. Como bien sabe, es peligroso. Pero qué digo, Borley jamás sería peligroso, no mientras mi querido marido, un enviado de Dios, sea la cabeza de esta comunidad. ¿Cierto?

Tuve que procesar lo que acababa de decir. Había hablado demasiado rápido, como siempre.

—Como bien sabrá, mis queridas hijas irán esta temporada a Londres. Sí, las tres. En esta debutará mi pequeña Lucy. Pero sabe que las otras dos no han encontrado aún marido. Tengo la ligera esperanza de que este será nuestro año.

Cansada, pasé mi peso al otro pie y continué escuchando.

—John tiene la ligera intuición de que Lenora conseguirá la mano de un barón. No es un duque, pero bueno, mi hija, baronesa. ¿Puede creerlo? Por supuesto que lo que dice John será cierto, dado que —ya sabe— el de arriba le da la información por adelantado —dijo esto último bajando la voz como si aquello fuera una confidencia.

—Señora...

—Tampoco quiero darle envidia, ¡válgame Dios! Entiendo que con su condición es muy probable que se quede soltera. Aunque he oído que cierto granjero bebe los vientos por usted. Un alma caritativa, seguro.

—Señora...

—En fin, estamos agitados con las preparaciones de Navidad, aunque para eso quede todo un mes. El servicio que hará John será precioso, como todos sus sermones, por supuesto. Me imagino que vendrá mañana con la señora Harper. El domingo pasado no asistió ninguna de las dos, y...

—¡Señora Cavendish!

Su mirada cambió de un segundo a otro, y con razón. Quizá había elevado la voz demasiado, pero es que lo único que quería hacer era pasear, y no solo me había insultado diciendo que no conseguiría marido, sino que no paraba de marearme con sus palabras.

—Dígame en qué la puedo ayudar, o ¿solo me ha detenido porque necesitaba hablar? —dije lo más calmada que pude.

La señora Cavendish se aclaró la garganta, alterada, y clavó en mí su mirada, esta vez desprovista de emoción.

—Sí. Como le decía, mi hija pequeña debuta este año. Sé el tiempo que toma realizar un buen vestido, y quería saber cómo va su elaboración.

—La señora Harper está haciendo un trabajo precioso. Su hija irá deslumbrante y, como no está tullida, seguro que conseguirá un marido. Ahora, si me disculpa, parece que va a llover y no soportaría que enfermara por mi culpa.

La señora Cavendish puso cara de no saber si mis palabras eran para echarla o si en efecto me preocupaba por ella. En cualquier caso, me daba igual. No sería la primera vez que me dijera que le costaba entenderme, como a la señora Harper, como a todos. A veces, no me entendía ni yo.

Me despedí de ella y, con el primer trueno, supe que era el momento de regresar. Pero no lo logré. Como siempre que llovía, un recuerdo difuso arremetió contra mis pensamientos y me quedé paralizada bajo la lluvia. Y, de nuevo, sentí ese desgarrador abandono que tanto me hacía sufrir. Caí sobre mis rodillas, me abracé a mí misma y lloré. La niña que fui aún gritaba *mamá* en medio de la tormenta.

3. Cedric

—Estas personas no atacan a sus enemigos ni a sus opresores, sino a lo que consideran la causa de sus sufrimientos. Estas máquinas nuevas solo pueden ser manejadas por hombres de mayor habilidad y, por lo tanto, son la causa de que muchos de sus compañeros sean despedidos y pierdan el sustento de sus familias. ¡Los hombres de Nottinghamshire, Yorkshire y Lancashire han sido reducidos a la desesperación más miserable! ¿Es justo que un sistema de pena de muerte se convierta en el remedio de las calamidades que se derivan de la introducción de estas máquinas?

En ese momento, las voces se alzaron y la Cámara de los Lores pareció un gallinero. En silencio, observé a Lord Byron. Era su primer discurso en la Cámara, y era admirable cómo defendía su causa sin ningún reparo, a pesar de que la mayoría de los allí presentes estaban a favor de la *Frame Breaking Bill*, que castigaba con la pena de muerte la destrucción de un telar. Algo, según mi opinión, completamente desmesurado. ¿Cómo iba a valer más un maldito telar que la vida de una persona? Tan solo el hecho de discutirlo ya me parecía absurdo. Menos mal que Edmund no podía escuchar estas cosas, pues le habría dado un infarto, o peor aún, se habría vuelto loco.

—¡¿Es que no hay ya suficiente sangre en vuestro código penal?!

—También es el tuyo, Byron —gritó uno.

Entonces aquello dejó de ser un gallinero y se convirtió en una jauría de cerdos salvajes. Y pensar que todos estos caballeros, de puertas hacia afuera, parecían civilizados y razonables…

Miré a mi padre de soslayo. Se mantenía callado como yo. Debió de notar mi mirada. Giró la cabeza hacia mí y, con un gesto de su mano, me indicó que mantuviera la calma. No lo hacía para

tranquilizarme; más bien era un aviso para que no se me ocurriera alzar la voz. Estaba seguro de que temía que defendiera a esos luditas. Después de pasar tanto tiempo con mi fiel amigo Edmund, pensaría que se me había pegado algo de humanidad. Y estaba en lo cierto. Lo que estaba sucediendo no tenía ni pies ni cabeza. Mi padre no tenía el valor de posicionarse. Era lógico: la mayoría de nuestra fortuna provenía de las fábricas textiles. Era avaricioso, pero no era malo. Sin embargo, yo no podía permanecer callado.

—Lord Byron tiene razón. ¡Esta medida es completamente desmesurada, caballeros!

—Alfie, mantén a tu hijo en silencio, ¡por el amor de Dios! —espetó uno.

Mi padre me sostuvo de la manga de mi levita y me sentó.

—No llames la atención, ¿quieres?

—Padre, usted es de los mayores empleadores de Londres. Debería defender a sus trabajadores.

—No cuando se comportan como animales.

—Padre...

Sus palabras me decepcionaron enormemente y no supe qué decir.

—¡Todo esto ha terminado con la vida de William Horsfall! —gritó otro, entre los alborotos.

—¿La vida de un empresario es más valiosa que la de cientos de trabajadores? ¿Cuántos creen que han muerto tras enviar a los soldados a causa de los ataques luditas? —espeté, y solté el agarre de mi padre.

—¡Orden en la sala! —dijo el canciller—. ¡Orden en la sala!

Poco a poco, los lores fueron relajándose. Nunca había asistido a un debate tan desordenado y alterado como ese. Sentía rabia e impotencia a partes iguales. A toda esa gente solo les movía una cosa: el dinero. Algo que yo mismo codiciaba, pero que poco a poco comenzaba a odiar. Había cosas más importantes, como la vida. Incluso el maldito amor. Me había quedado claro después de ver lo feliz que era mi amigo.

—Procederemos a la votación —las voces comenzaron a elevarse de nuevo—. ¡Orden en la sala! ¡Lord Byron, como siga así

tendré que expulsarlo de esta Cámara!

—Esto es inconcebible.

—¡Lord Byron!

El hombre respiró en profundidad y dejó de discutir con los otros dos que lo mangoneaban, diciéndole que no sabía nada de política.

—Dedícate a la poesía —dijo uno, para finalizar.

Resoplé y apreté los puños. Cada vez sentía más asco de la sociedad en la que vivía. Me daba que, llegados a este punto, incluso podía llegar a entender del todo a Edmund.

La votación tuvo lugar, y sin mediar palabra, mi padre abandonó la Cámara de los Lores. La proposición de ley había sido aprobada por una mayoría abrumadora, y con eso, los luditas se lo pensarían dos veces antes de atacar.

Al salir, mi padre me esperaba apoyado en el muro de las Cortes mientras inhalaba el tabaco de su pipa de marfil.

—¿Se puede saber qué has hecho, hijo?

—No sé muy bien qué quiere que le explique, padre.

—¿Sabes que muchos de nuestros inversores estaban en esa cámara hoy? ¿Qué demonios crees que pensarán si tengo un hijo que apoya a esa gente? ¿No crees que se asustarán y desviarán su dinero a otras fábricas?

—Padre, no son nuestro único sustento. Tiene tierras arrendadas, y he empezado a asociarme con Edmund para el transporte de té de la India. En cualquier caso, sé que Prinny lo ayudaría en un momento de necesidad.

—¡Tenemos un estatus que mantener! No voy a ir de rodillas con ese mequetrefe por si me veo en la ruina. Tienes una hermana. ¡Piensa en ella! Cecil nunca se casará y necesitará un sustento. Todo lo que hago es por esta familia. ¡Por ti! ¿Quién será la cabeza en mi ausencia? En todos estos asuntos siempre te he dicho que tienes que dejar tu corazón, tus malditas emociones, de lado y pensar con la cabeza, Cedric. Esto no es un juego de los que tanto te gusta jugar en White's. Esto es la vida real.

Me echó el humo maloliente a la cara y lo miré con desagrado.

Tonto. Mi padre me consideraba estúpido. No me conocía en absoluto. No era perfecto, por supuesto, pero nadie sabía administrar el dinero mejor que yo. Ese hombre había cohibido todas mis emociones, pero al menos me había educado bien en cuanto a la administración de nuestras propiedades. ¡No era un inconsciente! Sabía que por la condición de Cecil le sería difícil encontrar marido, al menos uno fiable. Su belleza no tenía parangón, pero era completamente ciega desde que nació. Ni padre ni yo nos atreveríamos a dejar a la dulce Cecil en manos de algún desgraciado. ¡Jamás!

—Ve a casa y descansa. En una semana quiero que marches hacia Sudbury y averigües por qué la calidad de la seda está disminuyendo. Y hazle caso a tu prometida. El señor Carter podría echarse para atrás si no ve tu interés.

—¿Cómo lo va a ver, si no lo hay?

—Maldita sea, Cedric, podrías ponerme las cosas más fáciles. ¡Yo mismo me casé con tu madre sin rechistar!

—Madre es hermosa, e hija de un primo del regente. Hubiera sido un imbécil al rechazarla. No es lo mismo.

—¿Desde cuándo me has perdido el respeto?

—Desde que hoy no le he visto mover un dedo por los que llenan sus bolsillos. Dígame, padre, ¿cómo haría las cosas sin esos trabajadores?

—No eras así. Me pregunto qué te ha cambiado. Hasta hace unas semanas, la vida de los demás te importaba tanto como una piedra en el camino.

—He salido y he visto cosas.

—Siempre has salido.

—No, Londres es más grande de lo que cree, padre. No todo son mansiones, clubes y parques.

—Entiendo. Pero sigues sin querer casarte con la señorita Carter. ¿Por qué era? Ah, sí. Por ser hija de un fabricante.

—Estamos hablando del futuro del marquesado. Desde luego que quiero lo mejor.

—Entonces, ¿el estatus es lo que los hace mejores? Perdona, hijo, tus ideas son tan contradictorias que me pierdo.

De nuevo, aspiró el humo de su pipa y me miró indiferente. Si algo detestaba Alfie Elford eran las conversaciones sin sentido que le hacían perder su valioso tiempo. Lo que no me esperaba era que mis palabras, en efecto, le resultaran de ese modo. ¡Era su hijo! No iba a dejar de expresarme por mucho que su rostro hastiado deseara que acabara.

—Madre siempre ha dicho que la sangre...

—Ah, ya veo —me interrumpió. Odiaba cuando lo hacía—. Los apoyas, pero de lejos. Lo que es mezclarse con ellos, no está en tus planes. —Mi padre dio unos golpes con la pipa a la suela de su zapato para vaciarla y me miró con seriedad. Esa que, desde pequeño, me había hecho sentirme diminuto—. Hijo, aclara tus ideas y luego hablamos. Quizá no estés capacitado para llevar el peso de un marquesado.

—Pues pídaselo al tío Robert —espeté, sin éxito en ocultar mi enojo por la falta de confianza que tenía en mí—. Estaría más que encantado.

Marché hacia casa, atravesando el suelo con mis pisadas, mientras aplastaba cada uno de mis pensamientos.

Quizá era lo mejor. El tío Robert deseaba quedarse con el marquesado. Pero por ley, yo no tenía derecho a renunciar a mi título, aunque podría pedir un acta especial al Parlamento, lo cual sería un engorro, además de costoso. Lo que sí podría hacer era cederle la administración y así yo podría ir a vivir la vida.

¿Haciendo qué? Terminaría aburriéndome.

Detuve mis pasos y me quedé helado. ¿Y si renunciaba a todo eso… qué me quedaba? ¿Quién era Cedric sin Brookfield?

No tenía un objetivo, ninguna aspiración. ¿Quién era yo?

Mi respiración se alteró; de repente iba demasiado rápida y me mareé. ¿Era aquello lo que llamaban una crisis existencial?

Respiré hondo, apreté la mandíbula y continué mi camino hasta que llegué a casa. Esperé impaciente a que el ama de llaves me abriera y luego subí de dos en dos los escalones hasta llegar a la habitación de mi hermana.

Me dejé caer en el sillón, ese que ya conocía mi forma de tanto usarse para leerle sus libros favoritos, y la miré. Cecil siempre

estaba en la ventana, sentada en su alféizar, atenta, risueña. No entendía por qué hacía tal cosa, porque no veía nada.

—Estás alterado —dijo al percibir mi presencia.

—¿Tanto se me nota? —apoyé mi codo en el reposabrazos y luego mi mentón sobre la mano.

—Oigo el ritmo desbocado de tu corazón desde aquí. ¿Han aprobado esa espantosa ley?

—Por supuesto que la han aprobado. Y sospecho que padre ha votado a favor.

—Padre no haría tal cosa.

—Pues tendrías que haberle visto hoy. Ha permanecido callado como un maldito muerto durante todo el debate.

—Sus razones tendría.

—Unas con las que no puedo estar de acuerdo. Pueden hacerse las cosas de otra manera.

Cecil se acercó a mí sin titubear. Tenía grabada en su mente toda la estructura de su habitación y, cualquiera que la viera moverse por ese espacio, dudaría que no tuviera vista. Tomó mi rostro entre sus manos; estuvo cerca de sacarme un ojo con uno de sus dedos. Sonreí con tristeza.

—Me siento perdido, Cecil. Todos parecen tener un objetivo claro, algo por lo que luchar. Tendrías que haber oído hoy a Lord Byron, parecía tan seguro.

—A mí me pareces un tipo seguro. Soy tu hermana y te conozco. Pero si no fuera así, me lo pensaría dos veces antes de entablar una conversación contigo.

—No sé cómo tomarme tus palabras. Ahora no sé si soy un mequetrefe o un monstruo.

Cecil se levantó y profirió una melodiosa carcajada.

—Padre dice que no estoy listo. Si no hago esto… ¿qué haré, Cecil? Desde pequeño me han educado única y exclusivamente para ser marqués. *El mejor marqués de Brookfield*, si cito las palabras de madre.

—No solo serás marqués. Ya eres un hermano maravilloso, un hijo excepcional y, dentro de poco, también un marido y, en un futuro, padre.

—Gracias por lo de *maravilloso*, pero dudo que padre me considere excepcional. En cuanto a lo otro… no tengo ninguna gana de ser marido de nadie, Cecil. No amo a esa mujer.

—No sabía que amar a alguien estuviera en tus planes. Siempre has sido reacio a ese tema. Tuve que escuchar tus innumerables quejas cuando viste a tu amigo caer en las garras del amor por esa joven.

—¡Claro que no está en mis planes! ¿Quién demonios planearía algo así? No creo que sea algo que suceda por decisión propia. *Veamos el calendario, el jueves me toca enamorarme* —resoplé, algo histérico. Nunca había sentido tanta angustia y, menos aún, por algo tan irracional. ¡Edmund tenía la culpa de todo!

Mi hermana sonrió.

—Pobre Edmund. No sé cómo te ha aguantado tanto tiempo. Yo no tengo más remedio que hacerlo, pero él…

—Eres cruel, hermana.

—Solo un poco.

—¿Está mal que ahora quiera mirar a alguien como Edmund mira a Hope? ¿Desear que alguien me mire como lo hace ella cada vez que lo ve? Eso… ¿podría pasarme a mí?

—No sabía que el casamiento de tu amigo te había trastocado tanto.

—Como bien has dicho antes, sabes que siempre he renegado del amor. Me parece absurdo, una esclavitud y peligroso. Muy peligroso. Edmund no había pegado a nadie en su vida, y por ella lo hizo. ¡Y mintió frente a toda la *ton*, diciendo que era su mujer! Es una locura.

—Y, por lo que oigo, te encantaría volverte loco, ¿no es así? Si te estás tocando el pelo, deja de hacerlo. Te quedarás calvo.

Sería ciega, pero me conocía bien.

—¿No has sentido esa *locura* con ninguna de tus mujeres?

—Si lo dices así, cualquiera diría que soy un canalla —resoplé —. No he estado con tantas como te crees y no, nunca me he vuelto loco por ninguna.

—Podrías darle una oportunidad a la señorita Carter. Quizá, si la conoces mejor… Al fin y al cabo, no has tenido una conversación

real con ella, ¿no?

—¿Para qué molestarme? Ya está enamorada, y no de mí, te lo aseguro.

—Mi pobre hermano… siempre te ocultas tras esa fachada de tipo duro y, en el fondo, eres un cachorro.

No sabía si era su ceguera el motivo por el cual no me sentía expuesto, o por lo cariñosa que siempre había sido conmigo. Pero la única persona ante la que no tenía que esconderme, la única a la que le mostraba mi verdadero ser, era Cecil.

—¿A quién llamas *cachorro*? ¡Soy un lobo! ¡Un león!

—¿Y qué tienen en común el lobo y el león?

—Sus fauces.

—Que son achuchables.

—¡No digas tonterías! Son fuertes, dominantes, infunden temor. Además, ¡ni siquiera los has visto!

—Y son suaves.

—¿Cómo demonios lo sabes…?

—Espera… no habrás ido a la Salvaje Galería de sir Murray, ¿verdad?

—Ahora estamos hablando de ti.

—Cecil, por Dios bendito…

—Señorita, milord. La cena está servida —la doncella intervino con timidez desde el umbral de la puerta.

—Vamos, no hagamos esperar a madre.

—Cecil, no te vayas. ¡Cecil, regresa aquí y contesta!

Pero mi hermana mayor, con una agradable sonrisa, salió.

Esta vez, Murray iba a saber lo que era cruzarse con un Elford. ¿Un momento de paz? Inexistente en esta casa.

4. Lily

Abrí los ojos y me encontré con los de Jimmy Brown, que me observaba con el ceño fruncido hasta que estiró sus labios en una agradable sonrisa. Él era como un día caluroso: cálido, brillante, lleno de vida. Yo, en cambio, me asemejaba más a un témpano de hielo, callada, distante, hundida en el invierno. No había dejado sus intenciones claras, pero, como la señora Cavendish había reconocido esa misma noche, Jimmy estaba interesado en mí.

Yo no podía estar más en desacuerdo con aquel asunto. Si lo dejaba acercarse más, terminaría por engullir su luz y dejarlo en las tinieblas. Jimmy merecía a alguien dulce, capaz de entregarle el corazón entero. El mío ya no era más que un puñado de cenizas: pisoteado, roto, olvidado. Nunca le confiaría a nadie lo que quedaba de él.

—Iba a dejarle una nota, pero no sé escribir, así que preferí esperar a que despertara. Tuve que tomar las llaves de su bolsillo —el pobre se sonrojó—. Espero no haberla molestado, pero temía que, si la dejaba afuera, pudiera enfermarse.

Lo observé por un momento. El muchacho irradiaba alegría por todos los poros y su juventud era evidente; debía tener unos ocho años menos que yo.

—Gracias —le dije e intenté levantarme, pero Jimmy fue rápido y me ayudó, apoyando mi brazo sobre sus hombros.

—Cuando la encontré en mitad del camino, agachada y acurrucada como un corderito sin su madre, no pude evitarlo. Tuve que traerla.

De nuevo, se lo agradecí.

—¿Te da miedo la lluvia?

El muchacho pasaba del *usted* al *tú* sin reparo. Incluso alguna vez lo había pillado usando palabras que nada tenían que ver con lo que quería decir. Pero no podía negarle mérito: Jimmy se esforzaba por demostrar una educación que no tenía. Y yo no podría decir aquello si no fuera por el padre Marcus y el empeño que tuvo en ayudarnos a todos.

—Se la ve cansada. Puedo ayudarle si quiere. Siempre lo hace todo. Es demasiado. Si le dijera a la señora Harper que contratara a alguien más, sería lo mejor. Cortas la leña, das de comer a su ganado y encima te hace coser. A este paso, acabarás muerta, señorita.

—Es solo una vaca, Jimmy, dos caballos y una docena de gallinas. No es una granja entera. —Me reí—. Además, la señora Harper es reservada, ya lo sabes. No quiere a nadie más merodeando por su terreno.

—¿Nunca te has preguntado por qué?

—Hace mucho tiempo que dejé de hacer preguntas que podrían traerme problemas.

—Pero…

—Deberías irte. Tu padre está cada vez más cansado, y mañana necesitará ayuda con esas gallinas que se niegan a comer.

—Sí, debería irme, pero, Lily… De verdad, si un día necesitas ayuda, sabe que aquí pereceré y no me iré a ningún lado.

Sonreí.

—*Permaneceré*, Jimmy. Se dice *permaneceré*. Dudo que te quieras morir ya.

Se puso rojo como un tomate de su huerto y salió corriendo, como si mis palabras pudieran haberle pegado un pellizco en el orgullo.

Me sacudí el vestido empapado. Lo que más me apetecía era encender el fuego de la chimenea y calentarme frente a él, pero Hester solo permitía que lo encendiera si estaba ella presente.

Me acerqué al taller de costura y busqué el vestido de Lucy Cavendish. Era precioso, solo quedaba bordar unos detalles en dorado y estaría listo. La señora Harper se llevaría todo el crédito de

esa costura, pero la realidad era que en ese modelo había más trabajo mío que suyo.

Subí las escaleras con dificultad, ya que mantenerme apoyada solo en mi pie torcido era un suplicio. Me asomé a la habitación de Hester y no oí nada. Era agradable que hubiera dejado de toser, al menos por unos minutos. Luego, al llegar a mi habitación, volvería uno de sus ataques y me costaría dormirme.

Me quité el vestido mojado y me puse mi ropa de cama. Estaba agotada, y por el tono de luz que entraba por mi ventana calculé que apenas dormiría unas dos horas.

El sol entró por mi ventana y me tapé hasta la frente. No quería, me negaba a levantarme. Estaba agotada. ¿No podía quedarme una hora más? ¿Media? La señora Harper se levantaba siempre que le venía en gana. ¡¿Por qué no podía hacer yo lo mismo?! Llevaba madrugando desde que tenía uso de memoria. Solo quería descansar un poquito más, solo un poqui…

La campana de la parroquia sonó y me quité la manta de súbito. Me puse en pie de un respingo.

¿Las doce? ¿Eran las doce? ¡No, no, no!

Me había quedado dormida más tiempo del que debía. Pero ¿por qué no me había despertado Hester, como había hecho tantas veces? Una vez incluso llegó a tirarme un vaso de agua fría a la cara, a pesar de saber que había estado cosiendo toda la noche para una entrega complicada que casi no conseguimos acabar.

Me aseé a toda velocidad y, con la cara empapada, bajé las escaleras deslizando mi trasero por la barandilla, tal como lo hacía en mañanas apresuradas —como en ese momento. Siempre aterrizaba de bruces, pero era una bajada más rápida que ir escalón a escalón con mi desgraciado pie.

Me puse el delantal y la capa, y salí para ordeñar a la vaca. A Hester le gustaba la leche bien fresca.

Hacía un frío de esos que te cortan el rostro, pero a pesar de eso, sonreí. La lluvia de anoche se debía haber convertido en nieve, pues estaba todo blanco. ¡Era una vista preciosa! Aunque Lady Mu

no opinaba lo mismo. Me miró con esos ojos como si hubiera cometido un crimen atroz por olvidarme de cerrar el cobertizo.

—Has pasado frío, pequeña.

La vaca miró hacia otro lado, ignorándome por completo. Y yo que intentaba ser amable…

Cuando tuve la leche lista, entré en casa a calentarla con unas ramitas de canela y limón para Hester, y con café para mí. Solo bebía café. Me recordé a mí misma amenazando a la señora Harper para que me lo comprara. Digamos que esa taza de café bien caliente que me tomaba en la mañana era el pago por mis servicios. Sus palabras ese día, refunfuñando, retumbaron en mi cabeza: «¿No podrías beber té como todo hijo de vecino? ¡El café es mucho más caro!».

Mis papilas ya saltaban inquietas porque mi olfato les había avisado de lo que llegaría a ellas.

Corté un panecillo a la mitad —estaba más duro que blando— y lo unté con mermelada de frutos del bosque que el mismo Jimmy había hecho y nos había regalado. Entonces caí en la cuenta: ¿era demasiado tarde para desayunar?

De repente, fui consciente de que la señora Harper no había dado señales de vida. Levanté una ceja, preocupada. No sería la primera vez que se levantara tarde, pero había algo que me alertó. Su tos. No estaba. Tampoco la había oído al llegar en la madrugada.

—Señora Harper —grité.

Si estaba allí, enseguida me gritaría de vuelta por la falta de modales, por vociferar por la casa como si estuviera en el mercado.

No obtuve respuesta.

Tragué saliva y subí despacio las escaleras.

—¿Señora Harper? ¿Hester?

Toqué un par de veces su puerta y pegué el oído a la madera.

Ahí dentro no se movía ni un ratón.

Aferré mi mano al tirador y abrí con sigilo. Las cortinas estaban echadas y un bulto oculto entre las mantas yacía sin moverse.

Me acerqué. Corrí las cortinas con delicadeza para que no tuviera un despertar desagradable. Al aproximarme al lecho, ahogué

un grito.

Un reguero de sangre empapaba la almohada. Y su rostro, inmóvil, con los ojos como platos, me miraba como si aún esperara que le llevara el desayuno.

—Se... señora Harper…

Con una mano temblorosa acerqué mis dedos a su nariz… y nada. No sentí nada. Ni un ligero cosquilleo que indicara que aún respiraba.

Me caí hacia atrás de la impresión y me deslicé hasta que mi espalda quedó protegida por una pared.

—¿Qué hago? ¿Qué debo hacer?

No podía decir que estuviera feliz —ya no me volvería a pegar, eso era cierto—, pero tampoco podía fingir tristeza por alguien que nunca me dedicó un gesto de cariño. No obstante, de cierto modo, me sentía mal. Nunca hubiera querido que esto sucediera. Si me hubiera hecho caso y hubiera ido al médico, ahora estaría viva y regañándome por algo que se le ocurriera.

—¿Qué voy a hacer?

Me culparían, estaba segura de ello. Y acabaría en la horca. O en la calle. Podría huir, pero ¿a dónde iría? Ya había sufrido de hambre y penurias. No quería vivir aquello otra vez. Podría decírselo a Jimmy, pero él no se merecía que lo metiera en ese embrollo.

—¿Qué hago? ¿Qué hago?

Me llevé las manos al rostro, intranquila. Entonces alguien llamó a la campana. Podía notar el ritmo de mi corazón en los oídos y cómo la saliva abandonaba mi boca.

—¿Qué hago? —susurré con angustia.

Me incorporé y bajé de nuevo por la barandilla, esta vez caí sobre una pierna, lo que me obligó a saltar tres veces a la pata coja. Llegué a la puerta, me recompuse el vestido y abrí.

—Buenos días —dije, tratando de ocultar mi nerviosismo.

—¿Está la señora Harper? Tengo que hacerle un arreglo urgente a este pantalón. Mi marido tiene una importante cita mañana en Londres. Este es el mejor que tiene, pero ha engordado un poco y, al ponérselo… bueno, se ha rasgado. Llame a la señora Harper; sé que dirá que sí.

—Ella… ella está... —me aclaré nerviosa la garganta. *Que no se me note, que no se me note*. Miré hacia las escaleras y tragué saliva con dificultad—. Ella está indispuesta, pero estoy segura de que no le importará que tome yo el pedido.

—¿De verdad? Entiendo que es reacia a escoger a quién atiende.

—No se crea, últimamente se queja menos.

Me maldije por ser tan tétrica. Las palabras que había escogido eran poco acertadas y lúgubres.

—Pues tome. Vendré a recogerlo más tarde.

—Sí, sí, por supuesto.

—Gracias.

Tomé el dichoso pantalón y cerré la puerta. No me había dado cuenta de que había dejado de respirar hasta que un ligero mareo y un dolor en el pecho me avisaron de que debía tomar aire de inmediato si no quería acabar como Hester.

De nuevo subí las escaleras. Ese día me dolería el pie.

Entré en la habitación de Hester y tuve una idea que había surgido gracias a lo que acababa de suceder. Nadie tenía por qué saber que la señora Harper había muerto. Al fin y al cabo, la mayoría de las veces era yo quien tomaba los pedidos, pues a ella no le gustaba tratar con gente. Más aún si solo venían a por arreglos, como aquella señora. Ya la había oído quejarse: «Soy una modista, no un sastre que va arreglando desperfectos. ¡Yo creo, no parcheo!».

¿Estaba mal querer sobrevivir? ¿Vivir esa vida… aunque solo fuera un poquito más?

Pero tenía un problema.

¿Qué haría con el cuerpo de la señora Harper?

5. Cedric

—¿Le gustó el recital de arpa? Su madre me ha dicho que fue espectacular. Yo no tuve la suerte de asistir, aunque han llegado a mis oídos rumores de que Geneviève Armand es un portento con las manos. Entiendo que el arpa es un instrumento difícil de dominar, pero ella parece haberlo conseguido.

—¿En serio vamos a hacer esto?

La señorita Carter dejó caer su mirada sin ningún interés y bostezó en mi cara.

Miré hacia atrás. Su padre nos observaba de cerca, junto al mío. ¿En qué momento había perdido mi libertad sin siquiera ser consciente de ello?

De nuevo, puse la mirada al frente y extendí las manos hacia el fuego de la chimenea, como hacía Beatrice.

—Por favor —murmuré—, nos están mirando. Lo lógico sería que al menos mostrara interés en la conversación.

—Es que me importan tres pepinos la francesa esa y lo bien que toca el arpa. La verdad es que me aburrí sobremanera. Creo que incluso me quedé dormida.

Beatrice se llevó una mano a la boca para reprimir una sonrisa.

Aquella mujer no tenía remedio. Y me iba a arruinar la vida.

—Bien. ¿De qué quiere que hablemos, entonces?

—No quiero hablar.

Apreté los puños. ¡Más fácil no se lo podía poner!

—¿Qué tal se encuentra su pretendiente? —pregunté con descaro, a ver si así captaba su atención.

—¡Milord!

Noté la mirada de mi padre sobre la nuca, y sonreí al ver la agitación de la señorita.

—Debe de ser más apuesto que yo, ya que ni me mira.

—¿Qué está haciendo?

Al fin conseguí que sus ojos me contemplaran.

—¿Lo sabe su padre?

—¡No tengo un pretendiente! ¿Cómo puede decir tal cosa?

—Beatrice, querida, ¿estás bien? —dijo su padre desde el fondo al notar su alteración.

—Sí, padre.

—Puedo decirlo porque le dijo a la vizcondesa Shaw, aquel día en el teatro, que estaba enamorada. ¿O es que el pobre diablo al que ama aún no lo sabe?

—Có... ¿cómo se atreve...? ¡Por supuesto que lo sabe! —alzó la voz, pero consiguió regresarla al tono que el decoro aconsejaba antes de llamar la atención—. Soy completamente correspondida.

—¿Lo ve? Tiene un pretendiente, entonces.

—¿Cómo lo voy a tener si estoy prometida? Usted es mi... mi...

Se abanicó con torpeza usando la mano.

—¿No hace mucho calor aquí?

—¿Iba a decir prometido? —me llevé la mano al mentón y entrecerré los ojos. Sacar de quicio a las mujeres era un deporte para mí.

—Entonces, si yo soy su prometido, ¿eso lo convierte a él en su amante? Pensaba que, para eso, primero tendríamos que estar casados. ¿Ese es el grado de lealtad que me propone? Creía que dejaría de lado su amorío en breve tras conocerme. No sé… por respeto, al menos.

—No le propongo nada. Y tampoco se merece mi respeto solo por ser hijo de un marqués. El respeto hay que ganárselo, milord. Aunque usted crea que se lo merece desde el vientre de su madre.

Por un momento me quedé paralizado. ¿Qué había hecho yo para tener que aguantar palabras tan afiladas?

Se marchó de nuestro lugar en la chimenea y se sentó en uno de los sillones, al lado de mi madre. Yo la perseguí.

—Si me permite, madre…

—Claro, hijo. De todas formas, iba a que me sirvieran otra taza de té.

Beatrice resopló ante mi triunfo y me senté junto a ella.

—Está bien. Puede que crea que merezco respeto por ser quien soy. Pero los de su calaña, en cambio, siempre van de víctimas, creyendo que toda la compasión es para ustedes.

—¿Los de mi calaña? ¿Compasión? ¿Quién se ha creído que soy? ¿Una apestada de los barrios bajos? No se equivoque, milord. Fue su padre quien acudió al mío. Lewis Carter nunca ha necesitado la compasión de nadie. Sacó adelante la fábrica sin ayuda de personas como usted—dijo tajante.

—¿Por qué no se lo dice entonces a su padre? Si no necesita a nadie, tampoco necesita a mi padre.

—No me atrevería. A pesar de todo, el trato con lord Elford es su mayor logro. Estamos hablando del mismísimo marqués de Brookfield. A mí me dan igual los títulos, pero mi padre siempre ha querido formar parte de este mundo, del suyo. No podría negárselo cuando él me lo ha dado todo.

—¿Y qué es usted? ¿Una maldita moneda de cambio?

—¿Acaso usted no lo es también?

Sentí aquella afirmación como una puñalada en el pecho. Era la conversación más larga que había tenido con ella desde que la conocí. De buenas a primeras, me había parecido una caprichosa niña de papá, a la que solo le importaba acicalarse sus mechones pelirrojos y taparse las pecas mientras iba y venía a su antojo.

Sin embargo, me había sorprendido.

Parecía una mujer con ideas claras y dispuesta a sacrificarse por su padre. Aunque… no del todo, pues seguía manteniendo a su amante. Entonces, ¿era sacrificio o no? Desde mi punto de vista, había que darlo todo o nada.

Tan pronto había ganado mi admiración, tan pronto se había esfumado con mi último pensamiento.

—Hijo, acércate —intervino mi padre.

Cómo no. No tuve más remedio que acudir a su llamada como un maldito perro.

—Escucha, hijo. El señor Carter hizo la primera máquina de su fábrica con sus propias manos. ¿No es admirable?

—Lo es —repliqué, acomodándome el pelo. Nervioso, mucho me temía que ese era el momento en que mi padre me llamaba inútil frente a mi futuro suegro.

—Podría enseñarle a mi hijo a hacer algo —rio—. Desde pequeño ha sido incapaz de construir un simple barco de papel o una torre estable con sus construcciones de madera.

Agaché la mirada… y la volví a levantar para cruzarme con sus ojos. Y mientras el señor Carter hablaba, no aparté la vista de la suya ni un segundo.

—Sin embargo, creo que su hijo es un especialista con los números. A mí, en cambio, se me dan regular. Es mi mujer la que lleva las cuentas. Sin ella, la fábrica no daría beneficios, estoy seguro. —Soltó una carcajada, y mi padre, al fin, apartó su mirada de la mía.

—Si yo le diera el poder de mis finanzas a mi querida Sophia, mi casa terminaría pareciéndose más a un expositor de vestidos que a un hogar.

Mi padre era un imbécil. No sería la primera vez que lo pensara, pero sí la primera que deseaba decírselo a la cara.

Lo que no sé es cómo he sobrevivido a sus continuas palabras hirientes. ¿Cómo no habría de llamarme estúpido mi amigo, si a veces mi actitud lo merecía? Tenía que hacer alarde de cada pequeña cosa que hacía y decir lo maravilloso y espléndido que era, ya que nadie me lo había dicho nunca.

Cuando la bendita sobremesa de la cena acabó al fin, pude despedirme de los invitados. Esperé un tiempo prudencial. Tomé mi abrigo y, antes de salir, mi padre puso una mano en mi hombro.

—¿Te marchas?

—Quizá si me hubiera dedicado algo de tiempo para enseñarme a construir barcos de papel o torres de madera estables, no sería el inútil que piensa que soy.

—Pero no lo pienso, hijo. Sé que lo eres. Lo que no impide que seas inteligente y, como dice el señor Carter, se te den bien los números.

Quise golpearlo. Armarme de valor y hacerlo. Pero mi madre nos observaba, y si lo hacía, no habría vuelta atrás. Me convertiría en alguien que no quería ser.

—Buenas noches, padre… madre. —Tragué las palabras que de verdad quería decir.

6. Lily

Con la mano enguantada, toqué de nuevo la puerta. Mi cuerpo temblaba. No sabía si se debía al frío o a lo nerviosa que estaba. Quizá era una combinación de ambas. Sin embargo, sentía un calor abrasador en mi mano izquierda, donde llevaba un sobre que contenía una carta que yo misma había escrito.

Había tenido tiempo de sobra para echarme atrás, para arrepentirme durante la hora casi entera que había durado el trayecto, pero si no lo había hecho, ¿por qué en ese momento quería hacerlo? Por un instante, deseé que la puerta no se abriera y respaldarme en eso para regresar. ¿Y si se daban cuenta de que la carta era falsa?

Si no fuera por los cientos de papeles que tenía firmados por la señora Hester, lo que estaba a punto de hacer no sería posible. Pero gracias a que un día entero se dedicó a firmar hojas en blanco —para que yo redactara todas sus cartas sin tener que molestarla con su rúbrica—, podía intentarlo. Solo me hacía leérselas dos veces en alto para ver si podía fiarse de mí, y luego las enviaba.

Si ella supiera...

No. No debía hacerlo. Estaba siendo ruin y rastrera. ¿Acaso ya no tenía corazón?

Me mordí el labio. Aceptando que la puerta no se abriera como una señal del cielo para que me marchara, di un paso atrás. Y luego otro. Pero antes de que pudiera girarme, la dichosa puerta se abrió.

—Disculpe, señorita, ¿necesita algo? —Un joven con los cabellos desaliñados y una salpicadura de sangre en la camisa me miró, esperando mi respuesta—. Ahora mismo estamos en mitad de una emergencia, podría decirse.

Cuando llegué a la enfermería de Sudbury, no me imaginaba que alguien así me recibiría. Abrí la boca, pero la cerré sin decir nada.

—¿Cómo demonios pretendes aprender charlando con mujeres? Aparta, muchacho. Sigue así y le diré a tu padre que no puedes dedicarte a la medicina con él.

—Es que... la sangre...

—Sí, sí, a todos nos marea al principio. Termina de atender a ese pobre diablo y asiste al doctor Malcom.

—¿En qué la puedo atender, señorita? —me dijo el hombre, apartando al muchacho—. Estos jóvenes de hoy en día parecen bobos. En mi época éramos fuertes, estábamos hechos de otra pasta —refunfuñó—. ¿Esa carta es para mí? Soy el doctor Anderson, perdone mis modales.

—Yo... yo...

—¿Qué sucede? ¿Se ha tragado la lengua? Puedo ayudarla con eso.

—¡No! —dije con rapidez—. Los médicos siempre me han dado miedo.

—¿Entonces por qué está haciéndome perder el tiempo?

—Yo... quiero decir... —El galeno entornó los ojos con impaciencia y eso no ayudó a que me expresara mejor—. Ella quiere... mi señora...

—¿Tengo que hacer una visita? ¿No ha podido su señora venir hasta aquí?

—Mi tía —dije lo primero que se me ocurrió.

—¿Su tía? ¿Qué le ocurre?

—Ella... —Miré hacia el suelo sin ser capaz de decirlo. Su imagen aún estaba vívida en mi mente.

—Entiendo. Ha fallecido, ¿no es así?

Asentí y le di la carta. Él la abrió y se apoyó en el marco de la puerta para leerla.

—Bien, bien. ¿Tiene familiares aparte de usted? ¿Alguno que se oponga? No sería la primera vez que nos llega un cuerpo en donación y la familia viene a reclamarnos con todo el alboroto posible. Su tía debía de saber de la escasez de cadáveres para

disección a la que nos atenemos los médicos. Ya sabe, por temas religiosos o legales.

Asentí de nuevo.

—Yo soy su única familia. No pondré oposición a su última voluntad.

—¿Tiene el certificado de defunción?

—¿Qué? —Mis piernas comenzaron a temblar—. Yo... no sabía que lo necesitaba.

—No es común pedirlo, pero en estos casos estamos obligados. No será usted una resurreccionista, ¿verdad? ¿Y ahora me pedirá dinero a cambio?

—¡Claro que no! —grité, escandalizada—. Mi tía solo me dio la carta antes de morir. No sabía que necesitaba algo más.

Los nervios se apoderaron de mí y un lago de lágrimas brotó de mis ojos. Estaba perdida. Había sido un mal plan, pero de todos los que se me habían ocurrido, era el único factible. No podía bajarla yo sola por las escaleras y mucho menos intentar enterrarla a ojos de Jimmy y su padre.

¿Qué iba a hacer ahora?

Entre sollozos, noté la mano del médico sobre mi hombro.

—No es para que se ponga así. Entiendo que ha perdido a alguien querido y esto debe ser muy duro para usted. Algunos consideran que aquí profanamos cuerpos y demás... pero le aseguro que la donación de su tía nos ayudará a conocer mejor el cuerpo humano, y que a los mequetrefes de mis estudiantes les entre de una vez algo de anatomía en la cabeza.

Me tendió un pañuelo para que enjugara mis lágrimas. Llevó la carta hacia sus labios como si estuviera pensando en algo.

—Hagamos algo. No quiero hacerla ir y volver con su condición —dijo, fijándose en mi bastón—. Supongo que habrá venido caminando. Así que hagamos algo: hoy no puedo, pero mañana por la tarde iré con todo dispuesto para recoger a su tía. Como comprenderá, no puedo desaprovechar una oportunidad así. Y no creo que sea una resurreccionista, pero tenía que probarla. No sabe en la de problemas que nos hemos metido por esos ladrones de tumbas. Eso sí, sin el certificado no podré llevármela. Solo hable

con el reverendo de Borley y listo. Quizá sea el primero que hace y le sorprenda su actitud. Puede incluso que se oponga si le comunica para qué lo necesita.

—Lo conseguiré —respondí, y sonó con un convencimiento que no sé de dónde había salido.

—Bien. Hasta mañana, entonces.

—¿Podría decirme a qué hora irá?

—¿Lo necesita saber?

—Sí. Tengo tareas en casa, pero también en la granja. No quiero que lleguen y yo no esté.

El hombre miró su reloj de bolsillo.

—Intentaré estar allí sobre esta hora, las tres, más o menos.

—Las tres —repetí—. Y… perdón —dije antes de irme—. ¿Qué debe decir ese certificado? Ha dicho que es posible que el reverendo nunca haya hecho uno. Sería bueno que pudiera indicarle cómo hacerlo.

—Buena idea. No me gustaría que surgiera otro problema. Espere aquí un momento.

El médico desapareció y al rato trajo un papel que me entregó.

—Tenga. Este es un certificado antiguo. Fue una autorización para inspeccionar un cadáver porque la familia quería saber todo lo relacionado con su muerte. Esto le servirá.

—Gracias.

Tomé el papel y en ese momento no quise ni leerlo.

Nos despedimos y regresé a Borley con el corazón en un puño, sin parar de repetir: «si lo que estoy haciendo está mal, que me parta un rayo… que me parta un rayo si hago mal».

Esa noche no dormí bien. De la habitación de la señora Hester comenzaba a salir un olor extraño, como ácido y dulzón. Muy desagradable. Me entraron ganas de vomitar.

Bajé las escaleras una a una, muy despacio. No tenía prisa, ni ganas. Solo quería que todo aquello acabara. A la mañana siguiente tendría que ir a misa sí o sí para conseguir lo que necesitaba: ese certificado.

Como había hecho con la señora Harper, ya había escrito la carta. Pero esta vez necesitaba el sello de la parroquia y la firma de Jonathan Cavendish.

Me arrastré hasta la chimenea y me acurruqué frente al fuego, deseando que, por una vez, algo me saliera bien.

Los sonidos de alguien llamando a la puerta me despertaron.

Acostada en el suelo, abrí los ojos y parpadeé un par de veces antes de levantarme con la ayuda de mi bastón. Me dirigí a la puerta y la abrí con cautela. No sabía ni siquiera la hora que era.

A mis ojos, aún empañados por el velo de la noche, les costó enfocarse en ese caballero de traje negro y abrigo verde. Parpadeé de nuevo y lo miré, extrañada. Lo conocía. No era la primera vez que lo había visto por ahí. Normalmente venía a hablar con… con…

—¿Está la señora Hester?

Miré hacia las escaleras y me arrepentí del gesto al instante.

—No está —respondí.

—¿Cómo que no está? Sabía que vendría hoy.

Apreté la mano al bastón, nerviosa, mientras buscaba alguna excusa creíble.

—Está en Londres —dije al fin, sin meditarlo mucho.

—Sus caballos están aquí. Los he visto al llegar —replicó tajante, y se acercó a mí como si quisiera asomarse por la puerta. Pero lo detuve.

—En realidad… eso es lo que me ha dicho que le diga.

El hombre dio un paso atrás.

—Entonces…

—Está aquí —respondí. No sabía cómo conseguía mantenerme entera, pero había pasado por cosas peores que un interrogatorio—. Pero se encuentra indispuesta. Muy indispuesta.

—Pero esto es de suma importancia.

—Pues adelante —le abrí la puerta de par en par—, suba.

El hombre me miró con cierta sospecha y se adentró en la casa.

—Pero debe saber que es contagioso. No me gustaría que se le pusiera el rostro como a ella.

—¿Cómo dice?

Él reculó al instante y salió de la casa como si hubiera entrado a un hogar de leprosos.

—Si quiere, puedo hablar yo con ella.

El extraño, desconfiado, decidió no decirme nada más y se marchó.

Cerré la puerta y me apoyé sobre ella. Cogí aire y lo expulsé muy lentamente. Pero no tuve tiempo de más.

Las campanas comenzaron a sonar, anunciando que la misa iba a comenzar.

***

—¡Señorita Adams! Benditos los ojos que la ven por aquí —dijo una señora que no conocía de nada, aunque al parecer, ella a mí sí.

Noté algunas miradas curiosas ante mi presencia y me angustié. Si quería pasar desapercibida quedándome en los últimos bancos, no lo había conseguido.

También aparecieron Jimmy Brown y su padre y, por si fuera poco, ¡el resto del pueblo! Ir a aquella parroquia todas las mañanas era sin duda el acontecimiento del día para el tranquilo pueblo de Borley. Por eso la señora Harper se había negado siempre a ir, buscando alguna excusa. Parecía que nunca quería ser vista, siempre escondida tras las puertas de su hogar, sin hacer mayor alboroto ni participar en los chismes del lugar.

Nunca le había preguntado desde cuándo vivía en Borley, pero tampoco había tenido necesidad de hacerlo. A mí lo único que me importaba era tener un trabajo y, al menos, una comida caliente al día. Sin embargo, dudaba que llevara mucho allí, porque, salvo por sus encargos en vestidos y arreglos, nadie parecía conocerla.

Jimmy quiso decirme algo cuando el reverendo comenzó a dar su sermón.

—Hermanas y hermanos, hoy nos reunimos aquí para reflexionar sobre las sombras que acechan a nuestra sociedad, las cuales no son solo de carne y hueso, sino de espíritu. Los engaños, mis queridos fieles, se han vuelto comunes en nuestros corazones. La Sagrada Escritura nos advierte: No mentiréis los unos a los otros, habiendo despojado del viejo hombre con sus hechos.

Hizo una dramática pausa que solo consiguió que mis nervios se alteraran. Sentía, creía, que su mirada estaba puesta en mí. Solo en mí.

Miré a un lado y luego al otro, incómoda, y me encontré con la inocente sonrisa de Jimmy.

—La verdad, hermanos y hermanas, esa luz pura que Dios nos ha concedido, se ve empañada por la tiniebla de la falsedad.

Retorcí mis manos, intranquila.

¿Por qué tenía que hablar del engaño hoy? ¡Justo hoy!

Tragué con dificultad y no me quedó más remedio que seguir escuchando.

—Muchos entre nosotros, en su afán de poder o de beneficio mundano, recurren al engaño como si fuera un camino legítimo. Pero recordemos, mis hermanos, que ningún engaño queda sin ser descubierto ante los ojos de Dios.

Estuve a punto de ponerme de pie y marcharme, pero no me atreví. Si lo hacía, sería el centro de todas las miradas.

—La mentira, aunque vista a veces como un medio para evitar el sufrimiento o el castigo, siempre daña el alma y corrompe el espíritu.

Resoplé, y sin poder controlar mis manos, me rasqué la cabeza para canalizar lo que me estaba sucediendo de alguna manera.

—¿Te encuentras bien? —dijo Jimmy en un susurro.

Varios cuellos se giraron hacia él por hablar al final del sermón.

Me limité a asentir, y poco después Cavendish comenzó la oración y todos cerraron los ojos.

Ni lo pensé. Me levanté con rapidez, salí de la parroquia y me acerqué a la parte trasera, donde sabía que estaba su despacho.

Llamé para asegurarme de que no había nadie, y con la mente fría me adentré y busqué el sello entre las cosas de su escritorio. Todo estaba en desorden y no tenía mucho tiempo. Ojeé los papeles lo más rápido que pude, hasta que encontré su firma en uno de ellos.

Me acerqué a la ventana y, usando la luz de la mañana junto a mi carta, logré calcar la firma lo mejor que pude. Abrí cajones y removí papeles hasta que encontré el dichoso sello.

Y allí estaba.

La tenía.

La carta que me daría un poco más de vida. Un poco más, hasta que al menos supiera adónde iría o qué haría.

Certificado de defunción

Yo, el suscrito, Reverendo Jonathan Cavendish, Rector de la Parroquia de Santa María, certifico por la presente que Hester Harper, mujer de 73 años y vecina de esta parroquia, falleció el día 3 de diciembre del Año de Nuestro Señor 1815.

El fallecimiento ha sido declarado por su sobrina y vecinos, quienes confirman su muerte en su residencia habitual.

En testimonio de lo cual, firmo la presente en este 4 de diciembre de 1815.

Firmado,

Rev. Jonathan Cavendish
Rector de la Parroquia de Santa María

—¿Qué haces aquí?

La reconocible voz de la señora Cavendish me pilló por sorpresa. Guardé el papel en mi abrigo con disimulo, tomé aire y me giré.

—Estaba buscándola —afirmé con menos seguridad de la que quería.

—¿En el despacho de Jonathan?

—Pensaba que estaría aquí —respondí con rapidez. Era alarmante la velocidad con la que mi cabeza creaba mentiras. Eso

me hizo sentir asco de mí misma—. Vine al no verla saludando a los feligreses.

—Pero estaba saludando a los feligreses.

Me tensé y recé para que no se notara.

—Bueno… —continuó ella— tuve que irme un momento a atender la llamada de la naturaleza. Debió de ser por eso que no me vio.

—Será eso —dije, aliviada—. Tenía que irme ya y, al no verla, decidí dejarle una nota.

—¿En vez de ir a mi casa?

—Ya que estaba aquí… Además, con el frío mi pie duele más.

—Pobrecita, claro, claro. Este frío es el mal para los huesos, querida. Bueno, ¿por qué me buscaba?

—Lucy. Su vestido está casi listo. Me falta hacerle unos ajustes, pero para eso necesito que venga a probárselo.

Su rostro se llenó de felicidad.

—¡Por supuesto, no me diga más! Mi querida Lucy estará encantada de ir. ¿Sabe? Ya tiene un posible pretendiente. Bueno, eso dice ella. Está muy ilusionada... ¿se lo había dicho ya? Discúlpeme, ya no sé a quién se lo he contado. Es el orgullo de toda madre ver a sus hijas casaderas conseguir ofertas, como estoy segura de que conseguirá mi Lucy.

—Ni lo imagino.

—Oh, querida, ya podrá… ya podrá. El día que usted... bueno...

No pasó desapercibida la mirada que echó a mi pierna.

—No se preocupe, no estoy interesada. Hay demasiadas bocas que alimentar en este mundo. No me atrevería a traer otra más y más… ya sabe —me di unos toques en la pierna—. Si no estoy capacitada para cuidarlos.

—Pero qué tontería es esa. Una madre, por amor a sus hijos, podría criarlos sin piernas y sin brazos.

Por un segundo me imaginé aquella espantosa imagen, y supe que la conversación había llegado a su fin. Al parecer, la señora Cavendish también se dio cuenta de la barbaridad que acababa de decir, y fue la primera en despedirse.

—Venga después de las tres —dije con rapidez—. Antes no podremos atenderla.

No estaba segura de si me había oído, pero esperaba que sí. Por mi bien.

Quedaban solo dos horas para que ese médico de Sudbury llegara a llevarse a Hester.

Después de la misa, Jimmy y su padre decidieron acompañarme amablemente, y cuando el camino se dividía para ir a nuestros respectivos hogares, Jimmy me detuvo.

—¿De verdad está todo bien, señorita? ¿Te pasa algo? No has hablado en todo el camino, y por norma general, lo sueles hacer.

El señor Brown, que era muy mayor para ser el padre de Jimmy —tanto que podría pasar por su abuelo—, me clavó la mirada como si esperara una respuesta concreta.

—Solo estoy cansada.

—¿Te ha vuelto a pegar?

—¿¡Qué!? ¿Cómo...? Pero... la señora Hester no me pegaría.

Jimmy y su padre intercambiaron una mirada. ¿Había algo que ellos sabían y de lo que yo no era consciente?

—Ve con cuidado, niña —dijo el señor Brown—. Con este frío podrías resbalarte. Las calles están congeladas.

—Sí, señor. Lo haré.

Me despedí de ellos, intranquila, a la par que rumiaba mis pensamientos. Y justo antes de que pudiera entrar en casa, escuché la voz lejana de la señora Cavendish.

—¡Lily! ¡Señorita Adams! ¡Ya estamos aquí!

Estuve a punto de llorar. De rendirme. Lo tenía claro, esa mujer no había oído lo que le había dicho. Y tal parece que, en cuanto acabamos la conversación, fue directa a buscar a su hija y vino pisándonos los talones.

—Ahora, yo… le dije… le dije que viniera después de las tres —dije, al fin, tajante.

—Discúlpeme, no la escuché.

Si mi vista no fallaba, a lo lejos parecía acercarse un carruaje.

No. No, no. Todo me estaba saliendo mal.

La maldita verdad parece tener que salir siempre a la luz. Pero ¿por qué la mía, si existían otras tantas verdades que se ocultaban sin consecuencias, como lo que vivíamos a diario en la *workhouse*? ¿Por qué a mí me pasaba todo lo malo?

Apreté los puños. Y decidida, me convencí de que ese no era el día. La pequeña Lily se merecía vivir un poco más. Experimentar la libertad. Yo lo merecía.

—Nos iremos entonces, y regresaremos en otro...

—Pase —interrumpí—. Pero tendrá que esperar un momento en el taller de costura. Les llevaré té.

—Gracias, Lily —dijo Lucy, mientras pasaba a mi lado—. Estoy deseando acabar con el tema del dichoso vestido —terminó diciendo por lo bajo.

Me adentré a la casa con ellas con rapidez y, mientras se metían en el cuarto, fui a calentar agua tan rápido como pude. Y justo antes de que hirviera, alguien llamó a la puerta.

—¡Un momento! —anuncié, apurada.

Corrí a servir el té medio caliente a la señora Cavendish y a su hija. Luego, abrí la puerta y, de reojo, vi a Jimmy merodeando.

¡No podía estar allí!

Haría preguntas si veía que esos hombres se llevaban algo sospechoso.

—Buenas tardes, señorita. ¿Tiene el certificado? Espero no haber venido en vano. El camino está congelado y los caballos, asustados.

—Aquí está. Vaya leyéndolo. Permítame un segundo. Ella está... está arriba. Primera puerta a la derecha. Y, por favor… no hagan ruido.

—¿Por qué no habríamos de...

—Doctor, tiene el certificado. Si dice que no hagamos ruido, no lo hagamos. Sabe mejor que yo lo que cuesta conseguir un cadáver...

—Eres una rata, camarada...

—Solo quiero estudiar. Nada más.

Les dejé hablando, más tranquila al saber que no harían ruido, y me acerqué al establo. Solté a Lady Mu.

—Necesito que me salves. Por favor.

Le di un azote en el trasero y la vaca salió corriendo como si se hubiera vuelto loca.

—¡Se me ha escapado, Jimmy! ¡Lady Mu! No puedo seguirla...

—¡Tranquila! ¡Iré yo! —gritó de vuelta.

Subí al piso de arriba. Apenas me quedaba aire, más por los nervios que por el esfuerzo. Hester ya estaba envuelta en una especie de saco y vi cómo, entre el médico y el que parecía su aprendiz, la cargaban sobre los hombros.

—En nombre de la ciencia, se lo agradezco, señorita.

No me atreví a decir nada más que meterles prisa. Con la excusa y mis alteradas palabras de que ver aquello era algo horrendo para mí, algo difícil de procesar.

Me despedí de ellos, y sin poder tomar aire con tranquilidad, Lucy abrió la puerta del cuarto de costura.

—Mi madre...

—Ya voy.

A pesar del mareo que me azotó en ese momento, me acerqué a la habitación. Y gracias a Dios, Lucy ya tenía el vestido puesto.

—¿A que está hermosa? Quizá si le ponemos unos volantes más aquí y un poco de tul o gasa por allá… ¿Qué opina?

—Quedaría ridícula, madre.

—Yo no le agregaría nada más, señora Cavendish.

Cogí el bajo del vestido con dificultad. Me temblaban las manos y me costaba retener las lágrimas. El nudo en la garganta me impedía tragar con libertad.

—Listo. Con esto estaría. En dos días se lo entregaré.

—Enviaré a la doncella a recogerlo. No quiero que maltrates ese pie.

—Se lo agradezco.

Deseaba que se fueran, pero la señora Cavendish decidió quedarse a terminar su taza de té con toda la parsimonia posible, mientras hablaba del sermón de su marido.

—Creo que la sinceridad es lo más importante en esta sociedad. ¿No lo cree, señorita Adams? Se lo he dicho a Lucy. En el momento en que alguno de sus pretendientes intente engañarla, debería descartarlo por completo. ¿Cómo, si no, podría confiar en él el resto del matrimonio?

Lucy puso los ojos en blanco. Y, al igual que yo, parecía desear que su madre se marchara de una vez. Sentía que mi corazón iba a estallar de un momento a otro. Cada vez me era más difícil controlar el temblor de mis manos. Mis oídos pitaban y consiguieron que la cabeza me doliera fuera de lo normal.

—… esas mujeres que encandilan a los hombres con sus mentiras, son como serpientes. Peor que serpientes. Si yo...

—¡Señora Cavendish! —grité, sin poder contenerme.

—Madre… de nuevo, has hablado demasiado.

—¿De verdad? Lo siento. No me he dado cuenta...

—La señorita tiene que trabajar. Creo que nuestra presencia ya es una molestia.

—No me... no me molestan. Pero en efecto, tengo mucho trabajo. El cual se acumula por cada minuto que paso aquí.

—Nos marchamos. Precioso el vestido. Dígale a Hester que me hubiera encantado verla.

—Se lo diré —dije, casi sin voz.

Al fin me despedí y cerré la puerta. Fui hasta el sillón, cogí un cojín, me lo puse en la boca… y grité. Grité todo lo que pude, quise y necesité. Grité con la fuerza de todos los silencios que había tragado en la *workhouse*, los empujones de Hester, y las veces que soñé con una madre que nunca vino a buscarme. Me dejé caer en el suelo, sintiendo cómo se desgarraba una parte de mí, y lloré. Lloré con desconsuelo, hasta que la luna coronó el cielo frío y mi garganta se quejó de dolor.

¿Qué había hecho?

¿Cómo había sido capaz?

Me arrastré por el suelo hasta llegar al escritorio. Tomé papel y pluma, y me puse a escribir.

Estimado padre Marcus:

He hecho algo atroz… y lo peor de todo es que no sé si lo que siento es alivio o pesadumbre.

En cualquier caso, no sé si debería estar más en este mundo. Me aborrezco a mí misma y no sé cuánto tiempo podré vivir así.

Dígame, padre… ¿para qué sirve una vida como la mía, si para sobrevivir he tenido que convertirme en alguien a quien ni yo misma reconozco?

7. Cedric

Alguien llamaba con insistencia a mi puerta. Seguramente mi madre… o peor, mi padre. Desde la amarga despedida de días atrás, no les había vuelto a visitar y me había dedicado de pleno al trabajo. ¿Trataba de demostrar algo? ¿A quién? ¿A mí mismo? ¿A ese deplorable hombre al que tenía que llamar padre?

Me levanté del lecho. ¿Y si era la señorita Carter? Solo quedaban tres semanas para la boda, y salvo un saludo callejero una mañana, no habíamos vuelto a cruzar palabra. ¿Cómo sería mi vida cuando empezara a compartirla con ella? Lo cierto era que no tenía ninguna gana de averiguarlo.

—¡Ya voy! —espeté de mala gana, sin educación alguna.

Me puse la bata sobre el cuerpo desnudo. La tela helada me hizo estremecer. Bebí un poco de agua y me enjuagué la boca.

—He dicho que voy —insistí. No sabía quién estaba tras la puerta, pero a esas horas solo tenía ganas de estrangularle. Quizá debería haber seguido el consejo de mi madre y contratar a un mayordomo. Pero si algo disfrutaba, era mi libertad. Y mi soledad. Sobre todo eso. No tenía que convencer a nadie de ser alguien que no era.

Abrí la puerta con fastidio… y el dulce rostro de mi hermana me iluminó la mañana, llevándose consigo todos mis males.

—Cecil, qué alegría verte. Espera, ¿y tu doncella? No habrás hecho la estupidez de venir sola. Podría haberte atropellado un carruaje, o peor aún...

—No te sulfures, hermano. Viene detrás. Sabes que me conozco tu calle en cuanto llego. Me gusta aparentar que sé por dónde voy.

Su sonrisa me conmovió. ¿Cómo podía alguien al que le faltaba algo tan importante sonreír de esa manera y alegrarse de

cosas tan pequeñas? Tenía tanto que aprender de ella...

—Pasa.

Tiré de su brazo y le di un beso en la mejilla.

—Tienes que afeitarte. No te estarás abandonando a la indecencia, ¿verdad?

—¿Yo? ¿indecente? Hermana, tengo una reputación que mantener.

Ella rio y, a tientas, buscó un sitio donde sentarse. La dejé a su aire. Odiaba que le ofreciera ayuda, como si eso la hiciera sentir más inválida.

—Bien, ¿a qué has venido?

—Te vas hoy. Quería despedirme.

—¿Pensabas que no iría a decirte adiós?

—No te has dejado ver por casa. ¿Qué querías que pensara?

—Que soy tu hermano.

—Por eso mismo vine. Cada vez que padre merma tu confianza, sueles desaparecer.

Resoplé, me senté a su lado y le tomé las manos.

—Es difícil.

—Lo sé. Por eso quería evitarte el mal momento.

—¿Cómo está, madre?

—Triste, como siempre que pasa algo así. No me cuenta las cosas, pero lo noto. En su forma de respirar, en su andar pesado.

—Dile que pronto iré a verla.

—Podrías al menos escribirle.

—¿Y qué diría?

—Nada especial. Que estás bien. Con eso valdría.

—¿Y engañarla?

—Cedric...

—No me pongas ese tono. Madre sabe lo que he sufrido y, aun así, ella... aun así...

—Ponte en su lugar, ¿quieres? Al fin y al cabo, ella convive con él a diario.

Acaricié el rostro de Cecil.

—¿Cómo puedes ser tan buena?

—¿Lo soy? —sonrió, y me tomó las mejillas igual que en aquellos años que me sobrepasaba en altura—. No lo pensarás ahora que te diré mi motivo verdadero al venir a verte.

—Está bien... ¿Qué quieres? —dije, al soltar su pellizco. Esa expresión suya solo significaba una cosa.

—Ya que vas a Sudbury, muy cerca, en Borley, hay una pequeña pastelería y...

—Quieres el mazapán de esa pastelería.

—¿Cómo lo sabes?

—Hace dos años, en el momento en que invertimos en la fábrica de seda, padre te lo trajo. Luego, siempre que salía una conversación sobre dulces, sacabas a relucir lo exquisito que estaba ese mazapán... lo bueno que era, cómo se derretía en la boca… el aroma que desprendía… ¿Sigo?

—Tráeme todo lo que puedas.

—¿Una montaña?

—¡Un océano entero de mazapán!

—¡Todo un continente!

Y así transcurrió la mañana, mientras discutíamos la cantidad exacta que debería traerle, hasta que llegó mi hora de partir.

—No irás a caballo, ¿verdad? Es un viaje largo.

—Sudbury está a un día si no me detengo, y a dos si holgazaneo.

—Pues tarda dos —dijo, enfadada, mirando la pared como si me mirara a mí—. Y hace demasiado frío para ir a caballo. Resguárdate al menos del aire en un carruaje o enfermarás.

—Me gusta montar, Cecil. No sabes lo que lo disfruto.

—Pues la mitad del camino en carruaje, y la otra mitad a caballo.

—Lo haré si dejas de hablar con la pared.

—¡Eres...!

—Ahí tampoco estoy. —Le di un toque en la espalda, y se giró.

—Ya no eres un crío, Cedric.

—Cuando estoy contigo, sí. Tú eres la mayor.

Resopló y, sin que lo viera venir, me agarró del cuello de la bata.

—Exacto. Por eso siempre sé dónde estás —dijo, esta vez como si pudiera verme, a través de esos ojos con dos puntos blancos que tapaban su iris, como lunas sobre el mar azul.

—Te voy a echar de menos —dije, sincero.

—¿Esperas que me lo crea?

—No espero nada —sonreí—. Pero sé que lo sabes.

Nos despedimos entre risas y advertencias de su parte, y como le había prometido, tomé el carruaje el primer tramo. Tras dormir en una posada, monté a caballo hasta Sudbury, donde me recibió el señor Charles Wren.

Entré en aquel edificio de ladrillo rojo y enseguida noté el aire denso y húmedo. El olor de la seda recién producida se mezclaba con el de las tinturas naturales.

Me di una vuelta por el lugar mientras el señor Wren me explicaba el proceso, pues yo aún no había visitado esa fábrica. Pasamos por la sección de hilado, donde recibían los capullos de seda y los sumergían en agua caliente para ablandar sus fibras. El proceso posterior no podía ser realizado por ninguna de las nuevas máquinas. Era un trabajo manual, delicado, que solo los más experimentados lograban hacer bien.

Me acerqué y toqué uno de los capullos con curiosidad. Luego continuamos por la sección de tejido, donde se habían instalado las nuevas máquinas. Para finalizar, alcanzamos la zona de teñido, donde se usaban añil y cochinilla.

—Bien. Veo que todo funciona a la perfección. Mi padre estará orgulloso. Hizo bien en confiar en usted, señor Wren. Ahora bien, como sabe, el asunto que nos ocupa es la calidad. Según mi padre y los inversores, ha bajado de forma drástica. Tenemos que averiguar el motivo.

—Si me permite, Lord Elford, tengo la respuesta. Solo que no me atreví a dársela a su padre. En algunos casos, ya sabe cómo reacciona… o directamente no desea escuchar. Al saber que vendría usted, sentí verdadero alivio.

—Lo entiendo. Mi padre... Dígame el motivo. Veremos cómo podemos solucionarlo.

—La solución no alegrará a los inversores.

—¡Señor Wren! ¡Nora dice que se va! —dijo una voz que se acercaba apresurada.

—¡No! ¡Nora, no! Deténla, muchacho. Lord Elford está aquí, y quizá...

—¿Elford...? ¿Lord Elford es usted? —dijo una mujer acercándose. He de reconocer que su mirada llena de ira y la barra de metal que aferraba en la mano hicieron que saltaran todas mis alarmas.

—Nora, no hagas nada de lo que puedas arrepentirte —intervino Wren, preocupado.

—¿Sabe por qué esto no funciona? ¿Por qué demonios hemos perdido calidad? Porque la seda debe ser trabajada a mano. Es lo preferible. ¡Dígaselo a sus malditos inversores y a sus malditas máquinas de vapor! No hacen más que estropear nuestra preciada seda. ¿Sabe lo que cuesta hilarla para que luego la destrocen esas máquinas? ¿A cuántos más piensa despedir y luego atreverse a venir aquí a presentar quejas por la calidad? ¿¡Están todos locos!?

—Nora, por favor. La única que parece una loca eres tú...

No fue un comentario acertado.

La mujer se acercó más y, sin que lo viera venir, me lanzó aquella barra a la cabeza.

Por un momento se me nubló la vista. Un dolor sordo, acompañado de humedad en la frente, me hizo sentir un ligero mareo. No fui muy consciente de lo que pasó luego, entre gritos y golpes, hasta que me encontré en la oficina del señor Wren. Él sostenía apurado una tela contra mi frente y murmuraba:

—Me va a matar. Su padre me va a matar. ¡Maldita Nora! Y esa panda de luditas...

—¿Lu... luditas ha dicho?

Recordé el debate que tuvimos hace semanas en la Cámara de los Lores, donde se decidió imponer la pena capital por ciertos actos vandálicos.

—Que esto no salga de aquí —dije con rapidez.

—¿Milord? ¡Milord! ¿Se encuentra bien?

—Tengo un dolor infernal en la cabeza ahora mismo, pero sobreviviré. Por favor, tiene que conseguir que esto no trascienda. Si alguien se entera de lo que ha sucedido aquí hoy, esa mujer podría...

Me puse en pie, pero tuve que agarrarme a la silla.

—¿Dónde está? Nora... ¿dónde está?

—Milord, será mejor que ahora no salga.

—Tengo que dar la cara. Es lo correcto.

—Pero su padre...

—No me importa lo que diga mi padre.

Me acerqué tambaleando a la puerta. En cuanto la abrí, un bullicio insoportable me taladró los oídos. Pero reuní la fuerza suficiente para poner los dedos en la boca y silbar de forma estridente, como un muchacho de la calle que llamaba a sus amigos.

De repente, todo se volvió silencioso. Todos buscaban al autor del silbido. En el instante en que todas las miradas se clavaron en mí, me sentí diminuto… y la voz de mi padre llamándome inútil apareció en mi mente para hacerme las cosas aún más difíciles.

—¿Va a decir algo? —chilló uno.

—¡Estos nunca dicen nada! —espetó otro.

—¡Sí! Ellos solo quieren dinero. Les da igual el método para conseguirlo, aunque tengan que pisotear nuestras vidas.

—¡Eso es verdad!

—¡Sí, son una pandilla de...!

El bullicio comenzó a crecer de nuevo, cuando una mujer a la que no logré ver el rostro silbó aún más fuerte que yo y gritó:

—¡Dejadle hablar!

Levanté la cabeza para ver quién era, pero no conseguí distinguirla.

—Por favor —dije—. Intentaré todo lo que esté en mi mano para solucionar esto. Está claro que el trabajo que hacen aquí es delicado y no puede ser sustituido por maquinaria.

—¡Y sin dejarnos sin trabajo y comida! —chilló uno.

—¡Sí! —corearon otros.

—Buscaré la manera. —Me había echado la soga al cuello.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó alguien al fondo.

—Hablaré con mi padre y con los inversores. Diré lo que he visto. Querían saber qué fallaba en la calidad, y tengo mi respuesta. Por el momento, quiero que aquellos que fueron despedidos recuperen sus trabajos y que las máquinas sean detenidas hasta que solucionemos esto.

Los presentes comenzaron a murmurar.

—Prometo que llegaremos a algo que sea beneficioso para todos.

Al parecer, mis palabras calmaron las aguas. Sabía que era una tregua temporal. Muy temporal.

Los trabajadores regresaron a sus puestos y el señor Wren me miró aún con pánico en los ojos.

—Ha tenido mucha suerte. Últimamente están muy violentos.

—Póngase en su lugar —comenté, al recordar las palabras de mi sabia hermana—. Esta situación es dura para todos. Pero debo insistir: lo que ha sucedido aquí hoy no debe salir de estas paredes. Si no, me temo que no podré ayudarles.

—Hablaré con ellos. Sobre todo, con Nora. Ella es la revoltosa.

—Quería agradecer a la muchacha que me dejó hablar. Ella...

—Oh, no trabaja aquí. Viene de tanto en tanto a comprar telas. No me pregunte su nombre, porque ni lo sé.

—Entiendo.

Me marché de allí con el corazón agitado. Aún me dolía la cabeza y la notaba hinchada. Si estuviera en Londres, Cecil ya habría mandado llamar a un médico, pero como había dejado de sangrar, supuse que no era algo grave.

Debía dirigirme a Borley a comprar el mazapán y luego partir hacia la posada para descansar. Toda esa situación me había dejado agotado y algo confuso. Pero si algo sospechaba, era que esto no podía acabar bien. Si existe un conflicto, es complicado que ambas partes salgan beneficiadas.

Al caer la noche, llegué a Borley. Era increíble lo cortos que se hacían los días en invierno: era la temporada en la que el sol menos trabajaba… y en la que más lo necesitábamos.

Hacía tanto frío que, a pesar de llevar el rostro cubierto, no sentía la nariz. Mis manos, enguantadas, habían perdido fuerza para aferrarse bien a las riendas, como si, de repente, se hubieran vuelto inservibles.

Y por si fuera poco, debido al gélido viento, los caminos estaban congelados. Apenas veía por dónde pisaba mi caballo. Mi instinto de jinete me decía que debía detenerme, que el hielo no perdonaría… pero el orgullo me mantuvo en marcha hasta que —a pesar de mi destreza en guiarle— el jamelgo resbaló.

Juntos caímos sobre el hielo. Sentí como si el brazo me reventara y un golpe seco en la cabeza que me hizo ver estrellas.

Miré hacia el cielo, con el peso de mi caballo sobre mis piernas. Luchaba por levantarse, pero no lo conseguía.

Y entonces…

Todo se volvió oscuro.

8. Lily

Habían pasado al menos dos semanas desde que se llevaran a Hester.

Lo peor había sido lavar aquellas sábanas ensangrentadas y cerrar ese cuarto.

La gente parecía no echarla en falta, como si en realidad nunca hubiera existido, salvo por ese caballero que le escribía una y otra vez hablando sobre un plan, sobre volar y no sé qué más cosas que, para mí, carecían de sentido. Al parecer, la fecha de algo importante se acercaba y eso me tenía intranquila, sobre todo si alguien llamaba a mi puerta. Sentía que ese hombre de traje podría presentarse de nuevo y tendría que darle explicaciones.

Aun así, había continuado con mi trabajo, incluso por las noches, cuando las pesadillas me despertaban. Entonces, me ponía a coser mi propio vestido. Siempre había querido uno, y lo había imaginado durante años, desde que empecé a aprender con la señora Hester.

Ya nadie me pegaba.

Ya nadie me regañaba por haber comido más de lo que me tocaba, castigándome con el plato vacío al día siguiente.

Solo yo veía mi costura.

Solo yo corregía, si era necesario.

Solo yo recibía todos los pedidos posibles, para así poder marcharme de ahí en cuanto tuviera suficiente dinero. Tal vez encontrar a Hope, si seguía viviendo con sus tíos, y juntas sobrevivir. Pero para eso necesitaba más tiempo.

Sin embargo, mis sentimientos de culpa se hacían más grandes cada segundo que vivía en esa casa.

Intenté tomar distancia de la gente del pueblo, pero desde que aceptaba hasta los trabajos más sencillos, al parecer, les caía

mejor. Algunas veces incluso me invitaban a tomar el té. Me resultaba difícil volver a casa después de haber continuado con la mentira. En alguna ocasión caía una pregunta sobre Hester y tenía que ingeniármelas para inventarme una nueva excusa.

En resumen, mi vida se había convertido en una mentira.

Esa noche, después de haber estado con la señora Cavendish, sentía que mil puñales se clavaban en mi espalda. La mujer era amable conmigo… y eso que, desde que me colé en el despacho del reverendo, no sabía ni cómo mirarla a la cara.

Al llegar, fui directa a visitar a Lady Mu. Al caer la noche, siempre se inquietaba, y de algún modo nos habíamos hecho amigas. Se había convertido en mi paño de lágrimas.

—Lo he vuelto a hacer, Lady Mu. No lo soporto más. Y cuando pienso en aguantar solo un poco más para luego huir, me siento peor. Si sufro pesadillas con el cuerpo de la señora Hester y las atrocidades que habrán hecho con él, se me quitan las ganas de vivir.

Una mano se posó sobre mi hombro. Dejé de llorar de súbito al oír la voz del padre de Jimmy.

—Sé lo que hiciste.

Me giré despacio y clavé mis ojos en los suyos, sin poder controlar el temblor de mis manos.

—No te culpo, niña. Ha debido de ser muy duro para ti.

Como si el sol despejara los cielos en un día de tormenta, lo miré sin respirar unos segundos. En el instante que me abrazó con su delgada y anciana figura, no pude evitarlo: me resquebrajé por dentro y dejé salir mi tristeza al exterior.

—Señor Brown, yo... —dije entre sollozos, como una niña pequeña.

—Podrías haber acudido a nosotros. Lo que tuviste que hacer, lo que tuviste que aguantar...

—No, no hubiera podido. No podía ensombrecer la pureza del corazón de su hijo.

—Si por él fuera, habría estrangulado a esa mujer con sus propias manos.

Me separé de él con rapidez y me limpié las lágrimas.

—¿Qué está diciendo?

—Lo sabíamos todo. Y somos culpables de no haber dicho nada.

—Ella...

—Te pegaba. Incluso una vez —se tomó una pausa— te tiró por las escaleras. No hice nada. Yo...

Me llevé las manos a la cara. Mis lágrimas no cesaban.

—¿Por qué? Si lo sabía… ¿por qué no...? —pregunté llena de desconsuelo, como si sus palabras confirmaran que yo no merecía ser amada por nadie. Ni siquiera viendo algo tan atroz ese hombre decidió intervenir. ¿Entonces qué era yo para los demás? ¿Acaso no merecía la pena arriesgarse por mí? ¿Por ayudarme?

—No sé si podrás perdonarme. Al ver cómo acabaste haciendo lo que hiciste, supe que era culpa mía. Tanto odio debiste sentir hacia ella, que sabía que llegaría un momento en que no podrías contenerlo. Pero ella tenía amigos poderosos, Lily. No me atreví a hacer nada. No quería que Jimmy acabara en la cárcel.

De alguna forma, hice su dolor el mío y lo entendí. Como quien comprende que el fuego quema, simplemente lo acepté. Su mirada desencajada mostraba sinceridad. Supe, o quise creer que, si hubiera podido, quizá habría intervenido.

—Yo no la maté —aclaré con entereza—. Nunca me dejaría llevar de esa forma por el odio, señor Brown. La compadecía. Pero al caer enferma y negarse a visitar a un médico, no pude evitar su muerte. Esa mañana… amaneció sin vida.

—¡Gracias al cielo! —su voz se rompió mientras me apretaba las manos entre las suyas—. Gracias. Pensaba que tú... —Sus ojos se llenaron de lágrimas que no llegaron a caer.

—Jamás haría algo así.

—No sabes el alivio y el orgullo que siento. Por fin podré respirar. En el fondo, sabía que no habrías podido… pero parte de mí dudaba. Nadie estaría dispuesto a aguantar todo lo que tú aguantaste.

—Desde pequeña mi vida ha sido así. Creí que así debía continuar. Era mi condena. Por mis defectos. Por el odio que llegué a sentir hacia mi propia existencia. Mis padres me abandonaron…

¿cómo no iba a estar agradecida con alguien que me diera un techo y algo de comida? ¿Cómo podría, siquiera, atreverme a quejarme si se ensañaba conmigo? Estaba viva. Lo estoy. Y no necesitaba más que eso.

—Nadie se merece esa vida.

—Quizá, si la tengo yo, otro no tiene que vivirla. Quizá por eso estoy aquí.

—No digas bobadas. Nadie viene a este mundo a sufrir. Tengo fe en que tu momento de paz llegará.

Sus palabras me consolaron. Llegaron a mi corazón de una forma inesperada.

—Me aferraré a ello, entonces.

—Y mírame, Lily. —El señor Brown tomó mi rostro entre sus manos—. Tú no eres culpable de nada, ¿entiendes? De nada.

Asentí con lágrimas en los ojos.

Después de que recuperara la compostura, él se marchó con un andar lento y pesado.

Apoyé mi frente en Lady Mu y dejé caer mis lágrimas hasta que —como hacía cuando me sentía angustiada— decidí caminar, aunque solo fuera un rato.

Hacía demasiado viento y, quizá, había sido mala idea salir. Pero la forma en la que la ventisca azotaba mi rostro y la dificultad de avanzar con cada pisada sobre la nieve lograban, poco a poco, liberarme de mis pensamientos.

Estaba a punto de regresar. El frío ya había calado mis huesos y mis piernas estaban cansadas. Pero entonces, mi vista se cruzó con un bulto inmóvil en el camino.

No estaba segura de si debía acercarme o no, pero una vocecilla interior me dijo que lo hiciera.

—¿Hola? —pregunté, no muy segura.

El viento que entró en mi garganta casi consiguió dejarme sin voz.

No obtuve respuesta.

Me acerqué un poco más y vi la figura de un hombre.
A su lado, muy cerca de la cabeza, había sangre. No podía verle bien: estaba boca abajo.

Alarmada, me arrodillé a su lado. Le tomé del hombro y, con cuidado, lo giré.

Llevaba tapada la mayor parte del rostro con una bufanda de lana. No podía distinguir bien la herida: aquello era una mezcla de sangre y escarcha. Intenté despertarlo, pero fue inútil. No obstante, al ver el vaho que salía de su nariz, comprobé que respiraba.

Miré a mi alrededor. Estaba sola.
A esas horas y en pleno invierno, solo a mí se me ocurría pasear. Siempre lo hacía, pese a los sermones de Hester. Mi respuesta era siempre la misma:
«Si no lo hago a esa hora, ¿cuándo podré hacerlo?».

No podía dejarlo allí toda la noche. ¡Podría morir!

Me mordí el labio, indecisa. Ya me había costado darle la vuelta… no podría llevármelo sola.

Pensé en Lady Mu… y tuve una idea.

—Señor, volveré a por usted —susurré—. No se mueva.

De nuevo, no obtuve respuesta.

Regresé por donde había venido. Frente a Lady Mu, le expliqué lo que haríamos.
Por su mirada, percibí que no le apetecía nada salir de su refugio. Incluso llegó a mirar a los caballos como diciendo:
—¿Por qué no los usas a ellos?

Lo sabía. Era lo lógico.

Pero los caballos me daban respeto.

Por no decir miedo.

En cambio, confiaba en Lady Mu.

Le até el trineo que, en invierno, usábamos para cargar las telas que iba a comprar para Hester, y regresé.

El extraño no se había movido ni un ápice.

No contar con su colaboración complicaba aún más las cosas. Contemplé la situación y, con la ayuda de mi bastón, haciendo un poco de palanca, logré subirle medio cuerpo al trineo. Lo suficiente para llevarlo a casa.

Lady Mu caminó a regañadientes, pero cumplió con su tarea.

Entonces surgió otro problema: había llegado, sí, pero ¿cómo subiría los cuatro escalones de la entrada con él?

Hice acopio de toda mi fuerza y apenas logré apoyar su brazo sobre mi hombro.

—Agradecería un poco de ayuda —murmuré.

Y como si mis deseos se hubieran cumplido por primera vez en la vida, el hombre logró sostenerse sobre sus piernas.

—Bien… necesito que se esfuerce en subir. Yo sola no puedo.

El extraño arrastró los pies.

Yo me caería de un momento a otro.

Era corpulento y alto. Apenas podía con él, y tenía la sensación de que mi bastón iba a romperse de tanto apoyo.

—Vamos —dije como pude—. Uno más...

El hombre dio un último paso y habló con una voz más grave de lo que esperaba:

—Estoy... creo...

Se desplomó. Y yo caí sobre él.

Los fuertes latidos de su corazón atravesaron mi vestido… y un suave olor a sándalo.

Por un momento, me mareé.

Había sentido algo extraño recorrer mi cuerpo sin aviso.

Algo tranquilizador… y a la vez, excitante.

No podía permanecer en esa postura ni un segundo más. Apurada, puse mis manos sobre su pecho y me impulsé para levantarme.

Con cuidado, lo tomé de las botas y conseguí arrastrarlo hasta la chimenea.

No pensaba moverlo más. No si quería conservar la espalda y mis fuerzas para curar sus heridas.

Me acerqué de nuevo. Me agaché a su lado después de tomar la lámpara de aceite para verle con más detenimiento. No sabía hasta qué punto podía estar herido.

Retiré la bufanda de su rostro y, por un momento, me quedé extasiada.

No sabía quién era, de dónde venía ni cómo había acabado allí.

Pero era el hombre más apuesto y distinguido que había visto en mi desgraciada vida. Su frente estaba herida, su abrigo roto, y aun así… era hermoso. Como si el infortunio no pudiera ensuciarle del todo.

Al menos, aunque fuera en una peculiar circunstancia, guardaría esa imagen para toda la vida. Porque mucho me temía que, al despertar, se marcharía sin siquiera darme las gracias.

—Porque eso es lo que harás, ¿verdad? Y ni siquiera sabrás que fue una tullida quien te libró de tu muerte.

9. Cedric

La frente me dolía. El cuerpo también.

De hecho, nunca había sentido tanto dolor. Era como si una docena de caballos me hubieran pasado por encima.

Fruncí el ceño al recordar una dulce voz:

—Agradecería un poco de ayuda...

No sabía cómo había logrado hacerlo, como tampoco sabía dónde estaba en ese momento.

Abrí los ojos. Tenía frío. Mucho. Como si el invierno mismo se hubiera instalado en mis huesos.

No me había dado cuenta hasta ese momento de que estaba temblando.

Giré la cabeza y vi a una mujer. Parecía una madeja de lana sobre un sillón. Sus pies, con medias gruesas y algún que otro agujero, apenas se dejaban ver, escondidos bajo su vestido.

El sillón estaba junto a la chimenea, y ella acurrucada sobre sí misma, como si el calor que desprendía el fuego no fuera suficiente.

Noté el peso de varias mantas sobre mi cuerpo y no entendía por qué ella no tomaba una para taparse.

No era capaz de controlar mi temblor y no quería despertarla, a pesar de encontrarme francamente mal.

Sin embargo, ella debió percibir que algo había cambiado.

La vi abrir los ojos de par en par y tomar un bastón para acercarse a mí.

No dijo nada. Se arrodilló frente a mí y puso su mano sobre mi frente.

Un tacto cálido. Suave.

—Está ardiendo —dijo.

Cerré los ojos, pero en su voz noté la preocupación.

Lo siguiente fue un paño frío sobre mis sienes. Me estremecí y me

dejé llevar por el sueño.

Más adelante sé que caminé.

El lugar donde reposaba había pasado de ser duro y frío a mullido, lo cual fue un alivio.

También escuché voces ir y venir.

Abrí los ojos y, tras un momento de esfuerzo, logré enfocar la figura de la joven que se acercaba a mí con algo en las manos.

—Tómese esto, es bueno para la tos.

¿Tos? ¿Tosía? ¿Estaba enfermo?

En ese instante, el dolor en mi pecho se hizo evidente.

Sí, estaba enfermo.

¡Cómo no iba a estarlo!

Lo último que recordaba era el resbalón de mi caballo y verle huir, asustado, como un cobarde.

Por instinto, me llevé la mano a la frente…

Pero para mi sorpresa, recibí un manotazo antes de llegar a tocar mi herida.

Me quedé tan perplejo ante su reacción que no dije nada.

Ella me ayudó a incorporarme y me dio el plato de sopa.

—Tenga cuidado, está caliente.

Pestañeé varias veces.

Y justo cuando parecía que la niebla de mis ojos iba a desaparecer y por fin podría vislumbrar su rostro, ella se marchó.

Al caer la noche, me encontraba peor.

Aquella sopa me había sentado de maravilla y creía que me había recuperado por completo.

Era un hombre fuerte. Me negaba a que un simple resfriado me tumbara de esa manera.

Bueno… un resfriado, varios golpes en la cabeza y yo qué sé cuántas cosas más...

Resoplé desesperado por estar allí tirado. Un par de mocos me traicionaron justo al verla reaparecer en la habitación.

Intenté limpiarme rápidamente, con disimulo, pero al ver que ella me tendía un pañuelo antes de que llenara todo con mis fluidos nasales, lo acepté sin rechistar.

¡Demonios! ¡Jamás en la vida nadie me había visto en tal estado!

Me resultaba denigrante. Vergonzoso. Y, a pesar de todo, parecía que frente a ella no importaba.

Era extraño, pero resultaba sencillo —y extremadamente liberador— suponer que le importaba un pimiento quién era. Seguro que lo único que quería era una recompensa por salvar a un lord.

Se sentó a un costado de la cama.

Y cuando se inclinó hacia mí para verme la frente, tragué saliva.

Jamás me había puesto nervioso por la cercanía de una mujer. Pero esta vez… me sentí como un muchacho imberbe.

Claro que, lo normal era que, si me presentaba ante una dama, estaría afeitado, con mis mejores galas y, por supuesto, no moquearía como un maldito perro enfermo.

—Su herida está mejor —dijo—, pero todavía no me atrevo a quitarle el hilo.

—¿El hilo? —murmuré.

Me llevé la mano a la frente… ¡Y otro manotazo!

Volví a mirarme. Mi brazo estaba cosido a un lado. Seguramente, mi cabeza también.

Miré alrededor: todo eran hilos, tijeras, agujas… ungüentos…

De repente, vino a mi mente una novela que había leído hace años: Zofloya, or The Moor, de Dacre. La protagonista, Victoria, era manipulada por un personaje diabólico para cometer asesinatos con el fin de alcanzar sus ambiciones…

¿Y si? ¿¡Y si yo formaba parte de un ritual!?

—¿Se encuentra bien? De repente, su rostro ha perdido el color.

Como si a la cama le hubieran crecido espadas, me incorporé de golpe.

La enfrenté mientras un pitido en los oídos hizo vibrar mi cerebro.

—¿Qué está haciendo conmigo? —balbuceé.

—¿A qué se refiere?

Ella frunció el ceño y me miró como si pudiera atravesarme.

Un escalofrío recorrió mi piel.

—¿Qué me ha hecho? ¿Qué pretende hacer conmigo?

—¿Se puede saber de qué demonios habla? Esperaba, al menos,

un gracias… Bueno, miento. Ni siquiera eso esperaba.

Se puso las manos en la cintura y me miró de arriba abajo con las mejillas encendidas.

¡Yo… estaba… desnudo!

¡Estaba desnudo!

¡Dios mío! ¿Qué me había hecho esa mujer?

Tiré de la sábana y me la eché por encima a la velocidad del rayo.

—¡Quizá hubiera preferido que lo dejara en el camino! ¡Muerto! Le aseguro que no habría pasado de esa noche. ¡Maldita sea! ¡Será desagradecido! ¿Sabe lo que supuso para mí traer a un extraño a casa a mitad de la noche? ¿Y si estaba loco? ¿Y si lo que quería era robarme o matarme?

—¡¿Se puede saber qué tonterías dice?!

Nunca había oído a una mujer hablar así.

—Las mismas tonterías que dice usted —replicó, ahora algo más tranquila—. Creo que ha leído demasiadas novelas góticas. ¿Pero quién demonios cree que soy? Ni que hubiera hecho un pacto con Zofloya, ¡por el amor de Dios!

—Eso... eso es...

Abrí la boca. La cerré.

La volví a abrir.

La cerré de nuevo.

Lo mejor era callarse.

Una parte de mí se decía que estaba loco. La otra... la otra gritaba que ni Zofloya habría bordado un escenario más oportuno para sacrificar a un noble idiota.

Me señaló la cama y, como si me hubiera echado un conjuro, me dirigí a ella y me volví a acostar.

Entonces ella sonrió.

Y con eso, toda la imagen de mujer poseída que me había montado en la cabeza se desplomó en un instante.

—No debe hacer movimientos bruscos, tiene un fuerte golpe en la cabeza. Podría seguir delirando.

—No estoy delirando.

—Claro...

Me tapó como si fuera un niño. Y me enfadé.

¿En qué momento había perdido mi dignidad?

Iba a marcharse, pero antes de que lo hiciera, la tomé del brazo.

Sorprendida, se giró y apartó mi mano.

No sabría decirlo con seguridad, pero me pareció ver cierto temor en su mirada.

—¿Quién es usted? —pregunté.

—¿No debería preguntar yo lo mismo?

—Yo...

Una terrible idea se cruzó por mis pensamientos. Sabía lo que implicaba decir mi nombre y lo que sucedería en cuanto lo hiciera. Una distancia abismal se interpondría. Quizá no volvería a hablarme así. Yo tendría que irme y desposar a la señorita Carter. Y nada de eso me llamaba la atención.

Quería saber lo que se sentía… Lo que se sentía al no ser nadie. Al no tener obligaciones. A no tener que demostrar nada. Y también… quería saber quién era esa extraña mujer que me miraba expectante.

Clavé mis ojos en los suyos y, después de un largo silencio, respondí:

—No sé quién soy.

—¿Cómo dice? —elevó tanto las cejas que me pareció hasta cómico.

—Lo último que recuerdo es la caída… el frío… y su voz.
Yo no… no sé quién soy.

10. Lily

Cerré la puerta de mi habitación, donde había metido al extraño, y bajé despacio las escaleras. Fregué el plato de la sopa mientras un mar de pensamientos atravesaba mi cabeza: ¿Por qué diablos había sonreído en cuanto vi que reaccionaba a mi gesto para que se tumbara? No recordaba la última vez que lo había hecho; de hecho, no había tenido motivos para hacerlo, para hacerlo con sinceridad. Pensé que habría sido por culpa de esa conversación; había sido... no sé, no tenía palabras. Él me había mirado con verdadero pánico, como si yo fuera alguien temible. Yo, Lily, una coja sin gracia que apenas consigue sobrevivir.

Sin control, una carcajada se apoderó de mí. Yo no sonreía, y mucho menos a carcajadas. Me sentí extraña, como si algo dentro de mí se hubiese roto… o tal vez reparado. El bienestar que sentí fue tan ajeno como familiar, y por un segundo me sentí viva. Por otro lado, ¿cómo se me había ocurrido hablarle así? Desde luego que era alguien importante o bien posicionado en la sociedad; no obstante, me tomé la libertad de hacerlo, como si en el fondo supiera que a él no le importaría. ¡Tonterías! ¡Ni siquiera lo conocía!

Me sequé las manos en mi delantal mientras soltaba un largo resoplido y me llevé las manos a las sienes. ¿Cómo que no sabía quién era? ¿Qué iba a hacer con él entonces? Si creía que se iba a ir por su propio pie en cuanto se recuperara, ya no lo tenía tan claro.

Alguien llamó a la puerta y abrí. Era la señora que había encargado un vestido negro. Al parecer, había ido con una gitana que le había dicho que su marido moriría pronto. Debía de ser esa clase de persona que se hacía el abrigo de piel antes de cazar al oso, por no decir que parecía que no guardaba amor por su marido en el corazón.

Fui a recoger el vestido y la dejé un momento sola. Al regresar, la encontré al pie de la escalera, a punto de subir.

La boca se me secó al instante y el vello de mi nuca se erizó.

—Dis... disculpe, no puede subir.

—Oh, no iba a subir —respondió con una vocecilla inocente.

Lo que no sabía esa mujer era que yo había vivido lo suficiente como para saber cuándo me mentían descaradamente.

—La señora Hester se hubiera enfadado conmigo por permitírselo.

Me dolió el estómago. Cada vez que mencionaba su nombre, lo hacía. ¿Yo? ¿Enfadada porque me mintieran en la cara? Yo era la mentira personificada, y aun así tenía el valor, no, la desfachatez de enfadarme.

—Solo... —continuó la mujer—. Ya que la menciona, me preguntaba dónde está. Llevamos semanas sin verla y hay un asunto que tengo que discutir con ella.

—Puede decírmelo a mí.

—Me temo que no —dijo tajante.

Me arrebató la caja del vestido de las manos y, sin decir nada más, se marchó.

—¡No me ha pagado! —vociferé tras ella.

—La señora Hester nunca me cobra. ¿No te lo ha dicho? —Se giró y en su mirada noté algo extraño.

—Sí... no... digo, sí. Se me había olvidado.

Cerré la puerta con rapidez y me llevé la mano al pecho para calmarme. Estaba llegando demasiado lejos. No podía quedarme en ese lugar mucho más. Al final, los lugareños comenzarían a hablar.

—¿Se encuentra bien?

Miré hacia arriba y lo vi. Y, al igual que antes en la habitación, por un momento se me cortó la respiración. Me había acostumbrado a verle tumbado, pero en pie parecía una columna difícil de derrumbar.

—He escuchado un grito.

—No ha sido nada.

Me dispuse a subir las escaleras con la ayuda de mi bastón y la barandilla.

—No debería levantarse, aún está débil y podría ponerse p...

Sin evitarlo, al ver una mano tendida hacia mí, dejé de hablar.

Ese gesto, uno tan simple, me llegó al corazón y por un momento creí que me pondría a llorar. Nunca antes nadie me había ofrecido ayuda, y menos por algo tan simple como subir una escalera.

—Puedo subir sola —dije conteniendo el aluvión de emociones que me azotó, y más al ver su rostro de incomprensión al rechazar su mano—. Llevo mucho tiempo haciéndolo sola.

Recuperé el aire y, al levantar el rostro, me encontré con su mirada azul clavada en mí.

—Debe de ser muy fuerte.

—¿Yo? —dije con rapidez.

—Desde luego. No me refiero a mí.

—Lo soy —dije con firmeza, y le di un toque en su espalda para que regresara a la habitación.

Sin que hiciera falta que le dijera nada, se tumbó.

—¿Por qué me ayuda? —preguntó sin apartar la mirada.

—¿Cómo no iba a hacerlo? —repliqué, confusa. No sabía que detrás de la ayuda tenía que haber un porqué.

—Podría haberme dejado. No sé ni siquiera cómo consiguió traerme aquí estando...

—Coja. Puede decirlo. Es mi realidad, así que no intente omitirla.

—No intentaba...

Ese hombre era peculiar. Nunca había visto nada parecido. En su rostro tenía la fiereza de un león, pero su mirada, sobre todo si yo era tajante en mis palabras, se asemejaba más a la de un cachorro. Él era... una contradicción. Como si luchara entre dos mundos en su interior. Algo en verdad extraño que despertaba en mí una curiosidad prohibida.

—¿De verdad no se acuerda de quién es? —pregunté, al cambiarle la venda del brazo.

Él negó con la cabeza.

—Pues tendré que referirme a usted de alguna manera. ¿Cómo quiere que lo llame?

—Me trae sin cuidado —respondió.

No pude evitar poner los ojos en blanco. En cuestión de horas me tenía confundida. No sé si era arrogante o amable, o simplemente le era todo indiferente.

Me llevé la mano a la barbilla y lo observé con detenimiento. Enseguida vi la incomodidad en su rostro y, para mi sorpresa, volví a sonreír.

—Puedo llamarle señor *Caída*. O señor *Casi Muero*.

—Vaya, veo que se ha devanado los sesos —la comisura de sus labios se estiró ligeramente.

—¿Tiene un nombre mejor?

—Pues podría...

—Cielo. Podría llamarle Cielo —dije sin pensar.

—¿Cielo? —Él abrió los ojos, lleno de sorpresa.

—Sí, porque en su mirada parece ocultarse el cielo. No en pleno día, más bien, cerca del anochecer —lo solté con tal rapidez que yo misma me sorprendí—. Entonces he pensado...

¡Me había vuelto loca! ¿¡Cómo se me había ocurrido semejante empalago!? Tenía un problema serio. No es que no me hubiera cruzado con algún hombre en mi vida —¿Jimmy contaba?—, pero él parecía estar hecho con otro molde. Uno muy diferente al mío.

Me puse en pie con rapidez y lo miré con enojo sin saber por qué. ¿Por qué cambiaba de humor con esa velocidad? Quizá sí que me había poseído Zofloya.

—Olvídelo. Señor *casi muero* suena más adecuado para alguien como usted.— repliqué con sequedad.

Cerré la puerta más rápido de lo que pretendía. Ese hombre me robaba demasiado tiempo. Tiempo del que no tenía. Curarle había sido toda una hazaña y me había llevado horas hacerlo bien. Coser sus heridas, como tantas veces había visto hacerlo a las enfermeras de la *workhouse* o cuando un extraño vino a casa de Hester herido —del que no me atreví a hacer preguntas—, había sido tarea difícil, pero me había acabado el hilo dorado para hacerlo, el más fuerte que tenía. El caso era que me había visto capaz de hacerlo, y así lo hice. No teníamos médico en Borley, y con la

ventisca de esa noche, tampoco habría podido llegar a Sudbury a buscar uno. A fin de cuentas, debía ir a por más telas, a por hilo dorado. Por no decir que solo quedaban dos troncos de leña, y tendría que ir a cortarla. Aún no había cepillado a los caballos, ni dado de comer a Lady Mu, ni terminado dos arreglos para mañana, y todo eso debía hacerlo antes de que anocheciera. Coser a la luz de las velas era complicado y tenía el temor de que, si lo seguía haciendo, al final me quedaría sin vista.

Salí de casa y, antes de alejarme del todo, lo vi asomado en la ventana. Aparté la mirada con rapidez y seguí mi camino. ¿Es que no podía estarse quieto? Así no se recuperaría. Sabía bastante de enfermedades gracias al lugar del que venía, y sabía que el mejor remedio para un resfriado era quedarse en cama y descansar.

—¿Voy a tener que luchar contra él?

11. Cedric

Me había llamado *cielo*. Sonreí como un imbécil, no por el hecho de que me lo hubiera llamado, sino por su reacción después. Se había sonrojado de una manera muy dulce y, a los pocos segundos, fruncido el ceño y echado el cuello hacia atrás, como si ni ella misma comprendiera lo que acababa de decir. *Cielo...* Sentí algo extraño en el estómago, pero no le di importancia. Me soné los mocos una vez más. A este paso tendría la nariz roja. Me levanté de la cama, ya que la curiosidad me carcomía. Había oído la puerta cerrarse y quería saber hacia dónde se marchaba esa peculiar mujer.

Me asomé a la ventana. Ella se giró y estuve ¿a punto de esconderme? Yo no me escondía, y mucho menos de una mujer. Me mantuve firme y ella se marchó. ¿Me había visto? ¿Me importaba?

De repente, la cabeza me dolía. Creo que había demasiados pensamientos en ella. Ojeé la habitación y, sobre una silla, vi algo que se asemejaba a un vestido… o que intentaba ser uno. De un azul precioso. Azul cielo... Mis mejillas se calentaron. ¿Qué demonios?

—Cielo…

Repetí la palabra en voz baja, una y otra vez, como si hacerlo fuera la única manera de entender por qué me afectaba tanto. ¿Qué me pasaba? Era solo un apodo. No obstante… ¡No! Me negaba a que, de repente, no pudiera decir esa palabra sin que los nervios me poseyeran.

Me aclaré la garganta y me acerqué al escritorio. Había bocetos de vestidos, pero ni una carta que me permitiera averiguar al menos cómo se llamaba.

Después de explorar su habitación, me dirigí a ver el resto. Nunca había estado en una casa ajena teniendo la libertad de moverme hacia donde quisiera. No había mayordomos, ni doncellas,

ni nadie que me preguntara, al verme moverme, si necesitaba algo. La sensación fue extraña, pero gratificante. El silencio lo era.

Bajé y eché otro tronco a la chimenea. El lugar era diminuto comparado con las grandes mansiones de St. James's Street; sin embargo, había algo en ese sitio que lo hacía entrañable.

Mi nariz, a pesar del resfriado, percibió un olor a café que hizo que se me hiciera agua la boca.

—¿Dónde está? —dije en mi soledad.

Seguí el olor hasta que encontré el bote y lo abrí. ¡Por el amor de Dios! Olía a gloria. Ya lo degustaba sin haberlo probado, en el momento en que las opiniones de mi padre sobre ese grano aparecieron para atormentar mi alegría. Él decía que el café era una bebida extranjera que corrompía las buenas costumbres inglesas; según él, el café debilitaba los nervios y provocaba una inquietud poco digna de un caballero. En casa, nunca había café. Con algo de tiempo libre y la discreción necesaria para que mi padre no lo supiera, me escapaba a una casa de café a saborearlo. Parecía mentira que, a mis treinta años, mi padre siguiera controlándome de esa manera. No sabía quién era peor: él o yo, que lo permitía. En cualquier caso, lo ignoré y me preparé una buena taza. Al principio me la tomé como si cometiera alguna clase de sacrilegio, y luego por fin conseguí disfrutarla. Eso hizo que me preparara una segunda.

Seguí ojeando el lugar hasta que, justo antes del anochecer, escuché unas voces. Me asomé a la ventana y vi a la señorita hablando con un joven mientras este le entregaba leña. ¿Quién era ese muchacho? ¿Y por qué la miraba de ese modo? ¡Prácticamente se la comía con los ojos!

Subí las escaleras sin protestar más. No por debilidad. Sino porque, por primera vez en mucho tiempo, sentí que pertenecía a algún lugar, aunque fuera solo por una noche. De reojo, miré hacia la única puerta que no había podido abrir. Luego me metí en la cama. Esperé. ¿No iba a subir? ¿Por qué no subía? ¡Pero qué demonios hacía! Tener tiempo para pensar no había hecho más que traerme problemas. Me quedé mirando la ventana hasta que, al fin, la puerta se abrió tras tres tímidos toques.

Cerré los ojos con rapidez y me hice el dormido. Todo lo que no había hecho en mi niñez, por algún desconocido motivo, lo estaba haciendo ahora.

Llegó a mí un olor delicioso, pero tuve que controlar mi estómago para que no me delatara. Sentí cómo ella se sentaba en la cama y, después, el calor de sus manos sobre mi frente. Percibí un suspiro de alivio, que me hizo sentir bien. El hecho de que no tuviera fiebre le había causado tranquilidad.

—Bien, señor *Casi Muero*, parece que está mejorando.

Prefiero cielo, pensé.

—Prefiero cielo —dije. ¡Demonios, lo había dicho en voz alta! —. Quiero decir, prefiero *Cielo*; suena más poético que *Casi Muero*, aunque... reconozco que lo segundo es más fiel a los hechos.

Ella se retiró de la cama y me miró avergonzada.

—Tómese esa sopa, le sentará bien. Lleva carne; me ha costado una fortuna, así que cómasela.

Creo que no oyó mi «gracias». Antes de que pudiera decirlo, esa mujer ya había salido por la puerta. Al ver que no regresaba, intenté dormir, pero no podía. No tenía claro si la causa era la cantidad de café que me había bebido a lo largo del día o la docena de planes que tenía para solucionar lo que sucedía en la fábrica de seda. Entendía a esos rebeldes, incluso a la mujer que casi me deja sin cabeza (aunque podría haber sido más suave). La situación en las fábricas no era la ideal. Había conseguido calmar las aguas, pero no podía desaparecer sin más. Pronto le llegarían noticias a mi padre de que los trabajadores habían retomado sus puestos por orden mía y que las máquinas habían sido detenidas.

Me levanté de la cama y me acerqué al escritorio de la señorita —cuyo nombre aún desconocía— y me puse a escribir.

Mi fiel amigo Edmund:

No sé cuántos días llevo fuera de Londres, pues estando aquí he perdido la noción del tiempo. No vengas a buscarme. Estoy en perfecto estado. Solo necesito un descanso. (Esto, por favor, que mi padre no lo sepa). Me hallo en Borley, un pequeño pueblo cerca de

Sudbury. Te preguntarás qué demonios hago aquí… En cuanto te vea, te daré la respuesta.

Quedan días para que me case; soy consciente de ello y no se me ha olvidado. Considera esto mi despedida a la soltería. No sabes el alivio que supone que nadie sepa quién soy ni de dónde vengo, por no hablar de estar alejado de las garras de mi padre y sus continuos compromisos.

En cuanto a asuntos importantes, necesito que informes únicamente al señor Fordham de que la seda retomará su calidad. Las máquinas no son capaces de trabajar ese tejido tan delicado. Dile que, como medida temporal, he devuelto su trabajo a quienes lo habían perdido y me he tomado la libertad de detener las máquinas. Me temo que este asunto requiere una intervención aún mayor (ya estoy pensando en ella).

En fin, amigo mío, espero que estés disfrutando de tus días junto a tu preciosa Hope. Creo que verte tan enamorado me ha trastocado a niveles que desconocía. Es la primera vez que he sentido envidia de algo.

No me juzgues, porque seguiré tomándome un respiro. ¿Quién me iba a decir que la vida en el campo me iba a atraer tanto?

No me traiciones, Edmund, o te las verás conmigo.

Saludos cordiales y esas frases que se suelen escribir para no perder la decencia.

Cedric

Me quedé observando la carta un buen rato. ¿Y ahora cómo demonios la enviaría?

Mis ojos seguían abiertos de par en par y los notaba secos, igual que mi garganta. Miré la mesilla: el vaso estaba vacío. Me estiré, bostecé y salí de la habitación. Bajé las escaleras en silencio, mientras me guiaba por la luz que emanaba de la chimenea.

¡Esa mujer iba a salir ardiendo! No podía dejar el fuego encendido e irse a la cama.

Caminé hacia el pequeño salón que comunicaba con la escalera y me detuve al verla. De nuevo estaba en ese sillón, y sus pies, escondidos bajo la falda de su vestido. Sus cabellos estaban sueltos y reposaban sobre la mitad de su rostro, mientras la otra mitad, iluminada por la luz tenue del fuego, despertó en mí una paz instantánea.

Poseía una belleza sencilla, acogedora, diría yo. Un sentimiento de extraña ternura me recorrió y, alarmado, aparté la mirada para llevarla a sus manos, donde, entre los dedos, descansaba una aguja. ¡Podría habérsela clavado! Quién en su sano juicio se queda dormido con una aguja y... ¡tijeras! Había unas tijeras en su regazo. Poseída o no, esa mujer era un peligro para sí misma.

Me acerqué a ella con cuidado, sin hacer ruido. No quería despertarla. Era evidente que se había quedado dormida mientras cosía. Con delicadeza, tomé la aguja de entre sus dedos y aparté las tijeras. La prenda que tenía entre las manos, no me atreví a quitársela: la sujetaba con fuerza.

Tomé una manta de una silla cercana y, con torpeza, la abrigué. No estaba acostumbrado a ese tipo de gestos, pero me aseguré de cubrirla con esmero. Al elevar la mirada para comprobar que estaba todo en su sitio, me encontré con sus ojos fijos en los míos.

Durante un instante me quedé atrapado en esa mirada. No había nada indebido en ello, pero tampoco era completamente inocente. Solo una chispa breve, como esas que saltan del fuego cuando la madera está húmeda. Al fin y al cabo, éramos un hombre y una mujer que, por las circunstancias que fueran, compartían un pequeño espacio en la oscuridad de la noche.

Aclaré la garganta y me enderecé, tratando de sacudirme esa sensación. Me repetí que lo que acababa de pasar no era nada. Solo un instante. Un suspiro del momento. O al menos, eso quería creer.

—¿Qué se supone que hace? —dijo ella, rompiendo el silencio.

—Yo... —Adopté una postura firme. Yo era Cedric Elford, y no tartamudeaba ni flaqueaba ante una simple pregunta.—Déjeme

preguntarle lo contrario: ¿cómo se le ocurre quedarse dormida bajo estas circunstancias?

—¿Qué circunstancias?

Ella se incorporó, se apartó con rapidez los mechones del rostro y miró el salón con preocupación. Sin embargo, uno rebelde no cedió. Sin pensarlo, me acerqué a ella para apartarlo. Extendí la mano, pero ella se llevó los brazos a la cabeza y cerró los ojos.

¿Pero qué…? ¿Ella…?

—Señorita… ¿por qué...? Yo solo... su pelo…

Ella abrió los ojos y apretó los labios.

—Creo que lleva demasiado tiempo aquí y veo que se encuentra mejor. Mañana debe marcharse.

—¿A dónde iría? No sé...

Vi cómo apretaba las manos contra la falda, luego estiraba los dedos intentando calmarse.

—Seguro que, si se pasea por las calles de Londres, alguien lo reconocerá.

—¿De Londres? ¿Y si soy de Canterbury, de Bath… o de la mismísima Irlanda?

—No tiene acento irlandés.

—Quizá también se me haya olvidado.

Ella entornó la mirada y luego la bajó al suelo. Ambos sabíamos que un acento no se olvidaba.

—Pues si va a quedarse, tendrá que aportar algo. No puedo permitirme…

—Lo haré, haré lo que sea —dije con más urgencia de la que pretendía—. Pero tendrá que enseñarme. Puede que no recuerde nada, pero estoy seguro de que el tacto de mis manos demuestra que soy un inútil.

Ella me miró con seriedad y apoyó las manos en la cintura.

—Nadie es inútil, señor *Casi Muero*. Tiene manos, piernas y un cerebro que creo que puede usar.

—¿A qué se refiere con que *cree que puedo usar*? ¿Me acaba de llamar estúpido?

—Si usted se llama inútil, ¿por qué yo no puedo llamarle estúpido?

—Una cosa es lo que yo diga y otra muy diferente...

—Acuéstese. Amanecerá pronto. Le conviene descansar. Mañana descubriremos qué puede hacer con esas manos y esas piernas.

—Pero...

Ella me empujó hacia las escaleras y me obligó a subir.

—¿Y usted? ¿No duerme?

—No, tengo cosas que discutir con Zofloya.

Una sonrisa se resistió a salir de sus labios, pero supe leerla. Al menos tenía buen sentido del humor. Aunque tras esa sonrisa, intuía, se escondía algo más... algo que, para mi desgracia, empezaba a querer descubrir.

12. Lily

Intenté no gritar, pero lo hice. ¡Por todas las vacas lecheras de Inglaterra! ¿Qué había pasado con mi café?
¿Lo había metido en otro recipiente? No, no podía ser, siempre lo guardaba en el mismo sitio.

—Mierda, juraría que…

—¿Maldiciendo a estas horas de la mañana?

Me giré y lo vi. El señor *Casi Muero* había bajado afeitado, con un par de cortes sangrantes en la mejilla y la barbilla. ¿Cómo podía tener ese aspecto tan imponente y mirarme como si yo hubiera cometido un crimen?

—De dónde vengo, el lenguaje importa poco —hablé indignada.

—¿Y qué es lo que importa de dónde viene?

—La astucia y la supervivencia.

—Habla usted como si viniera de la calle.

Creo que mi mirada fue suficiente para que lo entendiera.

—¿Y por qué maldice? ¿Le sucede algo?

—Mi café, ha desaparecido —no pretendía que mi tono fuera lastimoso, pero sucedió.

—Creo que me lo acabé ayer —respondió mientras se rascaba la nuca.

—¡¿Cómo?!

Y me lo decía así, sin más.
—¿No le enseñaron a preguntar antes de tomar cosas que no le pertenecen? —dije, enojada, de verdad lo estaba. Necesitaba esa bebida para sobrellevar el resto del día.

Su mirada cambió, y evoqué lo que había sucedido anoche: me había resguardado del frío, y habíamos intercambiado una mirada que prefería no recordar. Temía que, si lo hacía, mis vellos se

erizaran como en ese momento. Y, por si fuera poco, yo, como una estúpida, había reaccionado con temor cuando solo había intentado quitarme un molesto mechón. Ese reflejo formaba parte de mí, de quién era. Lo normal era que toda mano extendida acabara en golpe, y no pude evitarlo. En ese pequeño segundo sentí verdadero temor y arrepentimiento por haber metido a alguien en mi vida sin preguntas, sin pensar. Pero ¿cómo podría haberle dejado? El padre Marcus siempre decía que hiciéramos aquello que quisiéramos que hicieran con nosotros, y, desde luego, no hubiera querido que me dejaran en la intemperie, congelada de frío y sin saber quién soy.

—Le compraré más café. Todo el café que quiera.

—Para eso tendría que ir a Londres, soy la única en todo Sudbury que lo toma. Aquí nadie lo vende. La señora Hester lo solía comprar y…

Había cometido un error inmenso, no solo por mencionarla, sino por hablar de ella en pasado.

—Aquí no lo venden —rematé y zanjé la conversación.

Saqué un poco de pan y lo unté con la mantequilla que yo misma había preparado con la leche de Lady Mu y le di un mordisco.

—¿No va a desayunar? —le pregunté, ya que me miraba como si observara algo incomprensible.

Él asintió. Tomó el pan y lo untó de la misma manera.

—¡Está delicioso! —dijo emocionado—. Quiero decir… —carraspeó— no está mal.

—Pruebe con esta mermelada. La hizo Jimmy.

—¿Jimmy?

—Sí, es mi vecino. Siempre se toma la molestia de traernos algo.

—¿Hay alguien más aquí?

—¿Qué?

—Ha dicho *traernos*.

—Me trae, quise decir. Me trae. Por la mañana no consigo hablar con coherencia, sobre todo sin café.

Él no reaccionó y siguió masticando. ¿No había oído mi comentario sobre el café?

—¿Ese Jimmy es con el que hablaba ayer? —preguntó con un deje de desinterés fingido.

—¿Estaba espiando?

—¿Espiar? Señorita, le aseguro que tengo cosas mucho más importantes que hacer…

—¿Como qué? ¿Contar las vetas de la madera? Porque en este sitio, sin saber ni quién es, me cuesta imaginarle ocupado. Quizá solo le gusta fisgonear.

—¿Fisgonear? Me ofende. Los caballeros como yo no fisgoneamos… observamos con agudeza.

Una risa floja se me escapó.

—Vaya, qué conveniente. Así que recuerda que es un caballero.

—Supongo que lo soy. O al menos, eso dicen mis ropajes.

—¿Y si resultan robados? Quizá usted no sea más que un ladrón bien vestido.

—¿Y si usted es una dama disfrazada de campesina? —alzó una ceja y cruzó sus brazos—. ¿Ha conocido a muchos ladrones? Parece estar muy segura de cómo debe verse uno. Lo raro es que piense que yo lo soy —resopló y me sacó de quicio.

—Pues he visto ladrones más apuestos y acicalados que usted, así que, ¿por qué no?

—Sigue burlándose.

Ahí estaba: era la cuarta vez que miraba hacia mi bastón.

—¿No va a preguntármelo?

—¿El qué?

—Sobre mi cojera.

—No me había fijado.

—Me ofende más la mentira.

—¿Quiere que se lo pregunte?

El señor *Casi Muero* se relamió un poco de mermelada que se había deslizado sobre sus labios al morder, y sentí un absurdo calor en mis manos.

—Haga lo que quiera. Ahora termine de comer. No estamos en una casa de té, charlando como si no tuviéramos nada que hacer.

De nuevo, me había hecho cambiar de humor. Estaba molesta y ni yo sabía por qué. No podía confiar en él. Me negaba a hacerlo. Pero la forma en la que me sentía en su cercanía me daba la falsa idea de que podría hacerlo.

Le puse entre las manos un pantalón que había cosido anoche. Había lavado su ropa después del accidente y tampoco me parecía adecuada para el trabajo de campo.

—No necesito unos pantalones. Puedo usar los míos.

—Sí, los necesita. En algún momento recuperará su memoria y tendrá que volver por donde ha venido. ¿Qué piensa hacer? ¿Volver con sus prendas hechas jirones?

—¿Acaso vamos a luchar con un oso? —De nuevo, sonrió.

No sé por qué, pero me molestaba que lo hiciera. Algo incomprensible… aunque creo que sabía por qué era.

Él extendió el pantalón y lo miró con curiosidad.

—Le quedará perfecto —dije como si hubiera leído su pensamiento—. Le saqué los bajos para que no fuera con los tobillos al aire. Me temo que es más alto que la mayoría de mis clientes.

—Sabe que llevo botas, ¿verdad?

—Y usted ¿sabe el frío que sentirá cuando la nieve se cuele por ellas? —levanté una ceja y esperé la respuesta que sabía que me daría, solo por el placer de interrumpir su pedantería.

—Tengo medias que…

—Están rotas. Y tampoco tengo calcetines de caballero.

—¿Quiere decir que…?

—Le prestaré uno de los míos.

Lo estaba probando. Quería conocer cuál de sus facetas era la verdadera: el señor *Casi Muero* melindroso o el señor *Casi Muero* que mostraba naturalidad y cercanía.

Estaba segura de que sería lo primero y lo rechazaría de inmediato, pero, para mi sorpresa, aceptó sin remilgos.

Esperé a que se alistara: luego, salimos.

El frío azotó nuestros cuerpos. Él restregó sus manos y yo exhalé vaho caliente para calentar las mías.

Vi que Jimmy se acercaba con esa sonrisa alegre tan suya, que fue borrándose según se fijaba en el extraño.

—Buenos días, Lily. Sigo sin explicarme por qué el aire fresco te… la favorece.

—No sabía que el aire fresco favoreciera, más bien corta la cara —dijo el señor *Casi Muero*.

Jimmy lo miró con el ceño fruncido. Intuía lo que le pasaba por la cabeza: ¿qué hacía yo con ese hombre? Y tan temprano, saliendo de casa.

—Este es mi tío —dije lo primero que se me ocurrió.

El desconocido levantó las cejas, y Jimmy me contempló con la duda retratada en su rostro.

—¿Tío? Os veis próximos en edad. ¿Cómo es posible?

Miré a mi invitado forzado y busqué ayuda con mis ojos. Él lo entendió al instante y me sorprendió de nuevo al no ver burla en su gesto, al escuchar a mi amigo expresarse con error en sus palabras.

—Yo soy el menor de ocho hermanos. Su padre era el mayor. Mi abuela… digo, su abuela… no, mi madre fue una mujer que…

Sonreí ante su trabalenguas. Cualquiera se habría hecho un lío en ese momento buscando parentescos de forma tan repentina, pero supo salir airoso.

—¿Tu padre también tenía el pelo amarillo y ojos azules? —preguntó Jimmy, al observarle de arriba abajo.

—Sí, amarillo como un amanecer luminoso y ojos como el cielo —dije con rapidez.

Noté la mirada de mi invitado sobre mi cabeza, e incluso su aliento sobre mi nuca. ¿Estaba tan cerca? No… eran imaginaciones mías. Tenían que serlo.

—Azul cielo, sí —intervino él—, pero de ese color cuando se acerca la noche, no antes.

Lo miré con tirria, pero él sonrió.

—Pues Lily ha debido de salir entonces a su madre —soltó Jimmy.

—Sí, Lily es igualita que su madre —añadió el otro.

—¿Cómo se acuerda de ella? Tenía entendido que Lily no había llegado a conocerla, así que tú…

Él me miró con el rostro lleno de apuro, y esta vez fui yo la que sonrió sin remedio. En esos días, como por arte de magia, sonreía.

—Mi abuela siempre lo decía —concluí, deseosa de cambiar de tema. No obstante, él quería insistir y ya comenzaba a molestarme.

—Pero él parece… su piel es clara, y sus manos. Lily, ¿has visto sus manos? Entonces, ¿por qué te dejó aquí? ¿Con ella?

—¡Jimmy! —lo reprendí.

—Per… perdón, Lily. No quería…

—Lo siento, no quería hablarte así —resoplé. Me había sobrepasado, pero me había sentido acorralada—. Sabes que no me gustan las preguntas.

—Solo te traen problemas, lo sé.

—Gracias por la leña. —Quise cambiar de tema y compensar lo que acababa de hacer. Sabía que era sensible y que había herido sus sentimientos.

—Espero que hayas dormido caliente esta noche… quiero decir, que no hayas pasado frío… quiero decir…

—Dormí bien, gracias.

Me regaló una enorme sonrisa, pero un carraspeo interrumpió nuestra conversación. La tensión del momento y la falta de costumbre, habían hecho que olvidara que ese hombre estaba allí.

—Voy a enseñarle a mi tío los terrenos, Jimmy. Te deseo un feliz día.

—Gracias, señorita, tú también.

Caminé para que ese hombre me siguiera para conocer a Lady Mu, hasta que habló:

—¿Cuándo va a cortarle las alas?

—¿Disculpe?

—A ese muchacho, Jimmy. Está claro que bebe los vientos por usted. No me diga que no se ha fijado.

Mi silencio fue respuesta suficiente.

—¿Acaso usted… no me diga que siente lo mismo?

—¡Por supuesto que no! Es un crío. Le tengo el mismo aprecio que tendría hacia un hermano.

—¿Entonces? ¿Por qué no se lo dice? Hay esperanza en sus ojos.

—No quiero herirle.

—Vaya por Dios… entonces es mejor dejarle vivir en una ilusión.

—A veces es mejor así. A mí me hubiera gustado vivir en una. La realidad es bastante dura para algunos.

—Eso sería una cobardía.

—No hable sin saber, se lo ruego.

Mi súplica tuvo efecto en él, pero no durante mucho tiempo. Llegamos a las puertas del establo, pero sus palabras me interrumpieron:

—Así que se llama usted Lily. Le queda a la perfección.

—Igual que a usted, señor *Casi Muero*.

—¿Es siempre tan jocosa o se esfuerza en ello por algún motivo?

¿Será posible? ¿En qué momento había encontrado tanta confianza como para hablarme de ese modo? Respiré con calma y lo miré.

—Si la vida no me da motivos para sonreír, tendré que creármelos yo, ¿no le parece?

—¿No tiene motivos para sonreír? Válgame Dios… Solo con asomarse a su ventana y ver la arboleda a lo lejos nevada, es motivo suficiente para hacerlo. ¿Y qué me dice de su libertad? ¿No es motivo también? Creo que hay personas que viven más asfixiadas que usted. Los nobles, sin ir más lejos. Seguro que viven ocultos bajo máscaras para encajar en una sociedad que, al mínimo error, los rechazaría. ¿Y qué me dice de los pobres que viven en la calle? He visto cómo llegan enfermos, moribundos a los dispensarios, muertos de hambre. Dígame si a usted no le sobran motivos para sonreír.

No pude contenerme. Desgraciadamente, sus palabras no estaban faltas de razón. Aun así, me atravesaron como una daga en el pecho. Había vivido en la miseria, maltratada y reprimida, y, a pesar de todo, había logrado salir adelante. Pero eran los recuerdos de todo aquello los que no me permitían sonreír. Los recuerdos de

los amigos, ¿cómo me atrevería a sonreír si ellos aún sufrían? Y lo que había hecho con el cuerpo de la señora Hester…

Sentí un dolor en el estómago y cómo mi pulso se aceleraba. De repente, me era difícil tragar. Me aferré a los tiradores de las puertas y abrí.

—No siempre he sido libre —susurré con la voz quebrada. No quería que notara que me había hecho llorar, pero, de algún modo, lo hizo.

—¿Está llorando?

Él se tomó la libertad de alcanzar mi barbilla y elevar mi rostro hacia él.

Pero antes de que se atreviera a decirme nada, aparté la mirada y me adentré en los establos.

13. Cedric

¿Dios mío, qué podía hacer? ¿Había sido mi culpa? En su rostro había mucho dolor, pero no podría ser yo el único causante solo por unas palabras.

La seguí hasta que tomó una pala y un cubo, y comenzó a recoger el estiércol de una vaca que me miraba de forma amenazante. Era como si ese animal me odiara, y era la primera vez que me cruzaba en su camino.

—Déjeme a mí —Le arrebaté el cubo de las manos mientras contenía una arcada. Era cierto que de las calles de Londres no emanaba un olor a rosas precisamente, pero el hedor que desprendía ese excremento era nauseabundo y desagradable. Mucho más que los productos esos que usaba Edmund para sanar las heridas de sus enfermos.

—Puedo hacerlo sola —respondió sin mirarme—. Por la arcada que acaba de tener, me temo que estos excrementos no son lo único que me tocará limpiar.

Iba a coger el pañuelo perfumado de mi pantalón hasta que me di cuenta de que no lo había metido. No podría taparme con él. Eso dificultaba las cosas.

Salí un segundo del establo, tomé aire y lo retuve. Me volví a dirigir a ella y esta vez no solo le quité el cubo, sino también la pala.

Me miró estupefacta y, con rapidez (y mucho asco), logré limpiar aquello. A prisa, regresé afuera y respiré varias veces. Al volver, ella me esperaba con el cubo.

—Ahora le tocan los caballos.

—¿Es un castigo por hacerla llorar?

—Está bien, lo haré yo —dijo con enojo.

—Espere, espere... —Tomé aire de nuevo y me acerqué a retomar mis tareas. Al fin y al cabo, le había dicho que la iba a

ayudar. Sin embargo, noté que se acercaba con respeto a esos animales.

—¿Le dan miedo los caballos? —pregunté. Una vez recogidos todos los desechos, se podía respirar con más o menos normalidad.

Al principio noté que no quería responder, pero al final lo hizo asintiendo.

—Es el animal más noble que existe —le dije.

—Tan noble que el suyo, tras dejarle caer, lo abandonó.

—Bueno, eso es porque Névola es un cobarde.

—Pues con ese nombre, cualquiera lo diría.

Ambos nos mantuvimos en silencio mientras los cepillábamos, hasta que no pude resistirme a preguntar:

—¿Por qué les tiene miedo?

—Son grandes y fuertes.

—No todo lo grande y fuerte es peligroso.

Ella recorrió su mirada por mi cuerpo; estaba seguro de que lo había hecho sin querer, pero había logrado que algo extraño bailara en mi interior, algo que se sentía bien.

—¿Alguna vez ha montado uno?

—No me atrevería —Detuvo el cepillado.

—Quizá así se le quitaría el miedo.

—No, no debería. Estos caballos... ¡¿Qué hace?! ¡¿Se puede saber qué hace?! ¡Suélteme!

La tomé de la cintura y, en un abrir y cerrar de ojos, la había puesto sobre el caballo.

—Abra los ojos, acaricie su crin. ¿Ve que no hace nada?

La tensión se dejaba ver por cada poro de su piel. Tomó aire y apenas abrió un ojo, estiró con delicadeza la mano hacia el cuello del caballo.

—Se mueve, se está moviendo. —Retiró su mano con rapidez —. ¡Bájeme! ¡Dese prisa!

—No va a salir corriendo. Relájese.

Me miró entre odio y admiración y, poco a poco, su respiración se fue calmando. Esperé un tiempo más hasta que me acerqué a ella y, con un gesto medido para no asustarla, la bajé. Tenía aún sus manos en mis hombros cuando sus pies tocaron el

suelo, y por un segundo nuestras miradas se cruzaron. No me había dado cuenta de la belleza que poseía y de las ganas de vivir que había tras esos ojos oscurecidos por el miedo.

—¿Quién se ha creído que es para hacer lo que acaba de hacer? ¿Cómo se atreve?

Dio un ligero empujón sobre mi pecho y se alejó.

—Reconozca que le ha gustado —dije con calma.

—¡Será posible!

—El próximo día la enseñaré a montar.

—¿Qué le hace pensar que habrá un próximo día?

—Lo mismo que hace que no me haya echado aún a la calle.

Ella resopló y, de nuevo, la dejé sin palabras. Era divertido, aunque quizá no lo era tanto para ella. Que no supiera quién era me hacía crecer una sensación de libertad y de nuevos comienzos que pensé que jamás tendría. No tenía nada que demostrar, nada que cumplir y nada que ocultar. Era un lienzo en blanco, y me intrigaba preguntarme cómo sería la pintura que aparecería en ese cuadro.

—¿Ha ordeñado alguna vez a una vaca?

—No lo recuerdo —respondí. La cruda realidad era que no, nunca lo había hecho, pero creo que, ya había quedado como un mequetrefe al recoger el estiércol como si fuera un remilgado.

—Bien, pues le enseñaré.

—No se preocupe, barreré el establo y…

—De eso nada. Usted me ha subido a ese caballo y ahora va a ordeñar esta vaca.

—No lo sé… ¿ha visto cómo me mira?

—Lady Mu sabe juzgar a la gente. Si lo mira así, tendrá sus motivos.

—¿Lady Mu? —No pude evitar sonreír—. ¿Quién le puso ese nombre? ¿Una cría de cinco años?

La vaca mugió y me enganchó del pelo. Algo asqueroso.

—¡Demonios! ¡Dígale que me suelte!

—¿Me está diciendo que le hable a una vaca?

—Puede que le entienda, ¡parece humana! ¡Suéltame, animal!

La vaca se aferró con más fuerza a mis cabellos, y por un momento un ridículo pánico se apoderó de mí. Jamás habría

imaginado que un animal me agarrara de la cabeza.

Entonces la escuché.

La señorita se reía a carcajadas, con una risa sincera y extrañamente hermosa.

—¡Deje de reírse y ayúdeme!

Mis palabras solo consiguieron que ella acabara en el suelo, con las manos alrededor de su vientre, sin parar de reír.

La situación podría ser absurda —hasta dolorosa, en mi caso —, pero verla de ese modo me llenó de felicidad. Eso borraría parte del dolor que le había causado antes con mis palabras. Aun así, lo que sucedía no tenía sentido. ¡Era de locos! Tenía que detenerlo cuanto antes o me quedaría sin pelo.

Alcancé como pude el hocico de la vaca y le tapé la nariz. Fue repulsivo, pero solo así conseguí que me soltara. Mi pelo estaba pegajoso y se me había quedado rígido hacia arriba. Para variar, entre risas, ella se acercó y me lo aplastó, cosa que no había visto venir.

—Así está mucho mejor.

Me quedé estoico. Había sido un toque sutil, gracioso, pero habría preferido al menos tener el pelo limpio.

Se sacudió las manos, Se agachó y se sentó en un banquito para proceder a ordeñar a ese demonio.

—¿Quiere probarla? —dijo, señalando el cubo.

—¿Así, sin más?

—¿De dónde cree que viene la leche? —levantó una ceja. En definitiva, me consideraba estúpido.

—Démela.

Tomé el recipiente que me ofrecía y me bebí todo el contenido sin miramientos. Al terminar, me encontré con su mirada, y sonrió.

—Deliciosa. Gracias.

—Podría enseñarle a hacer nata, y mantequilla, si quiere.

Estaba de pie, a su lado cuando ella miró hacia arriba. Por su cuello descendían unos graciosos bucles castaños que se habían soltado de su recogido. Su rostro brillaba y me habría encantado zambullirme en su mente para ser testigo de sus pensamientos.

—Para no tener motivos para sonreír, esta mañana lo está haciendo muy seguido —dije para rellenar el silencio. Por algún motivo, me sentía inquieto.

—Usted hace que...

Detuvo sus palabras y se limpió el sudor de la frente. La postura en la que estaba parecía incómoda, y sus brazos tendrían que estar cansados.

—¿Qué es lo que hago?

—Yo no he dicho nada.

—Me había parecido oír…

—Tome, lleve esto a la casa. A su regreso, le enseñaré la arboleda e iremos a cortar leña.

—¿No se la trae su enamorado?

—Lo normal es que lo haga yo. Él ya tiene bastante con lo suyo, por no decir que su padre es muy mayor, y no me gusta que se aleje de él. Y no vuelva a decir eso: no es mi enamorado.

Esa mujer tenía un gran corazón, de eso no me cabía duda, pero también se molestaba con facilidad con algunas de mis palabras. Hice lo que me pidió y la acompañé hasta la arboleda. Fue un paseo frío pero agradable, a pesar de ir cargado con un hacha y unas cuerdas para atar la leña. Me di cuenta de que, según avanzábamos, su cojera empeoraba. Desde que se había levantado no se había detenido ni un segundo, y estaba claro que se esforzaba demasiado.

—¿Quiere descansar un momento?

—¿Descansar? —Me miró como si hubiera dicho que las vacas volaban y continuó por el sendero.

Cuando al fin se detuvo, pude ver la maravilla del lugar: mis pies se posaban sobre la hojarasca congelada y la luz se filtraba entre las ramas de los pinos. El aire era puro y desprendía un olor que calmó cada rincón de mi cuerpo.

—¿Ve esos troncos de allí? Los que tienen una marca roja.

Asentí.

—Cogeremos unos cuantos y los cortaremos.

Ella estuvo a punto de caerse frente a mí al tropezar con unas ramas, pero supo compensar el equilibrio con su bastón.

La vi agacharse y levantar una pieza que parecía muy pesada. Fui a ayudarla, pero con solo un vistazo me negó la ayuda y me mandó a recoger otro.

—¿Seguro que no perderá una mano? —expresó al ver mi entusiasmo para proceder al corte.

—Siempre he querido hacerlo, o quizá ya lo he hecho. Supongo que ahora saldremos de dudas.

Di el primer hachazo y, gracias a los cielos, acerté al tronco. Hubiera sido ridículo fallar en el primer intento, pero curiosamente se me daba de maravilla.

—Quizá no es la primera vez que lo hace.

Sus palabras me llenaron de orgullo y continué. Era increíble lo mucho que desahogaba hacerlo. Por no decir que ese olor a serrín me resultaba del todo agradable.

Me quité el abrigo y remangué mi camisa hasta los codos. A pesar del frío, mi cuerpo había entrado en calor por el esfuerzo. No pude evitar sonreír al atisbar cómo su mirada se movía hacia mis brazos y luego se retiraba con rapidez. Era una dulzura de mujer.

—Creo que con eso será suficiente —soltó justo en el instante que creía que ya lo tenía dominado. ¡A ver si mi padre cortaba leña tan bien como yo!

—¿Ya? —pregunté, a medio camino de un último golpe—. Entonces mañana tendrá que regresar.

—Suelo venir todos los días, sí. Yo sola no puedo cargar con tanto. A veces Jimmy me ayuda, pero dada la situación no quiero abusar de su buen corazón.

Asentí y no puse objeciones. No sabía cuánto tiempo llevaría viviendo sola. Tenía sus procedimientos y sus rutinas; yo no era nadie para cambiarlas, así que me limitaría a hacer lo que me pidiera.

Me enseñó a atar los troncos y los puse sobre mi espalda.

—Le he dicho que puedo llevar algunos —reclamó.

—Y yo le he dicho que puedo hacerlo yo.

—Está bien, considérelo un pago por mantenerlo.

Me había dado cuenta de que solía rechazar toda ayuda; era como si cualquier acto de bondad hacia ella la molestara. Lo supe

desde el primer día, al salir de la habitación y tenderle la mano para ayudarla a terminar de subir las escaleras. Lily era un enigma, uno que, de pronto, quería resolver.

—Antes ha dicho que su libertad era reciente. Al decir esas palabras que la han molestado…

Ella no contestó y siguió con la caminata.

—¿A qué se refería?

De nuevo, me volvió a ignorar.

—Siempre he querido patinar —dijo de repente. ¿No pensaba contestarme?

Me fijé hacia dónde se dirigía su vista y vi un pequeño lago congelado entre los árboles.

Dejé los troncos en el suelo, me dirigí hacia ese lugar y pisé un poco para comprobar que el hielo podía sostener mi peso.

—¿Qué hace? —gritó ella—. ¡Va a caerse!

—¿No quería patinar? —respondí—. Da la casualidad de que yo también. Venga a ayudarme.

—¿Quiere que yo le ayude? —La expresión de su rostro hizo que sonriera en mis adentros.

—Vamos, dese prisa. A este paso se va a descongelar.

Se acercó a mí, al principio con duda y luego con una ilusión que no logró ocultar.

—Deme las manos.

—Mi bastón…

—Yo la sostendré.

Sin estar del todo segura, dejó apoyado su bastón y me dio sus manos enguantadas.

—Bien, para que confíe en mí, tengo que confesarle que soy un ávido patinador. Hubo una vez que el Támesis se congeló y pude enseñar mis dotes a todo Londres. Con patines, por supuesto. Con zapatos nos será más difícil.

—¿Pero no iba yo a ayudarle a usted?

Sonrió sin quitar la vista del hielo que reflejaba nuestras siluetas.

—Además, ¿ha recuperado su memoria? ¿Cómo se acuerda, si no, de eso?

—Fragmentos —contesté con rapidez—. A veces llegan recuerdos a mi mente. El hielo ha debido de evocar este. Ahora, avancemos.

Me percaté, —cuando su falda lo permitía—, de lo poco que apoyaba su pie izquierdo, ligeramente torcido, y sentí una rabia que me recorrió de parte a parte. Nadie se merecía algo así, y mucho menos sentir dolor. Conocía a personas que se pasaban la vida quejándose por cosas mucho menos invalidantes que eso y, aun así, ella era decidida y desenvuelta. Algo digno de admirar. Me recordaba a mi querida hermana Cecil, la única capaz de hacerme olvidar, por momentos, que no podía ver. Pensé, con una repentina calidez, que tal vez podrían hacerse amigas. La idea me sorprendió: jamás había imaginado presentándole a alguien. Ni en mi sano juicio lo hubiera hecho y mucho menos a una mujer, ¡luego tendría que aguantarla! Sin embargo… resoplé, confundido.

—¿Pasa algo? ¿Lo hago mal? Voy demasiado lento, ¿verdad?

—Lo hace muy bien. Me atrevería a soltarla.

—¡Ni se le ocurra! Si se atreve, pienso lanzarle al hielo.

Mi carcajada rompió el suave murmullo del invierno y ella me echó una mirada amenazante.

La sostuve con fuerza y nos deslizamos de una manera torpe y desordenada. Desde luego, nada elegante, pero con una alegría irrazonable que el frío no lograba apagar. Estaba tranquila e intercambiaba gestos de alegría con otros de temor cada vez que perdía el equilibrio. En una de esas, no sé qué demonios sucedió con mis expertos pies, pero perdí el control y, por mucho que intentara estabilizarme para no dejarla caer conmigo, sucedió lo inevitable. La sujeté con fuerza para que no se dañara, y al final cayó sobre mí.

Nuestras miradas se encontraron con la respiración agitada.

—¿Está bien? ¿Se ha hecho daño? —quise averiguar sin demora.

—No, su cuerpo me ha protegido. Usted se ha llevado la peor parte.

Noté un ligero rubor en sus mejillas; intuí que no era por el frío y tuve un recuerdo.

—No es la primera vez que está sobre mí, ¿cierto?

Apoyó sus manos en mi pecho y quiso levantarse con rapidez. Pero, como era de esperar, se cayó hacia atrás y se dio un buen golpe en sus posaderas.

—Mierda —expresó.

La primera vez que la escuché soltar una palabra así me resultó extraño; parecía una mujer educada. Sin embargo, al volver a oírselo, debo admitir que hasta me gustó. ¿Me estaba volviendo loco?

—¿Está bien? ¿Quiere que la ayude a levantarse?

Ella apartó la mirada e intentó ponerse en pie por sí sola, pero esta vez cayó de rodillas y casi besó el hielo.

—¿Me va a dejar que la ayude ya?

—Puedo hacerlo sola —se empeñó, con cara de pocos amigos.

—Como quiera.

Me crucé de brazos y me limité a observarla. Era insistente, tenía que reconocerlo, pero no podía esperar mucho más. Al final se haría daño. Para mi sorpresa, desistió en su intención de levantarse y comenzó a arrastrarse hasta la orilla. Sus rodillas resbalaban con torpeza y apenas avanzaba. Sin remedio, me hallé presenciando una imagen del todo cómica.

—¿No hablará en serio? Puedo ayudarla.

—¡Le he dicho que puedo sola!

Sin preguntárselo más, me acerqué a ella y, aunque al principio se resistió, la levanté y la puse entre mis brazos. Parecía mentira lo bien que encajaban nuestros cuerpos.

—¿¡Cómo se atreve?! —se mostró escandalizada, pero algo me decía que, en realidad, no lo estaba.

Di un paso y el hielo crujió. ¿Cómo no iba a crujir? ¡Esa mujer había dado golpes contra él a diestro y siniestro mientras intentaba levantarse!

Ambos nos miramos y tragamos saliva. ¿Debía dejar de moverme? ¿Y qué haría? ¿Quedarme allí hasta el fin de nuestros días?

Cerró los ojos y se aferró a las solapas de mi abrigo.

—¿Qué profundidad tiene esto? —pregunté antes de dar un paso más, sin demostrar lo mucho que me había gustado su gesto.

—No sabría decirle —respondió.

—Bien, eso es…

En lo que transcurre un suspiro, el hielo volvió a crujir y mis pies se hundieron en el agua helada. Gracias al cielo, conseguí que Lily siguiera en mis brazos.

—Bien, pues ya sabemos que llega hasta las rodillas.

Ella abrió los ojos, primero uno y luego el otro. Miró hacia mis pies y luego regresó su mirada a la mía. Parecía reprimir algo tras sus labios, pero no lo dejó salir hasta que comencé a caminar con dificultad hacia la orilla, entre hielo y agua, con un humor de perros por el frío y el dolor que se acrecentaba en mis pies como si me atravesaran docenas de cuchillos.

—¿Lo ve? Se lo advertí... Sus pobres tobillos.

La contemplé con resignación, pero al oír su risa, esa risa limpia y contagiosa, no tuve más opción que rendirme y unirme a ella.

14. Lily

No me había reído tanto en mi vida. De alguna manera, me sentía cómoda al hacerlo, sola frente a él y en la intimidad de la arboleda… y antes, en el establo, cuando Lady Mu había hecho de las suyas. El día transcurría de forma inesperada y maravillosa. Nunca antes había sentido esas ganas de que las horas siguieran su curso, de aprovechar cada minuto, de disfrutar. ¿Disfrutar? ¿Yo estaba disfrutando?

Me dolían las mejillas de tanto sonreír, y había sido incapaz de dejar de hacerlo durante todo el camino de regreso. Pero la felicidad no duró mucho.

El señor Brown se acercó a mí en cuanto nos aproximamos a la casa, y toda alegría se esfumó en un abrir y cerrar de ojos al oír sus palabras.

—Señorita —dijo, sin apartar los ojos del señor *casi muero*, con una evidente sospecha en su expresión—. ¿Puedo hablar con usted un momento?

—¿Qué sucede?

—A solas.

No hizo falta que le dijera nada a mi inquilino; este saludó con la cabeza al señor Brown y se marchó con la leña en su espalda. Estuve a punto de sonreír al escuchar el sonido de sus botas al caminar, como si fuera pisando charcos.

—Señorita —comenzó Brown en cuanto quedamos a solas—, dos caballeros se presentaron esta mañana en su casa. ¿Se acuerda de esos hombres peligrosos de los que le hablé? Me refería a ellos. Preguntaban por usted… y por la señora Hester.

Por un momento se me cortó la respiración. Noté cómo cada músculo de mi cuerpo se tensaba. Las palabras no querían salir de mi boca. Más bien, no podían.

—Les he dicho que enfermó y se marchó a Brighton a darse unos baños.

—¿En diciembre? —espeté, asustada.

—Fue lo primero que se me ocurrió, pero no debieron de caer en la cuenta, porque se marcharon sin hacer más preguntas.

Me llevé las manos a la cara y después las apoyé en la cintura. Caminé de un lado a otro frente al señor Brown. Tenía que hacer algo. ¿Y si volvían?

—¿No han dicho nada más? ¿Ni el motivo de su visita, al menos?

—No, pero tiene que tener cuidado.

—¿Sabe quiénes son?

—Lo único que puedo decirle es que visitaban a la señora Hester esporádicamente. Siempre en su ausencia.

—¿Nunca oyó nada? ¿Ni vio algo raro?

—¿Qué cree? ¿Que voy escuchando conversaciones ajenas o husmeando en las ventanas?

—Sabía cómo me trataba esa mujer. Eso quiere decir que observaba.

—¡Eso era algo que sucedía a diario! Y lo hacía porque estaba preocupado por usted.

Un dolor sordo en la espalda me recordó que así había sido… y todo lo que había sufrido bajo su supuesto cuidado.

—Tiene que decir que está muerta. Si no...

Me acerqué a él en dos pasos y le tapé la boca.

—Podría oírle alguien —susurré, intranquila, mientras miraba a mi alrededor.

—¿Lo dice por ese tipo? —se quitó mi mano con suavidad—. Sabe tan bien como yo que ese no es su tío. Puede que Jimmy se lo haya creído, pero yo tengo canas que me hacen ver cosas que otros no ven. No sé quién es ni por qué lo ha traído a su casa, pero tenga cuidado, por favor.

Asentí. El hecho de que me advirtiera sobre él logró enfadarme… conmigo misma. Tenía razón. Quizá estaba confiando demasiado. La verdad era que no sabía nada sobre ese hombre, y lo peor era que no sabía si quería saberlo. Me aterraba descubrir que

era alguien con malas intenciones. Me aterraba que me mintiera. Y me aterraba comenzar a sentirme feliz a su lado, como si todas mis penas desaparecieran al mirarlo a los ojos.

Agradecí al señor Brown por haberlos ahuyentado y me marché. Tenía razón: en algún momento, tendría que decir que Hester había muerto, antes de que todo se volviera un callejón sin salida.

Entré en casa y vi las botas del señor *casi muero* junto a la chimenea, cerca de los pantalones, colgados sobre una silla para que se secaran. Quería guardar esa imagen en mi cabeza para siempre. Saber que había alguien más allí conmigo… las risas que habíamos compartido… Tuve que borrar las lágrimas con la manga del vestido al verle bajar descalzo, envuelto en una manta.

Pasó a mi lado y me miró. Pero no fue una mirada cualquiera. Sentí, por primera vez, que alguien me veía de verdad, y eso fue embriagador. Como si el mundo se detuviera en ese preciso instante. Sus ojos se clavaron en los míos, explorando cada detalle, como si leyera las páginas de un libro aún por descubrir. Como si pudiera desnudar mi alma, mis pensamientos más profundos… El nerviosismo me invadió.

La vulnerabilidad se instaló en mi piel, y eso era peligroso. De donde venía, ser vulnerable significaba dejar que otros abusaran de ti, que se aprovecharan, que te engañaran, que te usaran. No podía permitírmelo. Solo un corazón férreo podría ayudarme a sobrevivir… o al menos a seguir haciéndolo. Pero por mucho que me convenciera de eso, mis sentimientos me traicionaron y las lágrimas brotaron sin resistencia.

Estaba segura de que no era por sentirme alguien por primera vez… alguien más que Lily, la costurera maltratada y abandonada. Seguramente era la conversación con el señor Brown lo que me había llevado a esta situación. O al menos eso quería creer.

Él alzó una mano y, de nuevo, me aparté y me cubrí como dictaba mi instinto. Pero volvió a acercarse. Esta vez tomó mis manos.

—¿Está Lily por aquí? —dijo, intentando apartarlas—. La estoy buscando.

—No está —contesté como si tuviera tres años.

—Pero sí está —insistió—. La veo… justo —apartó mis manos con delicadeza, y esta vez no tuve voluntad para resistirme— aquí.

Mis ojos se quedaron prendados del mar que me ofrecían los suyos y respiré.

—Acabo de descubrir que no me gusta verla llorar.

Me aparté de él, rompiendo el hechizo que había hecho de ese momento algo mágico. Y lo miré con dureza.

—¿Está desnudo?

No pude evitar que el corazón se me acelerara, lo que me enervó sobremanera. ¿Qué me pasaba?

—No. Tengo una manta. Y mucho frío. Así que, técnicamente, no lo estoy.

—Debo marcharme —la situación se me escapaba de las manos—. He de ir a Sudbury por unas telas, y...

—¿No va a decirme por qué lloraba? Quizá pueda ayudarla. Bueno, no ayudarla… considérelo un pago, si quiere.

—Tengo que irme.

—¿Por qué no habla? ¡Me exaspera que no lo haga! ¡Es más, me crispa los nervios y no sé por qué! Sé que está sufriendo, y no quiero que lo haga, pero para eso tiene que decirme lo que le sucede. Lleva mucho dentro, puedo verlo… lo sé. Tiene un corazón precioso. Lo he visto en todo lo que hace. Lo he oído en sus palabras, cuando atendía a sus clientes mientras yo estaba en cama.

—Me marcho —insistí, irritada.

Ese hombre me acercaba a un punto al que no quería llegar. Un punto donde todo saldría a la luz, y lo arruinaría todo. Él no pensaría lo mismo de mi corazón si supiera… Todos me llamarían asesina, o hereje, por lo que hice. Y lo perdería todo si supieran que venía de una *workhouse* sucia y horrible. Nadie me permitiría tocar las prendas que luego llevarían. Mucho menos, lucir diseños míos.

Y, sin embargo, tenía tantas ganas de gritar, de decirle todo, y que me entregara a los leones, y acabar con todo de una vez. Sería tan... tan... liberador.

—¿Por qué se aparta cada vez que levanto la mano? ¿Por qué...?

Me acerqué a la puerta y la abrí. No quería escucharle más. Necesitaba escapar antes de que él dijera algo que atravesara mis muros. Antes de que yo le dejara. No sabía si quería correr hacia él o cerrar la puerta con llave. Lo único claro era que me dolía. Me dolía lo que decía. Me dolía lo que provocaba. Y me dolía imaginar que, si decía la verdad, dejaría de mirarme como lo hacía.

El frío en el exterior me trajo de vuelta a la realidad. No quería sentirme acorralada.

***

El camino de vuelta me lo tomé con calma. Las telas pesaban, pero no me importaba; el aire era helador, pero tampoco me importaba; las botas se hundían en la nieve y me costaba caminar si mi bastón resbalaba, pero no me importaba; y tampoco me importaba que mis tripas rugieran de hambre. Al final, ese día no había comido por marcharme de ese modo. Y no me importaba.

La confusión azotaba mis pensamientos y estaba agotada. Quizá debía marcharme y sobrevivir con lo que había conseguido hasta ahora. Buscaría a Hope y juntas saldríamos adelante. Siempre lo habíamos hecho. Sin embargo, había surgido en mí un sentimiento que oprimía mi pecho, uno que no me dejaba respirar y, a la vez, me daba la vida. Un sentimiento que me hacía sentir viva. Y todo se debía a ese hombre. ¡Ojalá nunca lo hubiera conocido! Ojalá esa noche no hubiera salido. Ojalá no lo hubiera visto. Me engañé a mí misma: nunca le habría deseado que se quedara allí, solo. Podría haber muerto. Pero desde que le había dejado irrumpir en mi vida por salvarle, desde que estaba con él, mis días se habían vestido de matices que nunca había visto. Incluso había podido dormir como nunca antes, como si me sintiera segura, tranquila.

—¡Él se irá, Lily! ¡Despierta! —chillé hacia las nubes.

A mí nunca me sucedían cosas buenas. Estaba condenada a ello desde el mismo día en que me abandonaron por ser defectuosa. Sonreí con amargura al recordarlo, al recordar cada palabra de la

señora Quirk cada vez que le preguntaba por qué estaba en esa maldita *workhouse*:

—Tus ropajes eran buenos, niña. Y tenías una hermosa pulsera de oro con tu nombre grabado. Cuando Finch te trajo esa noche lluviosa, de buenas a primeras no supe cómo una niña de buena cuna había terminado aquí, pero en cuanto te vi caminar, lo supe. Debes de sentirte odiada. Yo lo haría. ¿Qué clase de padres abandonan a su hija solo por ser deforme? Me das pena, y eso que ninguno de los de aquí me la da. ¿Será porque no hueles mal? Bueno, ahora ya sí.

Aún retumbaban sus abominables carcajadas en mis oídos.

Ese mismo día supe que jamás quería que nadie sintiera pena por mí. Como también supe que nadie me amaría. Era Lily, la coja, y más allá de eso no habría nada.

Jimmy me encontró en el camino, muy cerca de nuestros terrenos, y sin preguntar tomó mis telas. Él había aprendido a lo largo de los años que lo mejor era no preguntarme nada, pues sabía que mi respuesta siempre iba a ser la misma.

—Las he traído perfectamente sola desde Sudbury —intenté quitárselas, pero al ver su resistencia, desistí. No tenía ganas de pelear.

—Y de aquí en adelante, las llevaré yo también a la perfección.

—De aquí *en adelante* —lo corregí, pero me ignoró, como si tuviera algo guardado que quería decirme, pero no se atreviera.

—Él no es tu tío. ¿Por qué metes a un desconocido en tu casa? No sabrías lo que podría pasarte.

En sus ojos vi una recriminación que no me gustó nada.

—Él no recuerda nada, Jimmy. No podía dejarlo.

No sé por qué tenía que explicarme, pero al parecer él necesitaba oírlo.

—Si no se acuerda de nada, ¿por qué me hizo enviar una carta?

Por un momento me quedé callada y noté una clase de dolor que hasta ahora no había sentido. Era extraño.

—Sí, la carta... ya lo sabía.

—Tu cara me dice que no.

—Jimmy, ahora no...

Le arrebaté las telas y le di la espalda.

—Todo esto saldrá mal, lo sabes, ¿verdad? ¡¿Verdad, Lily?!

No quise escucharlo. No quise saberlo. Quería que todo permaneciera como estaba. No quería estar sola, no de nuevo. Y sentía, creía... que me había enamorado de él. Aunque supiera en mi interior que nuestros orígenes nos separaban, aunque supiera que nunca podríamos estar juntos, quería aprovechar cada momento, cada minuto de felicidad que nunca había tenido la oportunidad de disfrutar. Una felicidad secreta que solo me pertenecía a mí y que nadie podía arrebatarme. Sabía que llegaría a su fin. No era estúpida. Tenía claro que él era alguien importante, y sospechaba que su pérdida de memoria no era del todo real tras una serie de comentarios, como en el estanque. Pero no quería saber los motivos que le habían obligado a mantenerse escondido de sus responsabilidades, ni quería saberlos. Solo quería ser feliz, o tener la idea de que lo era. Aunque fuera algo fugaz y pasajero, quería experimentarlo, quería vivirlo. Y solo pedía un poco más.

Abrí la puerta de par en par y casi dejé caer las telas al suelo al ver lo que sucedía ahí dentro. Olía un poco a quemado, pero también a algo apetitoso; no sabía si era por el hambre que tenía, pero lo que hallé sobre la mesa me hizo salivar. Había queso con uvas, pan con mantequilla y lo que parecía una sopa humeante que me llamaba para entrar en calor.

Di un paso más y me encontré al señor *casi muero* en el sillón. Estaba dormido, con un libro a medio cerrar sostenido por sus dedos sobre la pierna.

Si tuviera el poder de detener el tiempo, lo habría hecho. ¿No podía permanecer así para siempre? Lo observé al detalle, sabiendo que hacía mal, que eso solo empeoraría lo que sentía, pero tenía la respiración tan tranquila y un rostro tan afable que me hubiera gustado sentarme con él, apoyarme en su hombro, cerrar los ojos y dejarlo todo ir.

Pero antes de que lo alcanzara, tropecé con mi propio bastón, y sin querer, caí frente a él. Tuve que apoyar las manos sobre sus

rodillas para no estrellarme contra el suelo.

Él abrió los ojos, sorprendido, y se encontró con mi mirada avergonzada. Miró a su alrededor como si intentara comprender qué nos había llevado a esa situación, y para mi desconcierto... sonrió. ¿Sonreía? ¿Después de que lo hubiera dejado con la palabra en la boca? ¿Después de negarme a contestar sus preguntas?

—¿Lo de caerse sobre mí es una artimaña para decirme que le atraigo?

Sus ojos, curiosamente serios, buscaban los míos como si esperara una respuesta sincera.

Me levanté de súbito y me alejé de él. Mis mejillas ardían y el enojo me desbordaba. ¿Pero qué se había creído? Oh, no... ¿era demasiado obvia? Me preocupé. No supe cómo mirarle.

—¿Qué tonterías dice?

—Veo que no puede separarse de mí. Si no me falla la memoria, es la tercera vez que se cae en mis brazos.

—¿Memoria? ¡Si ni siquiera recuerda quién es! —espeté, como si eso lo hiciera más real, como si reafirmara mi idea de que no debía marcharse.

—Tiene razón, entonces habrán sido cuatro o cinco veces. Menos, no creo.

—Es usted un...

—¿Sabe lo fácil que se enerva? Debería relajarse un poco.

—No se...

—Venga, siéntese. Sé que no ha comido, y por cómo acaba de rugir su estómago, no hay que ser un lumbrera para saber que tiene hambre.

—Puedo prepararme mi propia...

—Sí, su cena, lo sé. Sé que puede hacerlo todo sola, pero no está de más que la ayude... —se aclaró la garganta—, quiero decir, que pague por mi estancia aquí. ¡He desplumado hasta la gallina! Así que más vale que se coma esa sopa. Lleva nabo, zanahoria y guisantes también. Necesita energía. Me he dado cuenta del mucho esfuerzo físico que lleva a cabo en el día a día y no...

—No necesito su compasión.

—¿Compasión? ¿Quién ha dicho compasión? Insisto: es mi pequeña retribución. Ahora, hágame el favor de decirme que está deliciosa y que no ha tomado mejor sopa en su vida. Es la primera vez que cocino, pero pensé que no sería tan difícil echar a hervir un par de cosas. Pruébela.

Ante su insistencia, no tuve más remedio que hacerlo.

Tomé la cuchara y me llevé la sopa a la boca. El sabor me sorprendió, esperaba algo mucho peor, pero casi me atraganto y tuve que sacar un pequeño trozo de pluma de mi boca.

—Mire el lado bueno —dijo resuelto—, puede que aprenda a volar.

No lo pude evitar y sonreí.

—Gracias. Tenía mucha hambre.

Su sonrisa fue gigantesca e iluminó toda la estancia.

—También tiene que agradecer a la señora Cavendish. Me dio unos cuantos consejos.

—¿Diana Cavendish? —dejé caer la cuchara y la sopa salpicó sobre mi vestido—. ¡¿Diana Cavendish ha estado aquí?!

—Sí. Preguntaba por la señora Hester y nos ha invitado al festejo de Navidad. Al parecer, irán todos.

Me levanté tan rápido que di un golpe a la mesa y la sopa se derramó.

—Me ha resultado una mujer muy agradable. Demasiado habladora, pero agradable.

—¿Se ha vuelto loco? ¿Cree que podía aceptar algo así sin decírmelo?

—Creo que sería bueno para usted. Podría divertirse.

—¿Bueno para mí? ¿Divertirme?

Sentía una furia recalcitrante que iba a más.

—¿Qué demonios le ha dicho sobre la señora Hester?

—Que está muerta, por supuesto. Porque intuyo que lo está... ¿verdad?

—¡¿Qué?!

Me llevé las manos al rostro y grité; una mezcla de pánico y enojo me sacudió de pies a cabeza.

—¡¿Con qué derecho cree que puede hacer algo así?! ¡¿Cómo voy a explicarlo?! ¡¿Cómo...?! ¿Qué voy a hacer ahora?

Tomé aire. El temblor de mis manos se volvió incontrolable, sentía que me iba a desmayar. Había sido una mala idea. Una malísima idea abrirle las puertas. ¿Por qué había confiado en él? Toda la ilusión que había vivido se estaba derrumbando frente a mis ojos de una forma dolorosa.

—¡No quiero echarle, pero tendré que hacerlo! —grité—. ¡Ha sobrepasado los límites, ha cruzado lo que no debía, ha entrado donde nadie más entra! Quiero que se marche.

—Tiene el corazón tan grande que sería incapaz de hacerlo. Usted no abandonaría a nadie.

—¡¿Cómo se atreve?! —le clavé la mirada, llena de fuego. Y sin pensarlo, como un impulso, quise darle una bofetada, como tantas que yo misma había recibido. Tuve una lucha interna en ese pequeño segundo en que mi mano se acercaba a su rostro. Me arrepentí de inmediato. Sabía el efecto que un golpe podía tener sobre una persona, pero ya era demasiado tarde... O al menos eso creía, hasta que él, con reflejos fulminantes, detuvo mi mano a un centímetro de su mejilla y la aferró con fuerza. Al ver mi reacción, enseguida relajó el agarre, aunque no me soltó.

—Usted misma ha sido abandonada, ¿cierto? Por eso no deja que nadie se acerque. Por eso tiene miedo de que la hieran —intenté soltarme, pero él no me lo permitió—. ¿Por qué no deja que la ayuden? ¿Teme que le pidan algo a cambio? ¿O acaso el hecho de que sientan pena por usted la hace... sentirse débil? ¿La obliga a recordar su convalecencia y...?

—No sabe de lo que habla, así que, por favor, deténgase —lo dije lo más calmada que pude.

—Creo que me tiene miedo —tiró de mí y acabé pegada a su pecho. Demasiado cerca. Demasiado cálido. Demasiado prohibido—. Tiene miedo porque, sin quererlo o no, me ha dejado entrar en su vida. Siente terror por lo que pueda pasar... y quizá también por lo que desea que pase.

—¡Deténgase!

—¿Es por esa mujer? ¿Por Hester? Todos preguntan por ella cada vez que la visitan. ¿Quién es?

Me soltó al fin y comenzó a subir las escaleras hasta la habitación que pertenecía a Hester. Intentó abrir la puerta. No pude seguir su ritmo y estuve a punto de caer, pero antes de que lo hiciera, él me sostuvo.

—¡¿Qué cree que hace?!

—Hable conmigo, Lily.

—No lo entiende...

—¡Ni siquiera me ha dado la oportunidad de hacerlo!

La frustración en sus palabras y en su mirada lo consiguió. Él había logrado romper mis muros y hacerlos añicos.

Me dejé caer al suelo, con la espalda apoyada en la pared, y lloré.

—Ella... ella ya no está. Yo...

15. Cedric

Quería abrazarla. Me sentía impotente, sin saber muy bien qué tenía que hacer, y era mi culpa. Yo la había llevado a ese estado. Creí que era necesario, creí que lo necesitaba, pero en ese momento ya no estaba tan seguro.

—Puede decírmelo, no la juzgaré.

Se enjugó las lágrimas de tal manera que me llenó de ternura e incompetencia. Clavó la mirada en el suelo que nos sostenía y, con manos temblorosas, rodeó sus piernas y se acurrucó como una flor que no estaba dispuesta a abrirse al sol.

—Hester estaba enferma, no me hizo caso yo… le dije que debía verle un médico, pero se negó. En verdad, yo no deseaba que algo así sucediera —su llanto se intensificó—, o quizá sí. Quizá fue mi culpa por desearlo.

Quise intervenir, hablar, pero no me dio tiempo.

—Me pegaba.

Su gesto cambió como si al decirlo hubiera evocado recuerdos dolorosos que no merecían tener un espacio en su vida y se apretó más contra sus rodillas. Mi reacción fue inesperada, como si en mi corazón hubieran clavado un puñal y no pudiera sacarlo, de algún modo, el dolor que desparramaba en cada palabra, lo estaba haciendo mío. ¿por qué? ¿Por qué había tenido que sufrir aquello? No había visto a esa tal Hester en mi vida, pero en ese momento, me la imaginaba como una vieja bruja sacada de un cuento de terror del que me hubiera encantado arrancar las páginas cada vez que mencionaran su nombre.

—Lily…

—Toda mi vida, ha sido así. ¿No tenía derecho, aunque solo fuera por unos días para aparentar que todo iba bien? ¿Qué era feliz? ¿Qué no había nadie por encima de mí que me maltratase?

Por unos segundos su mirada húmeda se hundió en la mía con una expresión rota.

—Hice algo terrible, yo sola no podía deshacerme de ella…

Su historia continuó hasta remontarse a los tiempos donde fue abandonada en una miserable *Workouse*. El dolor de mi pecho iba en aumento con cada palabra, pero no podía imaginarme el que ella acarreaba ni de lejos. La dejé hablar, no quise interrumpirla en ningún momento, no quería que volviera a cerrarse y no poder acceder a su sufrimiento nunca más.

Lloraba desconsolada, rota por dentro, y por fin, después de que me lo contara todo, entendía todas las razones por las que decía que no podía sonreír. Me había comportado como un estúpido. Estaba frente a una mujer que había tenido que sobrevivir sola a este mundo injusto. Una mujer que se podría haber roto innumerables veces y, aun así, trataba de mantenerse entera a pesar del dolor que emanaba.

No sé qué me había llevado a decir que me tenía miedo. Quizá era yo el que lo sentía por todo lo que esa mujer removía en mi interior. Era tan frustrante, tan desgarrador, saber que algo le sucedía y no poder ayudarla. ¡Nunca me había sentido así! Era como si quisiera que su dolor terminara, y ser yo el único capaz de conseguirlo. Me había aferrado a la absurda idea de que solo yo podría hacerlo. Era algo descabellado, pero me había calado de una manera incomprensible. Algo arrebatador que tocó mi corazón. Quería entenderla, ayudarla porque… ¿por qué? ¡Demonios! Porque… porque estaba enamorado de ella. ¿Pero cómo?

Me agaché y me senté a su lado como si alguien ajeno a mí me moviera como a un títere.

¿Así de rápido? ¿Sin advertencia?

Ella levantó el rostro al verme tan cerca y lo volvió a ocultar entre sus rodillas, como si estuviera avergonzada. El avergonzado tendría que ser yo, no ella.

Lo que me pasaba no tenía lógica alguna. Tomé su rostro y lo volví a alzar. Me miró con esos ojos llorosos y se me partió el alma. Por un momento quise levantarme, partir a toda velocidad y localizar a todas las personas que tanto daño le habían hecho: a sus padres

por abandonarla, a esa cruel señora que la maltrataba y, sí, a Hester. Y si no estaba muerta como creía, lo estaría. ¡Todos ellos lo estarían si yo…!

Aparté un mechón de su cabello y, al ver que no se asustaba al acercar mi mano, mi corazón saltó sin sentido. Era hermosa. Incluso hecha un desastre, seguía siéndolo. A mis ojos, era la mujer más hermosa que había conocido jamás.

No, no podía ser. No tenía sentido. Ella era una costurera, casi una mendiga, y yo… yo era… El caso era que no me importaba. ¡No me importaba en absoluto! Era como si una parte de mi corazón que había mantenido cerrada bajo llave, de repente se hubiera abierto de par en par, haciéndome ver que nada más importaba, que nada más era relevante mientras fuera ella. Solo ella y su corazón. Su maravilloso, amable y fuerte corazón. Sonreí primero y luego reí a carcajadas. ¡Así que así era como se sentía! ¿Por eso Edmund parecía un maldito loco?

Dios mío… como alguien más se atreviera a tocar a esa mujer, iban a rodar cabezas. Lo primero que haría…

—¿Se ríe? —ella se levantó de un espasmo y miró hacia abajo, donde yo estaba—. ¿Se ríe de mis desgracias? ¿¡Cómo se atreve después de que yo… después de que le haya contado lo que hice con esa mujer, con Hester!? ¡¿Acaso le parece gracioso?!

Me puse en pie. Era un idiota. Lo que había hecho no tenía perdón, no después de saber cómo se sentía ella, pero no me había podido controlar.

En cuanto estuve a su altura, comenzó a golpear mi pecho, y yo se lo permití.

—Es un desgraciado. Primero irrumpe en mi vida y luego... ¡hace que le cuente lo que he hecho! ¡Y como respuesta se ríe! ¡Lo odio! ¡Lo detesto! ¡Ojalá hubiera muerto ese día! ¡Ojalá no lo hubiera rescatado esa noche! ¡Nada de esto habría pasado!

Sus golpes fueron disminuyendo en intensidad y fue entonces cuando la rodeé con mis brazos hasta detenerla por completo. Sabía que lo que decía no era cierto. Sus palabras solo eran producto de la devastadora tempestad que fluía por sus venas.

Sus manos temblaron sobre mi pecho antes de caer, derrotadas, como si todo el peso de su furia se hubiera desvanecido de golpe. No dijo nada más; solo se quedó allí, respirando con dificultad, mientras yo la sostenía.

—Lo siento —me animé a decir sin soltarla. Sabía que eran palabras torpes, e insuficientes para alguien que había pasado por tanto, pero no supe decir más, no en ese momento.

Ella no respondió, pero tampoco se apartó, lo que hizo que mi sentimiento de culpa disminuyera. Solo apoyó la frente en mi hombro, y dejé que la tensión abandonara su cuerpo, que al fin su tormenta se rindiera a la calma. La envolví con más fuerza, pensé que serviría de algo. Como si pudiera protegerla de las sombras que la atormentaban y, al hacerlo, un temblor recorrió su espalda. Pero no me atreví a hablar de nuevo. Había aprendido, después de vivir con las constantes disputas con mi padre, que a veces el silencio era lo único que podía decirse sin empeorar las cosas.

No fui consciente del tiempo que había transcurrido mientras permanecimos ahí, abrazados, juntos, sin mediar palabra. Pero ella, en un instante que no vi venir, lo interrumpió al propinarme un empujón para después apartarse de mí.

—Tengo mucho trabajo que hacer —dijo sin tan siquiera mirarme a los ojos.

—¿Ahora? —pregunté, confundido.

—Sí. Tengo un vestido que acabar.

Asentí mientras ella se alejaba y, de repente, me invadió el frío, como si se hubiera llevado toda la calidez de mi cuerpo.

La dejé un tiempo mientras yo mismo aclaraba mis ideas y mis sentimientos. Había llegado a la conclusión de que tenía que decírselo, tenía que decirle quién era antes de acercarme más, porque eso era exactamente lo que quería. Rompería mi compromiso; al fin y al cabo, había sido en contra de mi voluntad, y me negaba a ceder a los deseos de mi padre solo por dinero. Ahora que había comprendido lo que era estar enamorado, lo que suponía querer hacer feliz a alguien, protegerla y amarla sin condición alguna, no lo dejaría pasar. No iba a condenarme a vivir una vida sin

amor con la señorita Carter, y mucho menos si ella ya sentía algo por otro hombre.

El único que saldría perdiendo en toda esa pantomima sería mi padre, y esta vez me sentía tan fuerte que no temía su reacción. Se trataba de mi vida y haría lo que fuera por permanecer con Lily a mi lado. Lo único que me daba pánico era su respuesta. ¿Qué haría al saberlo? ¿Se alejaría de mí?

Una mortífera tristeza me inundó solo de pensarlo. ¿Qué había pasado conmigo? Esa mujer había roto mi fachada, mi escudo. Después de todo, Cecil tenía razón: era como un lobo, como un león, pero no precisamente por las fauces.

Por un momento me sentí ridículo, pero era el menor de mis problemas. Quería saber cómo estaba ella, si se encontraba mejor después de haberlo soltado todo.

Bajé con una lentitud estudiada, para darle tiempo a cerciorarse de que iba a encontrarse conmigo. Para mi sorpresa, la encontré entrecerrando los ojos a la luz de las velas mientras terminaba una puntada. Vi la puerta de su taller —donde sus clientas iban a probarse las prendas— abierta, y me pregunté por qué nunca trabajaba allí, pero en cuanto la vi junto al fuego, lo comprendí. Esa mujer adoraba la chimenea, el calor que desprendía. No quería alarmarla, pero me causaba terror que no estuviera concentrada mientras tenía una aguja entre las manos, aunque se veía a leguas que tenía un dominio innato sobre esa punzante herramienta.

Sin querer, la madera bajo mis pies crujió y ella abrió los ojos sorprendida, aunque no quiso mirarme.

—No ha huido —expresó apenas en un murmullo, como si se hubiera tenido que esforzar para decirlo.

—¿Quiere que lo haga?

Su silencio me llenó de esperanza.

Me acerqué un poco más, pero ella, como si hubiera dejado atrás el sueño que tenía unos minutos antes, se centró en su trabajo como si nada más a su alrededor existiera.

—Lily, has sido muy valiente. Lo eres. No soy nadie para juzgarte. Lo que hiciste con Hester fue un acto más de

supervivencia, de tu supervivencia. Nadie debería haber estado en tu situación; nadie podría haberlo sobrellevado como tú lo has hecho.

Estuvo a punto de mirarme, lo supe, pero solo me quedó su ceño fruncido iluminado por las luces y sombras de la chimenea.

—¿Por qué me tutea?

¿Cómo? Aquella pregunta logró que me sintiera extremadamente incómodo. Yo creía que, después del momento que habíamos vivido, de que ella se abriera a mí, podía… Quizá me había equivocado.

—Discúlpeme, señorita, pero ¿por qué está tan enfadada?

—Usted… —me señaló con su aguja y por fin me miró— usted…

Soltó un bufido y decidió dejar de hablar.

¿Por qué le resultaba tan difícil decirme las cosas? ¡Era desesperante!

—¿La saco de sus casillas? ¿Es eso lo que quiere decir? ¿La aparto del lugar en el que se siente segura?

En ese momento cosió con tanta fuerza que mentiría si dijera que no lo vi venir. Fue un leve sobresalto, un segundo casi imperceptible. Su mano se crispó y dejó escapar un pequeño suspiro entre dientes.

—¿Se ha pinchado?

Ni siquiera esperé su respuesta. Me agaché y, con naturalidad, tomé su mano sin pensar, solo guiado por el instinto. Sus dedos estaban cálidos, y vi la gota de sangre que destacaba contra su piel. Me acerqué más y, antes de que pudiera reaccionar, llevé su dedo a mi boca.

No me di cuenta de lo que hacía, de que era un error, un atrevimiento desmesurado. Pero, en mi defensa, me resguardé en que no había sido un gesto calculado ni premeditado. El tiempo pareció tensarse a nuestro alrededor, pero nuestras miradas se encontraron, y supe que era demasiado tarde para fingir que no había pasado.

Ella no se apartó de inmediato. Tal vez porque estaba sorprendida. ¿Asustada? O quizá porque, en el fondo, tampoco quiso hacerlo.

Cuando al fin retiré su mano, la dejó caer sobre su regazo, incómoda, como si no supiera qué hacer con ella.

—Lo siento. Ha sido un acto reflejo. Yo mismo lo hago si me hago una herida. No quería hacerlo… bueno, más bien, no pensé lo que hacía.

—No ha sido nada —replicó con una sequedad que parecía estudiada, casi como una excusa.

—Tiene razón —admití. Le seguí la corriente, aunque la calidez en mi pecho decía lo contrario.

El fuego crepitó en la chimenea, y llenó el silencio con su murmullo. Entonces, comprendí que había algo entre nosotros.

16. Lily

Mi corazón aún latía con fuerza en el pecho, haciéndome vibrar con cada pálpito. No sé las vueltas que había dado esa noche, pero no había podido dormir nada. Quizá por esa emoción que me recorría, o porque no había parado de rememorar ese momento: su boca, su mirada.

—¡Para, Lily! —chillé. Llevé las manos a mis labios para silenciarme.

No sabía con exactitud lo que le pasaba a mi cuerpo, un calor inesperado que se había encendido, se había apoderado de mí desde el centro, como una chispa que se propagaba sin control. Me quemaba, pero no era doloroso ni incómodo. Era... ¡desconcertante! Una mezcla extraña entre anhelo y nervios, una sensación que nunca antes había experimentado y que no sabía cómo demonios apagar. ¿Acaso se podía? pensé, intranquila. ¿Y si nunca pudiera apagarla?

¿Cómo se le había ocurrido hacer algo así? ¿Había perdido la cabeza?

Para colmo, había pasado frío esa noche por no querer dormir frente a la chimenea, como solía hacer, por vergüenza a encontrármelo de nuevo. Pensé que ahí dentro estaría más tranquila, pero ¡no había servido de nada! Mi cuerpo ardía en llamas y el frío había desaparecido.

Necesitaba lavarme la cara, despejarme, pensar en otra cosa. Regañarle por aceptar la invitación a una fiesta que sería esa misma noche, frente a todo el maldito pueblo. A esas alturas esa mujer ya se habría encargado de esparcir los rumores de que Hester había muerto. ¿Qué historia había contado? Y cómo diantres se había presentado ante la señora Cavendish, porque dudaba mucho que le hubiera dicho que era el señor *casi muero*.

Luego me invadió el pánico. Él sabía por todo lo que había pasado, lo que había sufrido y lo que había hecho para seguir viviendo una vida que quizá no me pertenecía. El día anterior no se había atrevido a juzgarme, quizá porque estaba muy reciente, pero ¿y si esa mañana sí lo hacía?

De repente, el calor se esfumó de un plumazo. Él tenía razón: tenía miedo. Pero no por lo que pudiera pasar, sino por su ausencia. Por lo que sentiría al verle marchar. Hasta ese momento, mi vida había sido un infierno. Nunca me había sucedido nada realmente bueno y ahora que sabía cómo era... estaba aterrada. Antes no sabía a qué podía aspirar, ni lo que se sentía al ser contemplada. Al ser contemplada como él lo hacía.

Pero todo era una ilusión. Una cruda y limitada ilusión. ¡Y quería disfrutarla! ¡Tenía derecho! ¿Por qué me lo negaba? ¿Por qué no me creía merecedora de un amor así?

¿Amor?

Sonreí sola, como una boba, y de repente creí que me había vuelto loca.

¿Amor?

¿Cómo podía pensar tal cosa? Alguien como él no podría amarme. Pero yo... ¿qué era eso que sentía? Eso que fluía por mis venas desde el día que fuimos a cortar leña. Quizá estaba confundida. Sí, sería eso. Era la primera vez que alguien me trataba bien de ese modo, y estaba pensando cosas que no eran.

Yo solo era Lily.

Abrí la puerta del taller y lo primero que me encontré fue con su torso semidesnudo frente a la jofaina y su rostro estirado mientras se miraba en un pequeño espejo para afeitarse. De nuevo, se había cortado. ¿Es que no sabía afeitarse solo? Es más, se lo pregunté.

—¿No sabe afeitarse solo?

Él detuvo la navaja a medio camino y me miró a través del reflejo del espejo.

—A este paso se cortará el cuello.

Se giró y preferí... no, me obligué a no mirar su cuerpo.

—Buenos días —dijo con la mirada de un cachorro, esa mirada que tras tanta ternura podía ocultar un tremendo desastre—. Veo que sigue enfadada.

Sin decir palabra, me acerqué a él y le arrebaté el jabón y la navaja. Dejé mi bastón a un lado, me apoyé en sus hombros y, quizá con demasiada brusquedad, lo presioné para que se sentara.

—Yo lo haré —dije con firmeza.

—Si es por lo de anoche, no hace falta que me corte el cuello. Si quiere, me disculpo otra vez.

—No voy a cortarle el cuello —dije, a la par que tiraba de su barbilla para que mirara hacia arriba mientras me colocaba tras él.

¿En verdad pensaba que le cortaría el cuello o pretendía que perdiera la compostura? En cualquier caso, no era de extrañar que llegara a pensarlo, sobre todo después de contarle que había sido capaz de enviar a Hester a que unos médicos hurgaran en su interior como si jugaran a la búsqueda del tesoro.

Quité esos pensamientos de mi cabeza como si fuera fácil, pero lo cierto es que lo había sido gracias a ese sol de la mañana que entraba por la ventana. La luz dorada se proyectaba sobre su piel. Su camisa desabrochada revelaba la curva de sus clavículas y un cuello que parecía esculpido en mármol. Sí, me había quedado vacía de todo pensamiento. Tragué saliva y, de nuevo, sentí mi corazón latiendo hasta en los oídos.

Procedí a afeitarle, pero por mucho cuidado que tuviera, él no paraba de recolocarse ni de estirar el cuello para… ¿para qué? ¿Para verme? A ese paso sí que terminaría por cortarle algo, pero no sería yo la culpable.

—Si no puede quedarse quieto, tendré que desistir —dije al fin con un tono severo, que fue traicionado por una sonrisa que no pude evitar.

Él arqueó una ceja, con una mezcla de desafío y diversión en los ojos.

—¿Acaso le parezco alguien que no sepa quedarse quieto?

No respondí de inmediato, no quería. En cambio, le incliné ligeramente la cabeza para llegar a donde quería y acerqué a su rostro el paño que había mojado en el agua tibia de la jofaina. No

sabía si había sido cosa mía, pero me pareció que, con mi contacto, él había contenido la respiración por un instante. Mis dedos rozaron su mandíbula y sentí el leve raspar de su barba.

—No estoy segura de que sepa quedarse callado —me animé a decir en apenas un murmullo mientras llevaba la navaja a su piel con atención.

Él rio con suavidad, una risa baja y grave que llenó el espacio.

—Eso tampoco lo negaría.

Deslicé la navaja con delicadeza sobre la curva de su mandíbula, arrastrando la espuma del jabón hasta dejar una franja de piel lisa y limpia. Estaba concentrada, quizá más de lo necesario, y aunque mi mano era firme, mi pulso estaba descontrolado, recordándome —o más bien haciéndome ver— que entre nosotros había algo más que simple cortesía.

No me esperaba ese silencio, de hecho, todo lo contrario. ¿Por qué no hablaba? ¿Por qué no insistía en algo? En que le dijera algo, en que le contara algo.

El silencio no era incómodo, no, pero estaba cargado de una tensión invisible, como si esperáramos que alguno de los dos se atreviera a romperla.

De repente, nuestras miradas se encontraron brevemente, lo justo para que el calor que emanaban sus ojos ascendiera por mis mejillas.

—¿Siempre está tan… callado cuando no tiene algo ingenioso que decir? —me aventuré a decir para distraerme del extraño temblor que se había instalado en mi pecho.

—Quizás ahora no tengo palabras para expresar lo que pienso —respondió él, casi en un susurro.

No estaba segura de si había escuchado bien, pero sus palabras consiguieron que detuviera la navaja y la dejara suspendida en el aire. Su respiración estaba tan cerca que podía sentirla contra mi muñeca, y lo supe: no era el roce de su piel ni su cercanía física lo que me hacía temblar, sino algo más profundo, desconocido para mí. ¿Peligroso?

Di un paso hacia atrás y aclaré mi garganta como si así pudiera recuperar el control.

—Le falta todavía la barbilla —dije, como si eso pudiera romper lo que acababa de sentir. ¿Él lo había sentido también?

Él sonrió de manera lenta y provocadora.

—Termine su trabajo. Prometo quedarme quieto.

El temblor en mis dedos me traicionó y supe que él podía leerme con solo una mirada.

—Listo. O por lo menos, ahora no parece que acaba de regresar de la guerra de las navajas en el campo de batalla de su piel.

Se rio y terminó de limpiarse con el paño.

—Se lo agradezco. Así estaré presentable para la celebración de esta noche.

Enseguida fruncí el ceño y me fui a vaciar el agua.

—Vaya, ¿es eso lo que la molesta?

—No pienso ir —zanjé.

—Claro que irá, y bailará conmigo.

—Soy coja, ¿no se ha percatado?

Nunca había bailado, por mucho que me había llamado la atención, por mucho que envidiara a todas esas señoritas al probarse sus vestidos y preguntarme qué tal se veían mientras se giraban y daban saltitos.

—Si pudo resbalarse por el hielo —porque no voy a llamar *patinar* a lo que hicimos—, puede bailar, se lo aseguro.

—No le entiendo. ¿No va a decirme nada? —Dejé la jofaina con demasiada fuerza sobre la mesilla, tanto que podría haberla roto —. Odio la indiferencia. Odio que las palabras se queden en el aire. ¿No le parezco horrible? ¡Repugnante incluso! ¡Una apestada! ¡Indigna!

—¿Indiferente? —Se acercó a mí, pero yo me alejé—. Como le dije anoche, me parece muy valiente. Sé que, en momentos de peligro, cuando uno se siente acorralado, como usted, priorizamos la supervivencia sobre toda moral o lógica. Así que… ¿quién soy yo para juzgarla? Y no, no creo que sea ni horrible, ni repugnante, ni apestada, ni mucho menos indigna. ¿Indigna de qué?

¡Resoplé! Si lo mío no tenía remedio, lo suyo menos. ¿Cómo podía darle igual? ¡Indigna de él! ¡Era indigna de él!

—Sabe quién es, ¿verdad? No se ha olvidado de nada. Por eso habla con tanta seguridad, con tanta autoridad. Porque sabe que está muy por encima de mí.

—Si mal no recuerdo, es usted la que ha estado encima mío unas cuantas veces.

—Está jugando con mi paciencia.

—Écheme entonces.

—No es justo.

—¿El qué? ¿Que no sea capaz de echarme o que no aclare sus sentimientos?

—¿Cómo dice? —Tuve que respirar en profundidad para no soltar un bufido—. ¿Se ríe de mí? ¿Es así como suelen entretenerse los de su clase?

—Lily… yo… me gustaría que me llamase por mi nombre. Yo...

—No quiero saberlo. Es mejor no saberlo. Lo mejor es que se marche —dije con todo el dolor de mi corazón.

—Ayer me preguntó en qué estaba pensando al ponerla en esa situación. Al aceptar la invitación de la señora Cavendish, al empujarla a que me contara lo que tenía guardado... Permítame decirle que pensaba en usted. Solamente en usted, Lily.

—No, por favor. Esto no tiene ningún sentido. Ni ninguna posibilidad lógica y decente.

—Déjeme decirle que... necesito contarle...

—¡No! No le dejo.

En ese momento, alguien llamó a la puerta y, sin meditarlo, la abrí de golpe, mientras él, con rapidez, se cerraba la camisa.

—Oh, señorita, no sabía si me atendería hoy. Ya sabe, es Nochebuena —dijo un hombre de avanzada edad que bien conocía. Un anciano entrañable que sentía absoluta devoción por sus nietas. Una devoción que me partía el alma.

—Usted puede venir siempre que quiera, señor Harold.

—Siempre ha sido muy amable, chiquilla. Siento mucho lo de su protectora. Me han llegado noticias de que falleció hace poco.

—Sí —dije, sin querer mirar a la fuente de esa noticia.

—Un acontecimiento penoso, sin duda, pero aquí entre nosotros… —Se acercó a mí como quien confía un secreto precioso—

la señora Hester no me caía nada bien. Siempre he creído que estaba sumergida en asuntos turbios. A mi edad no veré de cerca, pero sé reconocer a los malignos de lejos.

No quise sonreír. La situación no estaba para eso. Quizá si se alejara unos pasos, se sorprendería de lo que reconocería en mí.

—¿En qué le puedo ayudar?

—Mis nietas irán a la fiesta, ya sabe que una tiene doce y la otra catorce. Son todas unas señoritas. Esta mañana se han puesto a jugar con sus vestidos… bueno, de hecho, durmieron con ellos —el hombre soltó una suave carcajada—. El caso es que se han estropeado un poco. No necesitan grandes arreglos, pero sí que no pierdan las telas mientras bailan.

—No se preocupe. Esta misma tarde se los entregaré para que no lleguen tarde a la celebración.

—Siempre he sabido que tenía un gran corazón. Adiós, señorita. Adiós.

Fui a cerrar la puerta, pero una mano interrumpió el acto.

Era Jimmy.

—¿Irás?

Lo miré interrogativa.

—Te he invitado durante años a la fiesta de Nochebuena y siempre he recibido rechazo. Pero hoy… ¿hoy irás? ¿Es por él?

Jimmy empujó la puerta y pilló a mi invitado subiendo las escaleras con sigilo.

—Sé que es el sobrino nieto segundo de Hester, pero eso no te obliga a ir con él.

¿El sobrino nieto segundo de Hester? Así que eso era lo que le había dicho a la señora Cavendish… ¿Quién en su sano juicio se creería tal cosa?

—Entiendo que estés triste por su pérdida, por su cercanía, pero de ahí a acceder a ir con él...

—Entiendo y le agradezco que no haya tomado represalias contra ella por haberse deshecho… ya sabe…

—¡Jimmy!

El recién afeitado, detuvo su huida y se acercó a nosotros.

—Lily solo hizo lo que Hester quería. Y no se merecía ni eso después de haberla tratado como lo hacía.

—¿Ella...? Espera, ¿sabías que ella pegaba a Lily? Incluso brutalmente. Un día casi la tira por las escaleras.

—¡Jimmy, por favor!

Noté cómo la tensión de *casi muero* iba en aumento. Había cerrado los puños y su mandíbula ahora se veía fuerte como el hierro.

—Una vez casi...

—¡Jimmy, basta! —grité sin contenerme.

—No creo que a la señorita le apetezca recordar todo aquello. Le ha pedido que se detenga.

—Oh, sí. Perdona, Lily, no quería...

Noté cómo se acercaba a mí y estuvo muy cerca de poner su mano en mi hombro, pero me retiré antes de que lo hiciera.

Traté de recomponerme cuando vi al padre de Jimmy acercarse también, pero al parecer no era conmigo con quien quería hablar.

—¿Quiere ayudarme a desplumar unas gallinas? La señora Cavendish me ha pedido que lleve cinco. La última vez no se le dio tan mal.

—Sería todo un placer volver a desplumar gallinas con usted. Nunca hubiera imaginado que algo así fuera tan bueno para desahogarse.

—Cierto, yo siempre se lo recomiendo a todo aquel de corazón atormentado. A veces, las penas se esfuman en los lugares menos esperados y en los actos más insignificantes, pero otras veces, son esos mismos actos los que sellan nuestro destino.

—¿Desplumar un ave va a sellar su destino? —levanté las cejas, algo confusa. Aquello no tenía ningún sentido, pero al parecer, para *casi muero* sí lo tenía.

—Señor Brown, es usted todo un poeta —dijo mientras se acercaba a él.

—Pues aprendí a escribir por gracia de mi madre. He escrito alguna cosa, quizá podría enseñárselo... Mi Jimmy nunca ha querido aprender y no me he atrevido a enseñárselo a nadie más.

Me quedé anonadada al verle salir con mi vecino mientras le daba unas palmadas en la espalda.

¿Cómo había pasado el señor Brown de advertirme sobre él a tratarle con semejante camaradería?

—¿Irás o no? —insistió Jimmy, impaciente, como si todo lo que había transcurrido fuera de lo más normal.

—Sí —repliqué sin pensar, aún tenía la vista puesta en la espalda de ese...

—Quiero decir… no. No iré.

El día transcurrió conmigo encerrada en el taller, y él… no sé qué había hecho él.

—Abríguese —me dijo al verme salir—, hace frío.

Lo instigué con la mirada y me puse mi capa y mis guantes.

—¿Puedo acompañarla? Va a entregar esos vestidos, ¿verdad? Los de las niñas.

—No, no puede acompañarme. Y sí, son sus vestidos.

—Podría resbalarse, ha helado y parece que va a nevar de nuevo.

Resoplé mientras me tendía el bastón.

—Cuando vuelva, me imagino que ya se habrá ido.

—Venga conmigo.

—No lo haré. Además, no tengo qué ponerme —dije como última excusa para que me dejara en paz.

Me marché a hacer la entrega, y a mi regreso tenía escarcha hasta en las cejas y las manos heladas a pesar de los guantes.

Abrí la puerta como si se me fueran a caer los dedos, y el corazón me dio un salto al ver, frente a la chimenea, el vestido por el que tanto había trabajado cada noche. Mi único vestido decente, precioso, que yo misma había diseñado.

Me acerqué a él y vi una nota sobre las faldas.

«Sí tiene qué ponerse».

Pestañeé varias veces al ver que estaba firmada.

—Cedric —dije en voz alta. Su nombre llenó mi boca y, de alguna manera, poseyó mi mente—. Cedric. Se llamaba Cedric.

Sonreí al ver de nuevo la nota que sostenía en mis temblorosas manos. Pero enseguida, ya fuera por mi maldito orgullo

o por mi cabezonería, arrugué el papel y borré mi sonrisa en una exhalación.

—¿Qué se ha creído? —dije mientras recorría la estancia una y otra vez—. ¿Cree que por decirme su nombre iré? ¿Es eso? No, no, no y no. Además, mi vestido no está acabado.

Sin ser consciente, había terminado mirándome en el espejo mientras me atusaba el cabello.

No, definitivamente no iba a ir.

***

No tardé mucho en arreglarme, pero eso no fue lo peor, lo peor fue dejar que mis pies me arrastraran hasta ese lugar. De repente me hallaba frente a la puerta del único salón del pueblo, ese que se usaba desde para mercados hasta reuniones importantes, sobre todo si había que hablar de algo que afectaba a todos. Reuniones que solían ser convocadas por el reverendo Cavendish.

Me asomé con timidez. El ambiente era de festejo. Había música, la gente charlaba y bailaba al ritmo de melodías tradicionales. Había comida servida en una mesa a la que los invitados se acercaban a llenar sus platos, todo iluminado por lámparas de gas que brillaban más que todas las velas de mi taller. Me relajé al comprobar que la celebración no tenía un aire tan formal como había imaginado. Siendo organizada por la señora Cavendish, me esperaba lo contrario. Entonces lo vi, a Cedric… Cedric… Me resultaba raro llamarlo así.

Había sido una mala idea.

¿Qué buscaba? ¿Qué pretendía? Lo mejor sería terminar con lo que fuera que sucedía, por mucho que no lo quisiera. Me di media vuelta, pero una mano me atrajo hacia el salón y me topé con el cuerpo de Jimmy.

—Bailemos.

—Jimmy, mi pie… No creo que pueda. Lo mejor será que me marche…

—Vamos, estás guapa. Nunca te había visto así.

Definitivamente, Jimmy no sabía tratar a una mujer con modales.

—Jimmy, de verdad, no creo que pueda. Por favor, suéltame.

Él insistió.

—Jimmy, ¡te he dicho que me sueltes!

Mi bastón se enredó entre sus pies y, al tratar de zafarme de su agarre, caí. Los músicos dejaron de tocar, y las conversaciones se detuvieron para convertirse en murmullos.

Agaché la cabeza para no dejar ver mis lágrimas y traté de respirar con normalidad. Sabía que no tendría que haberme expuesto de esa manera. Había sido una mala idea. Solo quería una vida normal, una desapercibida y carente de compasión. Varios caballeros se agacharon a ofrecerme ayuda, incluido Jimmy, que no hacía más que disculparse. Rechacé a todos, deseando que me dejaran en paz, como si no existiera, hasta que llegó alguien que no me lo preguntó y sin mediar palabra me levantó.

Alcé la mirada y me encontré con unos ojos azules.

—Has venido —dijo en un tono que pareció más una afirmación que una duda.

Recogió el bastón del suelo y me lo entregó.

—No tendría que haberlo hecho —dije al tragar mis emociones.

Gracias a Dios, ya en pie, la música continuó y los presentes volvieron a lo suyo. Todos salvo Jimmy, que insistía en que lo disculpara.

—Si me dejas que lo intente otra vez, Lily, estoy seguro de que puedes bailar. Me encantaría verte bailar.

—Y a ella le encantaría que dejaras de atosigarla —soltó Cedric.

—No necesito que nadie hable por mí.

—Lo sé. Y tampoco necesita bailar, pero lo hará. Ponga un pie sobre el mío.

—He dicho que…

—Hágame caso. Puedo ver en sus ojos lo mucho que le gustaría hacerlo.

—No tiene ni idea de lo que me gusta o no hacer —dije entre dientes.

—Digamos que lo intuyo. Como intuyo que al final me hará caso, así que dejemos de discutir para no volver a atraer la atención, esa que tanto le gusta, hacia usted.

—Jimmy, sin nos disculpas —Cedric lo dejó atónito tras nuestra conversación y tiró de mí.

—Usted… Usted… —estaba tan enojada que no me salían las palabras.

—Le arrebato la tranquilidad, lo sé. Pero tendría que ver su rostro anticipándose a hacer lo que en verdad desea por mucho que lo niegue. Ahora coloque sus pies, vamos, los dos encima de los míos.

—Se verá ridículo. Los invitados…

—¿Qué importan los presentes? Además, su vestido tapará todo lo que le avergüenza.

Hice lo que me pidió, a la vez que mi corazón se aceleraba por su cercanía.

—Bien, ¿ve? Sabía que al final lo haría.

Le di un manotazo en el hombro y él sonrió.

—Se supone que tiene que aferrarse a mí, no golpearme.

Me detuve en su mirada y fui consciente del tremendo significado que tenían esas palabras para mí.

Comenzamos a movernos. Al principio, pensé que iba a caerme, pero él se había aferrado bien a mi cintura y yo a su cuello.

—Cre… creo que estamos demasiado cerca. No es así como se suele bailar. Llamamos la atención. Comenzarán a hablar y…

—Claro que llamamos la atención, porque se mueren de envidia, Lily. Déjeles hablar. Le aseguro que más de uno disfrutaría como nosotros lo estamos haciendo. No soportaría bailar con la mujer que amo —como hacen muchos—, tomados de las manos y a un metro de distancia… así bailaría con mi hermana.

Estuve cerca de caer. ¿Qué había dicho?

—Bueno —dije nerviosa—, nuestra cercanía ahora mismo es circunstancial. Si no estuviera coja, no bailaríamos de este modo.

—No esté tan segura —dijo con una voz grave muy cerca de mi oído.

Había conseguido erizarme la piel. Tenía que parar. De nuevo, ese fuego que creía extinguido se había vuelto a esparcir por mi cuerpo.

—Además —dije con tal rapidez que casi me muerdo la lengua—, usted no puede estar disfrutando. Prácticamente lo estoy pisando, baila mientras lleva todo mi peso.

—Ya era hora de que alguien cargara con su peso, ¿no cree?

De nuevo, su mirada me atravesó. Me sentía muy expuesta, casi desnuda. Era como si hubiera hurgado en mis pensamientos y supiera lo que tanto tiempo había necesitado: ayuda. Un poco de ayuda a la que yo siempre me había negado.

Entonces, me asusté. Aquello no era real. No podía serlo. Me bajé de mi sustento y me dirigí a la mesa, intentando ocultar lo alterada que me encontraba. Necesitaba distraer mi mente, y no había nada mejor para ello que sentarme al lado de la señora Cavendish.

—Oh, querida, llevas un vestido de lo más esplendoroso. No tan bonito como el de cualquiera de mis hijas, por supuesto, pero le sienta de maravilla. ¿Le he dicho ya lo inquieta que está Lucy por la temporada? Se prueba su vestido todos los días. Es más, creo que tendré que encargar otro, pues se ha empeñado en usar el de Lenora también, y ahora es ella la que se va a quedar sin vestido. A veces tienen unas disputas de lo más dispares. No sé cómo el reverendo tiene tanta paciencia con ellas. Hablando de Lenora…
El sobrino nieto segundo de Hester ha cautivado su atención. Mírela, está conversando con él en este instante.

Giré mi rostro y, en efecto, estaba hablando con él animosamente. Sentí una punzada de ¿dolor? O algo parecido, que estaba mezclado con un absurdo enojo. La hija mayor de la señora Cavendish era la más agraciada de todas, y como su madre, tenía el don de la palabra, pero no solía excederse. Cuando vi a Cedric sonreír, me poseyó algo irracional, algo capaz de destruirlo todo, y hablé.

—Me temo que no lo sabe, señora Cavendish, y me apena decírselo, pero el sobrino nieto segundo de Hester, Cedric, por cierto… digamos que le atraen más los nabos y las zanahorias… —Le

di un tiempo para pensar hasta que su rostro se transformó—. Sí, señora Cavendish, más que las flores.

Me sentí mal, muy mal… pero ya estaba hecho.

—¿Las zanahorias…? ¿Flores…? Creo que no la sigo —bebió un poco de ponche y casi se atragantó—. ¡Oh, Dios mío! —se santiguó—. ¿Está usted diciendo que… las zanahorias son… y las flores…? ¡Dios nos pille confesados, Lily! Claro, todo Borley sospechaba que alguien respetable como él se quedara en su casa. Ya sabe, por los rumores… un hombre y una mujer solos en una casa. Aunque el señor Brown no dijo que viera nada extraño. ¡Válgame Dios! ¡Lenora, querida! —dijo mientras se levantaba—. Lenora, cariño, ven aquí.

Cogí el vaso de ponche que había dejado lady Cavendish y me lo bebí sin respirar. ¿Qué hacía? Me bebí otro hasta que las nietas del señor Harold se acercaron a mí para enseñarme cómo bailaban con sus vestidos… hasta que hubo discusión.

—¡Mira, el mío es más bonito! Mira lo que pasa si giro, ¡parece que voy a elevarme al cielo!

—¡Eso no es cierto! El mío es mejor. ¡Míralo! ¡No lo estás mirando! ¡Y yo el tuyo sí que lo he visto!

Intenté poner paz entre ellas, pero mucho me temí que iba a ser inútil.

Al rato, Cedric se acercó a mí después de conseguir que las jóvenes se relajaran al decir lo preciosas que estaban las dos. Clavó su mirada azul en mí y se aclaró la garganta antes de hablar.

—¿Por qué la señora Cavendish ha venido a darme un discurso sobre Sodoma y Gomorra para luego sujetarme las manos y ponerse a rezar?

Me reí… una risa floja, estúpida, diría yo. No sabía si la culpa la tenía el ponche, pues no estaba acostumbrada a beber, pero era tal la confusión que sentía que ya no sabía ni lo que decía.

—Lenora… usted ha llamado su atención. Vamos, que le atrae, y estoy segura de que no le importaría que la cortejara. Es más, por cómo lo mira, creo que hasta soñaría con ello. Y yo —volví a reír—… le dije que a usted le atraían otra clase de placeres —mi

mirada se dirigió a los caballeros y la suya me acompañó—, que no le gustan las flores, ya sabe…

—¿Por qué ha hecho eso?

Él se puso serio, más de lo que esperaba.

—Yo… ¿por qué…?

—¡Lord Elford! Qué alegría encontrarle aquí.

Se acercó a nosotros un caballero, uno que yo conocía, pues era quien regentaba la fábrica de seda de Sudbury. Cedric me miró de soslayo y se levantó.

—Señor Wren. ¿Qué hace usted por aquí?

—Tengo familia aquí, en Borley. Sin embargo, usted… no sé qué hace en una fiesta como esta.

—Mi hermana quería mazapán. Ya sabe que el que aquí ofrecen es famoso por su sabor.

—Oh, claro, claro…

Definitivamente, ese hombre no había perdido la memoria. Aunque lo sospechaba, abrí la boca de par en par.

—La fábrica funciona mejor desde que dejó de presionar a los trabajadores y parar esas máquinas, pero me extraña que su padre aún no haya dicho nada. Por cierto, ¿cómo está su cabeza? Siento mucho lo que pasó ese día…

El señor Wren continuó con su monserga y yo sentí que me ahogaba. Necesitaba respirar.

El aire gélido del jardín me arañó la piel, pero fue un alivio frente al calor asfixiante de ese salón. Allí dentro, las risas, las miradas que me evaluaban y juzgaban me recordaban lo que nunca sería. No me gustaban las reuniones sociales, no me gustaba exponerme ni compararme. Eso solo hacía que me sintiera miserable. Todos parecían tener personas que se preocupaban por ellos, vidas tranquilas, pasados llevaderos… y yo había aprendido a respirar mejor cuando estaba sola.

¿Un lord? Lord Elford, había dicho. Así que era Cedric Elford, el futuro marqués de Brookfield. ¿Marqués…?

Mis ojos se llenaron de lágrimas que no quería derramar, y mis manos temblaban. No sabía si por el frío o por la mezcla de emociones desordenadas que bailaban sin piedad en mi interior. ¿Por

qué se había quedado? ¿Le había dado pena? ¿Me había usado para entretenerse?

Pasaba de la tristeza a la ira y de la ira a la desesperación en un ciclo interminable que consumía mis pensamientos. En solo unos minutos, había terminado agotada.

—¿Por qué no está dentro? Hace frío aquí afuera.

Me giré muy despacio, asegurándome de que mi expresión no delatara el nudo que apretaba mi garganta.

—¿Por qué sigue aquí? —dije como pude.

Él dio un paso hacia mí, lo justo como para que mi cuerpo se tensara. Sabía cómo acercarse a mí. Durante el tiempo que habíamos compartido, había descubierto cómo desarmarme sin siquiera intentarlo.

—Me preocupo por usted.

Esa palabra, *preocuparse*, me atravesó como una daga. Intenté reír, pero el único sonido que salió estuvo lleno de aspereza.

—Ya se lo he dicho. Puedo cuidar de mí misma.

Mi mirada se ancló en la suya como un reflejo. Y de nuevo lo vi: sus ojos no eran como los demás, siempre con prejuicios, pena, aversión, incluso lujuria. No. Él me miraba como si existiera algo más. Algo que yo ni siquiera sabía que existía.

—Está agotada.

No supe qué responder, porque tenía razón, porque lo sabía. Y nadie debería haberlo visto. Por mucho que lo había intentado ocultar, él lo había entendido. Y eso me hacía querer quedarme, en vez de huir.

Entonces sucedió. Algo tan despacio y delicado que parecía irreal. Cedric dio un paso más y mi corazón latió con tal fuerza que estaba segura de que él pudo escucharlo.

Su mano subió despacio hasta que sus dedos rozaron mi cabello. Era un contacto mínimo, apenas perceptible, pero lo suficientemente íntimo para estremecer cada poro de mi piel.

—¿Por qué hace esto? —murmuré. Mi voz me traicionó al temblar.

—Porque no puedo evitarlo.

Había algo en su tono que derrumbaba todas las murallas que había construido. Mi respiración se aceleró cuando él inclinó la cabeza y se acercó a mí. Podía sentir el calor de su aliento, su proximidad lo llenaba todo. Su rostro estaba tan cerca que un solo movimiento bastaría para que nuestros labios se tocaran.

Por un instante creí que podía permitirlo. Dejarme llevar y entregarme a ese sueño tan irreal y cercano. Cerré los ojos y retuve la respiración en el aire hasta que un grito rompió la noche.

—¡Milord! Aquí se encuentra. Quería presentarle a mi hermana. Está muy agradecida con…

Retrocedí al instante y el frío me invadió otra vez. Me abracé los brazos y deseé desaparecer, antes de que el calor de su cercanía dejara de arder en mi piel y el arrepentimiento inundara mis pensamientos.

El señor Wren silenció sus palabras de súbito. Al menos parecía haberse dado cuenta de que había interrumpido en un momento íntimo.

Cedric no se movió al principio. Pero tras unos instantes al fin dio un paso atrás, parecía frustrado. Sin embargo, mantuvo sus ojos sobre los míos.

—Me seguiré preocupando por usted, Lily. Y no me disculparé por ello.

Su voz, como un susurro, estaba cargada de algo que no supe entender. Y antes de que pudiera responder, se dio la vuelta y se perdió entre las sombras del jardín.

Me quedé allí, sola, con el corazón todavía golpeando desbocado. Llevé una mano a mis labios, como si pudiera borrar lo que no había ocurrido. Y lo sentí. Lo sentí con una claridad que no podía ser cierta, mientras una pregunta irrumpía en mi mente, negándose a callar: ¿qué habría pasado si el señor Wren no nos hubiera interrumpido?

Me asusté y me emocioné solo de imaginar lo que mi interior contestaba a ello. Y partí lejos de allí. ¡Además! ¿Quién se ha creído que es? ¿Que puede tentarme de esa manera? ¿Que estaría dispuesta a caer en sus redes?

Mi cabeza era un lío, como los hilos que tenía que desenredar. La realidad era que él no me hacía caer… yo quería hacerlo. Y eso… eso… ¡me sacaba de quicio! Yo no sueño. No deseo. Yo sobrevivo.

No quería más festejos. No quería ocultar las emociones de mi rostro. No quería ser yo en ese momento, sino una Lily que disfrutara de los salones de baile. Una Lily que no fuera coja. Una Lily que no hubiera sido abandonada. Que fuera admirada, con una familia bien asentada y solo la preocupación de qué vestido usaría al día siguiente. Y entonces, un día, llegar a conocerle… y permitirme soñar con él despierta. Una Lily que se permitiera amar solo porque desea y quiere hacerlo.

17. Cedric

Tenía los puños apretados y no me había dado cuenta. No podía dejar de pensar en ella, en lo que acababa de suceder. ¿Estaba dispuesta a besarme? Un escalofrío recorrió mi espalda sin control. Quería darle tiempo. Yo tenía claro lo que sentía, por mucho que me pareciera disparatado, dadas las cosas a las que solía dar importancia… Pero, conviviendo con ella, había abierto los ojos. Como lo hice al ver el amor tan puro entre Edmund y Hope. Como solía decir mi hermana: «En el corazón no manda nadie», y desde luego, a estas alturas, el mío era completa e irremediablemente suyo.

Poco me importaba la opinión de mi padre, y mi compromiso. Estaba dispuesto a romperlo. Hablaría con ella, se lo diría todo y lo entendería. La señorita Carter lo haría. ¿No se encontraba ella en la misma situación?

Terminé de escuchar al señor Wren y a su hermana, y cuando al fin me dejaron ir, salí a prisa a encontrarme con Lily. Había ciertos sentimientos que ya no podía contener. Era una locura, pero me gustaba; era irracional lo mucho que disfrutaba estar loco por ella. Me llenaba de un no sé qué, que me hacía sentir vivo, con energía, con fuerza.

Miré hacia atrás mientras algunos invitados me veían alejarme y me despedí con la mano y una sonrisa. Estaba claro que los ciudadanos de Borley no estaban acostumbrados a la presencia de un lord. Había sido toda una novedad en su fiesta navideña. Al parecer, ellos no la olvidarían. Ni yo. Pero por motivos distintos.

Llamé dos veces a la puerta y entré muerto de frío. La ventisca había azotado mi rostro y casi había conseguido entumecer mis piernas. Sentí una punzada en el pecho al imaginarme a Lily regresando sola después de nuestro encuentro. Seguramente habría

llegado dolorida; me había fijado que, cuanto más frío hacía, más gestos de molestia retrataba en su rostro.

Sin pensar, me acerqué a la chimenea para calentarme y la encontré organizando un par de libros de la estantería que, estaba claro, no necesitaban ser organizados. Sonreí al percibirla nerviosa y dejé que el fuego me calentara.

El viento movió las ventanas y ambos compartimos una mirada fugaz, porque ella la apartó enseguida y buscó cerca del sofá unos hilos que, muy atenta, se puso a desenredar.

—¿Siempre encuentra algo que hacer cada vez que no quiere mirarme? —dije con voz suave, por temor a romper el equilibrio que nos rodeaba.

Ella se detuvo. Los dedos aún rozaban los hilos y no me miró de inmediato. Sin embargo, su postura la traicionaba. Estaba seguro de que había escuchado cada palabra que había salido de mi boca.

Se giró al fin hacia mí, pero no me miró.

—No sé a qué se refiere.

Me crucé de brazos con lentitud, y los crujidos del suelo bajo mis botas resonaron en el salón, marcando cada paso que me acercaba a ella. Cuando nuestra distancia se redujo a un suspiro, ella al fin levantó la mirada y se encontró con la mía. Cerca. Demasiado cerca.

—Claro que lo sabe —dije con una voz tan baja como inesperada.

Alcé despacio una de mis manos y, por un instante, supe que ella creyó que iba a tocarle el rostro. No obstante, me detuve a medio camino. Lily se giró por completo y dejó caer los hilos. Lo único que parecía real era la intensidad de sus ojos, esa mezcla de desafío… y algo más profundo.

—Si sabe lo que pienso, entonces dígamelo —murmuró. Aunque parecía enfadada, siempre parecía estarlo conmigo. Y el motivo por el cual creía que lo estaba me incendiaba de una manera que no había visto venir.

Un silencio denso cayó entre nosotros, uno que solo podía romper el crepitar del fuego. Al final, bajé mi mano para rozar la

manga de su vestido. Apenas un roce, pero suficiente para hacer que su respiración se detuviera un instante.

No sabía muy bien lo qué sucedía, pero me había visto envuelto en un juego peligroso del que solo tenía deseos de ver cómo terminaría. Ella estaba diferente. Enojada, sí, pero había algo más, como si una batalla campal ocurriera dentro de su cabeza. Como si quisiera algo, pero no se atreviera. Como alguien que hace algo que desea por primera vez, con el miedo detrás de quien no conoce lo que pasará después, y con la ilusión de que, a pesar del miedo, suceda. Lo gracioso era que no sabía si lo que leía en ella era solo un reflejo de cómo yo mismo me sentía.

Conocía el orgullo que portaba como bandera y la cabezonería que la hacía arrastrarse por el hielo con tal de no recibir ayuda. Y pensé en tentarla. En enojarla más, si cabía. Si quería jugar, no sabía con quién se estaba metiendo.

—¿Me está desafiando? —dije al fin.

—¿Y si lo estoy? —replicó ella con voz firme, pero podía oír su corazón latir con fuerza en su pecho.

Sonreí mientras inclinaba la cabeza hacia ella.

—Entonces, tendré que aceptar el reto.

Por un instante que pareció eterno, nos quedamos así, cerca, mientras el aire se cargaba de algo más que palabras. Pero, en vez de cruzar la distancia —aunque me moría por hacerlo, empezando por besar su ceño fruncido—, me detuve, permitiendo que la tensión creciera, dejando que ella estuviera segura de lo que quería hacer.

Pero entonces se apartó. Apenas un paso, pero lo suficiente para que el aire volviera a entrar en nuestros pulmones.

—Debería tener más cuidado con lo que acepta —dijo ella con una sonrisa que intentaba ocultar el temblor de su voz.

¡Por Dios bendito! ¡Era tan orgullosa! No daría su brazo a torcer, ¿verdad? No reconocería lo que creo que siente. De repente, un pensamiento me llenó de inseguridad de un plumazo: ¿y si todo habían sido imaginaciones mías y ella no sentía nada?

Me aclaré la garganta, nervioso por si había malinterpretado todo, y sin apartar la mirada —para que no creyera que había ganado el envite— le dije:

—Debería tener más cuidado con los retos que lanza.

Ella giró sobre sus talones y se fue hacia la ventana. Estaba inseguro, pero ¿por qué, entonces, tenía la sensación de que esperaba algo? ¿Por qué no se iba a su taller como hacía todas las noches o me enviaba a la cama con cualquier excusa?

Se miró en el reflejo como si viera a alguien más vulnerable de lo que deseaba admitir.

—¿Por qué insiste en provocarme? —preguntó al fin. Su voz fue casi silenciosa, como si temiera la respuesta.

No tardé en aproximarme a ella. Fui despacio, no quería espantarla, pero tampoco quería dejarla escapar.

Tras ella, extendí una mano y la dejé descansar sobre la madera de la ventana, no muy lejos de la suya. Lo suficiente para que nuestros dedos se rozaran.

—Yo no lo llamaría provocación —respondí—, diría que es más bien curiosidad.

Ella dejó escapar una risa breve y, me atrevería a decir, amarga.

—¿Curiosidad? ¿Sobre qué, exactamente?

—Sobre cuánto tiempo más puede fingir que no siente nada por mí.

Esperaba, de verdad, no equivocarme. Incliné un poco la cabeza y un mechón rebelde cayó sobre mi frente. Tenía la sensación de que, con solo mirarla, conseguía destruir todas las barreras que intentaba construir a su alrededor.

Una vez que fue consciente de mis palabras, se giró con brusquedad y se quedó frente a mí, tan cerca que nuestras respiraciones se habían fusionado en una. La furia que brillaba en sus ojos no era genuina, más bien forzada.

—No sé de qué habla —replicó, aunque sus palabras temblaran ligeramente.

La contemplé sin poder ocultar una sonrisa. Ella luchaba más consigo misma que conmigo. Borré el espacio que quedaba entre nosotros y esta vez levanté la mano y no lo dudé. Mis dedos acariciaron su mejilla arrebolada y descendieron hasta su boca temblorosa. Bajé la mano hasta su cuello y la deslicé hasta su nuca.

Fue un gesto tan íntimo que ya no podía controlar a mi corazón, por mucho que, a sus ojos, pareciera firme y emanara seguridad. La realidad era que estaba tan nervioso como ella.

—Esto es una imprudencia, una locura...

Su voz fue un murmullo, pero no se movió.

—Lo es —admití sin dejar de mirarla—. Antes de hacer nada, antes de tan siquiera intentarlo, debería contarle ciertas cosas. Cosas que pondré en orden en cuanto regrese a Londres. Pero... ¿me creería? —Tomé aire—. Dígame, ¿cuántas veces ha hecho usted algo imprudente? ¿Y yo? Lo que le dijo a Lady Cavendish para que alejara a su hija de mí me dio esperanza. No, me hizo creer que quizá usted... se sentía de la misma manera.

Ella abrió la boca para responder, pero las palabras nunca llegaron.

Su mano se alzó hasta la tela de mi camisa y la colocó sobre mi pecho, como si quisiera sentir mi corazón. Fue un atrevimiento que no esperaba y me sorprendió cómo un toque tan breve, casi tímido, logró dejarme sin aliento.

—Diga algo —susurró. El silencio se había vuelto insoportable.

Incliné mi rostro un poco más hacia el suyo y dejé que mi frente rozara apenas la suya.

—¿Qué quiere que le diga? ¿Que debería apartarme? —De nuevo tomé aire, dejando que mis palabras flotaran entre los dos—. ¿O que no puedo?

Quise besarla, pero me detuve a milímetros de distancia. Estábamos bailando sobre una línea peligrosa, una que ninguno de los dos se atrevía a cruzar del todo. Y, aun así, algo en ese momento me hizo darme cuenta de que había cambiado. Ya no buscaba complacerme, ni siquiera tentarla para que se rindiera a mis brazos. Lo único que deseaba era su felicidad. Y eso hizo que mi pecho se llenara de algo que jamás imaginé tener, y mucho menos ofrecer.

Me aparté lo justo para mirarla a los ojos. Su expresión era de contención y algo imposible de disimular.

—Dígame que me detenga y lo haré.

Fijé mis ojos en los que tenía en frente y, muy despacio, acerqué mis labios a los suyos. Pero justo antes de que se tocaran,

ella puso una mano en mi rostro.

—No — Sonó más a súplica que a una orden.

No me aparté de inmediato, tratando de calmar a mi corazón que se había desbocado ante la expectativa. Busqué su mirada, quería comprender lo que sucedía tras esos ojos que tanto me desconcertaban.

—¿Está segura? —pregunté. Necesitaba oírlo de nuevo, necesitaba saber que no lo quería tanto como yo.

Ella asintió.

—No puedo... no puedo ahora.

¿Ahora? Esa simple palabra renovó mis fuerzas. No descartaba que, más adelante, ella...

Di un paso atrás, para otorgarle el espacio que parecía necesitar, y noté lo tensa que se había quedado mi mandíbula. Era la primera vez que me sentía tan frustrado.

—Como desee. —Esperé que no se notara en mi mirada la intensidad que se arremolinaba en mi interior.

Lily apartó la vista, casi como si quisiera romper un maleficio que la mantenía atada a mí, y se dirigió hacia la puerta del taller. Se detuvo un momento, como si tuviera algo que reconsiderar, pero en vez de eso habló:

—Solo quería saber el poder que tenía sobre usted. Ahora ya lo he visto.

—Pero ¿qué tontería es esa? —dije atónito. Eso sí que no me lo esperaba—. ¿Siempre tiene que caer de pie, señorita?

Finalmente, abrió la puerta y desapareció tras ella.

Me quedé allí, en silencio, con una sensación de soledad que me hizo sentir miserable. No quería creerla. No podía ser cierto. La Lily que yo conocía no podía ser tan mezquina.

A la mañana siguiente, el paisaje se había tornado blanco y brillaba aún más por el sol, que hacía que algunos cúmulos de nieve cayeran de los techos, como el que acababa de caerme en la cabeza. Me sacudí, muerto de frío, y pensé en ella. Tenía por seguro que, si me hubiera visto, habría sido el objeto de unas cuantas carcajadas. Miré hacia el horizonte y vi con claridad las huellas de sus pisadas y de su bastón alejándose de la casa.

—Buenos días, señor —dijo el señor Brown. Se acercó con una cesta llena de huevos frescos.

Era agradable que se dirigiera a mí de esa manera a pesar de haber descubierto anoche que era un lord.

—¿Ha descansado bien?

—Sí, gracias. Veo que las gallinas han trabajado duro —dije mientras señalaba la cesta.

—No sabe cuánto. Ahora mismo me dirigía a venderlos, pero por favor, tome unos cuantos. Lily se ha comido dos antes de salir. A cambio, me dio mantequilla. Esa muchacha siempre tiene que dar algo a cambio, ¿verdad?

—¿Usted también?

—¿Yo? Todo Borley sabe que Lily no acepta favores. Así que muchos se ofrecen a ayudarla porque saben que obtendrán una recompensa.

Apreté los puños y el frío desapareció de mi cuerpo en un abrir y cerrar de ojos.

—Esos desgraciados... Saben cómo aprovecharse de una buena persona, ¿cierto?

—No sé, pero aquí ya sabe que usamos la ley del sálvese quien pueda. No podemos permitirnos ciertas galanterías como los de su clase.

—Entonces, si una muchacha se cae con un saco de patatas, ¿no la ayudarían?

—La ayudaríamos, por supuesto, pero seguramente, a su regreso, el saco sería más ligero. ¿Entiende?

Resoplé, y por mucho que me negara a entenderlo... lo hacía.

—¿Sabe dónde está?

—Creo que fue a por leña.

—¿Por leña? Pero si aún hay suficiente.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Tuve un mal presentimiento. En ese mismo instante, se escuchó un grito, y una bandada de pájaros salió asustada hacia nosotros.

—Señor Brown, ¿qué camino ha tomado?

18. Lily

Me dolían las manos. Hachazo tras hachazo, dejaba mi ira en la madera destrozada, pues eso era lo que hacía: destrozar madera, no cortarla. Destrozarla como se sentía mi corazón.

En cuanto regresara, le diría que tenía que marcharse. Esta vez podría hacerlo, ya que sabía quién era. No moriría en una cuneta, regresaría a sus cucharas de plata, a sus ropajes limpios y cuidados, y comería más que gachas y verduras.

Di otro hachazo más y me derrumbé. Él tenía una vida ajena a la mía, una familia que con seguridad lo estaría buscando y asuntos a los que atender, que había descuidado por apiadarse de mí, una pobre lisiada y solitaria. Porque por eso se había quedado, por pena.

Caí de rodillas en la nieve y lo dejé todo ir. Lloré como hacía tiempo que no lo hacía y dejé que las lágrimas se congelaran en mi rostro. Me dolían, y también lo hacía mi corazón, porque por mucho que quisiera negarlo, lo amaba. Lo amaba tanto que el sentimiento arañaba mi pecho y lo dejaba al descubierto, sin protección ni salvación. Había sido feliz. Por fin lo había experimentado, y mientras duró, había sido maravilloso. Pero, como todo lo bueno que sucedía, tenía que llegar a su fin. Y me temía que hasta ahí habían llegado mis sueños, mis deseos.

Me quedaría treinta días más para terminar de ahorrar lo que necesitaba para empezar en otro lugar, lejos de allí, donde nadie me conociera y donde nadie se apiadara. Y llevaría por siempre a Cedric en mi corazón, por lo menos recordaría lo que se sentía al amar a alguien y confiar. Confiar en que, si levantaba la mano, sería para ayudarme o acariciarme, no para golpearme, no para maltratarme. Había comprendido que ese gesto no siempre significaría dolor o angustia para mí. También se había convertido en consuelo, un

consuelo que creía no necesitar hasta haberle conocido. Cedric. Mi Cedric.

Apreté mis manos contra el pecho como si así pudiera evitar que él se escapara de mi interior para no regresar jamás, entonces, una voz me sorprendió.

—Vaya, vaya. Me ha sido difícil dar contigo, lo reconozco. Últimamente estás muy acompañada. ¿Tienes acaso idea de lo que está en juego, muchacha?

Me giré con rapidez y reconocí en ese hombre al extraño que había llamado a mi puerta hacía casi un mes para preguntar por Hester. Su sombrero y su atuendo eran los mismos. Su rostro, frío como el ambiente, me miraba ahora con una sonrisa desagradable.

—No sé qué quiere. —Intenté mostrar firmeza en mi voz.

Me levanté con ayuda de mi bastón y lo encaré.

—Márchese. Ya le dije que Hester no está.

—Sí. De hecho, ha fallecido, según me han dicho. Pero resulta que ella tenía algo de severa importancia que necesito, y lo necesito ya.

—Si me dice qué es, quizá…

—Deberías saberlo. Esto era tan importante para Hester como para nosotros, y me imagino que para usted también. Así que no se haga la que no sabe nada y acabemos con esto pronto.

—En verdad no sé nada.

—Dime, ¿colaboras con la aristocracia? ¿Es eso? ¿Crees que no sé quién es él? ¿Crees que no sé que su padre posee varias de las fábricas textiles de Inglaterra?

—No sé de qué me habla —Temí lo peor. Sabía reconocer en la mirada de las personas cuándo atacarían.

—Irás a esa casa y me dirás lo que necesito, ¿me entiendes?

—No voy a hacer…

—¡Harás lo que te pida!

Se acercó a mí, me tomó del pelo y me tiró al suelo. Mi rodilla se dio contra una roca oculta por la nieve y grité de dolor.

—No sé nada, de verdad —dije, rota por el dolor.

Se acercó a mí de nuevo, pero conseguí darle con el bastón donde sabía que más le dolería.

Aproveché su inclinación para salir corriendo tanto como mis piernas me lo permitieron, pero de nuevo me alcanzó y me tiró a la nieve.

—Maldita zorra —me abofeteó—. Esto es más grande que tú y que yo —me volvió a abofetear. Cerré los ojos y me cubrí con las manos a la espera de que llegara el tercer golpe, pero este nunca llegó.

Abrí los ojos y lo vi. Cedric forcejeaba con ese hombre y lo había alejado dos metros con un solo puñetazo. El hombre intentó devolvérselo, pero no tuvo opción. Cedric lo embistió de nuevo. Nunca lo había visto tan lleno de ira; sus ojos expulsaban fuego y sus manos parecían dos yunques. El hombre se agachó y le lanzó una piedra que fue a acabar en su frente.

—¡Cedric! —grité.

Me levanté y yo misma le tiré una piedra a ese malnacido, luego otra y otra. No llegaron hasta donde él estaba, pero lo mantuvieron alejado hasta que finalmente el intruso se tocó el labio sangrante y se marchó, hasta desaparecer en la blancura de la nieve.

—¿Se encuentra bien? —preguntó mientras me examinaba de arriba abajo.

Lo miré, preocupada.

—Está sangrando. Dios mío, le ha abierto la herida. —Me temblaron las manos al verle así, cosa que no me había pasado la primera vez.

—Estoy bien. Vámonos.

—No, no está bien.

Rasgué parte de mi vestido y, con delicadeza, puse la tela en su frente para que no sangrara más.

—Le digo que estoy bien —replicó, sosteniendo mi mano, que no soltó mientras comenzaba a caminar. Pero no pude seguirle el ritmo; me dolía mucho la rodilla.

—Usted también sangra —su mirada se dirigió a mi rostro y me asusté. De repente me dolían también los codos y noté un líquido caliente que descendía por mi ceja. El agresor me había golpeado como un animal.

Me recorrió un leve mareo al recordar lo que acababa de suceder y, sin esperarlo, mis pies se elevaron del suelo hasta encontrarme rodeada en los brazos de Cedric.

—Agárrese fuerte —dijo con una voz capaz de atravesarlo todo. Estaba enfadado. Podía percibirlo en cada expresión de sus ojos y en cada pisada.

Cuando llegamos, el señor Brown y Jimmy nos recibieron como si nos hubieran estado esperando.

—¡Señorita Lily! ¿Te encuentras bien? —preguntó Jimmy.

Cedric se aferró con más fuerza a mi cuerpo, como si el gesto de Jimmy le hubiera indicado que él recorrería el camino que quedaba.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el señor Brown.

—Creo que la señorita está asustada. Es mejor que la curemos primero. Habría que llamar a un médico y…

—No —dije tajante—. No es para tanto.

Si algo detestaba era llamar al médico sin un motivo grave. Había vivido situaciones en la *workhouse* donde niños habían muerto antes porque el médico no había llegado a tiempo, por estar atendiendo un simple desmayo, caídas o rasguños que no requerían urgencia, no como las enfermedades que habían tenido que pasar en ese lugar, o el dolor intenso por no haber comido en días. No, no necesitaba un médico.

Cedric me miró y supo que sería algo en lo que no cedería.

—Iré por paños limpios —dijo Jimmy.

—Buena idea, chico —contestó su padre—. Yo prepararé una infusión para los nervios.

—¡Estoy bien! —grité—. Su excesiva atención era lo que me alteraba los nervios. No quiero ni paños ni té.

—Será mejor que la lleve dentro.

Cedric abrió la puerta de una patada y enseguida me colocó sobre el sofá, pero mis posaderas ni siquiera llegaron a tocarlo.

—¿Qué hace?

—Siéntese —le ordené.

—Pero, Lily…

Lo tomé de los hombros y, aunque tuviera que ponerme de puntillas, lo obligué a sentarse.

Me acerqué al lavadero y saqué unos paños limpios que rocié con el whisky que había usado el primer día que lo encontré, ese que solo bebía Hester y que me había servido para darle un mejor uso. Me acerqué a él y limpié su herida.

—¡Demonios, escuece! —soltó, mientras apartaba la cabeza.

—Estese quieto o le dolerá más.

Lo tomé de la nuca para que no se moviera mientras limpiaba.

—¡Le estoy diciendo que esa cosa quema!

—¡No sea crío! La primera vez no se quejó tanto.

—¡Estaba inconsciente, gracias a Dios!

Sonreí sin poder evitarlo y me acerqué a él para soplarle con suavidad sobre la herida. En ese instante dejó de quejarse. Bajé la mirada y me encontré con la suya fija en mis labios.

—Ahora déjeme sola.

—Pe… pero…

—Por favor, tengo que verme la rodilla.

Él miró mi vestido desde abajo y lo recorrió con la mirada hasta mis rodillas. Pude ver cómo tragaba saliva y un ligero rubor en sus mejillas, que seguramente se debía al cambio del frío de la arboleda a la calidez de la casa.

Hizo una ligera reverencia y se marchó.

Caí rendida en el sofá, y el dolor recorrió de nuevo mi cuerpo. Levanté mi vestido y la enagua y vi el golpe en mi rodilla; la tenía un poco hinchada y me había hecho una pequeña herida. Tomé otro paño e hice lo mismo que había hecho con la cabeza de Cedric.

—¡Demonios, sí escuece! —grité.

Contuve las lágrimas que se acumularon en mis ojos y respiré. Me bajé el vestido y me acerqué al espejo al ver la herida de mi ceja. Gracias a Dios, no era profunda, pero me quedaría cicatriz. La limpié y, de nuevo, maldije. No sabía si por el dolor o porque sabía que un cliente que había citado hace dos días estaba a punto de llegar.

Me limpié las manos, me palmeé el vestido y traté de borrar de mi mente lo que acababa de suceder. Tendría que pensar en ello y, sobre todo, no incluir a Cedric en esto, pues podría ponerlo en peligro. No sabía muy bien qué tenía que ver ese tipo con las fábricas o por qué sabía quién era Cedric, pero lo averiguaría.

—La señorita está hoy indispuesta —escuché decir a Cedric—. Me temo que no podrá…

Abrí la puerta de par en par y, a pesar del rostro de sorpresa de Cedric, me acerqué a la clienta.

—Señora McLeod, pase. Tengo preparado su vestido.

Cedric tornó la mirada y, de nuevo, vi su expresión de enojo.

—¿Señorita, está bien? Tiene una herida en…

—Sí, no es nada. Acabo de caerme de una manera muy patosa, ya sabe —dije, al señalar mi pierna.

—Oh, disculpe, claro…

—Póngase el vestido, vengo en un minuto.

Abrí la puerta del taller para que la señora se cambiara a gusto y me choqué con el pecho de Cedric.

—¿Se puede saber qué hace? —Me tomó de los hombros.

—Mi trabajo —repliqué—. Ahora, si me disculpa, tengo que ir arriba a por unos imperdibles.

—Pero lo que acaba de suceder… ¿quién era ese hombre? ¿Y su rodilla?

—En mi mundo, cosas así suceden. Si me detuviera por cada una de ellas, no haría nada con mi vida, milord.

—¿Milord? —dijo extrañado.

—Es lo que es, ¿no?

—Prefiero *casi muero* o *cielo*, si me apura.

—No puede cambiar lo que es. Y yo tampoco. Ahora deje que suba.

—Yo subiré. Se lastimará más la rodilla —había una especie de frustración y, a la vez, aceptación en su mirada, que no me dejó opción a negarme.

—Están en la cómoda, cerca de los bastidores, en el primer cajón.

Subió los escalones de dos en dos y no tardó mucho en regresar.

—Aquí los tiene. Cuando termine, ¿podemos hablar?

—Hoy tengo el día ajetreado. Tengo que entregar unas cintas a la señora Fox, recoger unas telas en *Wools & Sons*, luego terminar el vestido de esta clienta y… milord, debería marcharse. Su tiempo aquí se ha acabado.

Sabía que no era el momento, sabía que no era la manera, pero así sería más fácil. No estábamos solos, y tenía la excusa para darme prisa y dejarlo ir. Era lo correcto, pero ¿por qué me sentía miserable? El nudo que se había formado en mi garganta me oprimía la voz, y el dolor en mi pecho podía sentirlo, casi masticarlo. Metí la mano en el bolsillo de mi delantal y saqué un pañuelo, uno que le había bordado para dárselo si se daba el momento.

—Reciba esto, como agradecimiento por su ayuda.

—¿Mi ayuda? ¿No hablará en serio? ¿De verdad se está despidiendo de mí? ¿Así? ¿Ahora? Esto no… esto no tiene sentido.

—Si me disculpa, tengo que trabajar.

Me giré, pero él me tomó del brazo y clavó su mirada en la mía.

—Queda liberado. Sé que ha permanecido aquí todo este tiempo por compasión, lo entiendo. Suelo generar ese sentimiento en las personas.

Me deshice de su agarre y me refugié en el taller.

Apoyé mi cabeza en la puerta y mis lágrimas brotaron sin contención.

—Señorita —dijo la señora McLeod—, si prefiere que venga en otro momento, no me importaría, de verdad.

—No, no. Estas son lágrimas de lo bien que le queda el vestido. Creo que nunca he logrado algo tan armonioso y perfecto. Le queda estupendo, ¿no cree? A su marido le brillarán los ojos al verla.

—Oh, querida, no me acaricie los oídos con tonterías —dijo con una sonrisa tímida—. Cuando más le brillan los ojos a mi marido es al verme sin tanta tela por encima, ya me entiende.

La mujer se rio a carcajadas con un rubor intenso en las mejillas, y mi llanto, lo logré disimular entre risas, como si me hubiera vuelto loca, como si Zofloya me hubiera poseído. Mi risa se intensificó hasta tal punto que ya no pude disimularlo más. Estaba devastada.

La señora McLeod prefirió ignorar mi estado y, con un silencio sombrío, terminé de ajustarle el vestido. Ella se marchó y yo no me atreví a salir del taller de costura. Seguí trabajando en ese vestido, consciente de que en un momento a otro tendría que salir a hacer los recados. Mi vida debía continuar, tenía que hacerlo. Y ¿por qué tenía la esperanza de que si abría esa puerta lo encontraría allí, esperándome? Ese sentimiento me hizo sentirme más miserable si cabía. ¿Cómo podía seguir engañándome de esa manera?

Terminé la prenda y debía salir, pero no encontraba el otro vestido que tenía que entregar por ningún lado. Desmantelé el baúl donde guardaba retazos, por si lo había metido allí por error, pero nada. Regresé al taller y revisé todo, y nada. No podía fallar en una entrega. Si lo hacía bien y a tiempo nadie me elogiaba, pero si cometía una falta, una mísera y aislada falta, correría como la pólvora y se me etiquetaría como aquella que no cumple los plazos. Y perdería clientela, justo ahora, cuando más lo necesitaba para poder marcharme de una vez de este lugar.

Alguien llamó a la puerta. Era el señor Brown.

—Señorita, sé que me dijo que estaba bien, pero milord me ha dicho que le entregue esto. Al parecer, había pedido que lo enviasen desde Londres.

En cuanto lo tuve sobre mis manos supe lo que era por el olor tan agradable que desprendía: café.

—Él…

—Lo vi partir. Lo que no sé es a dónde se dirigía. Dígale que me avise a su regreso, me gustaría hablar…

—No volverá.

Quise cerrar la puerta al señor Brown, pero este metió un pie entre el marco y la hoja de madera para que no lo hiciera.

—En la arboleda… fue ese caballero, ¿cierto? El que vino a buscarla. Lo había visto merodear. Le dije que tuviera cuidado.

Hester tenía amistades peligrosas. No debería estar sola.

—Puedo estar perfectamente sola.

—¿Y su corazón? ¿Puede estarlo su corazón?

—Señor Brown, no sé de qué me habla.

—Señorita, lleva aquí al menos seis años. Es verdad que no hemos hablado mucho, pero creo reconocer el amor en los ojos del que está enamorado.

—¿Y qué si lo estoy? No hay nada que pueda hacer. Él es un futuro marqués. Tiene una vida de lujo y descubrimientos por delante. Yo solo soy Lily.

—Discrepo. Después de conocer lo fuerte que es, no la consideraba tan derrotista. Es una mujer valiente, que ha soportado mucho, hasta a la dichosa señora Hester. Su valor es incalculable, niña. Puede que no haya nacido con cuchara de plata, pero tiene un corazón de oro. Así que no me venga con tonterías. Creo que se merece disfrutar. Disfrute del momento. Por las circunstancias que sean, él ha aparecido en su camino, y si su corazón late por él, ¡deje que lata! ¿Qué culpa tiene?

—Está inspirado —dije con una emoción absurda, pues él no volvería.

—Lo estoy, cuando el amor flota a mi alrededor —dijo con una sonrisa—. Además, me trae recuerdos. Mi querido Jimmy es hijo de aristocracia. Pero no se lo diga… se creería que tiene derecho a dejar la granja.

—¿¡Cómo dice!? —pregunté impactada. Creí que el señor Brown había bebido, pues no hallaba razón lógica a todo lo que decía. No obstante, al instante que se acercó a mí para seguir con su anécdota, su aliento olía a fresas de invierno, no a alcohol.

—Yo era quien llevaba la leche fresca a cierta casa y, bueno, siempre me encontraba con cierta viuda y al final, una cosa llevó a la otra —sonrió con picardía; nunca había visto esa faceta del señor Brown—. Ella se volvió a prometer estando ya embarazada de mi Jimmy. Un mes después de dar a luz se casó.

—Lo siento —dije, sin saber qué más decir. Me parecía una historia disparatada, por no decir irreal, pero la contaba con tal convencimiento que tenía que ser cierta.

—Oh, no lo sienta. ¡Fueron los mejores días de mi vida! Por eso se lo cuento. Para personas como usted o como yo, las ocasiones que nos da la vida para disfrutar son escasas. Así que, ¿por qué no dejamos de pensar y las disfrutamos en el instante en que llegan, no cree?

—N… no estoy muy segura. El corazón está en riesgo, y el mío, al menos, se mantiene en pie.

—Pero si ya lo está, ¿no? Es consciente de que va a sufrir de igual manera. ¡Pues disfrute en el camino, aun si sabe su final!

—Mi final ya ha llegado, señor Brown. No me dé alas cuando no puedo volar —dije con el corazón en un puño.

—Nunca se sabe, muchacha. Nunca se sabe. ¡Por Dios bendito, se me ha hecho tarde! Por favor, manténgase segura. No quiero que ese hombre vuelva a atacarla. Preguntaré por el pueblo si alguien sabe quién es.

—¡No! —dije tajante—. No inmiscuya a nadie.

—Sigue negándose a recibir ayuda. Pero algún día la necesitará. Algún día lo hará.

El señor Brown se marchó y me dejó con una danza de pensamientos que solo quería engañar a mi corazón y llenarlo de esperanzas inalcanzables.

Cerré la puerta y, entre lágrimas, seguí buscando ese dichoso vestido. Él se había ido —me repetí una y otra vez.

—Él se ha ido.

19. Cedric

Tenía las telas en la mano y el vestido había sido entregado. Nunca me había dolido tanto el pecho. Ella me había echado, con todas las palabras que implicaba eso, pero ¿no había sido una orden? ¿No? Tampoco la había notado muy segura, pero si algo me había dolido era que creyera que había permanecido a su lado por compasión. Al principio, no podía negar que ese sentimiento me había movido a ayudarla más de una vez, a querer quedarme con más motivo, autoconvenciéndome de que hacía una buena obra, no escapándome de mi hogar y de mis responsabilidades. Pero ese sentimiento había dado paso a uno mayor, a uno que me hervía por dentro y me colmaba de alegría hasta lo más profundo de mi ser.

La intensidad de lo que sentía no podía ser apagada con un *márchese*. Me negaba a ello. Nuestra historia —si es que teníamos una, como yo creía— no podía terminar así. Es más, quería que continuara. Nuestra convivencia había sido solo el principio, y no pensaba rendirme.

Miré el pañuelo y sonreí al evocarla, imaginando sus pequeñas manos tomando la tela mientras fruncía el ceño como si así viera mejor a la luz de la vela, y mordiéndose el labio como solía hacer al concentrarse de verdad. Pero sonreí aún más, e incluso tuve que detenerme al ver, en el bordado, una palabra… una sola palabra que me hizo acelerar cada paso. Necesitaba verla. Tenía que estar con ella y no darle opción a negarse de que lo nuestro era real, y no imposible.

Entré en la casa después de llamar dos veces y, justo cuando iba a gritar su nombre, vi salir telas y prendas volando desde su taller. Me acerqué un poco y la escuché: lloraba entre murmullos que no conseguí comprender.

—¿La molesto? —pregunté desde el umbral de la puerta—. Sé que me dijo que me marchara, pero quería hablar con usted.

Ella se giró muy despacio, aún con varias telas en la mano. Su expresión fue especial, como si hubiera visto un ángel. Y no quería decir que yo lo fuera… parecía tranquila, pero su pecho se agitaba lentamente, como si algo en su interior luchara por mantenerse bajo control.

Quise acercarme a ella, abrazarla, pero sabía que no era el momento.

—No molesta —dijo con un temblor en la voz. Era como si mi sola presencia la descolocara.

—Lily, tenemos que hablar.

—No encuentro el vestido. No lo encuentro —dijo con un puchero que me habría encantado comerme a besos.

—¿Se refiere al de la señora Fox? —Ella alzó las cejas—. Ya se lo he entregado. Y también traigo las telas que debía recoger. No me he puesto a coser el vestido que tiene que terminar para no hacerla caer en desgracia con mis puntadas.

—¿C... c... cómo?

—No es una ayuda, no lo malinterprete —solté antes de que sus ojos se llenaran de furia—. Solo quería hablar con usted y he descartado todas las excusas que había propuesto para no hacerlo.

—¿De qué quiere hablar? —preguntó. Había algo en su mirada que me dejaba sin defensas: una mezcla de duelo, ternura y deseo que no necesitaba palabras para hacerse sentir.

—De nosotros. De usted y de mí.

Ella dejó caer las prendas al suelo y me miró.

—¿Nosotros? —titubeó. Sus labios temblaban.

—¿Compasión? ¿De verdad cree que es compasión lo que siento por usted? ¿No es capaz de ver más allá?

—Usted es... quien es —Bajó la mirada.

—¿Y sabe lo que ha sido para mí no serlo durante el tiempo que compartimos? —Tomé su barbilla y alcé su rostro—. Debajo de ese maldito título estoy yo, Lily. Cedric. En el momento en el que gritó mi nombre en la arboleda esta mañana, en el instante que lo oí

salir de sus labios, supe que no quería ser nadie más. Cedric. Solo Cedric. Su Cedric.

—Por favor, no —ella apartó mi mano con un suave movimiento, como si en el fondo no quisiera hacerlo.

—¿Por qué? ¿Dígame por qué no? Sobre anoche yo...

—No hable de anoche —dijo con algo que intentaba ser frialdad, sin conseguirlo.

Me acerqué lo suficiente para sentir el calor de su mirada. Una que, sin remedio, me clamaba, por mucho que su dueña se resistiera. No dijo nada. Se mantuvo en silencio ante mi cercanía, pero tampoco se apartó. Esta vez no era una barrera, sino una invitación. Di otro paso y cerré el espacio que nos separaba.

—Dígame de nuevo que me detenga, si es lo que quiere. Me detendré y me marcharé. Esta vez lo haré —Apenas alcé la voz.

Levanté la mano y dejé que mis dedos recorrieran la curva de su mandíbula, trazando un camino que hizo que ella cerrara los ojos. Su respiración era pesada. No dijo nada, no se quejó. Abrió los ojos y supe que esa vez no habría marcha atrás.

—No lo haré. No le detendré —dijo al fin, con una voz rota, pero decidida.

No pude esperar más. Deslicé la mano hacia su nuca y la acerqué. Ya no había nada —ni recados, ni excusas, ni reclamos, ni reglas— que se interpusiera entre nosotros. Sus labios, como dos pétalos bañados en rocío, se abrieron a mí, y yo tomé su boca como si hubiera encontrado un manjar de miel capaz de embriagarme. El contacto fue suave, templado… y no fui yo quien profundizó, sino ella, llena de urgencia, como si lo hubiera estado esperando toda una vida.

—Cedric —mi nombre se deshizo en sus labios, y me aparté para contemplarla. Estaba preciosa, con un rubor que pintaba sus mejillas y un tierno temblor que recorría su cuerpo—. Cedric, te amo —dijo como si le doliera decirlo, como si al hacerlo me entregara una parte de sí que siempre había permanecido oculta, guardada, protegida.

—Me alegra que por fin lo reconozcas —dije con una sonrisa y con miles de sensaciones que recorrían mi piel. Mi corazón no podía

latir con más fuerza.

Me empujó con ese ceño fruncido tan suyo, pero tomé sus muñecas y la acerqué de nuevo a mí, haciendo que sus brazos me rodearan.

—Señorita, va usted demasiado rápido —reí. Estaba feliz. No podía estarlo más.

—¡Milord! —dijo, enfadada.

—Sabía que no podía separarse de mí, pero no sabía hasta qué punto —la besé con ganas, con pasión, como si fuera lo último que haría en esta vida. Y cuando ella temblaba en mis brazos, me separé—. Pero no vuelva a llamarme *milord*. A partir de ahora, nos tutearemos.

—Sí, Cedric.

Escuchar aquello hizo que mi corazón palpitara con fuerza. La elevé en el aire y, sin parar de besarla, subí las escaleras hasta su habitación.

La posé sobre el lecho y, antes de verme incapaz de parar, me detuve. Debía decírselo. Debía decirle que estaba comprometido, pero que rompería todo lazo que me uniera a la señorita Carter. No era justo que la tomara sin ser completamente sincero. En verdad quería hacerlo, desde luego no había elegido el mejor momento. No obstante, toda mi entereza se esfumó tan pronto como ella se aferró a mi camisa y tiró de mí hasta hacer que cayera encima.

—Voy a disfrutarlo —dijo antes de besarme, y sonreí. Esta vez parecía decidida.

Me deshice de los cordeles de su vestido y ella me quitó la camisa. Todo eran movimientos urgentes, ansiosos, hasta que, al ser conscientes de nuestra desnudez, nos miramos. Ella intentó esconder su pie, pero no se lo permití. Me recorrió una punzada de dolor que supe disimular al verlo tan torcido, tan dañado.

—Eres preciosa —dije, conteniendo lo que sentía en unas míseras palabras.

Ella, avergonzada, intentó taparse los pechos y coger la sábana para cubrir el resto del cuerpo.

—Lo siento, yo no soy… estoy mal hecha.

Le quité las manos que cubrían sus pechos y los llené de placer, saboreando su esencia dulce y salada. Ella se irguió, levantó las caderas, con una mirada confundida y llena de deleite.

—Eres perfecta para mí, Lily. Y, por si no lo sabes, te amo. Te amo con locura. Desde que te conozco, me he vuelto loco. Loco por ti.

Su pudor fue desapareciendo poco a poco al ver que veneraba cada parte que tocaba, que probaba. Acaricié su piel con la sensación más prodigiosa que había experimentado. Mis manos temblaban y desprendían calor. Sus suspiros crecientes no hicieron más que aumentar mi excitación, pero tenía que parar, tenía que decírselo. De algún modo sentía que la estaba engañando.

Ella debió percibir mi duda. Rodeó con timidez sus piernas en mi cintura, como si temiera que me escapara, y clavó su mirada intensa que solo mostraba anhelo y devoción.

—Hazme tuya —susurró, casi en un ruego.

Mi respiración, que había estado cerca de detenerse, se aceleró de nuevo.

Me dejé envolver por su intimidad y supe que esta unión sería un refugio donde la soledad no tendría cabida. Mi deseo y su ternura se entrelazaban en caricias suaves; nuestras almas, desnudas de todo miedo, de todo prejuicio y dolor, se entregaron sin reservas no solo al placer, sino a una danza de emociones que hablaban de amor, confianza y entrega. Por primera vez sentí que hacer el amor no solo era un acto, sino algo que traspasaba mi cuerpo para transformarse en la más hermosa y excitante conexión. La amaba. Amaba a esta mujer. Y ahora que sabía que ella también me amaba, no la dejaría escapar. La besé una y otra vez en la oscuridad, donde solo quedó el perfume de nuestros cuerpos y las sombras de dos corazones que sonreían juntos por primera vez.

—Así que la has tenido tú todo este tiempo.

—¿El qué? —dijo somnolienta.

—La llave de mi corazón.

Me llamó sensiblero con una sonrisa perezosa y, antes de que pudiera replicar, ya se había entregado al sueño. No sé cuánto tiempo estuve contemplándola, pero los primeros rayos de sol

iluminaron su rostro. Sus párpados cerrados, la sombra de sus pestañas y sus labios hinchados formaron la imagen más perfecta que jamás había presenciado. Sin embargo, la sola idea de tener que confesarle lo que me esperaba en Londres no me había dejado dormir en toda la noche. Aparté un mechón de su pelo y lo enredé en mi dedo mientras pensaba, pero unos fuertes golpes en la puerta hicieron que nuestro momento de paz se esfumara.

Lily abrió los ojos de súbito, como si fuera la primera vez que algo le despertara por sorpresa, y se apoyó en mi pecho para incorporarse. Al darse cuenta de su desnudez se ruborizó con la velocidad de un relámpago y se tumbó sobre mí para cubrirse. Lo único que logró con eso fue incendiarme.

—Lily, vas a matarme.

La abracé como si quisiera permanecer así el resto de mis días y ella soltó una risita que me llegó al alma. Pero quien fuera que llamaba a la puerta no parecía desistir.

—¿Esperas a alguien? —pregunté.

Ella negó con la cabeza, sin querer apartarse de mí.

—Como no vaya, tirará la puerta abajo. Si es ese malnacido de la arboleda, se las verá conmigo.

Lily se incorporó de nuevo y se enrolló la sábana sobre el cuerpo. Yo me puse unos pantalones y, tras darle un beso en la frente, bajé las escaleras de dos en dos para abrir la puerta de par en par.

—¡¿Se puede saber…?! ¿Edmund? ¿Qué haces aquí?

—¿Que qué hago aquí? ¡Maldita sea, Cedric, te has vuelto loco! ¿Cuánto tiempo más pensabas quedarte en este lugar? Sabía que habías discutido con tu padre y lo de la fábrica… Pero tu descanso se acabó.

—Edmund…

—Tu prometida se ha escapado a Gretna Green, ¡zoquete! Tu padre está hecho una furia y a tu madre le ha dado un síncope. ¡Casi se le detiene el corazón! ¡Yo mismo la atendí!

—¿¡Qué?! ¿La señorita Carter ha hecho qué? Eso es… es…

Abracé a mi amigo y lo elevé en el aire.

—Qué alivio… No sabes…

Edmund me miró con seriedad. Él era serio, pero jamás lo había visto con la decepción retratada en el rostro.

—Tu madre no está bien, y la señorita Carter huyó porque pensaba que nunca volverías.

—Esa mujer ha huido porque no quería casarse conmigo, Edmund. ¿No creerás que tengo yo la culpa?

—Coge tus cosas y vámonos.

—Primero tengo que…

—Lo primero que tienes que hacer es solucionar el lío que has montado en Londres. ¿Sabes que tu madre iba a hacer un brindis honorífico por vuestro futuro compromiso en la fiesta de Año Nuevo en los *Assembly Rooms*? Y, al parecer, el señor Fordham ha terminado por contarle a tu padre lo que sucedió en Sudbury. La situación con los luditas se ha tornado peligrosa, Cedric. No es un juego.

De repente, sentí una mirada sobre la nuca. Cuando alcé los ojos hacia las escaleras, la vi. Tenía una expresión de contención difícil de describir. Demonios, lo había oído todo.

—Lily —dejé a mi amigo en el umbral de la puerta y subí tan rápido como pude—. Lily, por favor… —pero la puerta de la habitación se cerró en mis narices.

—Lily, por favor, déjame que te lo explique.

—Estás prometido —dijo con una voz fría como un témpano —. Estás prometido —repitió.

—Abre, por favor.

—Te he dado mi corazón. Lo tenías en tus manos y ahora… solo he sido un juego para ti. Debí saberlo. Estaba tan desesperada y sola que dejé que traspasaras mis muros.

Podía notar en su voz quebrada lo que estaba sufriendo, lo que debía odiarme en ese momento. Quería abrazarla, estrecharla en mis brazos y decirle que no era así. Que todo lo que había dicho era cierto. Mis sentimientos lo eran. Yo la amaba. La amaba con cada parte de mi ser.

20. Lily

—Márchate —no imaginé cuánto me dolerían esas palabras hasta que las pronuncié—. Márchate y no vuelvas más.

Abrí la puerta y le entregué el resto de su ropa.

—Lily…

Mi mirada debió de bastar, pues, sin réplica alguna, se marchó.

Al escuchar la puerta cerrarse, sentí que mi corazón iba a escapar de mi cuerpo para ir tras él. Ese dolor, retenerlo fue lo más angustioso y desgarrador que jamás había padecido. Podría haber estado muerta de hambre, podrían haberme golpeado una y otra vez, pero nada se comparaba al dolor que me desgarraba por dentro en ese instante.

Era una combinación de sentimientos que me retorcían el alma. Por un lado, estaba llena de felicidad por lo que había hecho esa noche, por lo que había experimentado, y sabía que nunca volvería a ser la misma desde ese momento. Pero, por otro, sentía una ira creciente que me enervaba hasta lugares insospechados, y un arrepentimiento que me llenaba de lágrimas por no haberle escuchado, por no haberle dado la oportunidad de explicarse… después de que él nunca me hubiera juzgado al contarle lo que había hecho y de dónde venía.

Había sido una estúpida orgullosa, y ahora sentía que lo había perdido todo. Incluso la esperanza de ser feliz.

Bajé las escaleras como un fantasma, tropecé y caí, pero no me importó. Aquel día ignoré cada llamada a mi puerta. No dediqué al trabajo ni un solo segundo. Por una vez, me permití llorar, detenerme e intentar sanar algo que creía que nunca lograría sanar. No había paños que curaran mi herida, ni palabras del señor Brown que me animaran. Sabía que mi sueño iba a llegar a su fin; lo que no me esperaba era la manera en que lo había hecho.

Las horas transcurrieron hasta que caí exhausta en el lecho, en el mismo que todavía tenía su aroma, en el mismo en el que me había hecho suya.

—Suya —susurré, sin ser capaz de derramar una lágrima más.

El día siguiente transcurrió de la misma manera… y así dos días más. Sin permiso, el señor Brown y Jimmy se metieron en casa para tratar de animarme, para que comiera al menos, pero sus intentos fueron en vano. Incluso la señora Cavendish me hizo una visita, haciendo preguntas sobre cómo Hester era pariente de alguien tan importante como Lord Elford. No quería dar explicaciones. No quería hablar con nadie.

Conseguí retomar mis tareas. Era consciente de que no podía detener mi vida si quería conseguir salir de aquí. Pero deseaba dejarlo todo, correr hacia él, amarrarme a su corazón y no haber permitido nunca que se marchara. Él había sido el responsable de mi desdicha y el origen de mi felicidad. Una felicidad que nunca había experimentado ni siquiera anhelado, pues ¿cómo iba a aspirar a algo que ni siquiera podía imaginar? Imaginar que una persona pudiera hacerme sentir de ese modo: válida, viva, amada, deseada.

Ya no quedaban lágrimas que derramar, lamentos que pronunciar ni corazón al que consolar. Estaba vacía. Vacía de todo, salvo de tristeza.

Los días transcurrieron como si el sol se detuviera en el cielo, como si la luna no se escondiera y las nubes y el viento no se movieran. Todo era muy lento. Lento y doloroso. Muy diferente al tiempo que estuve con él, cuando los días eran efímeros y los momentos volátiles, suspiros que se van al aire y se pierden entre sonrisas. Me consolaba la idea de que esos instantes felices permanecerían por siempre en mi corazón.

Esa noche fue distinta a todas las demás. Notaba algo en el ambiente. Olía a peligro. Ese peligro que desde pequeña había aprendido a detectar, ese que, de repente, acechaba invisible y hacía mi corazón temblar. Ese hombre no regresaría, no después de que le dijera que Hester había fallecido. Sus asuntos con ella habían acabado allí y, fuera cual fuese el secreto que los unía, se lo había llevado a la tumba.

Me acosté sin poder apartar a Cedric de mi mente y me dejé llevar por la melancolía hasta caer dormida.

¡Me asfixiaba! ¡No podía respirar! Abrí los ojos de par en par y, si pensaba que estaba soñando, la idea desapareció con la rapidez de un pestañeo.

La misma persona que tapaba mi boca me agarró del pelo y me arrancó del lecho con una fuerza brutal, como si mi peso fuera inexistente.

—Ya que nadie vendrá a protegerte, ¿hablarás?

Esa voz... Enfoqué la mirada y lo vi. Era el mismo hombre de la arboleda.

Le mordí la mano con tanta fuerza que sentí el sabor metálico de su sangre. Gritó, me soltó, y rodé por el suelo, intenté alcanzar mi bastón, pero su mano tiró de mi camisón con tal brutalidad que me arrastró hacia él. Conseguí girarme, arañé su rostro y lo golpeé con todas mis fuerzas.

—¡Suélteme! —exigí—. ¡Le digo que me suelte en este instante!

—Cómo se reconoce a aquellos que vienen de los arrabales —dijo una voz a mi espalda.

Sentí un golpe en la cabeza y, al abrir los ojos, me hallaba en una silla maniatada. Un hombre me rozaba el rostro con una de las plumas que usaba para los tocados que me encargaban.

—Bien, ratoncito —al que hablaba no lo conocía, solo a su acompañante—. Nuestra Hester, una de las que más apoyaba la causa, debió decirte algo. No dejaría algo así en el aire. Fue una de las organizadoras de este plan y solo quedan tres días. No podemos echarnos atrás, no ahora.

—No sé nada, de verdad. Si me dijeran qué buscan...

—No te hagas la tonta, no te conviene. Lo que sí te conviene es que acabemos con esa panda de ricachones, como tu amiguito, para que sigamos teniendo pan en nuestros platos.

Tragué saliva y lo miré impactada. ¿A qué se refería con acabar con ellos?

—Un día —intenté controlar el temblor de mi voz para que sonara firme y certera—. Denme un día y encontraré lo que buscan. Por favor.

—Quieras o no, eres de los nuestros. El mundo textil, tal y como lo conocemos, está cambiando para mal. ¿Sabes cuántas familias se quedarán en la calle si eso sucede?

Con un nudo en el estómago, comprendí que estaba tratando con luditas, los mismos de los que Hester había hecho propaganda tiempo atrás. Recordé los panfletos, los discursos a media voz, las reuniones sospechosas. Hester los había apoyado, pero jamás imaginé que esto iría tan lejos. Entendía sus motivos, de verdad que lo hacía, pero nunca comprendería el uso de la violencia para conseguir algo. Sea lo que fuere, como siempre, lo que tenía que hacer era sobrevivir.

Además, en la mayoría de los casos, los policías y brigadas anti-luditas solían interceptar cualquier ataque antes de que se produjera. Hasta ellos vendían sus creencias por unas monedas.

—Sé lo que pasaría. Y sé lo que es vivir sin alimento. Por eso no pararé hasta encontrar lo que buscan. Quizá la inesperada muerte de Hester hizo que no le diera tiempo...

—Tienes un día. Si no, juro por mis difuntos hijos que dejarás esta tierra. Y desmantelaremos esta casa de cabo a rabo. Y... ese viejo, ¿cómo se llama? ¿Brown? Hemos visto que le tienes cariño. Sería una pena que le sucediera algo si no cumples el plazo.

Su desagradable carcajada contagió al otro mientras me miraban. Era asqueroso cómo el abuso de poder y las amenazas les hacían sentirse tan risueños.

—Tiene mi palabra. —Un sudor frío resbaló por mi nuca.

Tras mis palabras, en un abrir y cerrar de ojos me quedé sola en la habitación. Todo sucedió tan rápido que parecía irreal, como si no hubiera ocurrido y fuera algo imaginario, pero mis manos atadas aún a esa silla gritaban que era cierto.

Retuve mis lágrimas y mordí mi labio conteniendo un grito. No era momento de flaquear, ni de bajar la guardia. Este era mi mundo y yo sabía moverme en él, aunque mi corazón estuviera dolido, aunque hubiera creído que las cosas podrían cambiar.

Resoplé con fuerza, me incliné hasta alcanzar las ataduras de mi mano derecha y, con la ayuda de mis dientes, conseguí soltarme.

El sol seguía escondido y yo quería hacer lo mismo: desaparecer y no formar parte de aquello. Pero no permitiría que la vida de nadie estuviera en riesgo por mi culpa. No cargaría con el peso de otra muerte sobre mi conciencia.

Salí de la habitación y me detuve frente a la puerta de la alcoba de Hester. Tomé aire y lo expulsé despacio. Desde su muerte no me había atrevido a entrar en ese lugar. Sabía que, si lo hacía, malos recuerdos me invadirían, pero por mucho que no estuviera preparada, debía hacerlo. Si había algo que esa mujer escondía, daba por seguro que estaría allí.

Abrí la puerta y mi estómago dio un vuelco. Ese lugar todavía tenía su amargo aroma. Me detuve en el centro de la habitación y observé todo a mi alrededor por si algo estuviera fuera de lugar, algo que me hiciera sospechar, alguna pista... ¡algo! Había limpiado ese lugar cientos de veces cuando ella vivía y nunca había encontrado nada que llamara mi atención. ¿Qué buscaba? ¿Qué tenía que buscar?

Empecé por abrir su baúl. Mis manos temblaron al sacar sus vestidos y al encontrar propaganda ludita.

Hermanos obreros, alzaos contra las máquinas. ¡No dejemos que el hierro robe nuestro pan!.

Tragué saliva al leer el titular y tomé conciencia de que, sin querer, me había visto involucrada en un tema peligroso.

En ese baúl no encontré nada más. Levanté la alfombra, hurgué en cajones, leí cartas que parecían hablar en clave usando frases como *polvo de hadas* o *una gran luz que iluminaría Londres*, que para mí carecían de sentido. Removí cortinas y deshice la cama mientras tragaba mis emociones desordenadas.

Un pitido incómodo surgió en mis oídos y sentí mis manos entumecidas. Hacía tiempo que no me había sentido tan nerviosa, tan preocupada.

Caí al suelo de rodillas, desesperada. No hallaba nada, y la absoluta nada me hallaría a mí si no encontraba algo en el tiempo que me quedaba.

El sol comenzó a salir e iluminó mi rostro, lleno de lágrimas silenciosas, lágrimas de frustración e impotencia. Escuché el silbido del señor Brown, que siempre cantaba por la mañana, y me asomé a la ventana. Al verlo, una punzada de culpabilidad sacudió mi interior.

No podía rendirme. No así.

—La llave —solté.

Por un momento, al ver al señor Brown girar una llave en su dedo como un trinquete, se me cortó la respiración. Una llave... Hester siempre llevaba una colgando, y esa llave...

Los pitidos en mis oídos se transformaron en fuertes palpitaciones. Esos médicos se habían llevado el cuerpo con todo puesto. Si no había encontrado la llave, eso quería decir que la llevaba ese día... y ellos se la habían llevado.

Tenía que marcharme. Tenía que marcharme ya. Debía llegar a Sudbury con tiempo y rezar a los cielos para que esa llave aún estuviera allí. Pero si caminaba, tardaría demasiado. Necesitaba ir más rápido.

La primera idea que cruzó por mi mente fue Lady Mu. Podría subirme en ella y llegar. Pero, ¿quién en su sano juicio montaría sobre una vaca como medio de transporte? Ahora más que nunca, no debía llamar la atención.

Bajé las escaleras y, por primera vez, deseé que mi pie no estuviera tan torcido. Para mí, todo era más lento, más complicado. Al abrir la puerta de casa, me encontré cara a cara con Jimmy, que dejaba una cesta con fresas en la entrada.

—Buenos días —dijo, aunque la sonrisa que traía cada mañana desapareció en cuanto vio mi rostro—. Lily, ¿estás bien? Tu cara...

—¿Puedes ensillar uno de los caballos?

—Puedo, pero... ¿Por qué quieres que lo haga?

—Tengo que irme.

—¿Adónde? No irás tras ese lord *me-creo-el-dueño-del-mundo*, ¿verdad? Sabes que los de nuestra clase...

—Olvídate de eso. Si no lo haces, lo intentaré hacer yo.

—¿Estás loca? ¿Sabes lo que puede pasarte con un caballo mal ensillado? Y, demonios, ni siquiera has montado nunca. Desde

que estás aquí no te he visto hacerlo ni una sola vez.

—Me he subido en uno. —Recordé el calor de sus manos al rodearme aquel día.

—Lily...

Lo miré con cara de pocos amigos mientras me alejaba clavando el bastón en el suelo con más fuerza que nunca.

—Lo haré —dijo a mis espaldas—. Puedo llevarte yo.

—No. Es algo que tengo que hacer sola.

—Nunca te dejas ayudar, nunca...

—Jimmy, solo pon la maldita silla.

En sus ojos vi reflejado mi enojo. No podía involucrarlo. No quería.

Cuando al fin colocó la silla, me subí dejando todo el temor atrás.

—¿Cómo hago que camine?

—Lily, esto es una pésima idea.

Al no obtener la respuesta que quería, le di un golpe al caballo con el bastón. Aunque me era difícil aferrarme a las riendas con una sola mano, lo logré. Solo había que dirigir al animal, no tenía por qué ser tan difícil. Incluso había visto a críos hacerlo.

Me armé de valor y tomé el camino hacia la esperanza de encontrar lo que necesitaba.

21. Cedric

—¿Y ese olor? ¿Estás bebiendo café? Me imagino que padre no se ha enterado de que lo haces.

Cecil se interpuso entre mi soledad, esa biblioteca y yo, pero no me molesté en mirarla. Estaba concentrado en esa taza que se escondía entre mis manos. Su amargura era mi espejo: turbia, profunda, sin consuelo. Y allí estaba yo, bebiéndome su ausencia, hambriento de su risa, de su boca.

—¿Sabes, Cecil? Éramos tanto con tan poco.

Ya le había contado a mi hermana todo lo que había sucedido en Borley y esta se había compadecido de mí como si fuera un pobre desgraciado. Pero, como yo, sabía que lo nuestro, nuestro futuro, era cuanto menos imposible. Regresar a Londres se había convertido en un golpe de realidad.

Cecil me quitó el café de las manos y alzó mi barbilla. Por un segundo pensé que podía verme, que su mirada estaba ahí, hurgando mi alma para ayudarme.

—¿Tanto la echas de menos?

—¿Tanto? Estoy devastado, nunca he padecido tanto dolor. Me enseñó de todo, Cecil: he cocinado, cortado leña, hasta desplumado una gallina… y he vivido el horror de casi ser devorado por una vaca —Mi hermana sonrió.—. Pero hay una cosa que se le olvidó enseñarme.

—¿Qué cosa? Ni en tan poco tiempo yo habría logrado que hicieras tantas cosas.

—Se le olvidó enseñarme cómo vivir sin ella.

De nuevo, sonrió. ¿Es que no podía tomarme en serio?

—¿Desde cuándo eres tan dramático?

Cecil agarró mis mejillas y las pellizcó como aquellos días de mi niñez.

—¿Te burlas de mí? —Me aparté.

—Nunca haría eso, lo sabes. Simplemente se me hace extraño oírte así. Tengo unas ganas tremendas de conocerla. Debe ser impresionante si te ha cautivado de ese modo.

—¡Lo es!

—No lo dudo. Ahora vengo a decirte el tema que me ocupa. ¿Qué vas a hacer?

—¿Qué voy a hacer? ¿A qué te refieres?

—Vas a hablar con padre. Sabes que está preocupado porque madre está en cama.

—Está preocupado por las habladurías, no por madre.

—No seas así.

—Pero lo soy.

—Habla con él. Si no, la cena de mañana será de todo menos agradable.

—No quiero ir.

—Pero debes.

—Seré el hazmerreír.

—Al Cedric que conozco nunca le han importado los rumores sobre él.

—Esa mujer me ha hundido en la miseria.

—¿Seguimos hablando de Lily o te refieres a la señorita Carter?

La miré con cara de pocos amigos, algo que no tenía efecto sobre ella. Sabía a la perfección a qué me refería.

—No entiendo cómo madre ha caído enferma por semejante estupidez. Por no decir que padre ni me habla. Y el daño que le he causado a Lily por enterarse de forma tan repentina… Casi ahorco a Edmund en ese momento.

—Él no tiene la culpa.

—¡Lo sé! Pero no es justo. Él puede estar con quien quiere y yo…

—¿Estás teniendo una rabieta? —puso sus manos en jarras y frunció el ceño. Me encantaba hablar con mi hermana, de verdad

que sí. Tenía cinco años más que yo sobre sus hombros y lidiaba con una incapacidad que solo la había hecho más sabia, pero en ese instante me estaba sacando de quicio.

—Dime qué hago entonces, ¿qué debo hacer, Cecil?

—Desde luego, no comportarte como un crío. Ve de frente, habla con padre, dile cómo te sientes. Al fin y al cabo, tu compromiso se ha roto. Aprovecha esa cena para decir lo que viste en Sudbury. Antes de la riqueza está la humanidad, no creo que...

—¿Humanidad? ¿Me hablas de humanidad? ¡A esa gente le importa más un maldito chelín tirado por el camino que esas personas! ¡Y a padre ni digamos!

—¡Pues posiciónate! Habrá otra manera de hacer las cosas.

—No la hay.

—Pues encuéntrala, heredarás las fábricas.

—No las quiero.

—¿Y cuál es tu estupendo plan? ¿Rechazar la futura administración? ¿Manchar tu título?

—Eso es exactamente lo que haré.

No lo vi venir y dolió. Cecil me propinó tal bofetada que parecía saber con exactitud dónde estaba mi rostro. Llevé mi mano a la mejilla dolorida y apreté tanto la mandíbula que bien podría haberme roto los dientes.

—Reacciona. Tendrás poder y docenas de familias bajo tu cuidado. No hablo de tu responsabilidad en un futuro, tu responsabilidad con ellas es ahora. Te consideraba más inteligente que esto, Cedric. Entiendo que esa mujer te ha nublado el juicio y no quiero inmiscuirme en tus temas de amor, pero esto es más importante ahora. Si ella te ama, te perdonará.

Cecil salió de la biblioteca dejando una estela de enojo y decepción que no hizo más que enervarme.

Apreté los puños y salí del que había sido mi refugio. Subí las escaleras y me encontré con la puerta de la habitación de mi madre entreabierta. Quise asomarme, pero no pude. En parte sabía que ella me echaba la culpa de lo sucedido. Iba a marcharme cuando su voz me dijo que pasara.

—Madre, no quería…

—Deja las excusas para otro, Cedric.

Llevas cinco días aquí y no te has dignado a venir a verme. Y pensar que creía haberte criado mejor.

—Me crió la niñera —dije, refiriéndome a ella, y pude ver la decepción en sus ojos.

—¿A qué viene esa actitud?

—¿De verdad tengo que explicárselo, madre?

—Hiciste que la señorita Carter huyera.

—¿Yo? ¡Ja! ¿Está segura? Estaba claro que la señorita Carter haría algo así. Por si no lo sabe, se veía con alguien a pesar de estar comprometida conmigo. Hasta ahí su nivel de compromiso conmigo y con el acuerdo de padre. Y pensar que creí que se sacrificaría por honrar a su padre.

—¡No digas sandeces! Y en el caso de que así fuera, tu desaparición quizá fue el empujón que necesitaba.

—Sé que a sus ojos siempre soy el culpable de todas las desdichas de esta familia.

—Nos lo pones muy difícil, hijo —dijo, apartando la mirada como si no soportara mi presencia.

—Será eso. Dígame, madre, ¿se preocupó por mi ausencia? ¿Quiso buscarme, acaso?

—Sabía que volverías. Suponía que era un berrinche tuyo antes de casarte.

—Pues suponga esto, madre: me casaré con quien yo quiera.

Me acerqué a la puerta para marcharme. No soportaba más esa conversación.

—Te casarás con quien elija tu padre. No cualquiera puede ser marquesa.

—Viéndola a usted, no sé a qué se refiere.

—¡Cedric! Por el amor de Dios, Cedric, ¡vuelve aquí!

Bajé las escaleras a toda velocidad, me tropecé con un mayordomo y me choqué con quien acababa de entrar a la casa. Mi padre.

—¿Por qué está gritando tu madre? ¿Qué has hecho esta vez? —sus fosas nasales se abrieron al inhalar aire como si tratara de contenerse—. Por una vez, ¿puedes comportarte? —su voz fue fría,

ausente, carente de emoción. Era la primera vez que me hablaba desde que había llegado. Bueno, que me hablaba sin gritarme.

Lo miré como quien mira a su peor enemigo y me marché. El aire en esa casa era asfixiante. Después de haber experimentado la verdadera libertad, me di cuenta de que había estado viviendo en una maldita jaula toda mi vida. ¡Hasta Cecil parecía no comprenderme!

No me importó el frío ni el aguanieve sobre mi rostro que calaba mis huesos. Necesitaba un trago y despejar mi mente. Usaría la cena de mañana para rebatir a todos aquellos que ponían por encima las máquinas que a las personas e ignoraría el murmullo que habría a mi alrededor por haber sido plantado por la hija de un fabricante. ¡Bien por ella!, diría. ¿Por qué iba a obligarla a vivir la condena de pasar el resto de su vida conmigo?

Anduve por las calles de Londres hasta llegar al hogar de mi amigo. Llamé a la puerta y el dulce rostro de su mujer, Hope, apareció.

—Cedric.

—Hope.

—Edmund está en el salón. Te advierto que no es muy agradable lo que vas a ver.

En ese momento me fijé en el delantal que llevaba esa mujer, con unos rastros rojos sospechosos.

—Después de varios años, ya nada me asusta —respondí, sin creérmelo yo mismo.

Hope sonrió y me dejó pasar. Un hedor extraño llegó a mí; incluso una arcada se apoderó de mi garganta. Llevé el pañuelo a la nariz y continué hasta encontrarme con la escena.

—¿Qué demonios estáis haciendo?

Abrí y cerré los ojos varias veces por si me lo había imaginado. Había un cerdo sobre la mesa, más bien lo que quedaba de él. Había sangre y piezas colocadas sobre otra mesa.

—Mi vida, mira, he cortado esta sección para que practiques tu sutura. La piel del cerdo es muy parecida a la nuestra, por lo tanto... Oh, Cedric, te has dignado a venir. Espero que sea para una disculpa.

—¿Cómo puedes hablar a tu mujer en términos de *mi vida* mientras pareces un maldito carnicero que ha perdido el juicio? ¿En el salón? ¿En serio?

—La ciencia no espera, ¿verdad, cielo? —respondió Hope como si nada de aquello la impresionara. Definitivamente, esos dos eran tal para cual. Lo que no pude negar fue el dolor que sentí al escuchar esa palabra: *cielo*. Era, en efecto, la que Lily me había bordado en mi pañuelo, ese que me dio el último día que estuvimos juntos. Me pregunté si cada vez que miraba al firmamento se acordaría de mí, de mis ojos.

—La has visto, Cedric, a este paso será mejor médico que yo.

—Eso no lo dudo. Tu mujer siempre ha tenido las ideas claras.

Hope sonrió, resuelta, y nos empujó a los dos hacia la biblioteca para que pudiéramos hablar tranquilos.

—Quítate eso, no podré tomarte en serio con eso puesto. Insisto: pareces un carnicero loco.

Edmund me hizo caso y me ofreció whisky.

—Sigo esperando una disculpa. Aquel día que fui a buscarte, estuviste a punto de matarme por el camino y aún sigues sin decirme la razón.

—Estoy enamorado —confesé casi en un susurro.

—¿Qué?

—Estoy enamorado.

—Lo siento, no te entiendo.

¿Que no entendía? Lo que quería era sacarme de quicio, lo conocía. Siempre dije que el amor era para los débiles, que jamás dejaría mi corazón en manos de nadie… y, sin embargo, ahí estaba yo: destrozado, consumido por un sentimiento que últimamente dolía más de lo que me alegraba.

—Que estoy enamorado, Edmund. De esa mujer con la que estuve en Borley. Ella y yo acabábamos de confesar nuestro amor cuando tú… ¡Demonios! No pudiste ser más oportuno, y decir esas cosas ¡casi gritando para que todo el maldito pueblo te oyera!

—Ahí el único que gritó fuiste tú en cuanto saliste de esa casa. ¿Cómo iba a saberlo? Además, tu madre estaba grave, tenías que sosegar los rumores de la huida de tu prometida y el enojo de

tu padre por lo que hiciste con la fábrica de Sudbury. ¿Cuándo en tu sano juicio pensabas volver?

—En cuanto le dijera a Lily la verdad.

—Ella es una costurera, ¿me equivoco?

Asentí, consciente de lo que me diría a continuación.

—¿Me estás diciendo que estás enamorado de una costurera? ¿No de una duquesa, o una magnánima princesa de Prusia, o una dama francesa?

Edmund soltó una carcajada que me sacudió los nervios, y yo apuré el whisky de un trago, como si pudiera tragarme también la vergüenza.

—El corazón no perdona, ¿verdad?

—Yo no lo elegí, pero…

—Has caído como una maldita mosca sobre miel.

Edmund me sirvió otra copa.

—¿Y qué vas a hacer?

——Ella me echó. Le hice daño. Y mis padres nunca la aceptarían por ser...

—¿Una costurera?

Asentí de nuevo.

—Bueno, hay algo que puedes hacer.

—Renunciar al marquesado, lo sé, pero Cecil me ha dicho que la gente de esas fábricas tiene prioridad sobre mi corazón.

—No. Casarte con ella. ¿Qué demonios importa que algunos lo desaprueben? Mira a mis padres, ahora adoran a Hope.

—¿Ya saben quién es?

—Por supuesto. Ella no se sentía cómoda ocultando su verdadero pasado. Por mucho que la vizcondesa la hubiera ayudado, no quería vivir bajo una mentira. Es cierto que aún recibimos rechazos en ciertas reuniones, pero nos importa más bien poco. Somos felices, y eso también es objeto de envidia. Mira a tus padres, mismamente. ¿Es ese el futuro que quieres? Además, no serías el primero en hacerlo. Mira a Lady Susan y ese actor O'Brien; ella era hija de conde.

—Su matrimonio fue un escándalo y terminó fugándose con él, por no decir que su familia la desheredó.

—¿Y qué me dices del duque de Devonshire? Se casó con la señorita Foster, al morir su esposa.

—¿Sabes durante cuántos años, antes de llegar a eso, fueron amantes?

—Dorothea y...

—No me saques a Guillermo. Tuvieron diez hijos y nunca se casó con ella, Edmund.

—Quiero decir que hasta un futuro rey disfrutó del amor como quiso y cuando quiso. Si los marqueses te quieren desheredar, pues que lo hagan. Ten en cuenta que eres su único hijo. Tu padre será un imbécil, pero sigue siendo tu padre. Habla con él.

Resoplé. Otro igual. Como si fuera tan fácil hablar con él… por no decir que le importaran en lo más mínimo mis sentimientos.

—Así que piensa lo que vas a hacer, pero antes discúlpate. Por muy chocante que me resulte la noticia de que estás enamorado, no se me ha olvidado.

Alguien llamó a la puerta y Hope entró con unas galletitas que no sabía si comerme después de lo que había visto.

—De casualidad, no las habrás hecho con esas manos que han estado hurgando en ese cerdo, ¿verdad?

Ella sonrió y su marido se comió esa sonrisa de un beso. Una envidia tremenda me carcomió y, sin pensarlo, empujé a mi amigo y tomé la dichosa galleta.

—Cedric está enamorado —soltó Edmund—. ¿Sabes de quién? De una costurera.

Hope abrió los ojos como platos. Se vio que quería decir algo, pero cerró la boca. Luego la volvió a abrir y la cerró de nuevo.

—Sí, mi vida. Se ha dado cuenta de que el amor no tiene clases.

—¿Puedes dejar de llamarla así en mi presencia?

—¿Por qué? ¿Te molesta?

—Sumamente.

—Pues márchate, porque la cosa se pondrá peor. Que mi mujer me haga galletas solo significa una cosa...

—¡Por el amor de Dios, Edmund! Me marcho.

—Discúlpate.

—Sí, sí...

—Cedric.

—Lo siento. Siento haber querido matarte unos días atrás.

Salí de esa biblioteca y salí de esa casa que solo me había hecho sentirme miserable… y lo mucho que la añoraba. Pero la conversación con mi amigo me había dado mucho que pensar. Tenía razón. ¿Qué es lo máximo que perdería? ¿El marquesado? ¿El amor de mi familia? El segundo ni siquiera lo había experimentado, solo el de Cecil.

Iría a hablar con el señor Fordham, el capataz de la fábrica de Londres. Tenía que saber qué opinaba de mis ideas antes de comentarlas con padre en la fiesta de Nochevieja, junto a los inversores.

Solo esperaba que Lily no hubiera cerrado del todo la puerta. Que aún quedara una rendija abierta para mí, para el perdón.

***

El murmullo constante de los telares y el olor a aceite y algodón flotaban en el aire. Al bajar del carruaje, mis botas se hundieron ligeramente en el barro del camino. Atravesé las puertas de la fábrica; algunos trabajadores se detuvieron apenas un instante para observarme con cautela. Avancé, y el sonido se intensificó: el golpeteo rítmico de las máquinas, las órdenes cortas de los supervisores, el jadeo de los fuelles que mantenían encendidos los hornos.

Cerca de los telares, el capataz parecía esperarme con los brazos cruzados y la mirada tensa, como si le hubieran avisado de que llegaría y que tendríamos una conversación difícil. Continué sin titubeos, sacudiéndome el polvo del abrigo, listo para hablar de un futuro que aún resultaba difícil de imaginar.

—Milord —dijo él—, lo siento. No pude evitar contarle a su padre lo que sucedió en Sudbury. El señor Rowles me avisó, como decía su carta, y…

—No he venido por eso. Entiendo que es difícil ocultar ciertas cosas a mi padre, pero quiero hablarte de lo que vi en Sudbury. Los

trabajadores están descontentos, como toda Inglaterra sabe, y la calidad de la seda ha disminuido. No sé si con el algodón sucederá lo mismo.

—Milord, y con el debido respeto, si seguimos por este camino, todos los trabajadores van a rebelarse. No solo en Sudbury. Ya han destruido telares en otras fábricas, y si su padre cree que aquí no va a pasar lo mismo… está equivocado. No se van a quedar quietos.

—Lo sé, Fordham, lo sé. Y no puedo culparlos. Hasta ahora, todo lo que he visto es cómo las máquinas les arrebatan el pan. Pero, ¿y si no fuera así? ¿Y si las máquinas fueran un apoyo en lugar de un reemplazo?

—¿Un apoyo? Los inversores quieren mayor producción al menor coste. Será difícil convencerlos.

—Creo que la clave está en hablar de calidad. Si lo hacemos bien, las telas de las fábricas Elford serán superiores a las de cualquier otro fabricante. ¿Sabe cuáles serían los paños más valorados? No los más baratos ni los más rápidos de producir, sino los que combinan la precisión de la maquinaria con la destreza de las manos humanas.

—En eso tiene usted razón. Los telares mecánicos son eficientes, sí, pero no tienen el ojo de un tejedor experimentado. A veces el hilo se tensa demasiado o la trama se desliza mal, y sin un trabajador vigilando, terminamos con piezas defectuosas.

—Exacto —dije emocionado, después de palmearle la espalda. Era genial sentirme comprendido; la charla era fructífera, una conversación entre dos hombres que solo buscaban lo mejor para todos—. Si logramos que los obreros trabajen junto a las máquinas, en lugar de ser desplazados por ellas, mantendremos la calidad sin sacrificar eficiencia. Un telar puede hacer el trabajo pesado, pero un buen tejedor puede asegurarse de que el resultado sea impecable. Lo he visto en Sudbury. La diferencia era notable.

—Aun así, habría que reducir plantilla. No podemos darles trabajo a todos al mismo tiempo.

—Ya había pensado en ello. —Recordé mis tiempos de recuperación en Borley, esos en los que Lily pensaba que dedicaba

mis horas a contar las vetas de la madera por aburrimiento, o a espiarla. No más lejos de la realidad, en ese momento, mi cabeza no había hecho otra cosa que navegar por un torrente de ideas para solucionar lo que sabría que era inevitable—. Implementaremos turnos —continué—: así nadie se quedará completamente sin empleo. Habrá quienes supervisen la maquinaria, quienes terminen el trabajo con los detalles manuales y quienes revisen la calidad. No serán las condiciones de antes, pero será mejor que la miseria.

—No será fácil convencer a los trabajadores, milord. Algunos preferirían romper las máquinas antes que trabajar con ellas.

—Lo sé, pero tampoco podemos rendirnos. No solo se trata de ellos, sino también de nosotros. Si conseguimos que los inversores vean esto como una ventaja, como un sello de calidad que distinga nuestras telas de las demás, no solo salvaremos los empleos: también aseguraremos el futuro de la fábrica.

—No sé si los luditas nos darán tregua, pero al menos tenemos un plan.

—Es mejor que quedarnos de brazos cruzados, Fordham. Creo que puede salir bien.

—Dios le oiga, milord. Dios le oiga.

22. Lily

Golpeé con urgencia aquella puerta que ya había visitado un tiempo atrás por unos motivos no tan diferentes; en ambos me encontraba entre la espada y la pared.

Un rostro risueño, aunque cansado, apareció tras la puerta.

—Oh, señorita, nos volvemos a ver.

—Sí —dije, sin valor para mirarle a los ojos, pues él había sido quien había acompañado al médico a llevarse a Hester—. Yo… me preguntaba… ¿Está el doctor?

—Sí, pero me temo que no puede atenderla.

Apreté los labios y parpadeé insegura.

—Quizá le parezca un poco extraño lo que voy a preguntarle, pero es que mi tía… ella tenía…

—¿Viene a por sus alhajas?

—¡Sí! —repliqué, más emocionada de lo que debía—. Ella llevaba algo de gran valor sentimental que me gustaría recuperar.

—No se apure, no es la primera vez que pasa, así que decidimos guardar las pertenencias de los exánimes durante un tiempo antes de dárselas a los pobres para que las malvendan.

Suspiré aliviada.

—Eso sí, tendrá que buscarlo usted misma. No espere que esté ordenado.

El hombre me invitó a pasar y me llevó a lo que parecía el despacho del médico.

—Allí, en ese baúl. Siento no poder acompañarla, pero ya sabe que aquí siempre estamos ocupados. Por favor, cuando encuentre lo que busca, cierre la puerta al marcharse.

—Sí, se lo agradezco enormemente.

Una vez que me encontré sola, abrí el baúl y comencé a buscar. Al principio lo hice como si fuera de lo más normal, pero al

ser consciente de que estaba tocando recuerdos de personas que jamás regresarían, un escalofrío recorrió mi espalda.

Había chales, algunas baratijas que no podrían considerarse joyas, ropa, notas e incluso mechones de pelo. Tuve que apartar la mano con rapidez al notar su textura entre mis dedos.

Aparté todo con insistencia, no tenía tiempo que perder, y al fin mi mano palpó algo frío. Tiré de ello y allí estaba: el colgante con la llave de la que dependía la seguridad de los que me rodeaban… y la mía propia.

Desenganché la llave del collar y la metí en el bolsillo de mi abrigo. Tragué saliva con dificultad y estuve tentada a probar la botella de líquido ambarino que descansaba sobre el escritorio del médico. Siempre había oído que el alcohol calmaba los nervios, pero también hacía perder la razón. Si un mísero ponche me había hecho comportarme como una estúpida en la fiesta de Navidad, no acabaría mejor si daba un trago a eso.

Salí del dispensario y de nuevo me subí al caballo, esta vez con más seguridad que antes. Tenía que regresar y averiguar qué abría esa llave.

No pude decir que troté y mucho menos que cabalgué, más bien me las ingenié para que el caballo caminara sin que yo me cayera hasta llegar de nuevo a la casa.

Había recorrido la habitación de Hester en mi cabeza, el taller de costura, también mi habitación, incluso la cocina y el salón, pero no se me ocurría ningún sitio donde esa llave pudiera encajar. Era más grande de lo normal, no era de un baúl, tampoco de un armario… ¿Podría ser de una puerta? ¿Pero qué puerta?

Me bajé del caballo y, al aterrizar con el pie malo, me habría caído si no fuera por una mano que me sostuvo y luego me enderezó.

Alcé la mirada y me encontré con el rostro de Jimmy. Una absurda decepción me invadió. ¿Qué esperaba? ¿Que fuera él?

—¿Qué estás tramando, Lily? Algo te preocupa, puedo verlo.

—Lo único que me preocupa, Jimmy, es dónde tienes puestas tus manos.

El aludido retiró con rapidez su agarre de mi cintura y su rostro adquirió un tono granate.

—Perdón —Aclaró su garganta. Luego miró al suelo y se agachó—. Se te ha caído esto —indicó tendiéndome la llave.

La tomé entre mis manos y me dirigí a la casa, pero tenía un horrible presentimiento que no había conseguido borrar desde que esos hombres invadieran mi soledad.

—Cuida de tu padre. No lo dejes solo.

—Él sabe perfectamente… espera, ¿por qué lo dices?

—Tengo que irme.

—Lily —Jimmy me detuvo al sostenerme de un brazo, pero una mirada fulminante bastó para que me soltara.

Cerré la puerta tras de mí y tomé aire mientras miraba a mi alrededor. Allí dentro no había nada que encajara con esa llave, estaba segura.

Miré por la ventana y esperé a que Jimmy se alejara. No quería que fisgoneara; al final se enteraría y lo pondría en peligro, y seguro reaccionaría de tal forma que solo complicaría las cosas.

Salí de nuevo, hacia los establos, pero tampoco vi nada allí que pudiera abrirse.

Miré a Lady Mu, confusa, como si ella pudiera darme la respuesta. La acaricié y terminé abrazándola. Ella se dejó, como si supiera que lo necesitaba, y entonces lloré, y solté algo de la presión que sentía.

¿Cuándo iba a llegar la paz en mi vida? ¿Cuándo llegaría el día en que dejaría de estar preocupada, por mí o por los demás?

Así, abrazadas, mi vista se dirigió a las botas que solía ponerme para limpiar el establo, y al verlas sucias, un recuerdo vino a mi cabeza. Aquella noche, un poco antes de que Hester falleciera, había escuchado voces de mujeres, cerca de la casa.

Unas voces que se fueron haciendo más claras hasta llegar a la puerta. Me había asomado con temor hasta que vi a Hester hablando con unas jóvenes… y no tan jóvenes. Pero lo que más me había llamado la atención era su atuendo: todas llevaban delantal, guantes y unas botas sucias de barro que no pude olvidar. No por el lodo, por supuesto, sino porque Hester las dejara entrar y les ofreciera té… a las cuatro de la madrugada.

Me limpié las lágrimas y palmeé la cabeza de Lady Mu. En los terrenos, tenía que buscar en los jardines. ¿Pero dónde? Apenas Hester me había dejado pasear por allí, por no decir que solo lo había hecho una vez, para intentar revivir unos rosales que había plantado en honor a su marido y a sus dos hijos fallecidos. Quizá debía empezar por allí.

Los rosales se habían vuelto salvajes y se habían esparcido por donde habían querido. Sus espinas me miraban amenazantes, como una advertencia de que no debía pasar de ese punto. Tras ellos, había unos arbustos que no dejaban ver más allá, salvo por una ranura que anteriormente se veía que habían cortado.

Regresé al establo y tomé las tijeras de podar. Tras soltar un *lo siento* al aire frío, comencé a cortar los rosales para poder pasar. Esas ramas eran más fuertes de lo que pensaba. Las rosas parecían delicadas, frágiles… eran demasiado hermosas como para crecer en este mundo lleno de odio y codicia. Nunca entendería cómo algo así podía existir; sin embargo, allí estaban, ahora rotas por mi culpa. Se defendieron con sus espinas, rasgando mis brazos hasta que al fin pude con ellas. ¿Acabaría como ellas? ¿Despedazada, por mucho que me hubiese empeñado en rodearme de pinchos para que nadie se acercara?

Aparté mi estropicio con el bastón y conseguí llegar a los arbustos, que eran más altos que yo. Sorteé las ramas, aunque algunas consiguieron arañar mi rostro después de que pequeños fragmentos de nieve cayeran sobre mi cabeza. Me sacudí como un perro mojado mientras me echaba hacia atrás, hasta que mis pies tropezaron con algo y caí.

—¡Maldito infierno! —solté mientras sobaba mi trasero dolorido.

Miré dónde había caído y, como si mi corazón lo supiera antes que yo, aceleró su ritmo para alertarme. A pesar del frío, mis manos sudaron y mi respiración se volvió forzosa. Había caído sobre una puerta: la de un cobertizo. Repté hasta dar con mi bastón, que había volado tras mi aparatosa caída, y me levanté. La llave quemaba en mi bolsillo como si quisiera atravesar el tejido de mi abrigo,

impaciente, deseosa. No sabía lo que me encontraría ahí dentro y no podía negar que estaba aterrada. Quizá lo más prudente sería irme, y cuando esos horribles hombres regresaran, darles la llave y señalarles el camino. Pero algo en mi interior me decía que debía verlo, que debía averiguar lo que Hester había estado escondiendo todo ese tiempo y para qué demonios servía.

Saqué la llave de mi bolsillo y me agaché a esa puerta inclinada que salía del suelo. Introduje la llave a la perfección y giré. Miré a un lado y luego al otro al ver que había funcionado. No quería a Jimmy merodeando… ni a su padre. Tiré del cordel que hacía de agarradera y abrí la puerta. Un hedor desagradable y penetrante me envolvió, y como instinto, tapé mi nariz.

—¿Azufre? —susurré.

Me aferré bien a los laterales de la entrada y, con mucho cuidado, descendí por las escaleras húmedas. En cuanto me aparté de la fuente de luz, me quedé petrificada. ¿Qué era todo aquello? Había varios sacos apilados y recipientes de latón vacíos. ¿Para qué…?

Me acerqué a los sacos, y varios de ellos tenían etiqueta, separados unos de otros. Leí: algunos contenían salitre, otros carbón, y los más pequeños, azufre. Mi sorpresa fue mayor al hallar mechas, como las que se usaban en las lámparas de aceite.

En mi cabeza comencé a atar cabos. No tardé mucho en comprender lo que era todo aquello.

—«Polvo de hadas», «una gran luz iluminando Londres»… —eso decía la carta de Hester. ¡Dios mío! ¿Qué iban a hacer?

Ahogué un grito.

No podía enseñarles aquello, no podía. Les diría que no lo había encontrado. Les diría… otra pregunta irrumpió en mis pensamientos: esas mujeres, las de aquella noche, sabían dónde se hallaba aquello. ¿Por qué entonces no lo sabían esos hombres? ¿No trabajaban juntos? ¿Todos ellos eran luditas? Algo no olía bien, y no era solo el azufre. Algo sucedía frente a mis narices y detestaba no saber el qué.

Subí con el mismo cuidado de antes y, cuando estaba dispuesta a cerrar esa puerta —que pensaba ocultar para siempre a

pesar de poner mi vida en peligro—, les diría a Jimmy y a su padre que se marcharan lejos de allí por un tiempo. Luego, yo…

—Bien, bien, bien. La ratita ha encontrado lo que estábamos buscando.

Di un sobresalto y la llave cayó sin que pudiera terminar de cerrar.

—No sé qué es eso, pero no deberían…

—¿Que no deberíamos? Esta se cree un pavo real en vez de una rata para darnos órdenes. Debe ser que estar tantos días con ese noblecito le ha hecho creer cosas que no son.

—No permitiré que…

—¿Sabes acaso qué es? No, no tienes ni idea, ¿verdad? Ven, déjame que te ilustre. Siempre es un placer educar a muchachas ineptas.

El hombre me tomó del brazo con un agarre fuerte e hizo que me agachara a por la llave.

—Vamos, abre. No tengo todo el día.

Las manos me temblaban por el pensamiento que había cruzado por mi cabeza: cogería esa llave y, en un movimiento, se la incrustaría en el ojo y saldría corriendo para después alertar a…

—¡Muchachos, ya podéis salir! —gritó él—. ¿Creías que no te vigilaríamos? Hemos aprendido de la primera vez. Esas mujeres que tan fieles parecían a nuestra causa se echaron para atrás. ¿Qué fue lo que dijeron?

—«¿No ibas a hacerlo en una fábrica vacía?» —dijo uno, imitando la voz chillona de una mujer.

—«No pienso manchar mis manos de sangre» —dijo otro que, replicó también una voz femenina.

—Tuvimos que quitarlas de en medio, como comprenderás. Llevamos meses planeando esto.

—Hester —dije con rabia—. ¿Ella lo sabía?

—¡Claro que lo sabía! Ella más que nadie quería venganza. Le arrebataron todo lo que tenía. ¿Por qué? Por silenciarlos. Por no alterar el gallinero… Sí, gallinero. Porque eso es lo que toda esa gentuza nos considera: meras gallinas de corral. ¡Abre de una vez!

No tenía nada que hacer. Estaba perdida. Eran muchos, no conseguiría huir. Tenía que ser más inteligente que ellos.

Si algo había aprendido en la *workhouse*, después de la paliza de la señora Bramwell, era que a veces era mejor agachar la cabeza y asentir… para esperar el momento correcto y despedazar el problema desde dentro.

—Si ella lo sabía, yo tendré que ayudarles.

Abrí la puerta de par en par y fui la primera en entrar. El crujido de las bisagras elevó un sentimiento de que no habría vuelta atrás. El silencio que nos envolvió fue cortante. Al parecer, no fui la única en contener el aliento al imaginar lo que encontraría allí dentro.

—¿Te has creído que soy estúpido, muchacha? —Él tiró de mí antes de que diera un solo paso—. Hace un momento...

—¡No sabía lo que pensaba Hester hasta este momento! —dije, atando fuerte a mi corazón dolorido para protegerlo de la barbaridad que acababa de decir—. Entienda que fue una madre para mí. Debo proteger lo que ella quería, a todas esas personas que nos quedaremos en la calle.

El hombre me miró con incredulidad y se pegó tanto a mí que nuestras frentes estuvieron cerca de tocarse.

—Entonces, si te digo que volaremos los *Assembly Rooms* la última noche del año, donde habrá cientos de invitados de la más alta cuna —aquellos que, en su mayoría, manejan las fábricas y quieren dejarnos sin pan—, ¿seguirías estando de acuerdo?

¿En los *Assembly Rooms*? ¿En Año Nuevo? Cedric estaría allí. Tragué saliva, para hacer acopio de mi temple, y traté de ocultar mis emociones, a pesar de que me temblaba todo el cuerpo.

—Si es lo necesario —dije en un hilo de voz.

—No te he oído.

—Si es lo que hay que hacer —conseguí decir con claridad—. No les debo nada a esa gente. No saben lo que es vivir en la miseria.

Me aferré a todos aquellos sentimientos reprimidos y los dejé ir. No habría mejor manera de convencerlo.

—Ellos, que han nacido sobre sábanas de seda, no se merecen nada. ¡No se merecen piedad! ¿Qué hay de nosotros y de lo poco que tenemos? ¡Quieren arrebatárnoslo! Estoy harta de tanta injusticia, harta del reparto desigual de esta sociedad, harta de que me miren por encima del hombro solo porque ellos me consideren una *don nadie*. ¡Ha llegado la hora de que sepan lo que es el sufrimiento!

Me contempló en silencio, así como los demás que ya habían bajado. Lo único que se oía era mi respiración jadeante, que parecía mover el poco aire que corría ahí dentro.

—Ahora entiendo por qué Hester te mantuvo a su lado.

Asentí, nerviosa, sin apartar la mirada.

—En ese caso, empezaremos. No tenemos tiempo que perder. Usted hará la primera —el hombre sonrió, dejando ver todos sus dientes, y luego se dirigió a otro, de aspecto más refinado, como si desentonara con el resto—. Señor Somerset, proceda.

El aludido sacó un monóculo del bolsillo de su abrigo y se acercó a la mesa mientras extraía unos papeles de un maletín.

—Por favor, deben tener sumo cuidado al manipular los ingredientes. Como saben, la pólvora es de lo más sensible a cualquier rozamiento, así que, si no quieren que salgamos todos por los aires, les recomiendo que los traten como a una dulce mujer en la cama.

—Mi mujer se incendia con solo tocarla, así que tendré cuidado —dijo uno, a lo que los demás respondieron con unas risas.

—¿Se cree que esto es un juego, señor Clayton? Esto que hacemos es por ellas, por esa mujer a la que incendia y su hija, así que haga el favor y compórtese.

Por lo que pude ver en su interacción, parecía que el extraño, del cual aún no sabía su nombre, era el cabecilla, sí, pero al que de verdad temían era ese tal Somerset. Me fijé en su abrigo y en los puños de su camisa al quitárselo, así como en el reborde de ese monóculo. Él pertenecía a la alta sociedad, estaba segura. Esos estúpidos no tendrían los estudios necesarios para saber cómo se fabricaba una bomba.

—Bien. Necesitaremos mezclar un setenta y cinco por ciento de salitre con quince de carbón y diez de azufre. Insisto: procedan con cuidado.

—¿Y cómo sabemos cuánto es eso? —soltó otro.

El señor Somerset soltó su monóculo de golpe, y este colgó de la cadena de un lado a otro con violencia.

—¿De verdad cree que se puede trabajar con ellos? —soltó.

—Por supuesto, confíe en mí —contestó el otro.

Somerset resopló y nos miró uno a uno.

—Usted, acérquese —tomó mis manos y las examinó con detenimiento—. ¿Costurera?

—Sí, señor.

—Bien. Pues maneje esto como si fueran miles de alfileres. He visto que se ha hincado unos cuantos. Conoce la sensación, ¿verdad? Si algo falla, esa sensación se multiplicará por cien. Quién sabe, podría hasta perder las manos.

—Puedo hacerlo —repliqué, sin saber de dónde había salido esa seguridad.

—Usted, saque la báscula.

Un muchacho se acercó, y no pude evitar que la tristeza me invadiera. Ese joven no tendría más de quince años. La expresión de su rostro me recordó a la mía propia cuando estaba aterrada frente a los castigos de la señora Quirk.

—Con los materiales que hemos conseguido, podremos hacer no más de ochenta kilos. Si todo sale bien y conseguimos colocarlo en lugares estratégicos, podremos derrumbar ese lugar sin error.

—¿Consiguió los planos? —dijo el extraño mientras se frotaba las manos.

—¿Acaso lo dudaba? —el hombre le dio una palmada en la espalda, pero Somerset respondió con el rostro endurecido.

—Escúcheme bien, porque no se lo repetiré más veces. Haremos kilo a kilo, para que el riesgo sea menor aquí abajo en caso de que algo salga mal. Debe pesar setecientos cincuenta gramos de salitre...

—Ciento cincuenta de carbón y diez de azufre, sí.

Somerset sonrió y dio un toque a mi barbilla, como si aquello fuera una compensación para mí.

—Siempre lo he dicho: las mujeres que piensan son peligrosas. ¿Lo es usted?

Estaba claro que el hombre provenía de buena familia, y era lo bastante atractivo como para encandilar a quien quisiera. Sin embargo, se me escapaba el motivo por el cual alguien como él haría esto. ¿Qué beneficio obtendría de todo aquello?

—¿Me está preguntando si soy inteligente o si soy peligrosa? En cualquier caso, dejaré que lo juzgue usted mismo.

Abrí el primer saco, apreté los dientes y mantuve la mirada fija en lo que tenía que hacer. Lo que ellos no sabían era que no iba a permitir que esos malnacidos hicieran daño a Cedric. Y mientras cumplía las órdenes de ese hombre, ganaría el tiempo suficiente para pensar en cómo detener su plan. Si algo tenía claro, era que debían transportar ochenta kilos de una sustancia peligrosa hasta Londres esa misma noche, si querían llegar antes del día siguiente. Quizá una pequeña chispa haría que todo estallara por el camino, en un lugar apartado, sin más víctimas que ellos.

Las horas pasaron y, con el sol a punto de esconderse, escuché a alguien gritar mi nombre, no muy lejos del cobertizo.

—Vamos, tienen que terminar ya. No podemos manipular esto bajo la luz de las velas. ¡Deprisa!

Resoplé al ver que nadie más la había escuchado tras las instrucciones del cabecilla, pero la voz, insistente, se hizo más cercana y pude reconocerla: era Jimmy.

—¡Lily! ¡Por Dios, contéstame! ¡¿Dónde demonios estás?!

Quise gritarle que corriera, pero eso me delataría. Tenía que haber otra forma.

—Déjeme salir. Lo alejaré de aquí —sugerí a Somerset.

—¡Ni hablar! —intervino el cabecilla.

—Déjela salir. Es lo mejor —para mi sorpresa, Somerset no se opuso.

—Pe... pero...

Sacudí mis manos en el delantal, tomé mi bastón y salí. Tenía las piernas entumecidas de estar tanto tiempo de pie. Atravesé los

arbustos, luego los rosales, y me encontré con Jimmy, que me miró con extrañeza.

—Lily... ¿qué...? No te encontraba y... ¿por qué tienes las manos negras?

—Jimmy, márchate, por favor. Solo estaba... estaba arrancando los rosales de Hester. Me he acordado de todo el daño que me hizo y necesitaba desahogarme.

En dos pasos se acercó a mí y alzó el mentón como si acabara de olisquear algo, como un cachorro.

—¿A qué huele?

—Jimmy, tienes que marcharte.

—Espera... ¿he oído voces?

—Jimmy, por favor. —Apreté los dientes. ¡¿Por qué demonios nunca me hacía caso?!

—¿Estás en peligro? Mi padre me dijo que quizá esos hombres habían vuelto y...

Jimmy me apartó y se acercó a los rosales.

—¡Jimmy, no! —chillé.

En ese momento, dos hombres aparecieron por los laterales y lo derribaron tras darle un puñetazo.

—¡Por favor, dejadle! Él no sabe nada. ¡Soltadle!

—Atadle y llevadle a su casucha. Que no se os olvide que nuestra venganza no es contra esta gente —intervino Somerset—. Encerradlos, a él y a su anciano padre. No creo que hagan nada. De hecho, no creo que se despierte de la paliza que le han dado.

—¿Cómo sabe lo de su padre? ¿Cómo sabe...?

—Estos, señorita, serán unos brutos, pero yo trabajo con elegancia. Desde las sombras. ¿Cree que mandaría a fabricar unas bombas sin conocer el lugar de cabo a rabo y a sus habitantes? Ahora me ha hecho dudar de su inteligencia.

Su sonrisa me hirvió la sangre y su frialdad me trastocó. Ese hombre parecía carente de toda emoción. Era inhumano, como un vampiro de esas novelas góticas que, a veces, le robaba a la señora Bramwell para que Thomas nos las leyera por la noche y acabáramos todos aterrados.

—Sigue trabajando. Los muchachos ya han empezado a cargar el carruaje. Sujétese, le ayudo a bajar.

El hombre me arrebató el bastón y lo tiró a un lado.

—Prefiero hacerlo sola.

—Como quiera.

Bajé el primer escalón con dificultad, y de repente sentí un empujón en la espalda que me lanzó al vacío. Como si el tiempo se detuviera y mi mente se escapara de mi cuerpo, mi mundo giró. Agité los brazos tratando de aferrarme a algo, pero solo encontré aire. Al final, mi rostro impactó contra la dureza del suelo empolvado por todos esos ingredientes peligrosos. Unas lágrimas silenciosas se escaparon de mis ojos como ladronas en la noche, y al aspirar ese polvo comencé a toser sin parar.

—Miradla, ahora no parece tan fiera —soltó uno.

Giré la mirada y pude ver la silueta del señor Somerset sobre las escaleras.

—Encerradla aquí —ordenó—. Cuando todo esto termine, ella misma querrá quitarse la vida.

Todos se marcharon, menos el cabecilla, que se acercó a mi lado y se agachó.

—¿Pensabas que nos habíamos tragado todo ese teatro? Eres buena, lo reconozco, pero tu temblor no pasó desapercibido. ¿Creías que no sabía que correrías a salvar a ese noblecito?

Chasqueó la lengua un par de veces.

—Ah, y... gracias por la ayuda.

Vi sus pasos alejarse y, finalmente, escuché su chirriante risita apagarse hasta que la puerta se cerró.

Me quedé inmóvil, con los ojos cerrados y las lágrimas secas sobre las mejillas. Cualquiera que me viera pensaría que había muerto, que mi alma había abandonado el cuerpo. Algunos se preguntarían cómo había llegado a esa situación, y a otros sin más, les daría igual. Me levantarían, me sacarían de allí, amortajarían mi cuerpo —Jimmy y el señor Brown se ocuparían de eso— y luego me enterrarían, lanzando más y más tierra sobre mi desgraciado cuerpo, porque lo más probable era que no tuviera ni un mísero ataúd.

***

Abrí los ojos y respiré con dificultad. No sé durante cuánto tiempo había aspirado esos polvos ni cuánto había permanecido allí, tirada como una muñeca de trapo, sin embargo, en cuanto los primeros rayos de sol se colaron por las rendijas de la puerta, supe que la noche había pasado.

De nuevo lloré. ¿Podía luchar más? ¿Podría hacerlo? Una mirada azul apareció ante mí y luego una sonrisa. Intenté alcanzarla, tocarla, pero justo cuando iba a llegar, esta desapareció.

—Cedric —mi voz era ronca—. Cedric...

De repente, mi corazón palpitó con fuerza. Pude sentirlo en mis costillas, en mis oídos, hasta en mis ojos.

—¡Cedric!

Apoyé mis manos en el suelo en el que yacía y me impulsé hacia arriba. Me dolían los codos, las rodillas, y un poco la cadera; mi pie estaba algo hinchado. Todo el dolor se hizo presente en mí. Solté un quejido al levantarme y tosí con la garganta seca.

—Cedric...

A gatas, conseguí subir por las escaleras. Golpeé la puerta con todas mis fuerzas mientras gritaba, gritaba por ayuda, por Jimmy, por el señor Brown. Pero nadie venía, nadie me oía.

Desesperada, lloré. Apreté las manos contra mi vestido, retorciendo mis telas entre ira, tristeza e impotencia.

De nuevo tosí, y pensé en la señora Hester, en aquella tos que la acechó hasta su muerte. Al estar en este cobertizo, con esas mujeres, mientras preparaba los ingredientes, haciendo polvo de ello... lo único que había conseguido era que su condición empeorara. Y su muerte.

—Ingredientes... polvo —esos pensamientos me llevaron a uno mucho más útil.

El señor Somerset había dicho que ese polvo negro era muy sensible. Había visto salir pequeñas chispas si se comprimía entre superficies rugosas o se golpeaba con fuerza contra el suelo.

Si pudiera… si tan solo pudiera…

No tenía tiempo para dudar. Debía avisar a Cedric. Si no salía, si fallaba, él…

Bajé de nuevo, con cuidado de no apoyar demasiado el pie, y me puse a buscar restos de pólvora.

«No puedo fallar», me repetí una y otra vez.

Los sacos estaban casi vacíos, pero entre los pliegues aún quedaban restos. Con las manos temblorosas, recogí todo lo que pude y lo junté en la palma. Apenas un puñado. ¿Sería suficiente? No lo sabía, pero debía serlo. Tenía que serlo.

Con dedos firmes, traté de calcular las proporciones y lo mezclé todo lo mejor que pude. Arranqué un trozo de mi vestido e hice un saquito improvisado. No sabía cuán potente sería la explosión, pero Somerset había dicho que para volar aquel salón necesitaban ochenta kilos. Yo apenas tenía un puñado. Pero no necesitaba volar los *Assembly Rooms*. Solo abrir una puerta.

Busqué entre los restos hasta encontrar trozos de mecha deshilachada. Sola no serviría. Ellos la habían untado con grasa. Lo recordaba. Con dedos pringosos, impregnados de sudor y polvo, cubrí bien la mecha y la introduje en el saquito. Ahora solo necesitaba fuego.

Mi mirada recorrió la mesa. Tenía que pensar rápido. Herramientas, clavos, astillas… y entonces lo vi. Un pedernal. Junto a él, un eslabón de acero.

Los agarré con manos indecisas y me arrodillé en el suelo. Acerqué el pedernal al eslabón y golpeé con fuerza cerca de uno de los sacos que había rasgado.

Nada.

Golpeé de nuevo, con más rabia. ¡Tenía que funcionar!

Una chispa saltó. Otra más. Luego, una pequeña brasa brilló en la tela.

«Gracias a Dios».

Soplé con cuidado para avivarla, hasta que empezó a humear. Todo ese lugar podría salir ardiendo con un movimiento falso. Cogí una astilla de madera que había impregnado de grasa, como las que usábamos para encender las velas, y la acerqué. La llama nació tímida y luego creció con rapidez.

Lo había logrado.

—¡Lo he conseguido! —me animé.

Pero entonces sentí el calor en la pierna.

El fuego había alcanzado el borde de mi vestido.

—¡No! No, no, no...

Sacudí la tela con desesperación, sofocando las llamas justo a tiempo. El alivio fue fugaz. Y aunque el miedo me trastocó, sabía que no había tiempo para eso.

Sin perder un segundo, aseguré mi bomba a una de las bisagras y prendí la mecha.

Bajé los escalones demasiado rápido, todo por el miedo a que la explosión me alcanzara, nublara mis sentidos e impidiera que saliera de allí ilesa. Tropecé en el último peldaño y caí de bruces. Mis manos, ahora raspadas por la piedra, dolían, pero no importaba. La urgencia que nacía en mi interior era mayor. Tenía que moverme.

Me arrastré tras la estantería y me tapé los oídos.

—Por favor, funciona… por favor…

Un estruendo que no tardó en llegar me sobresaltó. Abrí los ojos entre el polvo y el humo y vi la luz. ¡Media puerta había volado! Lloré de nuevo entre felicidad y angustia y me abrí camino. Una vez logré salir de allí, con todo el cuerpo dolorido, respiré una bocanada de aire limpio que solo logró provocarme otro ataque de tos. Tragué saliva y restregué mis ojos llorosos, que ahora ardían por la luminosidad del ambiente. Cuando al fin pude ver con claridad, distinguí mi bastón, partido por la mitad.

—¡Ni siquiera me dejáis esto! —grité llena de rabia—. ¡No puedo más! —mi voz se rompió—. No es así como acaba esto. ¿¡Me oís!? ¡No permitiré que acabe así!

Grité de ira. Toda esa ira que había contenido durante tantos años salió de golpe. Sentía que sería capaz de todo, y mataría al que se me pusiera delante. Se prendió tal fuego en mí que el dolor había sido sustituido por rabia. Nadie me detendría.

Esquivé los arbustos, los rosales y llegué a casa de Jimmy. Grité su nombre y unos jadeos me contestaron. Seguí el sonido y me encontré al padre y al hijo maniatados y amordazados.

—Lo siento, lo siento tanto. Esto ha sido mi culpa —contuve mis lágrimas.

—Le dije que tuviera cuidado con ellos —dijo el señor Brown.

—Ellos… ellos van a hacer algo terrible. Ayúdenme, por favor. Necesito que me ayuden.

Y esa fue la primera vez que les pedí ayuda. No hubo reproche. No hubo duda. Después de que les contara lo que esos malnacidos iban a hacer, se pusieron manos a la obra.

—Primero, tiene que cambiarse. Si llega así, no la escucharán.

23. Cedric

—Estás despampanante —dijo Cecil, que permanecía agarrada a mi brazo.

—No lo sabes —respondí.

—Claro que lo sé. Tengo un oído muy agudo y puedo escuchar los suspiros de todas las señoritas por las que pasamos. Ahora que tu prometida te ha abandonado, deben de estar ilusionadísimas por tener una oportunidad.

La miré con inquina. Sabía perfectamente cómo me haría sentir su mordaz comentario.

—A veces eres cruel.

—Solo digo la verdad. Todo cambiaría si supieran que tu corazón ya no te pertenece.

—Sir Murray, qué sorpresa verle por aquí. Lo hacía en una de sus excursiones exóticas.

El brazo de mi hermana se tensó en el mío y pude ver con claridad cómo, de repente, le costaba tragar.

—Relájate, hermanita. Él no está aquí.

Ella detuvo su andar.

—¿Qué? ¿Me tomabas por estúpido? Tenía mis dudas, pero acabas de confirmarlas. Sabes que padre no lo permitirá, ¿verdad?

—Eres despreciable.

—Solo digo la verdad.

Mi hermana me dio un codazo y sonrió.

—Yo me enfrento a padre, no como otros.

—Cecil...

—Lord Elford, estamos esperando eso tan importante que tenía que decirnos.

El grupo de inversores se había acercado a mí como una manada de lobos hambrientos. Estaban dispuestos a despellejarme,

a comerme vivo. Lo que no sabían era que yo había cambiado. No pensaba esconderme tras la sombra de mi padre nunca más.

—Hermana... —le di un beso en la mano y la encaminé hasta la doncella que siempre la acompañaba—. Espero que escuches cómo, por primera vez, digo lo que pienso alto y claro.

—No está en mis planes perdérmelo.

Ella me dio un beso en la mejilla y se alejó lo suficiente para no molestar, pero lo bastante cerca como para escuchar.

—Señores, sé que todos ustedes han oído hablar de los problemas recientes.

—Por supuesto, hijo.

Mi padre se acercó por detrás y noté el peso de su mano sobre mi hombro. Estuve a punto de detenerme, de achantarme y cerrar la boca. Pero pensé en Lily, y en el coraje que me había demostrado que poseía, a pesar de haber crecido escuchando toda su vida que no valía nada. Aclaré mi garganta, aparté el agarre de mi padre y continué.

—Los luditas están enardecidos, las fábricas están siendo atacadas y muchos de ustedes han exigido más despidos y seguridad. Pero yo les pregunto: ¿qué ocurre si, en lugar de luchar contra la marea, aprendemos a navegar en ella?

El más cercano a mi padre sonrió con condescendencia.

—Con todo respeto, milord, no estamos aquí para debatir filosofía. Necesitamos resultados. ¿Cómo propone que evitemos que nuestras máquinas sean destruidas?

Miró a los demás con diversión en los ojos. Todos ellos, unos viejos carcamales que me examinaban como si aún tuviera cinco años.

—No se trata solo de proteger la maquinaria, lord Somerset, sino de hacer que funcione mejor. La solución no es reemplazar a los trabajadores, sino integrarlos en un sistema combinado que fusione la eficiencia mecánica con la destreza humana.

—¿Integrarlos? —otro resopló—. ¿Es decir, mantenerlos? ¿No es precisamente eso lo que nos impide maximizar ganancias?

Los otros dos, que solían dejarse llevar por la opinión popular, asintieron.

—No, si lo vemos desde otra perspectiva —insistí, mientras mi padre me fulminaba con la mirada—. Las fábricas que dependen al completo de las máquinas producen telas más baratas, sí, pero no necesariamente de mejor calidad. Yo mismo lo he visto en Sudbury: errores en la tensión del hilo, irregularidades en las tramas, desgaste desigual… todo eso afecta el producto final. Ahora imaginen nuestras telas como un símbolo de excelencia: un tejido que no solo sea eficiente de producir, sino también impecable.

Esta vez capté su atención. Sus rostros se transformaron: ya no había mofa, sino curiosidad.

—¿Y cómo pretende lograr eso? —intervino de nuevo Somerset

—Implementaremos un sistema de turnos escalonados. En lugar de despedir a cientos de obreros, los distribuiremos en diferentes funciones. Algunos operarán y supervisarán los telares mecánicos, otros trabajarán en los acabados, y los más experimentados se encargarán del control de calidad. De este modo, nuestras telas no solo serán más consistentes, sino que podremos garantizar una calidad superior que otras fábricas no podrán igualar.

—¿Y qué demonios ganamos con eso? —esta vez fue mi padre quien intervino. Me estaba poniendo a prueba, lo sabía.

—Exclusividad —dije tajante—. Podremos vender nuestras telas a un precio superior porque tendrán un valor agregado: la garantía de calidad que otros fabricantes, obsesionados con la producción en masa, no podrán ofrecer. Las telas de las fábricas Elford serán sinónimo de perfección.

—¿Y los trabajadores? ¿Cree en verdad que aceptarán esto sin problemas? —dijo otro.

—No será fácil, lo reconozco. Pero si los despedimos, se unirán a los disturbios. Si les damos una alternativa realista, muchos la aceptarán. Y aquellos que no lo hagan… no podrán evitar ver que quienes se adapten conservarán su sustento.

—Y si fallamos, perderemos dinero —dijo mi padre.

—Y si no hacemos nada, lo perderemos todo —lo encaré—. Esta no es solo una cuestión económica, sino de supervivencia. La

diferencia entre quienes prosperarán en esta nueva era y quienes quedarán en el olvido será la capacidad de adaptarse.

Un silencio tenso se apoderó de nuestro círculo mientras se miraban unos a otros.

—Admito que es una estrategia más inteligente que una guerra abierta contra los trabajadores… Y si conseguimos vender nuestras telas como las mejores del mercado, podríamos compensar cualquier costo adicional.

Tenía a Somerset en el bote, y eso solo significaba que el resto lo apoyaría.

—Necesitaremos pruebas —agregó mi padre. Esa vez, en su mirada hallé algo diferente.

—Las tendrán. En cuanto implementemos la primera fase de mi plan, podrán ver los resultados por ustedes mismos.

Los inversores asintieron mientras se miraban, como si no hicieran falta las palabras para llegar a un consenso.

—Muy bien, lord Elford —dijo Somerset mientras alzaba su copa. Sorpréndanos.

Algo le pasaba a ese hombre, estaba receptivo, al contrario de la mayoría de veces, tenía la extraña sensación de que, aunque hubiera aceptado, mis palabras habían sido aceptadas como lo serían las de un tonto.

Todos se marcharon excepto mi padre. Me tomé un tiempo para respirar. Esperaba no haberme dejado nada en el tintero, pero creo que había sido bastante específico y había conseguido hacer llegar mis ideas sin titubear.

—¿Se te ha ocurrido a ti o alguien más es el cerebro y tú solo el portavoz con dinero?

Mi padre, invadiendo mi espacio como solía hacer para imponerse, clavó su mirada en la mía.

—Su confianza en mí es desoladora. Lo que no sé es cómo he conseguido aguantarle durante toda mi vida. Ahora, si me disculpa.

—Cedric —me detuvo—, estoy orgulloso. Por fin has hecho algo que...

—Me es totalmente indiferente lo que piense. De hecho, su orgullo

no significa nada para mí. Y, por cierto, aún no se lo he dicho, pero creo que voy a casarme.

El rostro de mi padre hirvió en furia y, antes de que estallara sobre mí, Cecil se aferró a mi brazo.

—¿Bailamos?

—Será un placer.

Mi padre apretó los puños y por poco no dio un pisotón que habría logrado atravesar el suelo. Me sentía bien. Extraño, pero bien. Era la primera vez que dejaba a mi padre con un insulto bailando sobre los labios y la ira en los ojos. Esta vez no lo escucharía. Por primera vez había perdido el temor.

Mi hermana, como solía hacer, colocó sus pies sobre los míos, lo que me trajo recuerdos.

—Me apetece bailar, pero no tropezarme —dijo ella.

—¿Y para qué están los hermanos, si no? —sonreí.

—¿Y bien? ¿Lo sientes? El ritmo acelerado de tu corazón al enfrentarte a padre.

—Sí, me siento incluso un poco más vivo.

—Lo sé. Para mí es un entretenimiento de riesgo, pero la sensación merece la pena.

—Eres de lo que no hay. —De nuevo, sonreí.

—Me gusta esa Lily. Veo que te ha enseñado lo que vales. Cualquier persona que haya ayudado a mi hermano a creer en sí mismo me tiene de su parte sin dudarlo. ¿Qué harás ahora? ¿Ir a por ella?

—¿Ahora? ¿No te parecían secundarios los asuntos de mi corazón?

—Creo que has conseguido convencer a esos mequetrefes y has marcado terreno. Ahora hay que ocuparse de otros asuntos. Una cosa no riñe con la otra.

—Pero antes...

—Antes necesitabas un empujón de hermana mayor. Tenía que ser tajante. Espera, detente.

—¿Qué sucede?

—Alguien grita tu nombre.

Miré a mi hermana por si era una de sus bromas, pero su semblante estaba serio. Dejé de bailar y traté de distinguir las voces entre la multitud del salón. Cecil tenía razón: alguien me llamaba.

Miré a mi alrededor y, como si la música se detuviera y los murmullos se apagaran, la vi.

Era ella.

Llevaba el vestido azul que había usado en Navidad, pero su rostro… su rostro estaba pálido, pintado de miedo. Tenía un corte en la mejilla, una herida violácea bajo el ojo. Algo dentro de mí se tensó con brutalidad.

Ella avanzaba entre los invitados, los tomaba del brazo, los detenía, les hablaba con urgencia. Algunos se sobresaltaban, otros apenas reaccionaban, pero a su paso el ambiente se cargaba de una inquietud cada vez más palpable.

Me giré en busca de la doncella de mi hermana.

—Llévala afuera —le dije, entregándole a Cecil—. Salid ahora mismo. Algo no anda bien.

—Sí, milord —respondió sin hacer preguntas.

—¿Es ella? —preguntó Cecil con la voz temblorosa.

—Sal de aquí —le di un beso en la mejilla y la empujé con suavidad para que comenzara a andar—. Ahora.

***

Mis pies avanzaron antes de que pudiera ordenarles lo contrario. Cada paso pesaba más que el otro. A mi alrededor, todo pareció ralentizarse, todo se tornó irreal. El repiqueteo de los violines quedó en silencio, las velas parpadeaban como si el tiempo pudiera quebrarse y una mala sensación se instaló en mis huesos.

Lily y yo nos encontramos con la mirada.

Vi su pánico. Vi cómo sus labios se abrían, pero no salía sonido. Tragó saliva, desesperada, y volvió a intentarlo.

—Corre… —Su voz fue apenas un hilo de aire.

Fruncí el ceño.

Entonces, con un último esfuerzo, como si rasgara su propia garganta, gritó:

—¡Corre!

—¡Tiene razón! —El grito vino de otro lado del salón—. ¡Lo he visto con mis propios ojos, este sitio volará en mil pedazos! ¡¡Salid!! ¡¡Salid ya!!

La reacción no tardó en llegar. Gritos. Caos. Una estampida humana desató el infierno. La calma se rompió con un estruendo de sillas volcadas, copas estrellándose contra el suelo y mujeres que sujetaban sus faldas para correr. La presión de cuerpos en todas direcciones hizo crujir las paredes del salón, y la elegante velada se convirtió en un campo de batalla.

Lily se volvió en el instante en que alguien la empujó sin querer.

La vi caer.

—¡Lily!

Intenté alcanzarla. Me lancé contra la multitud, apartando brazos y cuerpos que me cerraban el paso. Pero la corriente era más fuerte. Una ola de personas aterrorizadas me empujó hacia atrás.

—¡Déjenme pasar!

Nadie me escuchó. Nadie me vio. Cada uno luchaba por su propia vida.

Codos, piernas, espaldas, rostros difusos… La presión me asfixiaba. Intenté avanzar, pero una nueva oleada me arrolló.

—¡Lily! —rugí con furia. La impotencia que sentí me llenó de ira.

Me estiré con desesperación, pero lo único que encontré fue el vacío. La habían arrastrado lejos de mi vista. Ella ya no estaba.

Alguien me empujó con tanta fuerza que perdí el equilibrio y choqué contra una columna. El dolor punzante en mi costado no me detuvo. Recibí otra embestida y tambaleé.

Una mano me sujetó del brazo y tiró de mí con fuerza.

—¡Sal ya, maldita sea!

—¡No! —Me zafé del agarre de Edmund, me aferré a la columna y busqué su rostro entre la multitud—. ¡Lily!

No la vi. ¡No la veía! Un escalofrío de terror me recorrió el cuerpo cuando un nuevo golpe en la espalda me arrancó un gruñido y me sacó el aire de los pulmones. Mi visión se tornó borrosa. Noté

las puertas del salón cada vez más cerca, aunque yo no caminaba: era la marea humana la que me arrastraba.

El aire fresco de la noche azotó mi cara y de pronto, un estallido sacudió el suelo.

Mi mundo entero se iluminó con una luz amarilla con destellos plateados y fulminante.

Luego, llegó el estruendo. El rugido de la explosión me golpeó como una ola imparable, y todo se volvió un torbellino de fuego, humo y polvo.

Tosí con dificultad y empujé el cuerpo de mi amigo, dispuesto a entrar de nuevo.

—¡Has perdido la cabeza! —dijo él desde el suelo, aún aturdido por el estallido—. ¡El sitio va a desmoronarse en cualquier momento!

Me incliné hacia adelante, dolorido, como si eso me ayudara a respirar mejor. Un pitido agudo me ensordecía, como si el estruendo de la explosión se hubiera quedado atrapado en mi cráneo. La calle estaba sumida en el caos.

Un humo espeso se alzaba en columnas negras, como espectros en la noche. Trozos de madera y cristales cubrían el suelo. Mujeres lloraban, muchos temblaban. Los caballos de los carruajes relinchaban asustados, golpeaban el suelo con sus cascos e intentaban librarse de sus riendas. Hombres cubiertos de polvo y hollín se tambaleaban, algunos con la ropa hecha jirones, otros con la piel sangrante.

Las llamas trepaban por los restos del salón, iluminando con destellos anaranjados los rostros desencajados de los que habíamos logrado salir ilesos.

Pero yo solo tenía un pensamiento: Lily.

Me erguí con esfuerzo y di un paso hacia las puertas destrozadas.

—¡Maldita sea, Cedric! —rugió mi amigo al ver mi intención—. ¡No puedes entrar ahí!

—No pienso dejarla dentro. Ella está allí.

—¡El techo puede ceder en cualquier momento!

Ya no lo escuchaba. No quería hacerlo.

Corrí hacia las ruinas. La entrada se había convertido en un amasijo de escombros. Las vigas rotas formaban un laberinto difícil de atravesar. El calor me golpeó de lleno, secó mi garganta. Tosí y entrecerré los ojos, buscando entre el polvo y la ceniza.

—¡Lily!

Mi voz se perdió en el crepitar de la madera que ardía.

Me adentré más.

Hallé figuras que se movían entre el humo. Algunos heridos, otros ayudando a los que no podían caminar. Rostros desconocidos, desesperados. Pero no el suyo.

—¡Lily! —volví a gritar, con la agonía instalada en mi garganta.

Nada.

Un golpe seco retumbó en lo alto y una de las lámparas del salón, aún colgando de una viga, cayó a pocos metros de mí. El suelo tembló y los cristales se esparcieron en todas direcciones. Me quedé paralizado como si ya no hubiera nada que pudiera hacer.

Un brazo me sujetó con fuerza.

—¡Salgamos de aquí antes de que quedemos enterrados!

No tuve fuerzas para resistirme. Me empujaron hacia la salida. El aire fresco chocó contra mi piel y, por primera vez, sentí lo cerca que había estado del infierno. Llevé mis manos a la cara con desesperación, derrumbado, con la tristeza instalada en mi pecho, hasta que giré la cabeza en todas direcciones, como un gesto de última esperanza, buscando con el corazón a punto de estallar.

Y entonces la vi.

Su vestido azul estaba desgarrado y cubierto de polvo. Tenía un corte en la frente y la piel manchada de sangre y hollín. Se abrazaba a sí misma como si intentara protegerse de todo aquello que la rodeaba.

Pero lo peor no era su estado. Era la multitud a su alrededor. Algunos la señalaban. Otros gritaban.

¿Qué demonios…?

Me acerqué con pasos firmes hasta que una voz me detuvo.

—¡Fue ella! ¡Ella lo sabía!

—¡Maldita bruja, nos ha llevado a la muerte!

—¡Que la atrapen, que no escape!

Lily retrocedió asustada, con la respiración entrecortada.

Algo dentro de mí se rompió al verla así. Y en un instante, el dolor, la fatiga, la confusión, todo desapareció. Solo quedó la rabia.

Caminé hacia ellos con la mandíbula tensa y los puños cerrados.

—¡Apartaos de ella! —espeté.

—Señor magistrado —vi a Somerset acercarse lentamente como una alimaña. Llamó mi atención que no tuviera ni un rasguño, ni siquiera parecía haberse movido un solo cabello de ese ridículo peinado—. Sin duda, es ella la culpable.

—¿Qué está diciendo? —dije, a punto de arrancarle el gaznate, por muy inversor clave que fuera para llevar a cabo mi idea.

—Le advertí que había una muchacha inteligente entre los luditas, capaz de desencadenar el desastre. ¿Qué más pruebas necesita, además de esas manos?

Lily escondió sus manos tras la espalda y faltó poco para que la tomara en volandas y la alejara de allí.

—Lord Elford, aléjese de ella —dijo el magistrado.

—Esto es una estupidez. Ella nos salvó a todos —expliqué con toda la calma que pude. Si algo había aprendido de mi padre, quizá lo único útil, es que al elevar la voz se perdía la razón en muchas ocasiones.

—Señorita, muéstreme sus manos.

Lily me miró y sus lágrimas brotaron de sus ojos. Sus dientes castañeaban y su pecho subía y bajaba a una velocidad anormal. Estaba aterrada.

—No tienes por qué hacerlo —solté en un intento de serenarla.

—De hecho, sí. Sabe que soy el responsable de investigar crímenes y esto lo es. Sabe lo bastante de leyes como para entender que tengo el poder de interrogarla.

—No aquí. No frente a todos.

—¿Qué mejor manera de hacer justicia? Londres se merece saber —intervino Somerset—. ¿Tengo razón, magistrado?

—Acabemos con esto de una vez —el magistrado se acercó a Lily y extendió su mano para que ella le ofreciera las suyas.

Lily me miró para que no interviniera, y aunque todo mi interior me pedía lo contrario, tuve que contenerme. Ella extendió sus manos y el magistrado las tomó. Las examinó un momento, las giró y luego se inclinó para olerlas. Mi cuerpo se tensó ante ese gesto. Cuando creía que no podía contenerme más, él se apartó.

—En efecto, el color de sus manos me indica que ha manipulado pólvora, y el olor que desprende no es otro que el de azufre. Muchos de los presentes sabemos que puede generarse dicha combinación —el magistrado se sacudió las manos en su pantalón y le dio la espalda a mi Lily—. Llévenla a Newgate.

—¿A Newgate? No, por favor, a Newgate no. —Lily se dejó caer de rodillas, se cubrió el rostro con las manos y lloró.

Por el amor de Dios… ¿cómo había terminado envuelta en esta situación?

24. Lily

A lo largo de mis años había vivido en condiciones horribles, espantosas, pero nunca había estado tan asustada como esa noche. Mi estómago se retorcía y la garganta parecía ahogarme; sentía la piel fría, como si una araña la recorriera. Mi corazón ahora se había caído a mis pies. Al escuchar lo peor que cualquiera en mi situación pudiera oír, perdí toda esperanza. *Newgate*. Aquel nombre pesaba más que una maldición.

Las voces a mi alrededor se volvieron ecos lejanos, susurros de un mundo del que ya no formaba parte. Aunque Cedric estaba a mi lado, no podía verle. No era capaz.

Dos hombres me sujetaron de los brazos y me levantaron a la fuerza. Apenas habíamos dado un paso y él se lanzó contra ellos.

—No permitiré que se la lleven. ¡Soltadla!

Hubo golpes, puñetazos y gruñidos de esfuerzo. Pero toda lucha sería en vano.

Bajé la cabeza; las lágrimas nublaron mis ojos al ver a otros tres hombres abalanzarse sobre él. Me resistí, pataleé, intenté volver, pero fue inútil. Me arrastraron lejos mientras la lucha se perdía tras de mí.

Cedric estaba vivo. Eso era lo único que importaba.

Me repetí esas palabras una y otra vez, como un rezo para no derrumbarme. Había sobrevivido. Lo había conseguido.

—Regla número uno —una voz gélida sonó a mi espalda mientras uno de los hombres abría la puerta del carruaje—: nunca subestime a su enemigo. ¿Creía que no contaba con su huida? ¿A quién habría culpado si no?

El vello se me erizó cuando Somerset se alejó con pasos tranquilos. Ese diablo lo había calculado todo. Me había usado y ahora yo era quien pagaría el precio.

No sé cuánto duró el viaje. Cada traqueteo del carruaje me acercaba más a mi destino. No necesitaba ver el exterior para saber que habíamos llegado. Lo supe en cuanto mi pecho se oprimió con un presentimiento oscuro.

Newgate.

La peor prisión de Londres me recibió imponente y sin piedad. En el instante en que los guardias me arrastraron hasta sus puertas, un escalofrío me recorrió la espalda. No era solo el frío de la noche londinense ni el temblor en mis huesos por la conmoción. Era otra cosa… como si el mismo aire supiera que nadie salía de allí siendo la misma persona.

El chirrido de los cerrojos al abrirse me erizó la piel. El hedor a sudor, orina y desesperación me golpeó antes de que pudiera reaccionar.

—Adentro —gruñó uno de los guardias tras empujarme.

Tropecé, pero me sostuve antes de caer. El suelo de piedra estaba húmedo y pegajoso bajo mis zapatos. Alcé la mirada y me encontré en un pasillo iluminado solo por algunas lámparas de aceite que proyectaban sombras largas en las paredes.

Las celdas a los lados, estaban llenas. Cuerpos amontonados en rincones oscuros, mujeres envueltas en harapos, algunas con la mirada vacía, otras observándome como si supieran que era carne fresca en aquel lugar. Un murmullo de susurros y risas ásperas me siguió mientras caminaba.

—Mírala, toda bien vestida… no por mucho tiempo.

—Seguro tiene dinero.

—¿Qué ha hecho la muñeca bonita para acabar aquí?

Me mordí el labio. No iba a mostrar miedo. No podía. Esos lugares, al igual que St. Joseph, se regían por la ley de los más fuertes.

Una celda se abrió con un chirrido agudo. Me empujaron dentro, la puerta se cerró con estrépito y el sonido del candado selló mi porvenir.

Miré en torno a la celda, asustada, helada, y el rincón más oscuro de la celda se movió. No estaba sola.

—Bienvenida a Newgate —susurró una voz rasposa.

El pánico anudó mi pecho.

—¿Qué tenemos aquí? ¿Una princesita?

Otras dos mujeres aparecieron de las sombras y rieron mientras me examinaban de pies a cabeza.

—Esas telas… tienen pinta de ser calientes, ¿verdad, muchachas?

Las tres mujeres se acercaron a mí y, como si la pared pudiera engullirme para escapar, me pegué a ella todo lo que pude.

—Por favor, soy como vosotras. No me hagáis daño.

—¿Como nosotras? —una carcajada retumbó en las cuatro paredes—. No, querida. No eres como nosotras.

La primera se acercó a mí y olió mi cabello. Se alejó con un aspaviento y escupió en el suelo.

—Esta zorra huele a humo.

Otra se acercó mientras no paraba de rascarse la cabeza.

—¿Qué has hecho? ¿Incendiar la casa de tu amado por prometerse con otra?

Las tres rieron como animales salvajes.

—¿Qué eres, una de esas que adoran el fuego más que a una buena verga?

—Por favor, no quiero problemas.

—Vaya, vaya… la marquesita no quiere problemas. ¿Qué podemos hacer al respecto, muchachas?

De nuevo, esas risas taladraron mis oídos. Quería defenderme, lo intentaría, pero en una guerra de tres contra una sería difícil de ganar… por no decir imposible en mi condición.

—Tienes dos opciones: o nos das tu vestido o te lo quitamos. Así de fácil.

La que parecía tener la voz de mando me tiró al suelo y comenzó a desabrochar la parte trasera de mi prenda.

—Lo haré yo —dije con firmeza. Al menos así logré que me quitaran las manos de encima, pero la mujer no me soltaba—. ¡He dicho que lo haré yo!

Sin contenerme, la aparté con un codazo lleno de rabia y temor. En la oscuridad vi el brillo de la sangre que comenzó a escurrir por su labio.

—¡Serás puta!

Primero recibí una bofetada. Luego llegó un puñetazo que cruzó mi cara.

—¡Ayudadme! Esta no es tan mosquita muerta como parece.

—¡Mirad su pie! ¡Miradlo!

Mi cuerpo decidió reaccionar. Cogí a una del tobillo y la tiré al suelo, pero la cabecilla se abalanzó sobre mí y, como dos gatos callejeros de esos que había visto pelearse en días de hambruna, rodamos por el suelo entre golpes, arañazos y tirones de pelo.

—¡Quitádmela de encima!

—¿Mel, te está ganando una lisiada?

—¡No os quedéis ahí paradas! Os juro que pasaréis tanta hambre que os comeréis vuestra propia mierda.

Ante la amenaza, las otras dos reaccionaron y entre las tres lograron arrebatarme el vestido, que quedó destrozado.

Me agazapé en el suelo, dolorida, y escapé hacia una esquina como un perro enfermo y malherido, cuando vi que esa pared ya estaba ocupada por una muchacha que me devolvió la mirada con los oídos tapados y las rodillas pegadas a la barbilla. Sus pies sucios, uno sobre otro, temblaban sin control. No hice preguntas. Me acerqué a ella y tapé sus pies con mis manos. Ella dejó de respirar por unos segundos y luego me abrazó.

—Estás helada.

La muchacha lloró con desconsuelo. Apretó los puños a mi espalda como si no quisiera dejarme ir. Le devolví el abrazo y me derrumbé con ella. Su largo cabello dorado y la delicadeza de su cuerpo me recordaron tanto a Anne que, de repente, me imaginé a todos mis amigos rodeándome en su abrazo. Estaban allí conmigo, lo sabía. Estuvieran donde estuvieran, Hope, Logan, Anne, Owen y Thomas estaban conmigo.

Me dejé llevar por el llanto, por lo que podría haber sido y no fue, por imaginarme a Cedric viviendo una vida en la que yo no estaría. Al menos, gracias a él, había experimentado lo que era el amor entre un hombre y una mujer. Un amor que parecía capaz de superarlo todo, pero que finalmente se había rendido a la dura realidad.

Mi desahogo pronto llegó a su fin.

—¿Creías que te dejaríamos tranquila?

Alguien me tomó de los hombros y me atrajo hacia atrás.

—Me alegro de que hayas conocido a nuestra primera invitada. Espero que te haya explicado lo que tienes que hacer si quieres sobrevivir aquí.

—No quiero sobrevivir —dije con un desgarro del alma. Era lo cierto. No quería más. Ya no.

La mano de la mujer se estampó contra mi rostro. Ya ni me molesté en cubrir mi mejilla para calmarla.

—¿Quién demonios te crees que eres, Dios? Solo él puede decidir algo así. Si es que existe, claro.

Sus risas penetraron en mis oídos como si fueran el mismo sonido del infierno.

Y en un instante, que parecía haber soñado despierta, esas risas se sofocaron. Las rejas de la celda se abrieron de par en par y, como aquella vez tras la paliza de la señora Bramwel en St. Joseph, creí haber visto un ángel.

—Dios mío, Lily… ¿se encuentra bien?

—¿Pa… padre Marcus?

—¿Cómo han cometido el error de meterla aquí? Esta mujer es una presa preventiva a la espera de juicio.

—Pero dijeron que…

—¿Qué pasa? ¿Su papi ha pagado una buena suma…?

—¡Silencio! Sacadla de aquí, ¡ya!

—Adiós, marquesita. Nos vemos mañana en la faena.

—Padre…

Sentí un calor repentino en mis manos y todo comenzó a dar vueltas.

—¿Es usted… un ángel?

Y con esas palabras, todo se oscureció.

***

Abrí los ojos. Veía borroso. Los volví a cerrar y, de nuevo, los abrí. Me hallaba en otra celda, una con más luz al menos, y sin esas

desgraciadas que no tenían la culpa de que la vida las hubiera tratado tan mal para acabar de ese modo. Sentada en una silla, vi las miradas asustadas de las otras presas, que aún no habían probado la verdadera Newgate. No sabía lo que habían hecho para estar allí, pero me era difícil creer que cualquiera de ellas lo mereciera. Sin embargo, sabía que a veces, tras rostros angelicales, se escondía el más vil de los demonios.

Ese hombre, Somerset, vino a mi mente y me entraron ganas de gritar. Pero una voz me atrajo a la realidad.

—Lily.

El padre Marcus se arrodilló frente a mí y me ofreció un vaso de agua. Los años habían pasado por su rostro, pero seguía siendo el mismo, con esa expresión risueña que servía de refugio para cualquier desamparado.

—¿De verdad está aquí? ¿Cómo…?

—Desde su última carta la seguí de cerca. La vi con ese caballero y pensé que por fin la vida le sonreía. Pero en el momento en que me llegó información del escándalo en el que se había visto envuelta, no podía quedarme de manos cruzadas.

—Yo no lo llamaría escándalo, precisamente.

—Tiene que decirme todo lo que sepa, todo lo que sea de ayuda para su juicio. Quiero ayudarla. No permitiré que acabe aquí.

Unas lágrimas se escaparon de mis ojos. Me parecía increíble que todavía fuera capaz de llorar, pero esas eran lágrimas de esperanza. ¿Pero quería eso?

—¿Merece la pena luchar?

—Siempre merece la pena.

—No para mí. Nada me espera ahí afuera. Estoy cansada. Y lo sé, sé que por mis crímenes acabaré en la horca, así que ni siquiera tendré que aguantar este sitio.

—Lily, por favor. No ha cometido ningún crimen.

—Usted no lo sabe. Quizá lo hice. Quizá fue un acto final de rebeldía.

—¡No! Me niego a creerlo. La Lily que conozco jamás haría algo así. De todos, tiene el corazón más grande. En su alma no hay cabida para la maldad.

Lloré, esta vez con angustia.

—He pensado cosas horribles. Empezando por la señora Bramwel, luego Hester… y ahora Somerset. Quise matar a cada uno de ellos. ¿No ve que mi alma está corrompida? Así que, por favor, márchese. No necesito su ayuda. No quiero que me ayude.

—Lily, por favor…

—Padre, en el juicio diré lo que tenga que decir y cumpliré mi sentencia.

—Él vendrá a por usted.

—Padre, tiene que marcharse ya —dijo un guardia.

—¿Lo rechazará a él también?

—Nadie me creerá. Nadie me escuchará. Es mi palabra contra la de ese… Somerset. ¿Para qué seguir con la lucha? Solo soy una simple costurera. No tengo nada que…

—Él lo hará. Él la creerá. No se rinda, Lily, no lo haga.

El guardia sacó al padre de un tirón y yo me encerré en mis pensamientos. «¿Vendría a por mí?» Entrelacé mis manos sobre el regazo y cerré los ojos con tanta fuerza que pude ver pequeñas estrellas. No, no debería.

«Por favor, no vengas. Por favor».

25. Cedric

—¿Se puede saber en qué demonios estabas pensando? ¿Quién demonios es esa mujer? ¿Y por qué, en todos los infiernos, te tuvieron que sacar a rastras de ese salón en llamas? ¡¿Es que has perdido la cabeza?!

Mi padre se había vuelto loco. No cabía en sus palabras ni una maldición más. Sus ojos disparaban llamas de ese infierno al que se había referido. Había tirado tanto de su cabellera que hubiera jurado ver mechones caer. No era la primera vez que le había visto perder la compostura, pero esa vez parecía diferente.

—¡No te das cuenta de que podrías haber muerto!

Mi madre rompió a llorar con total desconsuelo y dejó caer una mirada que solo significaba lo mucho que la había decepcionado.

—¿Cómo es posible que los hombres del magistrado y esos dragones *caza luditas* hayan apaleado a mi hijo en plena calle?

—No ha sido muy diferente a las palizas que me daba de pequeño. ¿O lo que le preocupa en realidad es la cantidad de testigos que lo vieron?

Mi madre emitió un sonido de angustia y su llanto se intensificó.

Por primera vez, Edmund —quien sanaba mis heridas y quemaduras— me miró. Todo ese tiempo había permanecido en silencio, siempre había sido muy prudente y no solía meterse en disputas familiares. Pero ¿por qué sentí que su mirada era reprobatoria? ¿Qué? ¿No tenía derecho a decir lo que pensaba?

—¿Quién es esa mujer, Cedric?

Edmund presionó un paño con un ungüento maloliente sobre mi brazo e hizo que apretara los dientes.

—¿De verdad merecía la pena sacrificar tu dignidad por una *don nadie*? ¿Por una asesina?

Sus preguntas no cesaban. Cuando la mencionó de nuevo, mi pulso se aceleró. Edmund debió notarlo, pues con un gesto de su cabeza me dio a entender que tenía que calmarme.

—Padre —escupí cada sílaba con desprecio—, Lily no es una asesina.

—¡La llamas por su nombre!

Mi madre ahogó un grito y continuó llorando.

—Si no fuera por ella, estaríais todos calcinados.

Silencio.

¿Ahora qué? ¿Ya no tenía ningún argumento? ¿Ninguna maldición?

—Sea o no culpable, es algo que decidirá el juez —mi padre rompió el pesado mutismo—. Tu madre y yo nos inventaremos una excusa para explicar los motivos que te llevaron a enfrentarte al magistrado de la forma más descortés posible.

—Bien, pues déjeme que le ayude. Puede decirles a sus amiguitos que mis actos fueron provocados por el amor que profeso por esa mujer. Y si preguntan por ella —que lo harán—, puede decirles que no existe un ser más maravilloso. Ni siquiera podrían estar a su altura.

—Lo dice el hombre que no quería dejar su corazón a merced de nadie —soltó Edmund tras levantarse al haber terminado con sus curaciones.

Fue interesante ver cómo a mi padre se le caía la mandíbula al suelo, y lo fue aún más cuando lo dejé tan perplejo que ni siquiera escuchó las palabras de Edmund, ni lo vio abandonar el salón.

Al menos mi madre dejó de llorar.

En ese momento, Cecil entró en su ropa de cama y con el pelo recién lavado. Se paró en mitad de la sala y, ante el silencio, estoy seguro de que sospechaba que el teatro había finalizado y cada uno se había retirado a sus dormitorios. Los tres la observamos cuando dijo:

—¿Me he perdido la discusión? Sabía que no tendría que haberme dado un baño. Los sentimientos de mi hermano son más

importantes que el olor a humo de mi cabello.

Se cruzó de brazos, enfadada, y no pude evitar sonreír.

—Cecil —dije al fin.

Ella dio un sobresalto y, guiándose por mi voz y por el tacto de los muebles, llegó a mí.

—¿Estás bien? ¿Y padre? ¿Madre está aquí?

—Cecil, cariño, será mejor que te acuestes. Te acompañaré. Es muy tarde.

Mi madre me atravesó con su mirada acuosa y tiró del brazo de mi hermana.

Pero Cecil tenía algo más que decir antes de que la silenciaran.

—¿Padre? Padre, sé que está aquí. Por una vez escuche a Cedric, por una vez demuéstrele el amor que sé que guarda hacia él. ¿No es el momento de dejarlo salir?

—¿Amar…? —intervine—. ¿Acaso padre sabe lo que es eso?

Fue visto y no visto. Mi madre se acercó a mí y plasmó en mi rostro una bofetada. Me dolió. Me dolió más en el corazón que en la piel.

—No te atrevas —su mandíbula se tensó y me señaló con el dedo acusador—. ¿Me oyes? ¡No te atrevas a hablar así de tu padre, jamás!

—Sophia, Cecil, marchaos —mi padre al fin reaccionó.

—Por mí podéis quedaros. No hay nada que ocultar, nada que no podáis saber.

Cecil aprovechó mi comentario y clavó sus pies al suelo, para impedir que mi madre se la llevara.

—No permitiré que destruyas esta familia. Lo que dijiste antes… ¿Casarte? ¿Se puede saber con quién planeas hacerlo? ¿Con esa mujer sin cabeza, capaz de volar por los aires…?

Mi mirada detuvo sus palabras.

—Pero ella nos salvó —se atrevió a decir Cecil.

—¡Cállate! —espetó mi padre, y madre comenzó de nuevo a llorar.

—¡Solo digo la verdad! —Cecil se empeñó. Mi hermana era terca de nacimiento, y tenía la capacidad de enfrentarse a mi padre

que muchas veces yo no había tenido—. La escuché. Nos dijo que saliéramos. ¡¿Para qué demonios daría la voz de alarma para salvarnos de su propio crimen?! Padre, lo consideraba más inteligente.

—¡Sophia, sácala de aquí!

—Madre, déjela —dije con calma. No quería parecerme al animal que tenía en frente—. Mi idea, y os lo informo a todos, es casarme con ella. Sí. Si me acepta, claro.

—¿Si te acepta? ¡Has perdido el juicio! ¿Quién es ella para decidir tal cosa?

—La dueña de mi corazón, sin ir más lejos.

—¡Por el amor de Dios! —A mi padre le iba a dar un infarto, y mi madre, tan pálida como la nieve, estaba al borde del desmayo, mientras que Cecil no podía ampliar más su sonrisa.

—Al fin y al cabo, me iba a casar con la hija de un fabricante de telas.

—¡Yo sacaba beneficio! ¿En qué crees que consiste la vida? ¡No estás en una maldita novela de esas que le gustan a tu hermana! ¡Por algo tengo prohibido que se las leas! El negocio iba a prosperar con el acuerdo. Teníamos planes de futuro interesantes.

Mi padre se sirvió una copa de whisky añejo y se bebió el contenido de un trago, con una mueca de desagrado. Clavó su mirada en mí con la respiración de un perro rabioso.

—¿Habla de beneficios, padre? Entonces, ¿qué mayor beneficio que ver a su hijo feliz? ¿Qué mejor futuro para su hijo que un futuro feliz?

Mi madre me observó por un instante con un brillo diferente en sus ojos.

—Si no tengo su bendición, renunciaré a la administración que conlleva mi título —del que no puedo renegar por ley— y viviré con ella. ¿Sabe, padre? He visto que se puede salir adelante sin la necesidad de intrigas nobles y tratos sin sentido. Esa mujer me ha abierto los ojos. No sabe lo que se puede hacer con un par de manos dispuestas y una mente despejada.

—¿Te has vuelto loco? ¡Eres mi único hijo!

—Está el tío Robert. Estoy seguro de que estaría encantado. Al fin y al cabo, yo no sirvo para nada.

—No digas estupideces. Llevaría a tu hermana a la ruina.

—No se preocupe, padre. Me iría con Cedric —dijo Cecil.

Mi padre tiró la copa al suelo.

—¡No lo permitiré! ¡No permitiré que nada de eso suceda!

—Entonces, solo tiene una opción —repliqué, tajante.

Sentir el apoyo incondicional de mi hermana me llenaba de valor.

—¡Eso será si no muere en la horca!

El gran marqués de Brookfiel pasó por los cristales rotos en el suelo y salió dando un portazo que hizo retumbar toda la estancia.

—Espero que sepas lo que haces —fue lo último que dijo mi madre antes de marcharse con mi hermana enganchada del brazo.

Al fin me encontraba solo, y no fui consciente hasta ese momento de lo rígido que había mantenido mi cuerpo. Tenía el cuello agarrotado y las manos comenzaron a temblarme. Era la primera vez que hablaba así a mi padre. La primera vez que lo confrontaba sin importarme las consecuencias.

***

Tras respirar un par de veces y recuperar la compostura, me dirigí a la biblioteca, donde sabía que Edmund me esperaría, como le había pedido. Si estaba nervioso no pensaba con claridad; cuando la ira me carcomía, era capaz de cometer cualquier estupidez que solo lograría empeorar las cosas. Y sabía que solo mi amigo podría ayudarme.

Lily no moriría en la horca. No lo haría.

En cuanto abrí la puerta, alguien parecía estar más nerviosa que yo.

—Hope, no tendrías que haberte quedado, yo...

—¡Sigo sin creérmelo! —soltó sin dilación—. No me lo puedo creer. Todo este tiempo... —resopló.

—¿El qué no te crees? —pregunté, tras cerrar la puerta.

—Lily. Esa Lily de la que hablabas, de la que estás enamorado, es mi amiga. Es *mi* Lily, estoy segura. La vi justo antes de que se la llevaran.

Me acerqué a ella con decisión y la tomé de los hombros.

—¿De qué estás hablando?

—Yo...

—No hace falta que lo cuentes, cielo —intervino Edmund.

¿Qué no hacía falta? ¡Claro! Resulta que la mujer de mi mejor amigo la conoce y ¿no hacía falta que me lo contara?

Apreté los ojos para controlarme y luego la miré, buscando respuestas. Mi reacción debió convencerla, pues comenzó a hablar.

—Antes de conoceros, antes incluso del *Topo*, y de ser entregada por mi tía, antes de vender pescado en el puerto, vivía en una *workhouse*. Bueno, si a eso se le puede llamar vida...

Abrí los ojos hasta el punto de que mis párpados iban a tocar mis cejas y tragué saliva.

—St. Joseph... —susurré.

Hope explicó su vida allí, cómo se hicieron amigas y la última vez que la había visto.

Me quedé sin habla. Sus palabras se difuminaban en el aire; por momentos se volvían claras y luego desaparecían. ¿Podría ser el mundo tan pequeño? ¿Podría ser cierto?

De repente, silencio. Un silencio que se hizo más pesado con cada segundo que pasaba. La preocupación se reflejaba en los rostros tensos de mis amigos. El *tic-tac* del reloj de pie rompía la quietud, como si marcara una verdad innegable: Lily seguía en Newgate, y cada minuto que pasaba jugaba en su contra.

—No conozco a nadie más fuerte que ella —las palabras de Hope me hicieron regresar a la realidad—, ni con un corazón tan maravilloso, que bien podría haberse vuelto de piedra con tantas desventuras. Pensaba que le iba bien, creía que trabajaba con una modista. Intenté buscarla, pero nunca di con ella.

Hope tomó mis manos entre las suyas y nos miró tanto a Edmund como a mí.

—Por favor —su voz tembló, quebrada por el peso de la angustia—. Tenemos que sacarla de allí, cueste lo que cueste. Todos

sabemos que muchas prisioneras mueren antes de ser juzgadas. Las condiciones de Newgate son las peores. Ya ha pasado por mucho. ¿No ha tenido ya suficiente? —Se limpió una lágrima con brusquedad—. No merece estar en un sitio así.

La impotencia se retorcía en mi pecho. Sabía que tenía razón. Newgate no perdonaba a nadie. Y Lily, después de todo lo ocurrido, no duraría mucho allí. Sus ánimos debían de estar por los suelos.

—Las pruebas son contundentes —intervino Edmund, con esa voz sombría que ponía al estar preocupado—. Tiene todas las de perder. También sabemos cómo terminan estos juicios. Rápidos y con un veredicto que la multitud desea escuchar. Alguien debe pagar, y Lily es la candidata perfecta.

Sus palabras fueron una sentencia. Era cierto, lo tenía todo en contra. Pero no por eso me rendiría.

—Encontraremos la forma de sacarla —afirmé con más convicción de la que sentía—. Tenemos que hacerlo.

En ese instante, una ráfaga de viento helado recorrió el pasillo antes de que un golpe resonara en la puerta de la biblioteca.

—¿Quién demonios…? —me giré, y antes de que el mayordomo pudiera anunciarlo, una figura oscura irrumpió en la estancia.

—¿Padre Marcus? —Hope examinó al intruso entre ilusión y extrañeza —Es usted, ¿verdad?

La severidad de mi mirada se relajó.

—¿Lo conoces?

Ella asintió.

—No tenemos tiempo para presentaciones, esto no puede esperar. —Su sotana estaba arrugada, como si hubiera venido a toda prisa. El reloj marcaba casi la una de la madrugada, sin embargo, sus ojos oscuros brillaban con urgencia—. Es Lily. He conseguido información que podría cambiarlo todo.

Me aproximé a él en dos zancadas y lo sujeté de un brazo. No sabía si podía fiarme de él hasta que Hope me contara quién era, pero de momento cualquier cosa referente a Lily me interesaba.

—¿Qué sabe?

—Visité a Lily. Está rota de esperanza, cansada de luchar. Pero entre sus palabras de desasosiego, me dio un nombre.

—¿La ha visto? ¿Cómo ha logrado verla? ¿Está bien? ¿Ha comido? ¿Tiene frío?

—Cedric, demonios, déjalo hablar.

Me aparté y le di su espacio. Nunca había estado tan desesperado y con las manos atadas.

—Las fábricas —soltó, como si las palabras le quemaran en la garganta—. Mientras todo Inglaterra tenía los ojos puestos en la explosión del salón de baile, cientos de luditas tomaron las fábricas y las han destrozado.

Un silencio helado cayó sobre nosotros.

—¿Qué? —Mi voz apenas era un susurro. Aún no me había llegado esa información, o al menos a mi padre no se le había ocurrido decírmela.

—Lo que ha oído. Las pérdidas son enormes. No ha quedado casi nada. Y ahora… —Se humedeció los labios con nerviosismo—. Ahora todos acuden a Somerset.

El nombre atravesó mi piel, y el rostro que lo acompañaba apareció en mi mente con una expresión digna de ser golpeada.

—Maldito bastardo —escupí, mis puños no podían estar más rígidos—. Él es quien suministra la maquinaria. Lo sé bien.

—Exacto —asintió el sacerdote—. Y ahora tiene el control absoluto. Lo necesitan más que nunca. Lo buscan para recuperar las fábricas. De la noche a la mañana, se ha convertido en el hombre más poderoso de Londres.

Un escalofrío me recorrió la columna. Todo estaba conectado. La explosión, el arresto de Lily, el ataque a las fábricas…

—Él lo planeó todo. —La furia creció en mi interior, hirviendo como un fuego incontrolable—. Usó la fiesta para distraernos mientras sus hombres organizaban la destrucción. Ese malnacido ha jugado a dos bandas. Ya me extrañaba a mí que me dejara dar rienda suelta a mis ideales. ¡Le daba exactamente igual!

—Y mientras todos claman justicia por lo ocurrido en el salón, nadie piensa en quién podría haber orquestado esto —dijo Edmund con gravedad—. Y Lily es la cabeza de turco perfecta.

La realidad de la situación se cerró sobre mí. Somerset había movido sus piezas con precisión quirúrgica, y Lily estaba a un paso de perderlo todo.

—No vamos a permitir que se salga con la suya —dije con firmeza—. Haremos que Lily gane el juicio. Y, cuando eso suceda, ese bastardo pagará por cada una de sus acciones.

—Sé a quién podríamos sacarle información —dijo Hope.

—No estarás pensando en...

Hope asintió.

—Si alguien conoce los trapos sucios de cualquiera con fortuna en Londres, es él.

26. Lily

El hedor a humedad y suciedad impregnaba el aire del estrecho lavadero. Apenas había amanecido y nos despertaron para trabajar. Ahí no había paz, no había descanso, e incluso aunque mi veredicto no hubiera sido declarado, me trataban como escoria. Allí no existía el beneficio de la duda. Si estabas en Newgate, eras una criminal. Entre las supervisoras no existían las medias tintas, y estaba claro que tanto yo como las que estaban en mi nueva celda no recibiríamos un trato preferente solo por no haber sido juzgadas.

Miré al techo bajo y ennegrecido por el humo de las lámparas de aceite. Aquel lugar era sofocante. Las paredes de piedra goteaban por la condensación del calor que se acumulaba en ese espacio, donde varias mujeres se agachaban sobre cubos de madera llenos de agua turbia. Había conseguido evadir a las agresoras de anoche; al fin y al cabo, no parecía la misma: mi pelo estaba desgarbado, recogido en un moño bajo desordenado, y mis ropajes eran ahora un uniforme gris y triste que habría sido usado por más de una prisionera. Arremangada hasta los codos, hundí de nuevo las manos en el líquido grisáceo que más que limpiar, parecía manchar. Mis dedos ya estaban rojos y arrugados, y mis nudillos pelados escocían por la fricción constante contra la tela áspera de las sábanas de la prisión y los uniformes de los carceleros. El jabón barato apenas formaba espuma; aquello era más ceniza que grasa, y me irritaba la piel hasta hacerla arder.

Tomé una camisa empapada y la restregué contra la tabla de lavar. El agua salpicaba, me mojaba el delantal y el dobladillo del uniforme, pero nada de eso era importante. Al principio, el olor a sudor rancio y la suciedad impregnada en cada prenda me hacía querer vomitar. Algunas estaban tan rígidas de mugre que debíamos dejarlas antes a remojo para poder restregarlas luego.

Mi estómago rugió al reclamar algo de comida, y a mi lado, una mujer de rostro cansado, que escurría una sábana entre sus manos huesudas, me miró mientras retorcía con fuerza la tela antes de arrojarla a un cesto.

—Si no acabas rápido, no comes —susurró con una voz ronca de quien lleva demasiado tiempo respirando aire viciado.

No respondí. Me limité a tomar otra prenda, una chaqueta de lana infestada de piojos. Quise tirarla lejos y apartarla, pero si lo hacía, le daría a la supervisora el motivo perfecto para apalearme. Apreté los dientes y seguí. Frotar, enjuagar, escurrir. Así, una tras otra, hasta que mis brazos pesaban como el plomo y el frío del agua caló mis huesos.

No importaba cuánto me esforzara, había comprendido que la suciedad de Newgate no se iría con agua y jabón. Era el mismo tipo de suciedad que la *workhouse* me había dejado, algo que, por mucho que restregara, se había metido tan dentro de mi piel que jamás lograría desaparecer.

Cuando lo ordenaron, regresé a la celda, donde las otras tres prisioneras provisionales que me acompañaban rodeaban algo sobre una mesa. Unas se relamían y otras querían tocarlo.

—¿Eres Lily? —dijo una al verme llegar—. Han venido a entregar esto para ti.

Se apartaron de la mesa, y pude ver un plato con un trozo de carne, pan y un vaso con un líquido oscuro.

—¿Tienes a alguien fuera con dinero? Solo así podrías haber recibido algo así.

Se me saltaron las lágrimas en cuanto el olor a café llegó hasta mí. Ante la expectativa, mi estómago rugió con más fuerza que antes. Sabía quién había sido. Me limpié las lágrimas y traté de controlar los pálpitos acelerados de mi corazón.

Me acerqué a la mesa. No había cubiertos, pero eso no me impidió compartir la comida. Cogí la carne y desgarré un trozo con los dientes. Luego se lo ofrecí a otra, que se quedó perpleja, y después a otra, que lloró de la emoción. Entendía que todas estábamos ahí por un motivo, y no sabía quién de ellas había cometido un crimen por el que mereciera estar aquí, conmigo. Pero

si algo había aprendido en la *workhouse* era que, fuera cual fuese nuestro pasado, todas teníamos en común la miseria. Di un sorbo al café y pensé en él, en Cedric, y en la reprimenda que le lancé por haberse acabado mis preciados granos. Sonreí a pesar de la situación, sin darme cuenta de que todas me miraban.

—Sea quien sea, debe de quererte mucho —dijo una.

Otra me arrebató el café y lo probó.

—¡Puaj! Está amargo.

—Como la vida misma —dijo otra.

De la nada, todas comenzamos a reír, hasta que una de ellas, la más bajita, comenzó a llorar desconsolada.

—Yo solo quería librarme de él —dijo entre lamentos—. Lo envenené, lo confieso.

Todas nos quedamos en silencio, hasta que alguien más habló.

—Yo robé unas joyas de mi señora —se encogió de hombros, y la siguiente también confesó.

—Yo me acosté con el hermano de mi prometido, y el que iba a casarse conmigo me acusó de brujería en respuesta. Gracias a Dios no estamos en el siglo anterior, si no ya hubiera muerto en la hoguera. ¿Qué? El hermano era más apuesto.

De nuevo, reímos, hasta que todas clavaron sus ojos en mí.

—Yo... estoy aquí por volar por los aires los *Assembly Rooms*.

—¿Fuiste tú? —preguntaron sorprendidas casi al unísono

—¡Claro que no! Solo soy culpable de haberme encontrado en el lugar equivocado en el peor momento. Pero, me temo que hay alguien poderoso tras mi acusación. Contra eso, no hay nada que pueda hacer.

En ese instante, la celda se abrió y anunciaron mi nombre.

—Lily Adams. Alguien quiere hablar con usted.

Las mujeres me empujaron hacia la puerta al ver mi indecisión, y una vez estuve fuera, sentí que algo malo pasaría.

—¿Dónde me lleva? ¿Quién quiere verme?

No recibí respuesta. A cambio, me metieron en una sala un poco más agradable que la celda. Allí, de espaldas, había un

caballero; sus cabellos eran dorados y su altura, remarcable. Por un momento el aire abandonó mis pulmones.

—¿Cedric? —dije casi sin voz, como si estuviera en un sueño.

Se giró. Contuve la respiración. Quise correr hacia él, abrazarle, pero me detuve. Él hizo desaparecer la distancia que nos separaba y, al igual que yo, quiso rodearme con sus brazos, pero estos se quedaron suspendidos en el aire, sin atreverse a hacer un movimiento más.

—No debes...

—Quiero que sepas...

Los dos hablamos a la vez, pero lo volvimos a intentar.

—No deberías...

—No estoy prometido —esta vez yo me callé primero—. Quería dejarlo claro antes que nada. Fue algo impuesto. Ahora es inexistente.

Sus palabras fueron claras y rápidas, y me llenaron de alegría, aunque lo nuestro no tuviera futuro.

—Quise decírtelo, de verdad, pero una cosa llevó a la otra y... ¿Estás bien? ¿Has podido comer lo que envié? Pude sobornar a unos cuantos guardias y tengo intención de buscarte un abogado. No pienso dejar que te defiendas sola, con todas las pruebas en tu contra... No sé cómo llegaste a esa situación, pero ya habrá tiempo para contarlo. Solo quiero...

—Detente. Detente, por favor.

—Lily...

—Prométeme que te mantendrás al margen. Yo, al fin y al cabo, nací acabada, pero tú tienes un futuro brillante, un futuro con el que puedes hacer muchas cosas. Me sentiría miserable si lo arruinaras por mí.

Intenté mantenerme firme, pero era una tarea tan ardua como descender al infierno y regresar ilesa. Cuanto antes se marchara, mejor.

Cedric se llevó las manos a la cara y la frotó con dureza. Cuando las separó, la tenía enrojecida y su mirada nublada.

—Lily... —esta vez sus manos se aferraron a mi rostro como si tuviera miedo de hacerme daño—. ¿Es que no ves lo que eres para

mí? ¿Acaso no sabes que te amo?

Mis lágrimas luchaban por salir. Quería hacerlo, pero no podía permitirlo. Si me derrumbaba... no lo dejaría marchar.

—Por favor, Lily, deja que yo sea fuerte por ti, aunque sea un momento. Déjame ayudarte, por favor.

Mis palabras fueron duras. Si seguíamos por ese camino, nada podría salir bien. Yo nunca encajaría en su mundo, y por mucho que él hubiera demostrado que encajaba a la perfección en el mío, no era su lugar.

—No quiero tu sombra sobre mí. No la necesito —aparté sus manos y puse distancia entre nosotros, a pesar de la agonía que recorría mis entrañas.

—¿Sombra? —Su rostro se transformó en dolor mientras pasaba una mano por su cabello, despeinándolo con un gesto brusco —. Quiero ser más que eso, porque incluso en la oscuridad pienso permanecer a tu lado. Quiero ser tu luz, Lily, a la que acudirás si te sientas perdida, y el recuerdo que acariciará tu alma cuando mi presencia no te acompañe. Eso, Lily, es lo que quiero ser para ti. ¿Por qué no me dejas?

Lo miré con el corazón abierto. Ese hombre, en verdad, me amaba. Lo hacía a pesar de saber de dónde venía, a pesar de mi cojera, a pesar de que en ese momento intentara alejarlo. No pude contener mis lágrimas.

—Llevas tanto peso sobre tus hombros que yo solo quiero cargar ese peso por ti. Así que, por favor, te lo pido: déjame. Déjame ayudarte, Lily. Déjame ser aquel en quien te apoyes.

—Lord Elford, se acabó su tiempo —una voz tras la puerta anunció lo inevitable.

—Lily, por favor...

Le aparté la mirada. Tenía que irse. No debía retenerle. Apretó los puños, y lo vi alejarse. Pero antes de que alcanzara la puerta, salieron de mi boca palabras que no pude retener, por la simple angustia de verle distanciarse de mí. Yo no quería esto. No quería volver a estar sola. Y lo amaba, lo amaba desde el mismo instante en que supo ver en mi interior. Pero quería protegerle. No debía involucrarse conmigo, y menos en algo que iría de boca en

boca como la pólvora. Podría arruinar su vida. Y, sin embargo, por primera vez en mi vida, permití a mi corazón pensar en mí.

—Estoy tan cansada... —el nudo en mi garganta apenas me dejaba hablar—. Estoy tan cansada de luchar, de sobrevivir. De que la vida me golpee.

Las pisadas de Cedric se detuvieron. Le dijo algo a quien resguardaba la puerta y se giró.

Su mirada lo fue todo para mí. Sus ojos susurraban «estoy aquí, contigo», y aunque sus lágrimas amenazaban con caer como las mías, no apartó la vista de mí, porque sabía que, en ese momento, su simple presencia podía sostener lo insostenible.

Se acercó a mí, tomó mis manos y me atrajo hacia él. Con la delicadeza de quien sostiene un jarrón agrietado, me cubrió con sus brazos y creó un refugio donde podía soltar mi peso sin miedo a romperme del todo. Me deshice en la calidez que desprendía su pecho y me aferré a él como si fuera lo único capaz de mantenerme a flote en una noche de tormenta.

—Te sacaré de aquí. Lo prometo.

Me permití llorar, descansar en él y, por un momento, respirar con tranquilidad, porque sabía que en sus palabras había verdad.

—Te sacaré de aquí.

27. Cedric

Al salir de Newgate, mi mente estaba atrapada en una sola idea: encontrar a alguien que pudiera salvar a Lily.

Solo se me había ocurrido un nombre.

Tomé mi caballo y recorrí la ciudad, silenciosa a causa de la hora del té, hasta que llegué a una casa de fachada austera en Lincoln's Inn, el lugar donde se acumulaban los abogados más prestigiosos de Londres.

Golpeé la puerta con fuerza a pesar de la hora de cierre y, con suerte, tras unos minutos de espera, la puerta se abrió.

Un hombre mayor, de rostro afilado y ceño fruncido, me observó con total desaprobación.

—Lord Ashford —dije con voz firme, reconociendo al hombre —. Necesito hablar con usted. Es urgente.

—No es hora para negociar nada.

Apoyé mi mano en el marco de la puerta para impedir que la cerrara. Sabía que a Lord Ashford no le gustaba perder el tiempo y odiaba la palabrería vacía. Era el mejor abogado de Londres, no me quedaba la menor duda después de verle defender a una joven criada acusada de matar a su hijo tras dar a luz en secreto. Pudo desafiar al jurado argumentando que el bebé había nacido muerto debido a las pésimas condiciones de su empleo. Era implacable, ingenioso y no temía desafiar a los poderosos, como aquella vez que representó a un hijo ilegítimo que reclamaba el título de vizconde de su padre muerto. Aunque no consiguió que le otorgaran el título, forzó a la familia a pagarle una enorme compensación y expuso escándalos familiares en el proceso. Tenía que conseguir su apoyo, sí o sí.

—Una mujer inocente está encerrada en Newgate. Si no acepta este caso, lo más probable es que acabe en la horca —fui

tajante, directo. Sabía que le gustaban los desafíos.

Pero Lord Ashford alzó una ceja y su expresión apenas se alteró.

—La ley no es amiga de las emociones ni de veredictos personales, milord. Si está en Newgate, es porque hay pruebas contra ella.

Apreté los puños. La idea de dejarla abandonada a su suerte era insoportable.

—Las pruebas han sido manipuladas —repliqué con contundencia—. Esto es obra de Somerset —pronuncié el nombre con un desprecio evidente—. Es un caso político, y usted lo sabe. Habrá oído lo que sucedió en los salones la última noche del año, y lo que a su vez sucedió en las fábricas. Piénselo: ¿quién se beneficiaría de todo?

Ashford guardó silencio por un instante. Su reputación era impecable, pero también tenía un instinto agudo para detectar el peligro, pues nunca había tomado un caso que pudiera perder.

—¿Quién es la acusada? —preguntó al fin, interesado.

Tomé aire, aliviado, y lo solté con lentitud.

—Se llama Lily, Lily Adams. La acusan de ser la perpetradora de la explosión de los *Assemby Rooms*. Pero ella arriesgó su vida para advertirnos. Sin ella, muchos hubiéramos muerto, o hubiéramos sido heridos más allá de lo físico.

Un atisbo de curiosidad brilló en sus ojos.

—¿Tiene testigos dispuestos a hablar en su favor?

—Sí —mentí—, y encontraré más si es necesario. —De hecho, sería lo primero que haría tras dejar esa conversación—. Encontraré cualquier trapo sucio de Somerset que pueda ser usado en su contra. Lo prometo.

Ashford suspiró, cansado. Sus dedos ahora daban toquecitos contra el marco de la puerta, sopesando las posibilidades.

—En este país no se otorga abogado defensor por mera piedad, milord —dijo en tono severo—. Pero si tiene recursos para costear mi tiempo y pruebas que desmonten las acusaciones, aceptaré el caso. No por compasión, sino porque me desagrada que

los poderosos jueguen con la justicia. Ese Somerset nunca ha sido santo de mi devoción. No estaría de más jugar con él un rato.

Un alivio esperanzador recorrió mi cuerpo. Por fin, no lo veía todo tan negro.

—Tendré lo que necesite y el coste no será un problema. Daría mi vida si fuera necesario.

—¿Para cuándo está programado el juicio?

—Dos días.

Ashford asintió con la profesionalidad de un hombre acostumbrado a luchar en el lodazal de las cortes.

—Tiene un día para traerme pruebas y las declaraciones de testigos fiables. Hablaré con ellos en persona. Las cortes son como el teatro, milord, y el jurado, el público más exigente. Así que yo seré el mejor director, y usted, los mejores actores. No basta con decir la verdad, hay que convencerles de ello.

Asentí, dispuesto a dar el siguiente paso. En cuanto nos despedimos con todas las formalidades, me dirigí a mi siguiente misión: el Topo.

La humedad pegajosa se aferraba a las piedras musgosas de la prisión. El hedor a orina rancia y cuerpos sin lavar impregnaba el aire. Casi no podía respirar. A su lado, recoger los deshechos de Lady Mu era un juego de niños. Por los pasillos estrechos resonaban los gritos apagados de los presos, mezclados con el chirrido de las puertas al abrirse y cerrarse.

Caminé detrás del carcelero con el ceño fruncido, paso a paso, dispuesto a llegar todo lo lejos que fuera necesario por Lily. Edmund nos alcanzó con marcha acelerada y no me sorprendió verle. Esa escoria había perseguido a su mujer en sueños y no me dejaría solo ante él. Ambos dirigimos la mirada a los presos que alargaban las manos a través de los barrotes mientras murmuraban súplicas o maldiciones.

—Como hablamos, debe asegurarse de que nadie sepa de esto —le dije al guardia, mientras clavaba mi mirada en su bolsillo, donde había guardado el incentivo que le había entregado.

El hombre asintió y abrió la celda que apestaba a humedad y desesperación. En el interior, encorvado contra la pared, estaba él: el Topo. Su rostro, antes astuto y desafiante, parecía más cadavérico, con la piel lívida y ojeras profundas. Sin embargo, sus ojos ocultaban un brillo difuso, como si su cerebro nunca dejara de tramar algo.

—Vaya, vaya… si es el caballero de honor y su querido amigo —murmuró con una sonrisa torcida—. Dígame, milord, ¿cuán desesperado está para venir aquí? —Su gesto fue tétrico y desagradable. A Edmund le faltó poco para abalanzarse sobre él—. ¿Qué sucede? No, no me lo creo... ¿No habrá venido por mi sabio consejo para mantener a raya a esa mujer? ¿Es eso?

No pudo evitarlo. Edmund le cruzó la cara de un puñetazo.

El Topo reaccionó con una carcajada hueca y escupió sangre.

—¿Qué tal si, en vez de golpearme, me dicen el motivo de su honorable visita?

—Quiero a Somerset. Y usted va a dármelo.

—Somer... Somerset —otra carcajada rebotó en las paredes—. ¿Y por qué habría de ayudarles? Mi vida aquí puede ser miserable, pero me mantengo con vida. Si hablo, me matarán antes de que acabe la semana.

Di un paso al frente, y dejé que el peso de mi ira cayera sobre él.

—Podría sacarle de aquí. Un traslado a otra prisión, lejos de los que lo desean muerto. Fuera de Londres, incluso. O... puede pudrirse aquí hasta que lo devore la fiebre, el hambre o una puñalada.

El Topo entrecerró los ojos, midiendo mis palabras. Sabía que no mentía. No era tonto. Pero como hombre de negocios también sabría que aquello tenía un precio.

—Quiero más —exigió—. No solo el traslado. Quiero una nueva identidad. Como sabéis, con mi encierro consiguieron que debiera una cantidad considerable de dinero a cierta gente. Por no decir que, como ahora, todos temen que dé información. Si voy a darles la cabeza de Somerset, necesito algo a cambio que valga la pena.

Apreté la mandíbula. No me gustaba hacer tratos con alimañas, pero no tenía alternativa.

—Si su información nos lleva a una prueba irrefutable, lo tendrá.

Edmund clavó la mirada con desaprobación.

—Ah, y algo más que quiero. Imprescindible, me temo.

—Habla —gruñí.

El Topo se echó hacia adelante, con los ojos brillantes de avaricia.

—Una prenda —sonrió—. Quiero una prenda de ella —dijo sin apartar la vista de Edmund—, de Hope.

—¡Serás desgraciado! ¡Maldito demonio!

Edmund se abalanzó sobre él y lo tomó del cuello. En ese preciso momento me arrepentí de que viniera, debí habérmelo imaginado.

Tiré de mi amigo y lo aparté.

—No tiene por qué saber que es de ella, podemos darle cualquier cosa —susurré a su oído entre su respiración agitada.

—Si intentan engañarme, no hablaré. Sé perfectamente cómo huele esa mujer. No su perfume, el aroma que desprende su piel, sus cabellos...

—Serás hijo de...

Sostuve a mi amigo desde atrás para que no cometiera una locura. No quería tener que pedir los servicios de Ashford una segunda vez.

—Tiene que traerlo ella. Cuando lo traiga, hablamos.

—Pues empieza a hablar.

Tanto Edmund como yo nos quedamos paralizados. Con una capa negra que la cubría hasta los pies y un capuz hasta las cejas, Hope había aparecido como si supiera que había sido invocada.

—Hope, ¿has perdido el juicio? —rugió su marido—. ¿Nos has seguido?

El Topo rompió en risotadas ásperas mientras se sujetaba el estómago.

—Veo que sigue sin controlarla.

Me limité a contemplarla con un agradecimiento absoluto. Al fin y al cabo, Lily también era su amiga y ella misma había propuesto la visita. Lo que no sabía era que fuera capaz de acudir en cuerpo presente. Tenía agallas, había que reconocerlo.

—¿Qué quieres? —preguntó Hope con una voz férrea.

—Hope...

Edmund la tomó del brazo para que no se acercara un paso más, pero ella se soltó de su agarre.

—Dime, ¿qué demonios quieres? —insistió.

—Veo que no has perdido tus modales de los barrios bajos. ¿También tuteas a tu marido o solo a mí?

Pude ver el humo salir de las narices de Edmund y el fuego en sus ojos. Era una maldita chimenea a punto de estallar. No obstante, parecía lograr controlarse.

—¿No quieres nada? Bien, pues nuestros asuntos han acabado aquí.

Miré a Hope con la respiración contenida. ¿Qué estaba haciendo? Si le provocaba, no obtendría la información.

—Un guante —contestó el otro con rapidez—. Quiero un guante, de esos con los que cubres tus cicatrices.

—Me temo que tendrá que ser otra cosa. Ya no tengo necesidad de cubrirlas, y llevo tanto tiempo haciéndolo que no soporto llevar mis manos enguantadas.

Tragué saliva. Al parecer, Hope parecía tener la situación bajo control. Era extraño, pero tenía cierto poder sobre ese hombre que la miraba como si fuera un ser etéreo.

—¿Tu pañuelo?

—Vaya... tampoco llevo. Mi marido siempre me presta el suyo en caso de necesidad.

Él endureció la mirada mientras que mi amigo se relajó al fin.

—Mis enaguas resultarían escandalosas, por no decir que se libraría una batalla campal por arrebatárselas. Son de seda, las venderían a buen precio. No llevo medias, he salido tan rápido de casa siguiendo a estos dos que se me olvidó ponérmelas. Podría dejarle la capa, pero no es mía en realidad.

—¡Qué demonios puedes darme entonces!

Hope se quitó una cinta de su pelo y se la tendió.

—Esta podrás guardarla sin que la vean.

—Pero...

—El trato incluía una prenda. No especificaste cuál. Así que ahora habla.

Me quedé boquiabierto y Edmund sonrió con ganas. Desde luego, tanto Hope como Lily habían sido creadas en un molde muy diferente al que estaban acostumbrados en sociedad.

—Hay un hombre —susurró desganado. Sabía cuándo había perdido una batalla, y para él no tenía sentido seguir oponiéndose dadas las circunstancias—. Ese Somerset no se ensucia las manos, pero usa intermediarios. Uno de ellos es un tal Joseph Finch. También tiene un hermano. Lo vi con mis propios ojos entregar el dinero a los luditas en varias ocasiones antes de que me encerraran. Si lo presionáis, cantará como un pájaro. Sobre todo, si ha descubierto ya la razón que llevó a Somerset a negociar con ellos. Al fin y al cabo, se comenta en los pasillos y en las celdas. No es un secreto que los luditas han sido usados como las putas de ese noble.

—¿Dónde lo encuentro? —quise averiguar sin mostrar mi urgencia.

—En los muelles del Támesis. Maneja un almacén cerca de Wapping.

Asentí y me volví hacia el guardia.

—Prepara su traslado a Escocia.

—¿Escocia? ¿Escocia ha dicho?

El eco de los gritos del Topo se perdió en los pasillos y Hope, Edmund y yo salimos a la búsqueda de testigos. No teníamos mucho tiempo. Pero en carruaje y sin más paradas de las necesarias conseguiría que el señor Brown y su hijo llegaran a tiempo.

«Aguanta, Lily. Aguanta».

28. Lily

Era tradición, o eso me habían dicho para torturarme una vez más, por si me libraba de regresar. Hoy sería mi juicio, pero no había tenido ni siquiera tiempo de ponerme nerviosa. La mañana comenzó su curso mientras recorría celda tras celda para recoger los cubos llenos de excrementos y vaciarlos en el pozo negro del patio. Parecía que el único sitio donde se podía respirar en libertad también tenía que estar infestado de ese hedor inaguantable.

Cubo tras cubo, los vacié y devolví a las celdas, hasta que las tres mujeres que me habían agredido el primer día aparecieron.

—¿Dónde te habías escondido, marquesita?

No respondí y vacié el siguiente cubo.

—Nos hemos enterado de que hoy será tu juicio, ¿verdad? Espero que no te hayas acomodado mucho en esa celda alejada. Pronto regresarás a la nuestra.

Lancé el siguiente cubo.

—¿No piensas hablar?

En ese momento las miré. La cabecilla llevaba mi vestido maltratado. Lo había abierto por delante para que entraran sus voluptuosos pechos y le había roto las mangas para que las otras dos las llevaran al cuello, atadas como un pañuelo.

En ese instante me trasladé a mi taller, a esas noches en las que trabajaba en el único proyecto para mí, en el único en el que en verdad había puesto cariño, todo para que acabara de esa forma. De nuevo, la vida me reafirmaba lo único que era importante, y desde luego ni ese vestido ni las horas que dediqué a terminarlo lo eran.

De repente, como un golpe de realidad, mi mente regresó de mis recuerdos y deseé no haberlo hecho. Un líquido pastoso y oscuro descendió por mi pelo, ensució mis mejillas y se escurrió por mi cuello. Las risas de las tres que observaban fueron mudas para

mí. Quise empujarlas, tirarlas a ese mar de heces y que se ahogaran, pero como siempre, todo se quedó en mis pensamientos. Sin decir palabra, me quité el cubo de la cabeza y continué vaciando el resto. Ordené a mis lágrimas mantenerse al margen y contuve la respiración ante el hedor.

—¿Qué narices hacéis? ¡Tiene que ir a juicio ya!

¿Ya? Me estremecí. Mi sentencia llegaría pronto. ¿Ese había sido mi último día? ¿Envuelta en excremento y ridiculizada? Por primera vez, todas mis esperanzas estaban puestas en una persona: Cedric. Confiaba en él, confiaba en sus palabras, pero era consciente de a quién me enfrentaba. Si conseguía salir de esto indemne sería un milagro.

La supervisora reprendió al trío, pero el castigo fue más bien para mí.

—¡Lavadla, lavadla ya o el juez Maxwell me enviará a mí a la horca por hacerle soportar este olor! Vamos, vamos.

Entre empujones me llevaron hasta el pozo y le dieron a la bomba arriba y abajo una y otra vez para llenar los cubos.

—Desnúdate, marquesita. Desnúdate o lo haremos nosotras.

¿Tenía sentido discutir, pelear en ese momento? No, no lo tenía. No quería que volviera a suceder lo mismo que en la celda la noche de mi llegada.

Me deshice de mi uniforme y me quedé solo con mi blusón interior.

El primer cubo de agua me fue lanzado con garra, tanto que el cuerpo me dolió, no solo por el impacto sino por lo helada que estaba. Antes de que llegara el segundo ya estaba empapada y no me quedó más remedio que taparme para no enseñar mi cuerpo a través de las transparencias. El siguiente fue a mi cara con saña.

—¡Lo haré yo! —grité, intentando arrebatar el siguiente cubo de las manos de la arpía, pero en medio de risas burlonas, no lo soltaba—. ¡He dicho que lo haré yo!

Mi rugido pareció salido del mismísimo infierno, tanto que las tres se alejaron.

—Por mucho que te laves, seguirás con ese olor a mierda.

Entre risas y tras percatarse de que la supervisora se acercaba, se marcharon.

Restregué mi pelo con fuerza y lo metí una y otra vez en el agua helada, y justo cuando quería enjuagarlo de nuevo, estuve a punto de dejarme la cabeza en el suelo.

—¿Ha terminado de bañarse la señorita? ¿Pero quién te has creído que eres? ¿María Antonieta?

—Vamos, y ponte esto. Te quedará grande, pero servirá. ¿A qué esperas? Vas a perderte tu propio juicio. No serías la primera.

Tomé el deshilachado vestido, me acerqué a una pared para taparme un poco, me desnudé y al fin puse la ropa seca sobre mi piel mojada.

—Recógete el pelo. Estarás más decente.

Rápidamente trencé mi pelo mojado y la seguí.

A las afueras, un carruaje me esperaba y ni estando dentro me quitaron los grilletes.

Antes de que comenzara mi marcha hacia lo que sería mi fin o mi nuevo comienzo, la puerta del carruaje se abrió. Entró un caballero y se sentó frente a mí.

—Lord Ashford —dijo con una ligera inclinación de cabeza—. Usted debe ser Lily.

Lo miré, extrañada.

—Entiendo que no confiará en mí de buenas a primeras, pero créame, soy su única esperanza. Ahora bien, comience a contarme todo desde el principio.

—Lord Elford… —dije casi en un susurro.

—Él me envía. Pero si no le importa, debemos empezar ya. No tardaremos mucho en llegar a las cortes.

Tragué saliva y lo miré expectante antes de hablar. Era un hombre peculiar, con la pasión retratada en el rostro. Si Cedric lo había enviado, no podía dudar de él. No tenía opción.

Respiré como pude y comencé a hablar, y un poco antes de que termináramos, el carruaje se detuvo frente a la fachada imponente de la corte.

—Si Lord Elford cumple con su parte, todo saldrá bien. Ahora, señorita, debemos separarnos. Recuerde, en el jurado habrá

hombres locales de buena posición social: terratenientes, comerciantes ricos o profesionales, e incluso algunos empresarios afectados. La clase trabajadora no tiene representación. Así que haga su mayor esfuerzo, no les dé motivos para dudar.

Antes de bajar, el hombre me enseñó unos papeles que me dejaron sin aliento y al borde del llanto.

—Se la acusa de conspiración con los luditas, sabotaje de propiedad, asociación ilícita y, lo más importante —y lo que debemos evitar a toda costa—: tentativa de asesinato. Si la explosión hirió o mató a alguien, lo averiguaremos hoy, me temo.

—Si pierdo… —dije con los labios temblorosos.

—Si perdemos, podrían desterrarla a alguna de las colonias… y en el peor de los casos, la horca.

En ese instante, todo se hizo más real.

—Y casi se me olvida —dijo Ashford ya fuera del carruaje antes de marcharse—. Lord Elford me dio esto para usted.

Esperé a que el abogado se marchara y desdoblé la nota. El nudo que se había asentado en la boca de mi estómago aflojó su agarre y pude respirar mientras leía:

No estás sola. A partir de ahora nunca lo estarás.
Te amo.

Cedric.

Me llevé la nota al pecho y recé como nunca antes lo había hecho.

«Por favor…», mi voz se quebró en mi interior. «Por favor».

—Señorita, tiene que salir.

La puerta del carruaje se cerró. Mis pies tocaron en suelo, pero no sentía la estabilidad bajo mis pies, como si levitara sobre un mundo que se me había echado encima. Cerré los ojos y me dejé llevar hacia mi destino.

***

Un murmullo expectante llenaba la sala como una tormenta a punto de estallar. Los bancos de madera estaban abarrotados de nobles, dueños de fábricas y curiosos, todos ansiosos por presenciar mi caída. Busqué a Cedric, pero no lo encontré. Con las muñecas encadenadas, me acerqué al banquillo. Me senté donde me indicaron, mientras la luz fría de la mañana se colaba a través de los altos ventanales. Lord Ashford comenzó a hablar con esa voz tan afilada como su mente.

—Señorías, mi cliente no es una criminal, sino una mujer que ha sido manipulada y usada como un peón en un juego despiadado. No hay pruebas concluyentes que demuestren su culpabilidad, y tenemos testigos que revelarán la verdad.

Una risa seca surgió desde la otra parte de la sala y no pude evitar desviar mi atención hacia ese lugar. Somerset, con su porte imponente, observaba todo con una frialdad calculada; sus labios curvados apenas podían disimular una sonrisa. Ese malnacido...

—¿Castigaremos a una mujer solo por tener las manos manchadas? —las palabras de Ashford me hicieron regresar mi atención a donde debía estar.

Los susurros se elevaron en la sala al ver entrar a Cedric con un grupo de personas que tenían reservada la primera fila. Mi corazón saltó de alegría en cuanto él me miró, y estuve cerca del ahogo al ver al señor Brown tras él, a su hijo, al reverendo Cavendish y su mujer. Tras ellos, aquel hombre que se coló en mitad de la noche para sacarme información sobre aquellas bombas, y después... No, no podía ser. En un arrebato me puse en pie y restregué mis ojos con manos temblorosas.

—Ho... ¡Hope!

—Señorita Adams, ¡siéntese!

¿En verdad era ella? Tenía un aspecto sano y su rostro desprendía una belleza que siempre me había imaginado que tendría al madurar. Iba bien vestida y bien acompañada. ¿Lo había logrado? ¿Había salido adelante? A pesar de la reprimenda del juez, no pude contener mi alegría hasta el punto de que mis lágrimas se desparramaron sin aviso. Verla allí me dio fuerzas, ánimo para no

rendirme. No entendía cómo ni por qué el destino nos había reencontrado de esta manera, pero estaba más que agradecida.

—Continúe, Lord Ashford —intervino el juez ante mi interrupción tan fuera de lugar—. Llame a sus testigos —ordenó, malhumorado.

Ashford me había contado que ese juez era un viejo carcamal que solía acabar los juicios con rapidez; a veces ni siquiera dejaba hablar al acusado. Y como bien había intuido, al encontrarse con un proceso más largo al haber testigos, tenía cara de pocos amigos.

El primer testigo en ser llamado fue el señor Brown. Caminó con paso firme hasta el estrado y juró decir la verdad.

—Diga su nombre y relátenos lo que sabe —pidió Ashford.

—Mi nombre es George Brown. Vivo en Borley con mi hijo. Durante un largo periodo de tiempo, la patrona de la señorita recibía visitas de ciertos hombres. Cuando esta falleció, la señorita Adams fue molestada por ellos en varias ocasiones; la seguían, y hasta un día se colaron en la casa y la golpearon. Intuyo que para amenazarla. Traté de advertir a la señorita que tuviera cuidado con esa gente, pero me temo que toda advertencia fue poca.

—Gracias, señor Brown. El siguiente testigo será el hijo del...

—¿Va a pasar toda la familia? —se quejó el juez—. No tengo todo el tiempo del mundo.

Ashford lo ignoró y Jimmy subió al estrado.

—¡La señorita Adams es inocente! ¡Ella nunca haría nada así!

—Aténgase a los hechos, muchacho —dijo el juez.

—¿Qué fue lo que vio hace cuatro días? —preguntó el abogado.

—Ese día, antes de que anocheciera buscaba a la señorita Adams. Entonces, en el jardín de la casa, escuché voces y me acerqué. Había una especie de cobertizo, una bodega de donde ella salió. Me dijo que me marchara, que todo estaba bien. Lo hizo para protegerme —Jimmy me miró con ternura—. Pero yo no iba a dejarla. Tenía un mal sentimiento, digo, presentimiento —corrigió con rapidez, era la primera vez que lo oía hablar con tanta claridad —, y más después de ver el movimiento que había allí abajo. Pero apenas me di cuenta, unos hombres aparecieron tras de mí y me

molieron a palos. Después, me llevaron a casa y, junto a mi padre, nos ataron y abandonaron a nuestra suerte.

—¿Y qué pasó luego?

—Apenas había comenzado a salir el sol, Lily llegó a casa aterrada y golpeada. Nos dijo lo que había sucedido y que tramaban algo terrible.

—¿Recuerda algunos de los rostros que vio esa noche, cerca del cobertizo?

Jimmy asintió.

—¿Podría alguno de esos rostros estar aquí, ahora?

La sala se quedó en silencio mientras él elevaba la mano y con su dedo acusador apuntaba hacia los bancos.

—¿Se refiere a Lord Somerset? —Ashford curvó sus labios.

—No sé cómo se llama, pero sí, es él.

Ante tal afirmación, los oyentes comenzaron a hablar, a murmurar entre ellos y a mirar con cierto recelo hacia ese caballero. Pero Somerset no movió ni un músculo. Era frío como una noche de escarcha.

Ante semejante acusación, el juez tuvo que poner orden en la sala golpeando la madera.

—¡Silencio, silencio! Ashford, llame a su siguiente testigo.

La siguiente fue una señorita a la que se había referido como Cecil. Cedric la había acompañado al estrado y, al comprobar su ceguera, deduje que era su hermana. ¿Ella me ayudaría? ¿Sin conocerme? Un calor repentino me inundó el corazón.

De la nada, la mujer comenzó a llorar desconsolada.

—Doy fe y mi palabra como hermana del futuro marqués de Brookfield que Lily Adams nos avisó a tiempo del peligro. Si no hubiera sido por ella... ¿Qué otra cosa hubiera perdido? ¿Una mano? ¿Mi rostro? ¿A mi hermano? ¿A mi hermosa madre?

Su llanto era tan convincente que algunos miembros del jurado parecían sufrir con ella al borde del sollozo, pero por como la miraba su hermano, confirmé que se trataba de una brillante actuación.

—¿Afirma usted que la acusada intentó salvar vidas? —insistió Ashford, quería dejarlo claro.

—Así es. Esa mujer no tiene la maldad que se le atribuye. Pondría mi mano en el fuego por ello —Cecil hizo una pausa dramática, como si necesitara tomar aire, y continuó—. ¿Es que este sistema no funciona? ¿Por qué no desviamos la atención al verdadero culpable?

—¿Sabe usted acaso quién es el culpable?

—Somerset, ¿quién si no? ¿No lo saben? El muy avaricioso está llenando sus arcas. Ustedes, todos dueños de fábricas que, seguro están aquí para reclamar la sangre de esta pobre mujer que no hizo más que salvarnos, ¿a quién acudieron primero para restaurar sus fábricas tras los alborotos ocurridos durante los incendios? Háganse la pregunta.

—¿Esperan que creamos la palabra de una ciega? —gritó Somerset.

Ashford sonrió. Lo había provocado, y estaba segura de que lo tenía exactamente donde quería.

—La verdad no necesita ser vista para que sea verdad —replicó Cecil sin titubear.

—Gracias, señorita Elford.

Cedric se acercó para escoltarla de nuevo a su sitio y, como si me lo hubiera imaginado, me guiñó un ojo. Verlo tan seguro me infundía tranquilidad.

A continuación, el reverendo Cavendish y su esposa testificaron, creando un retrato de mi persona como alguien de buen corazón, incapaz de tal traición. Cada palabra erosionaba la imagen que Somerset había construido contra mí la noche del incidente.

Agradecí al matrimonio con el corazón en la mano. Me habían tildado de buena persona, pero ¿cuántas veces había hecho desplantes a esa mujer en mi cabeza? Me sentí aturdida. No merecía esto. No merecía que tantos hablaran por mí. Solo era Lily. ¿Por qué habría alguien de ayudarme?

Enjugué mis lágrimas, y cuando creí que la cosa no podría ir a mejor, el golpe definitivo llegó con el último testigo.

—¿A cuántos testigos va a llamar? Esto se sale de la norma —se quejó el juez, que por enésima vez había recolocado su peluca blanca.

—Llamaré a los que haga falta para convencer al jurado de que esto es un disparate —respondió Ashford con calma —usted mismo aprobó la lista.

La parte acusadora ni siquiera se atrevió a intervenir; de hecho, no lo había hecho en todo el juicio.

—Llamo a declarar a Joseph Finch —anunció Ashford.

Un murmullo más fuerte recorrió la sala mientras un hombre de hombros anchos y mirada torva fue escoltado al estrado.

Lo había reconocido enseguida en cuanto entró con Cedric, pero el terror me invadió. ¿Cómo podía llamar a declarar a alguien así? En primer lugar, fue su culpa que yo acabara en esta situación.

Finch miró con desprecio a Somerset antes de hablar.

—Yo recibí el dinero para los luditas —admitió—. Fue Lord Somerset quien me lo dio. Nos vendió la idea de asustar a la aristocracia para que nos devolvieran el empleo. Según él, era una estrategia infalible. Nos usó. El plan no era destruir las fábricas. Sabemos la pena de muerte que existe solo por tocar una máquina. Ya hemos perdido a muchos de los nuestros y no se nos habría ocurrido hacer algo así, y menos en todas las fábricas. No estamos locos. Solo queríamos gritar, gritar que estábamos aquí. Pero él solo quería desviar la atención hacia otro lado. Mientras sus hombres, en nuestro nombre, destrozaban las fábricas de todos ustedes.

Su quijada estaba apretada y escupió cada palabra. Al parecer, ese hombre nos había engañado a todos.

—Necesitaba un chivo expiatorio, y ella fue la elegida.

Finch me miró, y tomé su gesto como una disculpa.

La sala explotó en exclamaciones. Somerset se puso en pie de golpe.

—¡Miente! —rugió—. ¡¿Quién creería a esa zorra y a ese confesado ludita antes que a mí?!

—¡Silencio! —bramó el juez, golpeando con fuerza el mazo—. ¡Una palabra más y lo haré sacar de la sala!

Finch se acababa de condenar a sí mismo; al fin y al cabo, él había formado parte de todo y lo había confesado. Un sentimiento de angustia recorrió mi mente. Él solo lo había hecho por salvar a los suyos, para que tantos como él no se quedaran en la calle. Y yo

sería la primera en defenderle si las cosas se torcieran. Entiendo que no era la forma más adecuada de hacerlo, pero ante la desesperación y el hambre, sabía que todo lo demás no importaba. Lo había vivido, y me compadecía de ello.

—Y ya concluyo —dijo Ashford, seguido de un «gracias a Dios» del juez—. ¿Quién tiene más motivos para mentir? ¿Una joven que arriesgó su vida para salvar a otros o un hombre que tenía todo que ganar al destruir a sus rivales?

Un silencio incómodo cayó mientras el jurado deliberaba. Pasaron minutos que parecieron horas hasta que el portavoz del jurado regresó de la sala de deliberaciones.

—Después de revisar las pruebas y escuchar los testimonios, declaramos a la acusada…

Mi corazón latía tan rápido que parecía un tambor de guerra. Las venas de mi cuello palpitaban y mis manos no podían estarse quietas. Toda la sala había desaparecido, y frente a mí, como si estuviera iluminado por cientos de velas, solo se hallaba ese portavoz que tenía mi vida entre las palabras que escondían sus labios.

—Inocente. Declaramos que Lily Adams es inocente.

El consuelo me golpeó con la fuerza de una ola. Las lágrimas que había contenido mientras esperaba salieron todas de golpe.

Cedric se levantó de un salto, avanzó hasta mí y me tomó de la mano con la mirada brillante, a punto de desbordar.

Los presentes, que hasta ese momento habían guardado silencio, comenzaron a murmurar llenos de enojo.

Somerset intentó huir, pero no se lo permitieron. De repente, el orden de la sala se transformó en un cúmulo de griterío y abucheos.

—¡Nos usaste para tu beneficio, Somerset!

—¡Un traidor entre nosotros!

—¡Nunca más confiaremos en usted!

Somerset, pálido de furia, dio un paso atrás cuando uno de los dueños de fábricas lo señaló con desprecio.

—Tu ambición te ha destruido, Somerset. Caerás con todo el peso de la ley. No saldrás de esta tan fácilmente.

La sala estalló en recriminaciones, a la par que sentí el abrazo de la mano de Cedric sobre la mía, fuerte y cálido. Estaba libre. Era libre.

Sin soltarme, arrastré a Cedric por la sala y me acerqué a Somerset. En un último intento, quiso abalanzarse sobre mí con las manos extendidas hacia mi cuello, pero varios hombres lo detuvieron. Y ahí, sujeto como un criminal, le dije mis últimas palabras:

—Regla número dos: ir contra una mujer inteligente no es un juego, es una condena al fracaso.

29. Cedric

La tomé de la mano y la alejé de allí. Su voz, su gesto, su porte parecían firmes, decididos. Pero en cuanto pudo decirle esas palabras al maldito Somerset, tuve la sensación de que algo se había derrumbado en su interior. La llevé hacia la misma habitación donde el jurado había deliberado y cerré la puerta. El ruido del exterior quedó amortiguado, los pasos se alejaban y las voces se fueron apagando poco a poco. Miré a Lily y fue como si el aire se hubiera cargado con la tensión de todo lo ocurrido. Fue entonces cuando el peso de la realidad cayó sobre ella.

No se movía, permanecía de pie en mitad de la estancia con la respiración entrecortada, los hombros rígidos y los ojos muy abiertos, como si aún estuviera bajo la lupa de aquellos que la juzgaban. No dijo nada. Continuó sin moverse.

—Lily —di un paso hacia ella, y fue como si mi voz la rompiera.

Un sollozo desgarrador salió de sus labios, la tensión de su cuerpo desapareció y, como si sus rodillas no pudieran sostenerla, se desplomó. Gracias a Dios, pude atraparla antes de que tocara el suelo.

—Ya está… ya pasó —murmuré.

La sostuve con fuerza contra mi pecho, pero no había forma de calmarla. Sus dedos se aferraban a mi abrigo con desesperación, y su rostro, hundido en mi camisa, se empapó de lágrimas.

—Pensé que volvería allí, Cedric… Creí que tendría que volver. Entonces yo... no podría vivir más, no así.

Sus palabras se ahogaban por la angustia acumulada.

Sin soltarla, me senté en una vieja silla. Se acurrucó sobre mi regazo y la acuné, para dejar que liberara todo aquello que había estado guardando.

—No lo hubiera permitido —susurré mientras deslizaba mi mano por su espalda en un intento de ayudarla a calmar sus temblores—. Nunca.

Lily se aferró más a mí, como si necesitara asegurarse de que estaba allí.

—No puedo respirar… no sé cómo volver a hacerlo… —admitió con un hilo de voz.

No quise responder de inmediato. Ella necesitaba dejarlo todo ir: el miedo, el dolor, la frustración. A veces, las heridas invisibles eran las más difíciles de sanar. Pero esta vez tenía a alguien que la ayudaría, y no estaba en mis planes dejarla ir. No volvería a separarme de ella.

Otra vez, no.

—Respira conmigo —dije con suavidad.

Nuestras exhalaciones se acompasaron, y poco a poco, el llanto y los temblores disminuyeron. Se quedó dormida en mi regazo. Las horas pasaron sin que me atreviera a despertarla. Al fin, su rostro había cambiado, e incluso podía ver algo de paz en él. Su ceño ya no estaba fruncido y su mandíbula, relajada. La observé con el corazón destrozado por no haber podido evitarle una vida llena de obstáculos. Si existiera la mínima posibilidad de quedarme con su dolor, lo haría.

Sonreí, enternecido por los gestos de sus labios al dormir, como si tuviera diminutos espasmos y muecas, a veces de dolor, otras con una ligera sonrisa. Tenía un pequeño lunar cerca de la ceja y una cicatriz donde nacía su cabello. Era perfecta. Mi corazón comenzó a latir desbocado y la apreté contra mí. De repente, me invadió una oleada de sentimientos, una mezcla de todos ellos: ira, amor, venganza, deseo, ternura, pasión, compasión. ¡Ese maldito Somerset me las pagaría! Y esa tal Hester... ¡me alegro de no haberla conocido! Si lo hubiera hecho... no me habría importado mandarla lejos junto al Topo. Si alguien más se acercaba a ella, ¡lo mataría! Tragué saliva ante la claridad de mis pensamientos y me aterré por un segundo. ¿De verdad sería capaz de hacer algo así por ella? ¡Eso y más! La mujer que estrechaba entre mis brazos se merecía todo lo bueno que la vida pudiera ofrecerle.

Mi cabeza estaba a punto de estallar hasta que sus párpados se abrieron y nuestras miradas se encontraron.

Ahogó un grito, me dio un empujón y se levantó como si mis piernas quemaran.

—¿Me he dormido? ¿Cuánto tiempo llevo dormida? ¿Nos ha visto alguien? Si te ven así, conmigo...

—Lo único que hubieran visto sería al hombre más afortunado de la tierra acurrucando a una mujer maravillosa. Solo hubieran sentido envidia.

Trató de evitar sonreír, pero finalmente no pudo ocultarlo. No obstante, tras su mirada escondía algo que aún no había soltado.

Me preguntaba cuándo me lo diría.

No tuve que esperar mucho.

—He de marcharme. Regresaré a Borley. Necesito encauzar mi vida, agradecer a todo aquel que me ha ayudado para salir de este infierno. Y Hope... ¿dónde está? Tengo que verla.

Ahora mi cuerpo fue el que se tensó. No quería presionarla, y no era el momento para decirle lo que quería —que no era más que permanecer a su lado, no separarnos jamás—. Para mí, el hecho de que se fuera a Borley era inconcebible. Pero si alguien era testaruda, era ella. Como lo viera como un acto de bondad, me rechazaría sin tan siquiera pensárselo. A veces era tan... ¡frustrante!

Me aclaré la garganta y la miré, pero parecía que, de repente, no pudiera fijar la vista en mí.

—Verás a Hope, y a todos los demás. Podrás agradecerles entonces. Edmund y Hope los han reunido en su casa para que puedas hablar con ellos con la tranquilidad que requiere. Entienden, y me incluyo, que estarás alterada por todo lo sucedido. Pero te conocen y saben que, por una vez que has recibido ayuda, querrás agradecerlo sin demora.

Le entregué un vestido para que pudiera cambiarse, y tuve que decir que se lo había enviado Hope para que se lo pusiera sin rechistar. De repente, se había puesto una especie de coraza contra mí que no lograba entender del todo. Me estaba volviendo loco.

Le di unos minutos a solas y, al salir ya arreglada, sus mejillas estaban arreboladas y, de nuevo, no me sostenía la mirada.

—Mi pelo huele a desechos. ¿Has estado todo este tiempo pegado a mí con este olor?

—¿A qué olor te refieres? —sonreí, no quería incomodarla.

—No me engañes. Casi echas tu estómago afuera el día que tuviste que recoger los desechos de Lady Mu. Oh, Dios mío... ¿te has puesto ese pañuelo que buscabas entonces? ¿Te has tapado la nariz mientras estabas conmigo?

—Lily, por favor, cosas peores...

—Vámonos, por favor.

Como alma que lleva el diablo, salió de las cortes y se subió al carruaje que nos esperaba.

—Siéntate allí —dijo, para después señalar el lugar más apartado de ella. ¡Ni que el carruaje fuera un galeón español donde se pudiera marcar distancia!

—No seas ridícula —dije al fin. Me estaba sacando de mis casillas.

—¿Ridícula?

Me encantaba su gesto de enojo. Era preciosa, por mucho que intentara parecer lo contrario.

—Lily —la tomé de las manos a pesar de su resistencia—, podrías desprender el mismísimo olor del Támesis en verano, o de mil Ladies Mu, y seguiría sin importarme.

—¡Eso es asqueroso!

—¡Eso es amor! —sonreí.

Demonios, me había vuelto loco.

No quiso hablarme en todo el camino, aunque la cacé al intentar observarme unas cuantas veces. Esa mujer era una contradicción con piernas y brazos.

En cuanto llegamos y el mayordomo abrió la puerta del carruaje, un cuerpo se abalanzó sobre Lily sin tan siquiera haberla dejado bajar.

—Lo has conseguido —dijo Hope sin soltarla—. Lo has conseguido. Te juro que iba a matar a ese malnacido. Estás preciosa, nunca pensé que volvería a verte.

Hope, a veces, podía ser demasiado intensa. No la había dejado ni siquiera hablar. Y cuando los llantos de ambas inundaron

el carruaje, tuve que salir sin remedio. Yo no pintaba nada en ese cuadro.

En cuanto pisé el suelo, una mano tiró de mí y lo siguiente fue un abrazo y unas palmadas en la espalda.

—¿Estás bien? —me preguntó Edmund.

Lo miré. No me lo había preguntado. Ni siquiera había tenido un momento para planteármelo. El caso era que no me importaba.

—Si ella lo está, yo lo estoy.

—¡Por todos los cielos!

—No me digas nada, no quiero escucharte.

—Pero...

—No, no pienso escucharte.

—¿Quién es el débil ahora?

Al final tuvo que decirlo.

—Tu mujer es un torbellino. No la deja salir del carruaje.

—Hope estaba al borde de un ataque de nervios. Hemos tardado horas en llegar. Ni que viviéramos tan lejos.

—Había mucho que soltar... y se quedó dormida.

—Gracias a Dios ya ha acabado todo —suspiré—. ¿Qué se sabe de Somerset?

—No habrá juicio. Ya sabes que tiene poder.

—¡Maldito bastardo!

—Pero está siendo repudiado, por no decir que, entre el gremio de los empresarios, se le ha obligado a pagar todos los destrozos que hizo en las fábricas, así como la renovación de los salones.

—Eso será la ruina.

—En efecto. Pero si no lo hace, ya ha recibido unas cuantas amenazas de muerte.

—Has hablado con Finch. Él mismo se condenó. A pesar de todo, es un hombre con una moral bien construida.

—Ha hablado tu padre.

—¿Cómo?

—Al parecer, hay cierta idea para calmar a los luditas, porque esto solo puede ir a peor. Llegó a un acuerdo con el juez, ya que Finch es una persona clave para hacer de intermediario.

Había abierto la boca y no podía cerrarla. ¿De verdad mi padre había intervenido?

—Las cosas están cambiando, Cedric. No sé por qué, pero tu estancia en Borley ha conseguido muchas cosas.

—No te equivoques, amigo. Ha sido ella. Todo ha sido gracias a ella.

—Cedric el romántico —Edmund soltó una carcajada.

—Cállate.

—Cedric el amoroso.

—Voy a matarte si sigues.

—Cedric el debilucho...

El muy cobarde huyó y no me quedó más remedio que ir tras él. Pero entre mis pasos acelerados, alguien sostuvo mi brazo.

—¿Padre?

30. Lily

Cuando conseguimos dejar de llorar, apreté de nuevo las manos de mi amiga. Tantos recuerdos, tanto dolor compartido… Hablamos de todos: de Logan, Thomas, Anne, Owen, preguntándonos cómo serían ahora sus vidas, si como nosotras habrían logrado salir adelante. Hope me puso al día de la suya y me llenó de sorpresa y alegría saber que estaba casada con el mejor amigo de Cedric. El mundo era un pañuelo, aún no podía creérmelo. Cómo nuestras vidas habían estado conectadas desde el principio… Que incluso alguien de quien ella tuvo que librarse volviera a aparecer solo para ayudarme. Tantos años y tanto sufrimiento después. Sabíamos que nunca podríamos habernos olvidado la una de la otra. Lo que habíamos vivido en la *workhouse,* lo que todos habíamos vivido, nos había unido para siempre, una unión inquebrantable que trascendía el tiempo y el espacio.

—Creo que un día nos encontraremos todos. Y tengo la ligera impresión de que el padre Marcus se encargará de ello. Lo creo fervientemente.

—¿Está aquí? —pregunté esperanzada. Tenía que agradecerle, pues, según Hope, él había llegado a altas horas de la noche después de hablar conmigo, para ponerles al día de la situación y hablarles de Somerset.

—No. Es un hombre que va y viene. Al parecer, sigue trabajando en la *workhouse*.

—¿Qué?

—Ahora es una escuela.

—¿Qué?

En definitiva, teníamos mucho de qué hablar, pero había conocidos en esa casa a los que tenía que agradecer. Me sentía rara,

como aletargada, como si el sueño en el que me había sumergido no se acabara. Lo que sucedía no podía ser real y, si era sincera, me costaba creérmelo.

En cuanto pasé el umbral de la puerta, Jimmy se acercó y me saludó con un beso en la mano, el señor Brown me miró con cariño y lady Cavendish, para mi sorpresa, me abrazó.

—Sé lo que hizo con esa acta —dijo el reverendo Cavendish tras su mujer—. En Borley nos apoyamos todos, tendría que haber acudido a nosotros antes de haber hecho algo así. Entendía su situación, la señora Hester no era precisamente la más querida en nuestra comunidad, pero se habla y se dice mucho, y uno nunca sabe lo que es cierto y lo que no. Tendría que haber dicho lo que hacía con usted.

—No le gusta pedir ayuda —dijo Cedric, acercándose a mi lado. Parecía de buen humor, era curioso, pero fue como si aquel nubarrón que había visto en el cielo de sus ojos en Borley hubiera desaparecido—. Es su único defecto, me temo. Pero aquí nadie le hemos ayudado, ¿verdad? Todo ha sido un mero divertimento.

—Por supuesto —dijo lady Cavendish—. Yo solo quería ver la moda londinense, como todos saben, mi hija menor debutará este año y solo tenía interés en ver diseños y demás.

—Por supuesto. Y yo tenía un seminario aquí cerca —dijo el reverendo.

—Nosotros venimos a vender leche —dijo el señor Brown con rapidez.

—Sí, y huevos —añadió su hijo.

—Yo solo quería conocer a la mujer que ha robado el corazón de mi amigo —dijo Edmund a lo lejos.

—Y yo, reencontrarme con mi amiga —soltó Hope.

Era imposible contener las lágrimas. ¿En qué momento había conseguido rodearme de gente de tan buen corazón? Pensaba que no existía nadie con buenas intenciones, de verdad lo creía.

—Yo... En fin. Una mujer me salvó la vida y me enseñó a creer en mí mismo. Resulta que escuché que estaba por aquí... —Cedric no pudo decir más.

—¿Y todos acabasteis en el juicio por...? —pregunté, grabando en mi memoria todas esas miradas que se dirigían a mí.

—Casualidades de la vida —soltó Cedric.

—Yo siempre había querido asistir a un juicio —dijo la señora Cavendish, y todos estuvieron de acuerdo con ella.

—Gracias —dije con el corazón desgarrado. Me dolía, pero esta vez no era tristeza lo que lo atravesaba, sino una inmensa alegría—. Muchísimas gracias.

Hope se acercó a mí y me abrazó. Pero si el ambiente era agradable y lleno de buenas sensaciones, alguien entró en la sala y fue como si una ráfaga de viento helado hubiera dejado a todos petrificados. Un caballero, alto y refinado, se acercó a mí. Tenía cierto parecido a Cedric: el mismo porte y el mismo color de ojos.

—Así que es usted —su voz era profunda.

—No sé a qué se refiere —repliqué con entereza. Tenía claro quién era: el mismo que había hecho que el espíritu de Cedric mermara.

—Usted ha hecho que mi hijo agudice su ingenio. Que espabile, en resumidas cuentas.

—Yo no he hecho nada. Su hijo siempre ha sido ingenioso y muy espabilado. El problema es suyo por no haberlo visto.

Ante mi respuesta, la sala se quedó en silencio salvo por una risita que escuché a lo lejos. Aquella niña respondona había regresado. De cierto modo, todo lo que había pasado fue como un bálsamo para recuperar mi confianza, para decir lo que pensaba sin temer a las consecuencias.

—No he sido el mejor padre, lo sé. Pero esta sociedad es una selva de ladrillo, señorita. No todos sobreviven en ella, y yo solo quería que mi hijo fuera fuerte. Sin embargo, ha sido él quien me ha enseñado algo hoy: no hay fuerza más arrolladora que el amor. Nada mueve más a las personas que eso. Siempre he creído que era el dinero lo que gobernaba a la sociedad, que era lo más poderoso… Ahora, tengo mis dudas. Nunca pensé que diría algo así, y me quema la lengua al hacerlo. Pero mi hijo me ha abierto los ojos, y tenía razón: no hay mayor beneficio para un padre que ver a su hijo feliz. Al verlo, ahora lo sé.

Su mirada cambió de un momento a otro e invadió mi espacio personal. Tuve el amago de dar un paso atrás, pero no quise que consiguiera lo que quería.

—Sabe que mi hijo es el próximo marqués de Brookfield, ¿cierto? —No me moví ni un ápice—. Creo que es lo suficientemente inteligente como para saber lo que conllevará para su reputación estar con alguien como usted.

—Padre —Cedric dio un paso al frente—, las decisiones que tome y sus consecuencias son cosa mía.

—¿Y ella? ¿Estaría dispuesta a vivir de ese modo? ¿A ser señalada, considerada una oportunista, una cazafortunas?

Abrí los ojos tanto que noté la sequedad al instante. La bofetada de la realidad me golpeó una vez más.

—Si lo ama, ¿no cree que lo más prudente sería dejarle ir? Podría seguir viéndole, en otros términos, más... íntimos. ¿Entiende? No sería el primer marqués en tener una amante.

—¡Padre! —la alegría que Cedric había desbordado hace unos minutos se había esfumado—. Creía… creía que lo había entendido, pensaba que usted ya...

Cedric se atusó el pelo hacia atrás y respiró con violencia.

—Claro que lo he entendido. Y lo comprendo. Pero esta sociedad no lo hará. Solo quiero protegerte. ¿Es que no lo entiendes aún?

—Pero padre...

—No, Cedric, tiene razón.

—¡No, no la tiene! —una mujer, a quien reconocí por haber testificado en mi defensa, se hizo escuchar mientras se acercaba acompañada de su doncella. Era increíble cuánto se parecían todos los miembros de esa familia—. Harriet Mellon, Emma Hamilton, ¿qué me dice de ellas? La primera se casó con un duque y la otra con un lord. Ella puede hacerlo si quiere. Ambas no formaban parte de la aristocracia, igual que la señorita Carter, con quien pretendía casarle.

—¡Por el amor de Dios, Cecil! A la señorita Mellon se la consideró una intrusa en la sociedad, y la señorita Hamilton pasó sus días —hasta este año, que ha fallecido— siendo objeto de burlas y desprecio. ¿Es que quieres eso para la mujer de tu hermano? Y no

vuelvas a mencionar a la señorita Carter en esta casa. Pero no te quepa duda de que si la iba a casar con ella era porque, a pesar de no poseer título, su padre había acumulado cierta fortuna gracias a las fábricas. Además del título, es el dinero lo que hace que te respeten. Así que no romantices las cosas, Cecil. A veces me pregunto si la falta de vista te nubla el juicio.

Fue un comentario cruel y desacertado. Quise tomarla de las manos ante su gesto dolido, pero antes de que la alcanzara, se fue destilando ira por cada poro. Entendí que no era de las que se derrumbaban con facilidad, y mucho me temía que era gracias al trato con su padre.

—Eso no era necesario —espetó Cedric, que fue tras ella.

De repente, todos los presentes querían dar su opinión. El aire se tornó asfixiante y todo se volvió lejano.

Mentiría si dijera que no me había planteado esa preocupación: el qué dirían y el qué me harían si permanecía a su lado. Pero, lejos de importarme, todo aquello sería un simple murmullo en comparación con lo que había pasado. O al menos eso quería creer. Sin embargo, había algo que me refrenaba, algo que me aterraba más que cualquier otra cosa.

Mi pecho subía y bajaba con rapidez, pero sentía que no lograba respirar. Las palabras de la señorita Elford resonaban en mi cabeza, así como las del marqués. Todos parecían tener algo que decir, incluso lady Elford, que por mucho que me esforzara en escuchar, no conseguí distinguir ninguna de sus palabras. Solo podía oír el sonido de mi corazón.

No podía seguir allí.

***

Con pasos desacertados y a punto de tropezarme con mi propio bastón crucé el salón, a pesar de que las telas de mi vestido insistían en aferrarse a mis piernas como un lastre. Alguien dijo mi nombre, pero no me detuve.

Llegué a una puerta y empujé con las manos temblorosas. La soledad me calmó, pero no lo suficiente para que mi corazón

recuperara su ritmo normal.

¿Qué estaba haciendo? Tendría que haberme marchado en cuanto el juicio terminó, pues ahora era como una sombra errante atrapada entre lo que deseaba y lo que me aterraba. Sabía que permanecer a su lado sería enfrentarme a una sociedad que me despreciaría, que me recordaría una y otra vez que no pertenecía a él. Mi respiración se entrecortó por un momento. Miradas, susurros, el rechazo constante... Pero nada de eso me asustaba tanto como perderme a mí misma. Y perderle a él.

No sé cuánto tiempo pasé junto a la ventana observando la llovizna caer sobre el jardín.

Por el reflejo del cristal vi cómo la puerta se abría tras de mí.

—Lily —la voz dulce de Hope llegó hasta mí, pero no quise contestar.

—¿Has enmudecido? Es la primera vez que no te veo con deseos irrefrenables de contestar y poner a cada uno en su sitio.

Solté una risa que indicaba de todo menos felicidad.

—No sé qué hacer —dije con sinceridad. Me giré y me apoyé sobre el alféizar—. Su mundo no es el mío. No importa cuánto lo ame, sigo siendo una huérfana criada en una *workhouse*.

Hope resopló y se acercó a mí.

—¿Y qué crees que es Cedric? Que su trasero haya nacido entre algodones no significa que seáis diferentes.

La miré de una forma que dejaba claro que sí, que eso nos hacía distintos

—Además, soy coja.

—¡Será posible! Sí, lo eres. ¿Y qué?

—Eso solo sacaría a relucir comentarios más crueles. Además de pobre, coja. «Miradla, necesita un bastón para caminar».

—Yo soy ciega, y sobrevivo. Gracias, Greta, puedes dejarme aquí.

—Sí, señorita.

Hope y yo miramos hacia la puerta, sorprendidas. Teníamos otra visitante.

—No nos han presentado —dijo, mientras miraba hacia el lado contrario al que me encontraba—. Soy Cecil, la hermana de tu

futuro marido.

Hope sonrió de oreja a oreja y fue a por ella.

—¿Hope? Solo tú olerías a ungüentos raros.

—No hay quien te engañe —respondió la otra.

—Gracias por intervenir. Intuyo que su padre no es un hombre fácil.

—Tutéame, por favor. Seguro que pronto seremos cuñadas.

—Pero...

—La sociedad es una mierda. Quitad esas caras. Sé cómo me estáis mirando, y también sé que para vosotras es una palabra más —sonrió—. Es una estupidez lo altanera que me he sentido al decirla.

Las tres reímos. Me sentía a gusto, en paz, como si toda la angustia que me había hecho huir de ese salón hubiera desaparecido.

—¿Por qué un montón de aristócratas van a decidir lo que quieres hacer con tu futuro, con tu corazón? ¿Por qué mi hermano tiene que estar ahora mismo destrozado por tu culpa?

Sentí una punzada de dolor en el pecho.

—Esa gente que va de noble tiene el alma más asquerosa que cualquiera que haya tenido que ganarse la vida para sobrevivir.

—Cecil, eres toda una revolucionaria —soltó Hope, sorprendida.

—Lo que quiero decir… yo también he sido señalada, incluso mi madre, por dar a luz a una hija incapaz de ver. Ni siquiera quieren que me case para no ser engañada; piensan que cualquiera que se acercara a mí lo haría por mi fortuna. Y al contrario, para Cedric, mi padre siempre ha querido un hombre para mí que me adore; para él, solo estabilidad. No es justo. Siempre se lo he dicho: Cedric parece un león capaz de devorarlo todo, pero es un cachorro, un cachorro que necesita amor y cariño. Y la verdad es que nunca lo había escuchado tan enamorado. Podía oír hasta su corazón, podía intuir cuándo pensaba en ti por su respiración. Hasta le dio por beber café en casa a escondidas como un crío. Te ama, Lily. Y me moría por conocerte, por darte las gracias por hacerlo feliz. Mi hermano no

necesita una aristócrata remilgada ni a esa señorita Carter con la que mi padre lo quería casar. Te necesita a ti.

No fui consciente del momento en el que mis lágrimas comenzaron a empapar mi rostro.

—Lily —Hope se acercó y tomó mis manos—. Dime la verdad, ¿crees que la diferencia de clases es lo que te detiene?

Mi corazón dio un vuelco. Limpié mis lágrimas, que insistían en salir.

—No lo sé.

—Sí lo sabes —Hope entrecerró los ojos como si pudiera leerme la mente—. Tienes miedo, ¿verdad? Miedo de ser feliz, de confiar en que él no te dejará atrás. Piensas que, si te pasó una vez, podría volver a pasarte. Sé por lo que estás pasando —quitó una de sus manos de las mías y enjugó mis lágrimas—. La lucha que se libra en esa cabeza tuya… después de todo lo que hemos pasado, sería raro que no nos sintiéramos así.

—¿Tú también? —la miré, sorprendida. Siempre había considerado a Hope la más valiente y fuerte de todas.

—Bueno, en mi caso me creía indigna de merecer algo así, pero sospecho que en el tuyo es terror al abandono.

Me mordí el labio, enojada. Había llegado a esa conclusión solo por mirarme.

—Lo sé, porque llorabas todas las noches y gritabas las palabras: «¡No me abandonéis! ¡Por favor, no me dejéis sola!». Cuando me sacaron de la *workhouse*, tú eras por quien estaba más preocupada.

Cecil se acercó a nosotras a tientas y me abrazó, entre lágrimas.

—Mi hermano nunca te abandonará. Pondría la mano en el fuego por él.

Al final, las tres acabamos entre lágrimas. Nunca había llorado tanto en mi vida, salvo el día que me dejaron en St. Joseph. Me había prometido ser fuerte, salvaguardar mi corazón, y con los años había construido un muro en el que solo Cedric había conseguido colarse.

—Si al menos no lo intentas —dijo Hope—, yo misma te daré un puñetazo en esa nariz respingona tuya y te arrastraré hasta él.

—Es lo más bonito que me has dicho nunca —bromeé.

—¿Esperad… soléis pegaros? —preguntó Cecil, soltándose de golpe. Ambas reímos.

—Es una forma de hablar —contestó Hope—. Hay cosas difíciles de corregir.

No se lo digáis a la vizcondesa; me haría recitar a Shakespeare una semana entera durante nuestras horas de visita.

Me llené de fuerza y de esperanza. Si tenía a esas dos a mi lado, todo sería más fácil de sobrellevar. Y tenían razón, ambas la tenían. ¿Desde cuándo iba a dejar que alguien decidiera por mí? Seguiría a mi corazón. Debía hacerlo.

—Ve y díselo a Cedric antes de que lo mate la angustia.

Cecil me apretó las manos y Hope prácticamente me empujó hasta la puerta.

—Está en la biblioteca, al otro lado del pasillo —gritó Cecil.

Llamé a la puerta tres veces y abrí.

Sentado en un sillón de cuero, ni siquiera se movió. Su expresión era la de un hombre a punto de caer por un abismo.

Lo miré. Supe que era mi momento de decidir y que no había vuelta atrás.

Se llevó la copa de la que estaba bebiendo a los labios, pero sin probarla la dejó en la mesa.

—¿Siempre bebes cuando te sientes derrotado?

Mi voz lo paralizó por un segundo. Me miró y se levantó a tal velocidad que golpeó el sillón con las pantorrillas y estuvo cerca de volcarlo.

—Lily —mi nombre en sus labios fue casi una súplica.

Tragué saliva y avancé hasta detenerme a unos pasos de él. Ya no había duda en mí, solo determinación.

—Cedric, nunca me he permitido desear nada en esta vida, pero... —tuve que mantener a raya el nudo en la garganta para poder seguir—. Jamás he querido algo tanto, y eso eres tú. Te quiero a ti, Cedric. Pase lo que pase, este es mi deseo.

—¿Eso significa que... te quedas?

En vez de responder, lo miré como quien contempla un cielo estrellado.

Rompió el espacio que nos separaba y extendió su mano hasta mi rostro. Su caricia fue el sostén que tanto había necesitado. Me apoyé en su mano y cerré los ojos para sentirlo. Al abrirlos, ya estaba demasiado cerca como para no saber lo que pasaría.
Rodeé su cuello con los brazos y lo pegué a mí.

—No me vuelvas a apartar de tu vida —susurró.

Rozó mis labios con los suyos con una ternura que me llegó a lo más profundo.
Con su mano aún en mi mejilla, deslizó su pulgar sobre mi piel con una dulzura que me hizo temblar. Me dejé llevar y me aferré a él con más fuerza, entre lágrimas de felicidad.
Mi cuerpo junto al suyo me hacía sentir una brisa cálida de verano en días felices. Nuestros labios se encontraron y comenzaron a moverse en perfecta armonía. No pude negarlo, quise saborear cada segundo como si fuera capaz de grabarlo para siempre en mi memoria. ¿era posible amar tanto a alguien?

Sus dedos se perdieron en mi cabello, entonces supe que ya no existiría nada más: ni el miedo, ni las dudas. Solo él. Solo nosotros.

Entonces, lo separé de súbito y me recoloqué el peinado.

—¡Mi pelo! —me llevé las manos a los labios, que aún palpitaban por lo que acababa de pasar—. Tengo que... debería... tengo que lavármelo.

Él rio con una carcajada que fue música para mis oídos. Me tomó de las manos y me atrajo hacia sí para apoyar su frente en la mía.

—Vámonos.

Parpadeé, confusa.

—¿Qué?

—Vámonos de aquí. Llevas demasiado tiempo peleándote con la vida. Quiero llevarte lejos, donde el nadie pueda alcanzarnos, aunque sea solo unos días. Francia, Italia… al fin del mundo si fuera necesario.

No pude evitar sonreír.

—¿Al fin del mundo?

—No suena mal si estamos juntos, ¿no?

Lo contemplé con un sentimiento que no podía expresar con palabras.

—¿Cuándo partimos? —Lo rodeé con los brazos y me pegué a su pecho, ese lugar que había encontrado en el que siempre estaría segura.

—Ahora.

Se agachó y, sin que me lo esperara, me alzó en sus brazos como aquella vez en que se rompió el hielo en el estanque.

—Te amo —Me acuné en su cuello y dejé que su aroma a sándalo me calmara.

—¿Acaso lo dudabas?

—Pues...

—No quiero saberlo —me cortó con rapidez, y sonreí.

—Lily... —detuvo sus pasos y me miró—. Nunca te abandonaré.

—Lo sé.

—Y... ahora tendrás que llamarme cielo.

—¿Qué? —reí.

—¿Lo harás? —me miró con una súplica que no pude ignorar. Lo bordaste en mi pañuelo. No creo que seas tan cruel, tan…

—Sí, cielo. Te llamaré cielo de ahora en adelante.

EPÍLOGO:

Las risas la llenaban de vida, esas que recorrían los pasillos del edificio renovado mientras los recién llegados exploraban su nuevo hogar.

La pequeña Ginny no podía ver; enseguida se hizo amiga de Cecil, quien comenzó a enseñarle a orientarse a través de los sonidos. Todos los demás niños llevaban cascabeles para que no se chocara con ninguno de ellos, como le pasaba al principio.

Poco a poco, la vimos recorrer los jardines con soltura mientras contaba los pasos con la concentración retratada en su rostro.

Tom, al que su padre había abandonado por *idiota* y por ser una vergüenza para su descendencia, había aprendido a leer y a limpiarse la boca cada vez que salivaba sin control. La pequeña Lucy, con su caderita torcida, caminaba acelerada y alegre mientras perseguía a los demás niños. Jules, que no oía nada, había aprendido a escuchar examinando los gestos expresivos de los demás y a leer los labios.

Incluso los padres empezaban a llevarse bien conmigo. Después de todo, había encontrado un sitio en el que consiguieron, incluso, admirarme, y muchos aprendían que su valor no estaba determinado por sus limitaciones. Habíamos logrado que algunos padres los visitaran y vieran sus progresos; reencuentros que me hacían llorar cada vez.

Tomé el brazo de Hope y caminamos con emoción mientras mi pequeña ilusión, poco a poco, se hacía realidad. Ella, junto a Cecil, había sido mi mejor aliada para que mi proyecto saliera adelante. Al final, todos colaborábamos.

Edmund estaba trabajando en unos andadores más ligeros para los que, como yo, tenían dificultades para caminar, y asistía a

conferencias médicas, investigando sobre aquellas enfermedades y dolencias que hacían que los padres abandonaran a sus hijos. Cedric, cuando tenía tiempo, era el primero en aparecer por aquí. Como siempre, revolucionaba a los niños, que lo perseguían o trepaban por él como si fuera un árbol, y yo siempre iba detrás, intentando que se estuvieran quietos. Digamos que alguna vez habíamos tenido un accidente... aunque lo que empezaba en llanto, Cedric conseguía transformarlo en alguna historia de caballeros y mazmorras.

El marqués de Brookfield y su esposa resultaron ser los mayores benefactores de este nuevo hogar. Poco a poco, a pesar de tenerlo todo en mi contra, la sociedad comenzó a aceptarme. Los cuchicheos a mi alrededor fueron desapareciendo, los murmullos se transformaron en preguntas, y las preguntas, en donaciones.

Era feliz. Realmente lo era. Y Cedric era el mayor causante. Me ruboricé por un momento al pensar en él, en nuestras noches en Italia antes de regresar a la realidad, en nuestra pequeña y maravillosa boda, y en todo el amor que me daba.

Suspiré y mi corazón se aceleró sin remedio.

—¿Otra vez pensando en él? —Hope sonrió y me dio un pellizco en el costado.

—Qué remedio —dije resignada. Había cosas que no podía evitar, y esa era una de ellas.

—No es solo un refugio, ¿verdad? —Me detuve un momento —. Es una oportunidad, un hogar para que crezcan fuertes, un hogar donde no tengan miedo.

Hope asintió. Lo sabía tanto como yo.

—No es solo un refugio —dijo Hope que cruzó los brazos mientras miraba a los niños jugar en el patio—. Es una oportunidad. Para que crezcan fuertes. Para que no tengan miedo.

Cruzamos la gran sala principal y aspiré ese olor a papel y a pinturas. Escuché piezas caerse, a niños leyendo.

Me detuve junto a un niño que intentaba ensamblar una pieza con el ceño fruncido. Me arrodillé junto a él y le enseñé a hacerlo. A pesar del temblor de sus manos, consiguió encajarla.

—Lo importante no es hacerlo a la primera —le dije con cariño—. Lo importante es no rendirse.

El niño abrió los ojos todo lo que pudo y a eso le siguió una enorme sonrisa.

Se abalanzó sobre mí y me estrechó entre sus pequeños brazos. Lo apreté contra mí y le devolví todo el amor que me daba. Pero duró poco. En cuanto cierto caballero apareció por el umbral de la puerta, todos los niños, como una ventisca, salieron —cada uno a su ritmo— para llegar a él.

—¿Qué nos has traído? —preguntó uno.

—¿Vas a leernos hoy?

—¡No! Leer no. ¡Que se invente una historia! Sus historias son mejores.

—¿Me coges? —dijo otra, tirando de su pantalón.

Cedric no pudo evitarlo y se agachó. Lo único que consiguió fue que todos se tiraran sobre él.

—Niños, niños, basta. ¡Vais a romperle!

Cedric me regaló una sonrisa que me derritió el alma, pero enseguida la desvió hacia un niño que se había quedado solo.

—Malcolm, ¿qué te pasa? —preguntó.

—Es que... —Una lágrima recorrió la mejilla del niño—. Mi pierna se ha vuelto a atascar.

—¿Sabéis lo que significa eso? —soltó Cedric con una ceja alzada mientras todos lo miraban expectantes—. ¿De verdad no sabéis lo que significa?

Cedric se puso en pie y se acercó al niño.

—Significa que hoy Malcolm va a volar.

El niño lo miró con una ilusión tremenda y su sonrisa se amplió en cuanto Cedric lo elevó para colocarlo sobre sus hombros y estirar sus manos.

—¡Estoy volando! —gritó el niño—. ¡Soy un pájaro!

No pasaron muchos segundos hasta que los demás pidieran su turno para volar.

Lo miré con admiración, y deseé estar con él en la intimidad de nuestra alcoba. Pero no fue hasta que los niños al fin lo liberaron

que se acercó a mí. Me dio un beso lleno de ternura en la frente y sonrió.

—Y bien —le pregunté—, ¿lo has conseguido?

—Claro que lo ha conseguido —dijo Edmund tras él, arruinándole la sorpresa—. Desde que está contigo es insoportablemente vencedor en todo lo que se propone.

—Gracias, Edmund —soltó mi marido.

—Siempre es un placer —respondió el otro.

—Empezaremos a probar los turnos la semana que viene. Ya hemos escogido a los capataces y a las mejores hilanderas de seda.

—Todo saldrá bien.

—Al menos calmará a gran parte de los luditas. Me gustaría conseguir que el resto de fábricas hicieran lo mismo.

—Paso a paso.

—Paso a paso —repitió él.

—Por cierto —buscó algo en su abrigo hasta que dio con una carta y me la entregó—. Me encontré con el padre Marcus, aunque no estoy segura de que fuera coincidencia. Me dio esta carta para vosotras. Para ti y para Hope.

Sin demora, la abrí, y Hope no tardó en acercarse.

—¿Logan? ¡Déjame leer!

—¡Hope! ¡La estaba leyendo yo!

La muy desdichada me la arrebató y se la pegó a la cara para que yo no pudiera verla.

—¡Se casa! ¡Nuestro Logan se casa! Dice el padre Marcus que vayamos a darle una sorpresa.

—¿En su boda? ¿Está bien? ¿Pone algo más? ¡Hope, dame la carta, la tenía yo primero!

Cedric y Edmund se rieron y pude escucharlos hablar mientras discutía con mi amiga.

—Son como niñas —dijo Edmund.

—Que lo sean. Después de todo, les robaron su infancia. No seré yo quien las haga comportarse.

Cecil apareció tras ellos, guiada por una niña, y se aferró al brazo de su hermano.

—¿Están discutiendo otra vez? —resopló como si fuera algo que hiciéramos todos los días. ¡No era así! ¿O sí...?

Al final, la carta terminó hecha pedazos y los cuatro, tras un silencio de todo menos incómodo, rompimos a carcajadas, ajenos a todas las miradas de los pequeños.

¡Qué bonito era ser feliz!

Nota de autora:

¡Hola!

Gracias por acompañarme hasta aquí, por permitir que esta historia te tomara de la mano y caminara contigo.

Si has llegado hasta esta página, ya has hecho que todo haya merecido la pena.

Escribí esta novela con el deseo de dar voz a quienes, durante siglos, han sido silenciados, apartados o considerados *inapropiados* por no encajar en los moldes estrechos de la sociedad. Como mi querida Lily, que fue abandonada por su pequeño pie.

No quise explicar el origen de su problema en la novela, pues en aquella época había muchas dolencias que aún no se habían catalogado, o ni siquiera se comprendían del todo. En mis anotaciones, Lily sufrió de polio siendo un bebé, lo que causó la deformidad en su pierna. Sin embargo, no fue hasta 1840 cuando el médico alemán Jakob Heine describió esta enfermedad por primera vez, bautizándola como *parálisis infantil*. Años después, en 1908, Karl Landsteiner identificó el poliovirus como su causante.

Por desgracia, en aquella época, muchas familias aristocráticas y de clase media escondían a los niños con discapacidades, al considerarlos una vergüenza o incluso un castigo divino. En muchos casos eran enviados a instituciones o mantenidos en casa, lejos de la vista de la sociedad.

El mismo hermano de Jane Austen, George, fue apartado de su familia, al parecer, por tener ataques y convulsiones. Fue el único hijo de los Austen excluido del testamento de su madre; a su muerte, en 1838, fue enterrado en una tumba sin nombre, con solo su cuidador pagado asistiendo a su funeral.

Como dato curioso os comento que el discurso de Lord Byron, fue verídico, era la primera vez que hablaba en las cortes y fue de

los primeros —por no decir el único— que se posicionó abiertamente en defensa de los luditas contra estas duras penas, así que no pude evitarlo y me tomé la libertad de traducir algunas de sus palabras.

Si la historia de Lily ha tocado tu corazón, si te ha hecho reflexionar, emocionarte o sentirte vista, entonces siento que todo ha valido la pena.

Esta novela no solo busca rendir homenaje a esas vidas ocultas y olvidadas, sino también recordar que el amor, la dignidad y la valentía no entienden de clases, títulos ni cuerpos perfectos.

Gracias por haber escogido esta novela para pasar un rato entre sus páginas.

Y sí, esto no acaba aquí.

La historia de **Logan** os estará esperando para que la descubráis. Después de terminar en *St. Joseph*, ¿qué será de él? Al menos sabemos que el padre Marcus ha vuelto a hacer de las suyas… y que quiere que estos viejos amigos se reencuentren.

¡Nos leemos pronto!

Ah, y si te ha gustado, no olvides dejarme una reseña o comentármelo por Instagram.

No sabes la ilusión que me hace conocer tu opinión.

Con todo mi cariño,

Becca Kim



Instagram: Beccakimchi